

*D*ando voz a los varones
Sexualidad, reproducción y paternidad
de algunos mexicanos

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Ana María Chávez Galindo
Directora

Alfredo Landa Herrera
Secretario Técnico

Víctor Manuel Martínez López
Jefe del Departamento de Publicaciones

Comité Editorial

Dra. Ma. Guadalupe Liliana Rivera Sánchez
Presidenta

Mtro. Guillermo Olivera Lozano
Secretario

Miembros

Dra. Ana María Chávez Galindo
Centro Regional de Investigaciones
Multidisciplinarias/UNAM

Dr. Arturo Argueta Villamar
Centro Regional de Investigaciones
Multidisciplinarias/UNAM

Dra. Blanca Rebeca Ramírez Velázquez
UAM Xochimilco

Dra. Ivonne Szasz Pianta
El Colegio de México

Dr. Roberto Rodríguez Gómez
Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM

*D*ando voz a los varones

Sexualidad, reproducción y paternidad
de algunos mexicanos

María Lucero Jiménez Guzmán

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Cuernavaca, Morelos, 2003

HQ28 Jiménez Guzmán, María Lucero
J454 Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad
 de algunos mexicanos. /Lucero Jiménez Guzmán Cuernavaca:
 UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplina-
 rias, 2003.
 435p.
 ISBN: 970-32-1161-5

1. Hombres - México - Conducta sexual. 2. Género - Estudios

Catalogación en publicación: Martha A. Frías -
Biblioteca del CRIM

Diseño de cubierta: Poluqui

Primera edición: 2003

© Universidad Nacional Autónoma de México,
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias,
Av. Universidad s/n, Circuito 2, Col. Chamilpa, CP 62210,
Cuernavaca, Morelos, México.

Correo electrónico: crim@servidor.unam.mx

Sitio en Internet: <http://www.crim.unam.mx>

ISBN: 970-32-1161-5

Impreso y hecho en México

*A los hombres y mujeres con ganas de pensar
y transformar sus relaciones*

Agradecimientos

La realización de este libro no se inició con la preparación de mitesis doctoral, más bien es producto de largos períodos de reflexión y formación. Plasma muchas de las inquietudes que se fueron gestando desde mi infancia, vivida en una sociedad determinada por ciertos principios, normas e instituciones de diversa índole, hasta el desempeño profesional en mi etapa adulta. Estas experiencias me hicieron cuestionar supuestos y me plantearon la necesidad de analizar una realidad caracterizada por las “diferencias”; una de ellas cotidiana y difícil de cuestionar por considerarse “natural”, con ello me refiero a las desigualdades derivadas del género.

En cada relación de la vida, en cada acto, en cada experiencia está siempre presente esta realidad, y la posibilidad de su análisis tiene que ver con la historia de vida de cada sujeto.

En este sentido agradezco a mi familia, muy especialmente a mis padres y hermanos, la enseñanza permanente de que la educación, el cuestionamiento de la realidad y el deseo de incidir en su transformación, son factores esenciales en la construcción de los seres humanos, hombres y mujeres.

A mi madre le reconozco, entre muchas otras cosas, el mensaje cotidiano de que no es necesario repetir parámetros y formas de vida, que los seres humanos somos en parte nuestra circunstancia y que vale siempre la pena encontrar nuevas formas de vida que nos conduzcan a la felicidad.

A mi compañero de vida le agradezco su apoyo, pero sobre todo que me demuestre cada día que existen formas nuevas de ser hombre.

Mi profundo reconocimiento y agradecimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México, particularmente al Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias por su apoyo para esta publicación.

Agradezco también la profesional y amable colaboración de Irma González Béjar en la transcripción de las entrevistas, trabajo fundamental en la realización de este libro, y a Carmen León Saavedra por su excelente corrección de estilo.

En la elaboración de este libro, que derivó de mi tesis de doctorado en Sociología, deseo dejar mi testimonio de agradecimiento al Maestro Juan Guillermo Figueroa por su permanente apoyo, y por el intercambio siempre enriquecedor de ideas; por compartirme inquietudes, conceptos, hallazgos de investigación, y sobre todo por haberme permitido dialogar de forma democrática y libre, como lo hacen sólo los grandes docentes.

Agradezco los comentarios, críticas y correcciones que me hicieron académicas que merecen todo mi respeto, como seres humanos, mujeres y docentes: Angélica Cuéllar, Marcela Lagarde, Ivonne Szasz, Esperanza Tuñón y Gilda Waldman. Muchas gracias a Enriqueta Tuñón por su valiosa orientación en el análisis de las entrevistas, por compartir conmigo su conocimiento, labrado a lo largo de muchos años.

Muy especialmente agradezco a los hombres que generosamente decidieron darme sus testimonios. Ellos son el centro y razón de este libro. Si no doy sus nombres es para cumplir el compromiso que establecí con ellos de mantenerlos en el anonimato, pero cada uno sabrá que es parte sustancial de este libro. Puedo decir que este deseo me guió en todo momento, ojalá lo haya logrado.

Contenido

INTRODUCCIÓN

ANTECEDENTES. LOS VARONES EN DIVERSOS ÁMBITOS

Introducción

Los varones: reproducción y sexualidad

Varones, políticas y medicalización de la reproducción

Los varones en una nueva perspectiva

ALGUNOS PLANTEAMIENTOS RELATIVOS A LOS ESTUDIOS SOBRE VARONES Y MASCULINIDADES

Introducción

Características y construcción de la(s) masculinidad(es)

¿Cómo se va construyendo la masculinidad dominante?

El desarrollo de la(s) masculinidad(es) en estructuras históricas concretas

Algunas ideas aportadas por investigaciones y grupos de hombres en el contexto latinoamericano acerca de la(s) masculinidad(es)

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE SEXUALIDAD, GÉNERO Y MASCULINIDAD

Introducción

Sexualidad masculina. Algunas ideas

Algunas ideas aportadas por la investigación latinoamericana en relación con la sexualidad

ALGUNAS IDEAS SOBRE LOS VARONES Y LA REPRODUCCIÓN

Introducción

Acerca del control y la planificación de la reproducción

Algunas consideraciones finales sobre sexualidad y reproducción

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA(S) FAMILIA(S), LA PATERNIDAD Y EL PAPEL DEL PADRE EN LA FAMILIA

Algunas ideas acerca de la(s) familia(s) y sus cambios

La paternidad. Consideraciones generales

Algunas consideraciones acerca de la autoridad del padre y la masculinidad

Diferentes expresiones de la paternidad. Divisiones genéricas.

Significado e importancia de la paternidad para los varones.

Resultados de algunas investigaciones realizadas en contextos específicos

Algunos elementos de contexto, y acerca de condicionamientos económicos, sociales y culturales en el ejercicio de la paternidad

Algunos elementos de cambio y consideraciones finales

ALGUNOS ELEMENTOS METODOLÓGICOS

Algo acerca de la Metodología Cualitativa

La técnica de la investigación: Historias y los Relatos de Vida

Algunos puntos de partida

Ciclo de Vida

Curso de Vida

Etapas del Curso de Vida

Curso de Vida, Trayectoria de Vida y Transiciones

Algunas consideraciones acerca de las instancias de socialización

Grupos de pares
Las escuelas
Medios masivos de comunicación
El trabajo
La re-socialización

Instrumento. La Entrevista

LAS ENTREVISTAS A VARONES

Características generales de las personas entrevistadas

*Datos Generales. Edad, escolaridad, tipo de escuela,
profesión y trabajo actual*

LOS RELATOS Y ALGUNAS INTERPRETACIONES

CONTEXTO GENERAL:

RELATOS ACERCA DE LA HISTORIA FAMILIAR

Familia de procedencia. Calificación que dan los entrevistados

Papel del padre en el hogar

Las relaciones entre los padres

Valores más importantes transmitidos en el núcleo familiar

¿Una educación para los niños y otra para las niñas?

Diferenciación de derechos y papeles dentro de la familia

Valores más importantes transmitidos por el padre

Violencia física en la familia

Religión

Información sobre sexualidad en el hogar

Qué significa: “ser hombre”, El mensaje de la familia

EL INICIO DE LA VIDA SEXUAL. INFLUENCIAS DE DIVERSAS
INSTANCIAS DE SOCIALIZACIÓN

*Inicio de la vida sexual. Papel de la familia.
Expectativas y evaluación*

*Papel de los pares en el inicio de la vida sexual
y en las concepciones acerca de la sexualidad*

*Papel de la escuela en su información
sobre sexualidad y reproducción*

*Evaluación de los entrevistados respecto a la homosexualidad
(en familia de origen y en su concepción personal actual)*

RELATOS DE VIDA ACERCA DE LA(S) PAREJA(S)

Estado civil. Historia. Relaciones con parejas

*Evaluación del entrevistado respecto de sus relaciones amorosas
y el papel de la sexualidad en su(s) relación(es)*

*Evaluación de los entrevistados respecto de las mujeres y su
“clasificación” de ellas. Percepción de los entrevistados respecto
a la vida sexual de las mujeres en sus relaciones con otros varones*

Fidelidad/Infidelidad

*Expectativas y evaluación de los entrevistados respecto de su(s)
matrimonio(s) y unión(es) de pareja*

RELATOS SOBRE SU REPRODUCCIÓN

Introducción

*Matrimonios derivados de embarazos y casos de embarazos
no deseados por los entrevistados*

¿Qué significa ser hombre? La perspectiva de los sujetos

*Paternidad. Significado para el entrevistado.
Ejercicio y evaluación*

*Anticoncepción y planificación familiar. Experiencias,
información y comportamiento*

Aborto. Experiencias y opinión

*Valoración de las diferencias asignadas socialmente a hombres
y mujeres. Algunos elementos de la llamada “doble moral”*

*Valoración de la vida sexual, vinculada a la reproducción.
Relaciones de pareja. Negociaciones. Enfrentamientos
y prioridades*

*Derechos reproductivos. Condicionamientos sociales
y económicos de la sexualidad y la reproducción en México*

ALGUNOS RESULTADOS DERIVADOS DE LA INVESTIGACIÓN

ALGUNAS CONCLUSIONES

OBRAS CONSULTADAS

ANEXO. GUÍA DE ENTREVISTA

Introducción

Tuve motivaciones de distinta índole para elaborar la investigación de la cual se deriva este libro. En primer lugar, estoy convencida de que, a través de la comprensión de los procesos que dan lugar a la reproducción de los varones, y el contexto y circunstancias en las que ésta se lleva a cabo, se aborda un problema social de la mayor trascendencia. Constituye en primer lugar, un tema que se vincula directamente con las relaciones que se establecen entre los hombres y las mujeres, en un mundo caracterizado por la desigualdad entre los géneros, y que simultáneamente tiene consecuencias importantes en la vida de los niños y las niñas producto de tales relaciones. Un elemento que también me parece central y que he constatado a través de la investigación realizada, es el hecho de que durante mucho tiempo sólo existiera interés en conocer la reproducción de las mujeres. Esto no únicamente deja de lado aspectos centrales para la comprensión de los procesos reproductivos y sus implicaciones, sino que tiene consecuencias directas y nocivas sobre las vidas de las mujeres. Es un hecho que durante mucho tiempo se han dado intervenciones unilaterales sobre ellas —tanto en políticas como en programas— en la búsqueda de consecución de metas demográficas, que a menudo ignoran como objetivo central la elevación de la calidad de vida de los sujetos (hombres y mujeres); más bien se han centrado básicamente en la disminución del índice de fecundidad. Por ejemplo, se ha documentado sobre todo en los sectores más pobres de la sociedad mexicana, que muchas mujeres carecen de información adecuada acerca del uso y las consecuencias de los métodos anticonceptivos. Al no darse un seguimiento, las mujeres carecen de posibilidades para contrarrestar esas consecuencias nocivas a su salud. Incluso se ha comentado de casos en los que, sin consentimiento informado, las mujeres han sido sometidas a métodos de carácter irreversible, con el objetivo de detener

su reproducción. También se ha dejado de lado durante mucho tiempo la investigación orientada a comprender la reproducción en el entorno de la sexualidad y, en general, de la relación de pareja. No se había emprendido hasta hace poco el reto de analizar estos procesos desde una perspectiva relacional y de género, contribuyendo (aún sin desearlo) por una parte, a la reiteración de la idea de la reproducción como “naturalizada”, es decir: ya que el embarazo ocurre en el cuerpo de la mujer, quien se reproduce es la mujer y en última instancia los hijo(a)s terminan siendo responsabilidad total o casi exclusiva de ella; y por otra, a la idea medicalizada de la reproducción, que deja de lado su comprensión como fenómeno social, inserta en normatividades, instituciones, relaciones de poder, etcétera.

En este libro, la perspectiva de género se considera central, porque a partir de ella resulta posible comprender e interpretar las actitudes y comportamientos que tanto hombres como mujeres producimos y reproducimos en nuestras relaciones, muy particularmente en aquéllas que tienen que ver con la sexualidad y la reproducción humanas.

Dentro de este enfoque se trata de contribuir a “desnaturalizar” procesos que, en realidad, tienen su base en el hecho de que tanto los hombres como las mujeres somos construidos socialmente. Podemos decir, en términos generales, que el género constituye un modo de ordenamiento de la práctica social (Connell, 1987). Un sistema viviente de interacciones sociales y no uno de casilleros herméticos. El género es la manera en que la sociedad simboliza la diferencia sexual y fabrica las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres (Lamas, 1997). En el proceso de construcción del género se establece un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que reglamenta y condiciona la conducta de las personas. Además, la vida sexual (y reproductiva) humana estará siempre sujeta a la convención e interacción humana. Nunca será completamente natural, porque nuestra especie es social, cultural y articulada (Rubin, 1996). Como plantea Kaufman, la distinción sexo/género sugiere que existen características, necesidades y posibilidades dentro del potencial humano que están consciente e inconscientemente suprimidas, reprimidas y canalizadas en el proceso de producir hombres y mujeres. Es del proceso de organización y legitimación social de lo “masculino” y lo “femenino” del hombre y de la mu-

jer, de lo que se trata el género. El género es la categoría organizadora central de nuestra psique, el eje alrededor del cual organizamos nuestra personalidad. La clave del concepto de género radica en que éste describe las verdaderas relaciones de poder entre los hombres y las mujeres y la interiorización de tales relaciones.

Es así que el análisis de género constituye una estrategia fundamental cuando se plantean estudios sobre sexualidad y reproducción, pues los elementos que se atribuyen a la femineidad y a la masculinidad de manera importante, se establecen mediante los significados y prácticas sexuales y reproductivas.

Al construirse social, histórica y culturalmente este sistema de género, estamos también ante la posibilidad de su transformación. Al no formar parte de lo “natural” este sistema de desigualdades, plantea evidentemente la posibilidad de ser cuestionado, de develar las relaciones de poder y de dominación que están en su seno, de confrontarlo y transformarlo.

Por otra parte, considero importante apuntar que coincido con lo(a)s autores que han planteado que, bajo estructuras “patriarcales”, las relaciones de género crean constantemente condiciones desfavorables para las mujeres; que éstas se dan nítidamente en el terreno de la sexualidad y de la reproducción, lo que les impide tomar decisiones libres, vivir plenamente, y ejercer sus derechos. En muchos ámbitos se ha planteado que hay que privilegiar a las mujeres, pues ellas tienen un papel fundamental en la reproducción, y deben tener absoluta autodeterminación sobre sus cuerpos. Estoy totalmente de acuerdo con este planteamiento y también coincido con aquellos y aquellas que han insistido en que con esta lógica se puede, aunque no se desee hacerlo, contribuir a reforzar prácticas patriarcales y diferenciales para hombres y mujeres, donde los primeros llevan constantemente la mejor parte. Considero que es necesario propiciar, en todos los ámbitos y de todas las formas posibles, la creación de prácticas de relación de pareja más igualitarias, donde cada una de las partes pueda ejercer sus derechos con libertad, sin someter a nadie y pugnando por la realización plena de los seres humanos. Planteo asimismo, que no debe contribuirse a reproducir normatividades y discursos que ahonden las diferencias y que, sin desearlo, excluyan al varón de estos procesos; con ello los hombres

pueden estar en posibilidad y hasta con el impulso y el aval social para seguir actuando de manera irresponsable.

Es necesario, como plantea Seidler (1995a), realizar una exploración de las diversidades de la propia existencia de los varones en su paternidad: las tensiones, frustraciones y dificultades particulares que los varones pueden experimentar en sus relaciones con los hijos. También es crucial que los hombres reconozcan lo que las mujeres se han visto obligadas a soportar durante años, sin descartar aquello que los hombres pueden compartir de su experiencia. Considero que una mejor comprensión de los complejos procesos relativos a la sexualidad y a la reproducción, desde una perspectiva relacional, que dé cuenta no sólo de cómo se viven, sino de cómo se están transformando, nos permitirá avanzar de mejor manera en la construcción de relaciones más igualitarias, que permitan un efectivo ejercicio de derechos en todos los ámbitos y una mejor manera de vivir, tanto para los varones como para las mujeres. Este libro presenta los resultados más relevantes de la investigación que realicé, tratando de comprender y documentar estas realidades desde la perspectiva de los propios varones, interpretando su discurso a la luz de: las concepciones teóricas relativas al género; los avances hasta ahora alcanzados en el estudio de la(s) masculinidad(es); los hallazgos de investigaciones recientes que han abordado específicamente esta problemática.

Por otra parte, he tratado de documentar no solamente los procesos que se van dando a lo largo del ciclo de vida de estos varones, y que han ido influyendo de manera determinante en sus relaciones de pareja, y en aquellas que establecen con sus hijos; formas de ir adaptándose a las circunstancias que se les van presentando, formas diversas de negociación de su sexualidad y su reproducción, y también de imposición, ejercicio de poder y dominación. He intentado encontrar y documentar elementos de cambio, de resistencia y transgresión de normatividades sociales que estos hombres han emprendido, así como los efectos que tales procesos han tenido en sus propias vidas.

Esta investigación intentó enmarcarse en el tipo de estudios sociológicos que utilizan metodología cualitativa, que retoman la perspectiva relacional de los procesos y tratan de comprenderlos como parte de procesos históricos, culturales, sociales, económicos, de gran com-

plejidad, que requieren ser ubicados en contextos específicos. Aunque algunos investigadore(a)s consideran que aclarar que el estudio tiene un carácter exploratorio resulta una obviedad, en este caso me parece relevante insistir en este carácter, pues pretendo únicamente un acercamiento a ciertos aspectos de la vida de un grupo reducido de varones, y sus conclusiones de ninguna manera pretenden ser generalizables a todos los varones mexicanos.

Realicé el estudio entrevistando a varones con ciertas características, sobre temáticas relativas básicamente a la sexualidad, la reproducción y la paternidad, y pude darme cuenta de la enorme heterogeneidad que existe en la sociedad mexicana, aun tratándose de varones que comparten algunas características esenciales como son: sector social de pertenencia, escolaridad y tipo de trabajo.

En este estudio se eligieron informantes de edades distantes, (el mayor tiene 62 y el menor 31 años), por considerar, en principio, que la pertenencia a una generación tiene alguna influencia en las percepciones y comportamientos de los entrevistados en cuanto a la temática de esta investigación, pues han emergido nuevas formas de socialización en las nuevas generaciones.

Parto de la idea de que la masculinidad no es única en el tiempo, va cambiando, transformándose. Ciertos momentos de la vida de los sujetos pueden constituirse en puntos de ruptura con ciertas normatividades. La biografía es un proceso que se va construyendo a lo largo de la vida y en esta investigación se tratará de documentar sobre todo aquéllos que el entrevistado ubica como cruciales. En esta investigación se trataron de recuperar esos momentos, experiencias y circunstancias cruciales para la biografía de estos sujetos.

Traté de contar con entrevistas a sujetos que a pesar de tener elementos en común, también tienen diferencias en otros aspectos. Asimismo, consideré importante la variedad en términos de procedencia geográfica de los sujetos y sus familias de origen, que aparecieran también distintos tipos de familia, en términos de su integración/desintegración, en cuanto a la presencia o ausencia del padre en el hogar, de la presencia o ausencia de hermanas, de tipo de escuela.

La ubicación socioeconómica y cultural de estos varones es específica (sector medio y alto), con alto grado de escolaridad y activi-

dades laborales consideradas de tipo intelectual, no manual; dedicados a diversas actividades y con historias de vida muy diversas. A pesar de pertenecer actualmente a lo que se puede considerar sector medio de la sociedad, dado el ingreso económico de los entrevistados y el nivel de vida con que cuentan, hay heterogeneidad en sus familias de origen y en la procedencia. En algunos casos se trata de familias que ya radicaban en el Distrito Federal desde el momento del nacimiento del entrevistado, en otros casos se trata de padres migrantes, tanto de otras zonas de México como del extranjero. En ciertos casos puede decirse que han mantenido su posición en la escala social, mientras que en otros, los entrevistados han logrado un ascenso considerable, en relación con la posición que ocuparon sus familias de origen. Hay heterogeneidad también en términos de la ocupación actual de los entrevistados: se trata de empresarios, dueños de sus empresas; de funcionarios públicos, de diverso nivel e ingreso y otros realizan trabajos de carácter académico en la docencia y la investigación. Las universidades de las que provienen también son diversas, algunas privadas, otras públicas. Las profesiones también son diversas, ubicándose básicamente en Ciencias Sociales y Humanidades y áreas de carácter administrativo, aunque también está representada la Ingeniería. La característica que los une es que todos son, de una u otra manera, padres y todos se declaran heterosexuales. La heterogeneidad también se da en términos de los tipos de uniones que los sujetos tienen y han tenido: solteros, casados, divorciados, vueltos a casar, nunca casados, unidos, nunca unidos. Como ya se dijo, se eligieron entrevistados que tuvieran distintas edades para tratar de encontrar diferencias y similitudes, cambios y transformaciones, experiencias, cuestionamientos, etc., considerando el ciclo de vida.

Antecedentes. Los varones en diversos ámbitos

INTRODUCCIÓN

Parece existir consenso entre las y los expertos en el tema de género, en el sentido de que estos estudios se han centrado en la situación de las mujeres, a tal punto que tendemos a pensar en ellos como de, sobre y para mujeres. No hay que olvidar que tanto el feminismo como la perspectiva de género tienen su fundamento y luchas en la posición de indudable subordinación de las mujeres. Es lógico en un mundo tan desfavorable para el género femenino que las principales preocupaciones sobre el tema hayan partido de las mujeres, y tal vez por ello las imágenes de hombres y masculinidad no han sido objeto, al menos hasta hace poco tiempo, de un interés semejante.

Las pensadoras feministas han comprobado que tratar de resolver los problemas de desigualdad de género —incluyendo los de la esfera reproductiva y sexual— trabajando solamente con mujeres resulta insuficiente, y puede no ser tan fructífero como se desearía, ya que al trabajar sólo uno de los polos del problema se pierde de vista que éste es multifactorial. Se dice entonces que no se avanzará al estudiar solamente a las mujeres, el objeto es más amplio. Se requiere analizar todos los niveles, ámbitos y tiempo de las relaciones mujer-varón, mujer-mujer y varón-varón (De Barbieri, 1992). De hecho, en su acepción más simple y generalizada en el público no experto, género se ha convertido en sinónimo de mujeres. En los últimos años, en cierto número de libros y artículos cuya materia es la historia de las mujeres, se sustituyó en los

títulos “mujeres” por la palabra “género” (Scott, 1996: 270). La preocupación por descubrir y denunciar los artificios culturales que fomentan la dominación de la mujer, y los discursos que contribuyen a construir y preservar la jerarquía y la injusta distribución del poder, han dejado un amplio terreno por explorar : cómo se construye socialmente la masculinidad, cómo quienes nacen “machos” de la especie humana devienen en hombres (Callirgos,1996) y dentro de ello cómo es y por qué su comportamiento reproductivo, y los aspectos que lo rodean.

LOS VARONES: REPRODUCCIÓN Y SEXUALIDAD

Hasta ahora los varones aparecen como referencia de las mujeres en casi todas las investigaciones, pero poco se ha puesto en evidencia el ser social y la interacción entre varones; esto es, la perspectiva masculina de las relaciones hombre-varón y respecto a las mujeres. No se sabe, por ejemplo, si en las sociedades actuales el ciclo de vida masculino es similar o diferente al femenino; cómo construyen los distintos sectores de varones la paternidad, la jefatura de hogar, las responsabilidades domésticas, sus amistades, sus lealtades y conflictos. Hoy se reconoce la necesidad de dar cuenta de la forma en que los varones, como tales, construyen la reproducción, la sexualidad y la capacidad de trabajo en ámbitos privados, domésticos y públicos (De Barbieri, 1996: 80).

Comparto la idea de Kimmel de que la masculinidad y la feminidad son construcciones relacionales, y no puede comprenderse la construcción social de la masculinidad o de la feminidad sin hacer referencia a la otra (Kimmel, 1990: 12). Adoptar una perspectiva de exclusión implica ignorar cómo cualquier discurso hegemónico produce subordinadas y subversivas variantes, y también la existencia de múltiples y competitivas masculinidades hegemónicas en contextos específicos (Cornwall *et al.*, 1996: 18).

La presencia de los varones es muy contradictoria dado que se les suele interpretar como obstáculos, o como apoyadores de la regulación de la fecundidad de sus parejas, pero no como seres que pueden regular su fecundidad, aunque al investigar sobre ellos aparecen elementos sexistas y de rechazo a asumir responsabilidades (Figueroa, 1997: 12).

Asimismo, varios autores encuentran la pertinencia de explicitar sexis-mos del conocimiento y del quehacer médico, así como de políticas públicas vinculadas a la reproducción. Así, diversos autores (Castro y Bronfman, 1993) analizan los criterios de interpretación epidemiológica en la práctica médica y comentan que los conceptos de naturaleza, cuerpo, subjetividad, dominio privado, sentimientos, emociones y reproducción se asocian a la identidad genérica femenina, mientras que los conceptos de cultura, mente, objetividad, dominio público, racionalidad y producción, se vinculan a la identidad genérica masculina (*ibid.* 10-11).

En diversas disciplinas como la demografía, la medicina y la psicología, así como en la vida cotidiana, se ha mantenido la visión de que las mujeres son las que se reproducen y que los varones son “actores secundarios” del proceso. Es así que, por ejemplo, en la Conferencia Mundial sobre Población y Desarrollo, llevada a cabo en 1994 en El Cairo, Egipto, las palabras hombres/masculino estuvieron tratando temas asociados tradicionalmente a problemáticas femeninas. Cuando hicieron referencia al campo de la salud y los derechos reproductivos, se hizo patente que la transformación de los indicadores relativos a la salud de las mujeres sólo podría ser concretada en la medida en que la población masculina —joven y adulta— también modificase sus patrones de comportamiento, por ejemplo en relación con enfermedades de transmisión sexual como el sida y en cuanto al uso de anticonceptivos (Arihla, 1999).

Hoy, al menos en algunos espacios, y gracias a la perspectiva de género, se confirma la pertinencia de cuestionar la construcción de papeles para varones y mujeres, en particular los que se vinculan a la valoración de la reproducción y de las tareas asociadas a la misma. En los estudios se hace evidente la presencia contradictoria de los varones en el ámbito de la reproducción. Por una parte hay un silencio complaciente de los papeles diferenciados y excluyentes de la reproducción, el ejercicio unilateral del poder en este ámbito y el distanciamiento ambivalente de los varones respecto a los procesos reproductivos; y, por otra, la existencia de varones (aún muy pocos) que enfrentan obstáculos sociales, institucionales, de pareja y de grupos de pertenencia, al vivir

la reproducción como un proceso compartido con la pareja y con los propios hijos (Figuroa y Rojas, 1998: 1).

Hoy parece existir consenso de que hay supuestos sexistas en el tratamiento de estos temas, y que los varones han sido relegados en el tema del análisis de la reproducción humana, pero de ninguna manera este hecho debe dar lugar a una lectura “victimizada” de los varones. Es verdad que no aparecen como “objeto” de estudio en los modelos de interpretación, pero son ellos los que han escrito estos modelos. Durante largo tiempo han mantenido un silencio peculiar, un silencio aparentemente “cómplice” ante estos hechos. Una posible interpretación (que creo prevalece en muchos medios) es que no han cuestionado el estado de cosas porque dentro de éste han llevado la mejor parte. Otra posibilidad se refiere a un proceso por medio del cual, su construcción como sujetos de un género determinado social y culturalmente, los ha mantenido en un estado de “enajenación” que les impide cuestionar estos procesos. Otra posible interpretación va en el sentido de que los varones, dada la manera en que han sido contruidos, viven en el fondo una especie de miedo que les impide a menudo enfrentarse y transgredir las normas. En todo caso, varones y mujeres, en distintas condiciones, prácticas sociales y relaciones de poder, hemos mantenido y también transformado las normatividades; lo más común hasta ahora (o lo más documentado cuando menos) es que los varones han participado avalando el modelo hegemónico y algunas mujeres han tratado de oponerse —a menudo con éxito— logrando transformaciones indiscutiblemente importantes que han hecho que varones de ciertos sectores sociales y de ciertas sociedades estén cambiando, en ocasiones de manera trascendente, si lo comparamos con actitudes y comportamientos prevalecientes en el mundo entero hasta hace pocas décadas.

En proyectos anteriores a éste, como es el caso del *International Reproductive Rights Research Action Group* (IRRRAG) (Petchesky y Judd, ed., 1998) se ha documentado que la noción de derechos reproductivos la han ido construyendo las mujeres a partir de la vivencia de experiencias dolorosas y cómo, al experimentarlas, ellas buscan mecanismos de defensa. En investigaciones posteriores se ha planteado la necesidad de analizar si los varones también viven “malestares”, y la necesidad de cuestionar la idea generalizada de que, para los varones,

sexualidad y reproducción constituyen generalmente experiencias Placenteras”.

En este proyecto de investigación se trató también de conocer si los varones entrevistados hacen referencia a “malestares” en la reproducción y si perciben que es posible cambiar, en cuanto a sus relaciones de pareja y su sexualidad.

VARONES, POLÍTICAS Y MEDICALIZACIÓN DE LA REPRODUCCIÓN

Existen muchas evidencias que permiten afirmar que en las políticas y programas gubernamentales vinculados a la anticoncepción se dan elementos sexistas. Las políticas se dirigen a mujeres: es muy diferente el trato que se da a los hombres (por ejemplo en la vasectomía) que a las mujeres, cuando se les practica una operación permanente para evitar la procreación. Además, en los métodos “modernos” a menudo se privilegia la efectividad por encima de la interacción entre mujer y varón.

Las políticas de población han sido criticadas por su verticalidad, discrecionalidad y desconocimiento del saber familiar, subsumiéndolo al saber médico como representante instrumental del saber “de la nación” (Cervantes, 1997a: 10)

Un tema central en el análisis es el que se refiere a la “medicalización” de la reproducción, ligada a elementos también sexistas y normas diferenciadas para varones y mujeres, y que parte de supuestos que han provocado, en la práctica, que los varones participen muy poco, si es que lo hacen, en la regulación de la fecundidad. Esto se ve como un asunto de mujeres y conlleva la idea de que los hombres son casi externos al proceso, en todo caso sólo son facilitadores o representan obstáculos para la reproducción de las mujeres. Parecería que quien se reproduce es la mujer y que la participación del hombre es solamente secundaria. En este sentido se alienta, al menos en cierta forma, la falta de compromiso y responsabilidad de los varones respecto a su propia reproducción y también reproduce socialmente la idea de que los hombres no tienen por qué dar cuenta de su vida sexual, lo que lleva a problemas serios, in-

cluso de salud pública que hoy día se han hecho aún más evidentes con la propagación del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida).

En muchas ocasiones, cuando desde la medicina se han abordado los problemas de salud de las mujeres, se han centrado en temas reproductivos y no necesariamente se han cuestionado las relaciones de género y las condiciones culturales y sociales que dejan en mayor exposición a riesgos en el ámbito reproductivo a las mujeres, como el ejercicio del poder y la desigualdad de derechos, así como la forma en que se asumen las responsabilidades. Se ha dado poca importancia a la presencia del varón en la reproducción y se ha tratado más la enfermedad que la salud (Figueroa y Rojas, *op. cit.*: 4).

Por otra parte, socialmente y aun en la psicología, se han construido y avalado categorías excluyentes y estereotipadas de lo masculino y lo femenino, con responsabilidades y derechos diferenciados en el ámbito de la reproducción, incluyendo la crianza de los hijos. En esta división de lo masculino y lo femenino se da lugar a valoraciones sociales desiguales. Las mujeres cambian su status en la sociedad desde el momento en que se embarazan, y no es así para la mayoría de los varones. La paternidad es un fenómeno que se empieza a vivir, en el mejor de los casos, a partir del parto y muy a menudo hasta que se establece el contacto del padre con el o la hija. Se sigue considerando que el hombre y la mujer tienen espacios diferenciados: el hombre debe ocuparse de proveer al hogar de lo necesario, mientras que la mujer es casi única responsable de la reproducción biológica y la psicología de los hijos(as) y la pareja. Así se ahonda más la distancia entre lo público y lo privado, dando lugar a divisiones excluyentes entre los espacios de desarrollo de los varones y de las mujeres (Figueroa y Rojas, *op. cit.*: 5-6).

En la actualidad como se ha apuntado, se hace una crítica al hecho de que la población femenina ha sido la principal población de referencia en el estudio de la fecundidad, lo cual se ha justificado porque a través de ellas se obtienen informaciones más precisas y porque ellas son las actores de la reproducción y la crianza de los hijos; también por el hecho de que frecuentemente se han empleado los mismos marcos teóricos e interpretativos, supuestos, categorías e instrumentos de análisis para analizar a hombres y a mujeres, sin considerar el papel de diferenciación existente entre ellos. Asimismo, se ha criticado a las investigaciones que

únicamente veían la desventaja femenina en comparación con la masculina y a presentar a las mujeres como víctimas y sujetos pasivos, sin profundizar en los orígenes de la desigualdad y subordinación que las someten, ni en las estrategias que ellas despliegan para enfrentarse o acomodarse a tales situaciones (García *et al.*, 1997: 1-2).

En general, también existen estudios que sostienen estar basados en una perspectiva de género, pero en realidad niegan las bases mismas de esta perspectiva. Pretenden hacer generalizaciones a partir de ciertos hallazgos parciales, se refieren únicamente a ciertos grupos de población específicos muchas veces no representativos, y a partir de esto hacen afirmaciones generales y estereotipadas que poco contribuyen a la comprensión de estos complejos comportamientos y procesos sociales vinculados con la sexualidad y con la reproducción. Incluso llegan a negar, en los hechos, el carácter histórico y por tanto modificable de los propios procesos que estudian. No hacen una ubicación explícita de sus sujetos estudiados, considerándolos como “fuera” de una estructura social determinada y no toman en consideración su inserción en la misma respecto de otros ejes de desigualdad social, además del genérico, como son las clases sociales y las etnias.

LOS VARONES EN UNA NUEVA PERSPECTIVA

Los estudios sobre varones introducen, novedosamente, la voluntad declarada de romper con un esquema milenario. Hoy cada vez más se comprende que “hombre” es el varón, no el sinónimo de “humano” y que la masculinidad y la feminidad son construcciones relacionales; que nadie puede comprender la construcción de la masculinidad o de la feminidad sin hacer referencia a la otra. La masculinidad, atributo de los hombres, es al mismo tiempo relativa y reactiva, de modo que cuando cambia la feminidad, cuando las mujeres desean redefinir su identidad, la masculinidad se desestabiliza, se cuestiona y eventualmente se transforma (Badinter, 1992: 24-26).

Por otra parte, dentro de las nuevas formas de analizar el tema de la población y sus políticas, se abordan cuestiones fundamentales relacionadas con la ética, los derechos humanos y el desarrollo humano, esto

es, un nuevo enfoque que se vincule al desarrollo. Hoy, algunos autores proponen reformular las políticas, basadas en la aceptación inequívoca de los derechos humanos, incluyendo no sólo los derechos políticos y civiles, sino muy especialmente los sociales y económicos.

En este sentido se ha ido incorporando la concepción que sugiere que, desde un punto de vista histórico y formal jurídico, los derechos reproductivos deben incluirse dentro de la categoría de los derechos humanos, definidos como sociales. Su contenido y forma de operar es similar al del derecho a la salud, la educación y el trabajo. Son derechos que dependen de la existencia de ciertas condiciones para que puedan objetivarse, y en este sentido el Estado tiene la obligación de asegurar las condiciones idóneas para que las decisiones sobre la reproducción se realicen no solamente libre, sino plenamente (Cervantes, *op. cit.*: 26).

Se propone no solamente empoderar a los seres humanos, especialmente a las mujeres para tomar libremente decisiones reproductivas, sino que la toma de decisiones se extienda a toda la gama de necesidades sexuales y reproductivas, y a la sexualidad misma (Sen Gita *et al.*, 1994a) Esto obviamente requiere transformaciones de fondo en las relaciones de poder dentro de los hogares, y fuera de ellos. Se propone cambiar el discurso y las acciones; hablar menos de control demográfico y más de derechos y equidad.

Recientemente se ha ido incorporando a los varones como actores centrales en los procesos de construcción social de la sexualidad y de la reproducción. Se ha complejizado la interpretación y sistematización de las condicionantes que influyen sobre el “ser varón”, tratando de superar interpretaciones que o bien satanizaban a los varones o los presentaban como víctimas, al considerarlos como “meros productos” de un conjunto de prácticas sexistas, y de un modelo de relaciones patriarcales. Por otra parte, se ha ido logrando incorporar y comprender el carácter histórico de las normatividades que influyen sobre las relaciones y especializaciones genéricas y que además aseguran su reproducción. Se ha hecho evidente la participación consciente o inconsciente de los individuos en la reproducción de tales prácticas, por recurrir a procesos de adaptación y acomodación. También ha quedado clara la posibilidad de cuestionarlas a través de una resistencia abierta o silenciosa, a la vez que se han documentado opciones de transgredirlas cuando se hacen evidentes, cuando

se identifican las presiones y costos sociales de no cumplirlas, y cuando se buscan estrategias para modificarlas de manera colectiva (Figuroa, 1998: 1).

En algunos sectores, organizaciones y autores (Anderson, 1997; Necchi, 1998) ya existe la inquietud por redimensionar el papel de los varones, al pensarlos como seres que se reproducen, que enfrentan riesgos en su aparato, comportamiento y proceso reproductivo, además de los que pueden aportar en las formas como afectan a sus descendientes y a su pareja, en el proceso de la reproducción. A partir del concepto de salud reproductiva —que incluye elementos importantes como: que los individuos tengan capacidad de reproducirse, así como de regular su fecundidad; que las mujeres tengan embarazos y partos seguros; que los resultados de los embarazos sean exitosos en cuanto a la supervivencia y el bienestar materno-infantil y que las parejas puedan tener relaciones libres de miedo a embarazos no deseados o a enfermedades— alguno(as) autores se han propuesto incursionar en el carácter relacional, social y potencialmente conflictivo de la reproducción en el marco de las relaciones sexuales, al margen de buscar un equilibrio utópico; reconocer las formas y los momentos de enfrentamientos entre hombres y mujeres y replantear el análisis de la reproducción como proceso de relaciones, y no como eventos aislados de hombres y mujeres, recuperando la especificidad de unos y otras; pensar en los varones como actores con sexualidad, salud y reproducción y con necesidades concretas que deben tomarse en cuenta, tanto en su interacción con las mujeres como en la especificidad de la población masculina (Figuroa, *op. cit.*: 1-2).

Existe hoy un número cada vez mayor de investigadore(a)s que intentan repensar la idea de los derechos en términos relacionales y sociales, y no individualistas, pues reconocen que ello dificulta cuestionar las jerarquías socialmente construidas como modelo de referencia para ejercer capacidades vitales, como es el caso de la sexualidad y la reproducción. El ejercicio de los derechos reproductivos implica que existan condiciones de libertad y también de acceso (Figuroa, en prensa; Correa y Petchesky, 1994), tiene que ver con la libertad definida como autodeterminación y control sobre el propio cuerpo. Se extiende a la relación de pareja, a la igualdad de derechos y de responsabilidades, y se relaciona con la toma de decisiones libre de coerción. Las relaciones

de poder de género, así como la posición de clase y las oportunidades reales, son elementos esenciales para comprender estos procesos.

Los estudios sobre mujeres y fundamentalmente la perspectiva de género, han propiciado un interés cada vez mayor en los estudios de carácter relacional, que toman en cuenta de manera explícita a los actores comprometidos en tales relaciones. Así se comenzó a replantear el lugar que tienen los varones en estos procesos. También se ha avanzado en el estudio de los modelos a partir de los cuales los hombres aprenden a definirse como tales, sin que ello pueda asumirse de una manera única a lo largo de las diferentes etapas de la vida, en diferentes grupos y en contextos culturales diversos. Es decir, que la ubicación en el ciclo de vida, la sociedad y el país del que se es parte, la clase social, la etnia, son factores centrales en esta interpretación y se llama la atención acerca de la poca pertinencia de generalizaciones que obscurecen procesos específicos de la mayor importancia. Este libro pretende enmarcarse en este tipo de estudios.

Algunos planteamientos relativos a los estudios sobre varones y la(s) masculinidad(es)

Piensa lo que significa para un niño hacerse hombre en la creencia de que independientemente de sus propios méritos o esfuerzos, aunque sea el más frívolo y hueco o el más ignorante y estúpido de la humanidad. sólo por haber nacido hombre es por derecho superior a todos y cada uno de los miembros de la otra mitad de la especie humana
*John Stuart Mill**

INTRODUCCIÓN

En los últimos años se han incrementado de manera importante las investigaciones relativas a la masculinidad, y en algunos casos, a las masculinidades en plural. Se han dado, a partir de entonces, diversas lecturas sobre el tema: algunas presentan una visión satanizada de los varones, el varón entonces es concebido como el todopoderoso verdugo de las mujeres; en otras, se habla de la “pérdida de autoridad del varón” en la sociedad moderna y de cómo al cambiar los papeles, ellos están sufriendo terriblemente con los cambios sociales y culturales, básicamente en función de la transformación en el papel y lugar que ocupa ahora la mujer en la sociedad y en la economía. Ello ha provocado cambios dentro de las familias, con los cuales “sufren” los niños y también los varones. Es ésta una visión de víctima de los varones, que propone

* Citado por Miedzian, 1995.

recuperar su papel y convertirlos nuevamente en héroes: es la visión de los mitopoéticos cuyo representante más connotado es Robert Bly. Algunos otros se han puesto a estudiar a los varones para estar de moda y ser considerados como aliados del feminismo; otros, reconociendo la complejidad de los procesos, tratan de entender que los varones, al igual que las mujeres, están condicionados socialmente por su género. Que existen normatividades y papeles que se les imponen y a los que a menudo se les obliga a asumir, y que es necesario tener una visión que nos permita desconstruir las relaciones de poder. Encontramos también la propuesta que trata de reconstruir históricamente las múltiples normatividades sociales e institucionales que han influido sobre los modelos de masculinidad y feminidad dominantes, y sobre los subordinados. En este caso, los autores y autoras tratan de analizar las transgresiones, personalizar a las instituciones destacando que al margen de que parezca que las cosas han sido siempre así, se destaque que las personas producimos las instituciones, las avalamos y también podemos modificarlas (Figuroa, 1998b: Comentarios: 9-10).

La(s) masculinidad(es) puede(n) estudiarse como dominio masculino, en la producción social de nuevos hombres y de su identidad, o bien desde el problema de la identidad de género, lo cual supone la referencia al otro (a) y, por tanto, la articulación de los estudios sobre hombres y sobre mujeres, y la exploración de cómo las transformaciones en la vida de uno(a) influye en la del (a)otro (a), es decir, desde una perspectiva relacional. En este sentido es importante desde mi punto de vista, la aportación de autores como Connell (1995) que se oponen a conceptualizar a la masculinidad como un objeto, como un comportamiento determinado, como una característica natural del individuo, o como una norma de conducta, para hacer una crítica seria a las interpretaciones esencialistas, normativas y positivistas. En cambio se plantea considerar a la masculinidad como un sistema de diferencias simbólicas, donde el lugar de lo “masculino” y de lo “femenino” son contrastados de manera permanente. De ahí que la atención sobre la masculinidad se deba poner en el proceso relacional, donde los hombres y las mujeres vivimos el género. En este sentido la masculinidad es, a la vez “un lugar de las relaciones de género, las prácticas por medio de las cuales hombres y mujeres se involucran en dicho lugar relacional, así como los efectos de

dichas prácticas en la experiencia personal, la personalidad y la cultura (Connell, *op. cit.*: 71).

Desde esta perspectiva se plantea abordar la(s) masculinidad(es) como una cuestión en la que el poder tiene un papel central, desde una perspectiva histórica y social. La(s) masculinidad(es) es(son) algo que se construye(n) en lo cotidiano, que se va significando y resignificando en forma constante, en función de una trama de relaciones que el varón establece consigo mismo, con los otros, con la sociedad, de ahí que se considere que lo “masculino” pertenece al campo de lo social y no al de la naturaleza o la biología.

CARACTERÍSTICAS Y CONSTRUCCIÓN DE LA(S) MASCULINIDAD(ES)

Para algunos autores la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta, es decir, aquello a lo que se denomina “hombre de verdad” o “auténtico hombre” es en realidad algo incierto y precario, como un premio a ganar o conquistar con esfuerzo. Por ello en muchas sociedades estudiadas se ha encontrado que se elabora una elusiva imagen exclusivista de masculinidad mediante aprobaciones culturales, ritos y pruebas de diversa índole (Gilmore, 1994: 15). Muchos piensan que en nuestras sociedades la masculinidad es definida como la norma, que se conforma y expresa en función de negar lo “femenino”. Ello conlleva contradicciones y problemas serios pues “si el varón es formado en la creencia de que sólo el varón es persona plena, sujeto significativo, interlocutor válido, entonces no es de extrañar que prefiera el trato con varones. La paradoja de la heterosexualidad del varón está en que no le gustan las mujeres como personas. Lo normal es el varón y, en consecuencia, las mujeres son lo que produce extrañeza o lo que debe ser explicado (Marques, 1997: 85).

También se afirma continuamente que los varones se enfrentan a problemas para adquirir su identidad masculina, y que ésta se tiene que reafirmar continuamente a lo largo de sus vidas. Consideran, asimismo que, tratar de cumplir con el ideal que representa “ser hombre” es generalmente una experiencia dolorosa, sobre todo en sociedades como la

nuestra, que se distingue por ser homofóbica y en la cual el individuo que va buscando su masculinidad intenta con gran esfuerzo llegar al éxito, la riqueza, el status, aun en contra de los otros y muchas veces de sí mismo.

En la carta que Franz Kafka escribió a su padre, que analiza Cazés (1997) encontramos todo un catálogo de lo que significa “ser hombre de verdad”, atributos que coinciden con lo que muchos otros autores y autoras han planteado y que pueden resumirse en : trabajo, fuerza, valentía, superioridad, conocimiento, violencia, falta de alegría y espontaneidad; seriedad, severidad, fortaleza, valentía, padre ausente, seguridad, confianza en sí mismo, gobernar, tener siempre la razón, ejercer poder sobre otros y otras. Ser la medida de todas las cosas, ínglir dolor y saber castigar, entre otras. Es interesante apuntar que el autor concluye su análisis apuntando que, a pesar de haber cuestionado estos valores y comportamientos, en los hechos Kafka en el ámbito íntimo y conyugal vivió como “un hombre de verdad”.

Para algunos autores y desde otra perspectiva, en el presente los hombres se preguntan qué significa ser hombre. Cambian los viejos valores, desfallece el ideal heroico, los hombres buscan un nuevo paradigma de masculinidad y se suscitan dolorosas preguntas sobre el tema. Según esta perspectiva, a la mitad de la vida los varones usan algo más profundo y llegan a encontrar una virilidad más madura y una masculinidad “más allá del héroe”. En los relatos analizados, han descubierto temas que aparecen también en la experiencia del psicoanálisis, como son las luchas con los padres, las dudas secretas sobre la propia virilidad y la fascinación por lo femenino, como una especie de búsqueda del alma masculina. Los hombres —dicen— sufren vergüenza escondida, para adaptarse al ideal heroico rechazan su miedo y su dolor, minimizan los peligros de su conducta y sobrestiman sus capacidades. El resultado es el machismo usual en los jóvenes y el orgullo de los patriarcas. Pero muy pocos pueden vivir conforme al ideal del héroe y en general sienten vergüenza por su fracaso. Muchas veces utilizan la violencia para defender su orgullo, en esta perspectiva la violencia se explica por desesperación, cuando se exponen su secreto o su humillación. Consideran que esa costumbre de los hombres de esconder su miedo y vulnerabilidad es insana, no solamente para ellos sino para todos los que los rodean. Pro-

ponen una autorreforma, a través del análisis personal (Chinen, 1997). En esta perspectiva no está presente el análisis, la manera en que socialmente se construye la(s) masculinidad(es) ni existe la preocupación por considerar las cuestiones del poder, características de las relaciones entre los géneros.

Desde otra perspectiva, el ideal de la masculinidad impuesto en Occidente ha sido definido como una amenaza vital, pues se considera que los esfuerzos exigidos a los hombres para alcanzarlo les provocan angustia, dificultades afectivas, miedo al fracaso y comportamientos compensatorios potencialmente peligrosos y destructores, como lo han comprobado estudios realizados acerca de la problemática del sida. M. Kimmel y M. Levil han demostrado cuán contrario es el modelo viril tradicional, que privilegia la aventura y el riesgo, a la prevención que podría evitar tal enfermedad (Badinter, *op. cit.*: 174).

En análisis de esta temática referidos a sociedades como la norteamericana “ser hombre” se define en primer lugar como alejado, o en oposición clara a todo lo que pueda ser femenino, ser hombre de verdad es estar “limpio de feminidad” con lo que se exige a los varones renunciar a una buena parte de sí mismos. Además el “macho” es una persona importante, que debe ser “superior” a los demás. La masculinidad se mide a través del éxito, el poder y la admiración que se es capaz de generar en los demás. Tiene que ser independiente, contar solamente consigo mismo; además debe ser siempre fuerte, recurriendo a la violencia si es necesario. Deberá demostrar que es capaz de correr todos los riesgos; el varón ejemplar es duro, solitario, no necesita de nadie, es impenetrable y viril. Duro entre los duros, un mutilado de afecto, que está más preparado para la muerte que para el matrimonio y el cuidado de sus hijos. Ese país, con todo su poder ha impuesto su imagen de virilidad a muchas otras culturas del mundo (*Ibid.*: 161).

Bourdieu (1990) por su parte aporta algo central al afirmar que el orden social masculino está tan profundamente arraigado que no requiere justificación: se impone como autoevidente, es considerado como natural gracias a un acuerdo entre todos que se obtiene, por un lado, de estructuras sociales como la organización social del espacio, el tiempo, y la división sexual del trabajo y por otro, de estructuras cognitivas inscritas en los cuerpos y en las mentes. Las personas dominadas, o sea las

mujeres, aplican a cada objeto del mundo y en particular en la relación de dominación en la que están atrapadas, esquemas no pensados que son el producto de la encarnación de esta relación de poder en la forma de pares y que las lleva a construir esta relación desde el punto de vista del dominante como natural. La eficacia masculina radica en que legitima una relación de dominación que se inscribe en lo biológico, que en sí mismo es una construcción social biologizada.

La masculinización de los cuerpos de los machos humanos y la feminización de los cuerpos de las hembras humanas son procesos que efectúan una somatización del arbitrario cultural que también se vuelve una construcción durable del inconsciente. Los varones son sujetos de las estrategias matrimoniales, a través de las cuales trabajan para mantener o aumentar su capital simbólico, las mujeres son tratadas como objetos de dichos intercambios, en los que circulan como símbolos adecuados para establecer alianzas. Para Bourdieu la dominación masculina está fundada en la lógica de la economía de los intercambios simbólicos, o sea sobre la asimetría fundamental entre hombres y mujeres, instituida en la construcción social del parentesco y el matrimonio. La economía del capital simbólico tiene cierta autonomía, lo cual explica, según él, que a pesar del cambio en el modo de producción se puede perpetuar.

Desde la perspectiva de Bourdieu, la socialización tiende a efectuar una somatización progresiva de las relaciones de dominación de género a través de una operación doble: primero, mediante la construcción social de la visión del sexo biológico, que sirve como la fundación de todas las visiones míticas del mundo; segundo, a través de la inculcación de una hexis corporal que constituye la verdadera política encarnada. La masculinización de los cuerpos en machos y la feminización de los cuerpos de las hembras humanas son procesos que efectúan una somatización del arbitrario cultural que también se vuelve una construcción durable del inconsciente (*ibid.*: 346).

Se trata de formular una teoría de la objetividad de la experiencia subjetiva de las relaciones de dominación. Las estructuras de dominación no son ahistóricas, son el producto de un trabajo incesante y por tanto histórico de reproducción, al que contribuyen agentes singulares, como los hombres con sus armas, con la violencia física y simbólica y las instituciones como la familia, las escuelas y el Estado (*ibid.*).

Uno de los aportes desde mi punto de vista más importantes de esta concepción, se refiere a la afirmación de que si bien las mujeres son sometidas a un trabajo de socialización que tiende a disminuirlas y negarlas, hacen el aprendizaje de virtudes negativas como la abnegación, la resignación y el silencio, los hombres también son prisioneros e irónicamente, víctimas de la representación dominante, por más que sea conforme a sus intereses. El hombre es un ser que implica un deber ser, que se impone como algo sin discusión; ser hombre equivale a estar instalado de golpe en una posición de poderes y privilegios, pero también de deberes; está situado en el principio del privilegio masculino que es también una trampa. El dominante es también dominado, pero mediante su dominio, lo que evidentemente no es algo desdeñable. Los hombres, por oposición a las mujeres, son socialmente instruidos para que se dejen involucrar en todos los juegos que les son asignados, cuya forma por excelencia es la guerra (*ibid.*: 54-66).

Todo el proceso de socialización y aculturación en el que nos formamos desde que nacemos va construyendo seres diferentes, hombres por una parte, mujeres por la otra. Eso quiere también decir que a ambos se les priva de la posibilidad de conocer, experimentar y disfrutar de manifestaciones humanas consideradas como propias del sexo opuesto. Si un ser humano se comporta: activo, insistente, desenvuelto, audaz, arriesgado, si quiere superarse, pero tiene cuerpo de niña, es calificada como: grosera, atrabancada, marimacha y caprichosa. Cuando un ser humano se comporta sensible, obediente, emotivo, prudente, inocente y se somete y es niña se le califica de delicada, femenina, dócil, sentimental pero si su cuerpo es de niño se le dice: maricón, sensiblero, débil, cobarde, arrastrado, etc. (Núñez, 1994). Existen discursos que construyen una “normalidad” para el hombre y otra para la mujer. En función de ello se establecen requisitos para cada uno de ellos y a partir de eso se habla de lo “masculino” y de lo “femenino”, pero no existe una “naturaleza masculina” aunque sí hay una anatomía y fisiología diferentes. Estas diferencias tan radicales entre hombre y mujer, que la sociedad produce y reproduce, tienen una expresión nítida y sumamente problemática en los campos de la sexualidad y de la reproducción.

Como ya he dicho, las representaciones hegemónicas de los papeles de cada género llegan a ser pensadas como “naturales”, “normales”,

ahistóricas. De esa manera, aquéllos o aquéllas que se atreven a transgredir las normatividades son estigmatizados por la sociedad y sus instituciones, mientras que aquéllos que cumplen con las expectativas de esa sociedad reciben los beneficios del prestigio y otros más de carácter social, económico, laboral.

Se trata de un proceso histórico y social, de una construcción social, lo cual queda demostrado en el mundo actual, o al menos en parte del mismo, donde es notorio que la pérdida de la autoridad masculina no es un simple proceso de cambio en cuanto a las certezas masculinas o consecuencia simple de la autorreflexión. No es que el hombre tenga menos autoridad moral, es que la mujer aparece teniéndola. Algunas autoras han dicho que en realidad, el feminismo es menos culpable de haber alterado las referencias, que de haber mostrado al rey desnudo. Muchas mujeres han provocado el desvanecimiento de la característica universal masculina: la superioridad del hombre sobre la mujer. Desde que nació el patriarcado —afirman— el hombre se había definido siempre como un ser humano privilegiado, dotado de algo más que las mujeres ignoraban. Se les juzgaba más fuertes, más inteligentes, más valientes, más responsables, más creadores y más racionales. Eso justificó la relación jerárquica con las mujeres. Es, en palabras de Pierre Bourdieu, que “ser un hombre es, de entrada, hallarse en una posición que implica poder”. Pero también podemos decir que el dominante es dominado por su dominación y con su progresiva desaparición nos hallamos frente a un vacío definitorio (Badinter, *op. cit.*: 20).

Existe hoy un punto de consenso en los estudios sobre los hombres, que es el reconocimiento de múltiples expresiones de la masculinidad, es decir, existen elementos como la clase, la edad, el ciclo de vida, la escolaridad, entre otros, que son importantes y que se hable entonces, por ejemplo, de masculinidades dominantes y subordinadas.

Algunos autores han considerado a la masculinidad como un conjunto de significados siempre cambiantes, que se construyen a través de sus relaciones con ellos mismos y, con los otros, con su mundo. Así, definen que la “virilidad” no es estática ni es atemporal, es histórica. No es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde los componentes biológicos, sino que es creada por la cultura. La virilidad, entonces, significa diferentes cosas,

en diferentes épocas y en diferentes personas. En nuestra cultura, los varones han aprendido a conocer lo que significa ser un hombre al ubicar sus definiciones en oposición al conjunto de otros, de minorías raciales, minorías sexuales y, por sobre todo, de las mujeres (Kimmel, 1998: 49). En nuestra cultura la masculinidad implica la búsqueda de cada hombre individual para acumular aquellos símbolos culturales que denotan virilidad, como señales de que él ha logrado ser “hombre”. Se trata del acceso diferenciado que distintos tipos de hombres tienen a esos recursos culturales que les confieren virilidad, y de cómo cada uno de estos grupos desarrolla sus propias modificaciones para preservar y reclamar su virilidad. Se trata del propio poder de estas definiciones, que sirven para mantener el poder efectivo que los hombres tienen sobre las mujeres y que algunos hombres tienen sobre otros hombres. Se establece: uno no debe hacer nunca algo que remotamente sugiera femineidad; la masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social. La masculinidad depende de permanecer calmado ante la crisis, con las emociones bajo control, no mostrarlas nunca. Se trata de osadía y de agresividad y si no se cumple con todo ello se vive en la fuente del dolor y de la confusión (*Ibid.*: 51). El autor se refiere a características del ideal masculino occidental, heterosexual, de clase media, contra las cuales se cotejan todas las demás formas subordinadas de la masculinidad. Coincidiendo con otros autores, afirma que el varón se encuentra en la necesidad de adoptar conductas que lo separen lo más posible de las asociadas con la femineidad, además de que viven bajo la presión de lograr el éxito y el status. Por otra parte, se refieren a que viven en distancia emocional y afectiva, y que esta característica los hacen seres confiables, de los que se puede depender. Ellos tienen que arriesgarse, no pueden darse por vencidos y tienen que acumular: parejas, dinero, prestigio. Su hombría tiene que ser siempre demostrada y validada ante los hombres, y en ello su desempeño sexual es clave. Un indicador de los problemas que los varones enfrentan al vivir este tipo de masculinidad es el referido a sus enfermedades que están muy relacionadas con el estrés (Kimmel, 1990: 93-109).

Para el caso de Estados Unidos por ejemplo, se ha documentado que para muchos niños y jóvenes la masculinidad está asociada a grandes riesgos en cuanto a morbilidad y mortalidad. Encuentran así que

tienen hábitos muy nocivos para la salud, graves experiencias depresivas y estrés psicológico, además de serios problemas cardiovasculares. Identifican con la masculinidad tradicional tres causas de muerte de varones entre 15 y 34 años: lesiones no intencionadas, homicidio y suicidio. En el caso de este último se interpreta que su incidencia en los varones es menor que en las mujeres, y consideran que esto se debe a que los hombres seleccionan métodos más violentos y porque para muchos de ellos, el suicidio constituiría un estigma para su concepción de la masculinidad. Refieren también que los varones tienen un consumo alcohólico mucho mayor que las mujeres y que practican deportes que pueden caracterizarse por generar daño, dolor y alto riesgo a la salud. Es decir, el varón que pretende vivir de acuerdo con la masculinidad hegemónica para ganar, debe pagar altos costos, muchas veces la salud y la propia vida.

Para el caso mexicano, algunos otros autores y autoras han documentado a través del análisis de causas de muerte que existe, por ejemplo, un mayor índice de muertes violentas en el caso de los varones (De Keijzer, 1992). Este autor profundiza en las diversas formas donde muchos hombres se convierten en factor de riesgo para la salud en general, y la sexual y reproductiva en particular, afectándose a sí mismos. Retomando a Kaufman y su “tríada de la violencia”, este autor hace referencia a cómo en México el varón muere seis años y medio antes que la mujer, siendo además un factor de riesgo para ella, los niños y para sí mismo. Un elemento socialmente muy importante es el referido a que, ante los cambios en las relaciones entre los géneros, los varones recurren a la violencia para restablecer las relaciones de poder que para ellos son normales (Goldner *et al.*, 1990: 333-364).

En este sentido, para poder eliminar la violencia de género, como plantea Lagarde (sf) tendríamos que construir procesos de igualdad verdadera entre mujeres y hombres, pero también igualdad intragenérica y lograr mecanismos de equidad social en el acceso a recursos y oportunidades para evitar confrontaciones. Habría que dar preferencia a la vigilancia social sobre los contenidos violentos en la cultura y la sociedad, y sustituirlos por nuevos valores y prácticas sociales. La ética de la justicia debe prevalecer, la cooperación social y la solidaridad.

Otros autores nos proponen mirar al mundo para darnos cuenta de que en él existen hombres que intentan vivir en sociedades que no están estructuradas para satisfacer las necesidades humanas. Veríamos —dicen— hombres que sufren profundamente en estas sociedades y, al mismo tiempo, veríamos hombres que tienen el poder y los privilegios por encima de las mujeres. En todas las sociedades los hombres han dominado. Consciente o inconscientemente, gustosamente o no, han perpetuado las estructuras de poder masculino.

Comprender estas estructuras de dominación es una tarea de suma complejidad. Es difícil entender los patrones de dominación en constante cambio y la interacción entre la opresión a nivel individual y al nivel de las estructuras sociales, políticas, ideológicas, más amplias. Interiorizamos las estructuras de opresión y de poder y esto no sólo afecta nuestra visión de la realidad sino que pasa a ser, en cierto sentido, nuestra visión de la realidad. Algunos autores subrayan asimismo que la identidad y los comportamientos de género no son simplemente impuestos a los individuos a través de la socialización, sino que los individuos participamos activamente en la construcción de nuestra identidad y nuestros comportamientos. Es así que la identidad de género es activamente trabajada y mantenida por los individuos que, al mismo tiempo, están inmersos y son influidos por las construcciones sociales, históricamente construidas y las relaciones de poder también social y culturalmente establecidas, y situadas en contextos y momentos históricos específicos. Es así que las definiciones culturales de masculinidad y de femineidad emergen históricamente, son construcciones dinámicas a través de las cuales los individuos y los grupos interpretan y construyen sus comportamientos y relaciones cotidianas.

Con los cambios suscitados en los últimos años, lo que está en juego —afirman algunos autores— no es nuestra hombría biológica, nuestro sexo, sino nuestras nociones de masculinidad, históricamente específicas, socialmente construidas e incorporadas individualmente. Confunden la hombría (sexo biológico) con la masculinidad (género). Pero no se trata de una confusión sorprendente, dado que la diferencia es sistemáticamente encubierta por la cultura, la ciencia, las creencias dominantes, la religión y la educación, además de las propias experiencias que están circunscritas a sociedades de dominación masculina. Una

amplia gama de estructuras sociales, desde la más íntima relación sexual hasta la organización de la vida económica y política, sirve de base y perpetúa la dominación masculina. Debemos entonces enfrentar el poder y la dominación en el nivel de la sociedad en su conjunto, pero al mismo tiempo, dado que llevamos estas relaciones dentro de nosotros mismos, es imposible separar lo “personal” de lo social” y esto es parte del significado de la frase: “Lo personal es político” (Kaufman, 1989: 13).

CÓMO SE VA CONSTRUYENDO LA MASCULINIDAD “DOMINANTE”

Para explicar la construcción de la masculinidad se parte de la idea de que vivimos en una sociedad dominada por hombres. Éstos, con contradicciones de por medio, siempre tienen mayores privilegios que las mujeres, entre ellos y muy básicamente, mayor libertad. Pero para explicar las relaciones de dominación masculina y su reproducción, es necesario comprender que la aceptación de la masculinidad no es tan sólo una socialización de cierto rol de género, como si preexistiera un ser humano que aprende un rol que luego desempeña el resto de su vida. Más bien, durante su desarrollo psicológico, adopta e interioriza un conjunto de relaciones sociales basadas en el género; la persona formada mediante este proceso de maduración se convierte en la personificación de estas relaciones. Ya a los cinco o seis años, se han establecido en el niño, las bases de la masculinidad para toda su vida (*Ibid.*: 1-32).

La niñez, para estos autores, es un largo periodo de impotencia; la adquisición de la masculinidad es en parte la respuesta del niño a la experiencia de la impotencia. Los niños tienen a su alrededor, como ambiente inmediato a la familia, que constituye un enérgico agente de ubicación tanto de clase como eficiente mecanismo de creación y transmisión de desigualdad de género. Esta institución, la familia, reproduce y recrea un sistema jerárquico de género de la sociedad en su conjunto. La familia juega un papel importante en la formación de la ideología de la sociedad, a la vez que el sistema socioeconómico forma y recrea un cierto tipo de familia. Así, a los niños se les presentan dos categorías de humanos: los hombres, que personifican toda la grandeza y el poder, y

las mujeres, que según Simone de Beauvoir son definidas como el “otro” en una sociedad “falocéntrica”. El monopolio de la actividad por parte de los hombres no es un imperativo psicológico o social; más bien, la interiorización de las normas de la masculinidad exige la represión excedente de los objetivos pasivos, como es el deseo de ser protegido. La represión de la pasividad y la acentuación de la actividad constituyen el desarrollo de una personalidad de agresividad, que es norma en las sociedades patriarcales, aunque su grado varía (*ibid.*: 35-37).

La masculinidad se arraiga antes de los seis años y se refuerza en la adolescencia. La norma masculina tiene matices que dependen de factores de clase, nacionalidad, raza, religión y etnicidad, que dentro de cada grupo se muestran de manera particular. La adolescencia es un periodo en el que se necesita afirmar la masculinidad, que implica en parte negar los rasgos femeninos, es un periodo de fuerte desfeminización en el cual se pasa por pruebas de que no se es femenino; es un periodo claramente machista. Los rasgos machistas se irán —dice— atenuando en la adultez. El modelo ideal del joven es el agresivo, abusivo, diestro en los deportes, que desafía a las autoridades. Se ven encaminados hacia un modelo que fomenta la violencia y la competitividad entre los pares, lo cual significa demostrar hombría en todo momento. La escuela constituye otro espacio de afirmación de la masculinidad. La masculinidad se gana al término de un combate (contra sí mismo) que implica a menudo dolor físico y psíquico (Callirgos, 1996: 50-53). Durante la adolescencia el dolor y el temor implican la represión de la “feminidad” y la pasividad, empiezan a hacerse evidentes. La mayoría de los hombres responden a este dolor interior reforzando los bastiones de la masculinidad. El dolor emocional que genera una masculinidad obsesiva se reprime mediante un refuerzo de la masculinidad misma. La familia, la escuela, los deportes, los amigos, los empleos, los medios de comunicación juegan un papel en la lucha del adolescente por dar los últimos toques a su masculinidad. Se refuerzan las expresiones del poder masculino, que variarán de acuerdo con la clase social (*ibid.*: 38-39).

Desde la perspectiva de estos autores, poder es el término clave para referirse a la masculinidad “hegemónica”. El rasgo común de las formas dominantes de la masculinidad contemporánea es que se equipara al hecho de ser hombre con tener algún tipo de poder. El poder

para psicólogos como C.B. Macpherson tiene una acepción positiva, como el potencial de usar y desarrollar capacidades humanas. Se basa en la idea de ser hacedores y creadores, capaces de utilizar el entendimiento, el juicio moral, la creatividad, las relaciones emocionales. Poder para satisfacer necesidades, para luchar contra las injusticias y la opresión. Poder que todos, en mayor o menor medida, experimentan. Pero el poder tiene una connotación negativa. Los hombres han llegado a verlo como la posibilidad de imponer control sobre los otros y sobre sus “indómitas emociones”. Significa controlar los recursos que están a su alrededor. En sociedades basadas en jerarquías y desigualdades, unos cuantos tienen el poder que ejercen sobre toda una mayoría. Esta es la concepción de poder dominante en nuestro mundo. La equiparación de la idea de poder con dominación y control: una clase sobre las otras, los adultos sobre los niños y niñas, los hombres contra la naturaleza, dominando a las mujeres, un grupo étnico sobre los otros. Un rasgo común en todas estas sociedades es que todas están dominadas por varones. La equiparación de la masculinidad con el poder es un concepto que ha evolucionado a través de los siglos, y ha conformado y justificado la dominación sobre las mujeres en la vida real (Kaufman, 1994: 69).

Los varones enfrentarán problemas serios para vivir con estas “masculinidades”. La masculinidad es poder, pero simultáneamente es frágil porque no existe como realidad biológica sino que es una ideología, una conducta codificada, que existe en el marco de relaciones de género, no es más que una institución social. La tensión entre hombría y masculinidad es intensa porque la masculinidad requiere la represión de una amplia gama de necesidades, sentimientos y formas de expresión humanas. El ideal masculino está tan fijado en los varones que les resulta difícil separar a la persona que quisieran ser de la que son en realidad. Hombría y masculinidad son valoradas socialmente, los hombres concretos se sienten inseguros de su propia hombría y masculinidad. Viven su existencia con dudas permanentes acerca de su “efectividad”, lo cual a menudo los lleva a ser violentos con las mujeres (Kaufman, 1989: 40-43). La masculinidad se ha vuelto una especie de alienación. La alienación de los hombres es la ignorancia de sus emociones, sentimientos, necesidades y potencial para relacionarse con un ser humano y cuidarlo. Esta alienación también resulta de su distancia con las mujeres

y con otros hombres. Su alienación aumenta su solitaria búsqueda de poder y refuerza su convicción de que el poder requiere la capacidad de ser distante, rasgos y potencialidades asociados con las mujeres, que son reprimidos y suprimidos totalmente (Kaufman, 1989: 73). Por lo tanto, también dificulta la solidaridad.

Un planteamiento que me parece central es el relativo a que las distintas masculinidades denotan relaciones de poder entre los hombres, y no sólo desde la perspectiva de hombres contra mujeres; un hombre que tiene poco poder social, en la sociedad dominante, cuya masculinidad no es de la variedad hegemónica, es víctima de una tremenda opresión social. No se trata de negar que los hombres como grupo tienen el poder social, sino de afirmar que existen distintas formas de poder estructural y de carencia de poder entre los hombres. Que no existe una relación lineal entre un sistema de desigualdades de poder, los beneficios supuestos y reales y éste, y la propia experiencia en cuanto a estas relaciones. A partir del reconocimiento de la complejidad de estos fenómenos, los autores proponen comprender la centralidad de este poder y desafiarlo. Reconocer que la gran paradoja de nuestra cultura que definen “patriarcal”, es que las formas dañinas de la masculinidad dentro de nuestras sociedades dominadas por los hombres, son perjudiciales no sólo para las mujeres, sino también para los propios varones.

EL DESARROLLO DE LA(S) MASCULINIDAD(ES) EN ESTRUCTURAS HISTÓRICAS CONCRETAS

La identidad de un varón y sus experiencias no se determinan únicamente por el lugar que tienen en una división de géneros, sino por el lugar que ocupa en categorías nacionales, raciales, étnicas, de clase, regionales, institucionales, de la sociedad en que vive. Por ello es importante definir a las masculinidades contextualizándolas. Las cualidades de lo que Miedzian (1995) ha denominado la “mística de la masculinidad” han variado, tanto en la forma como en la importancia otorgada a lo largo de la historia y según la clase social. Es así que la competitividad extrema, que es un componente de la masculinidad de hoy, habría sido sumamente repugnante para los “caballeros” del siglo XIX, por ejemplo,

quienes heredaban la tierra y la riqueza, garantías de una posición dominante en la sociedad. No obstante, por milenios ha existido un hilo conductor que ha dado continuidad al modelo masculino —considerado como incuestionable— y que ha generado la norma para la conducta humana, y de ahí la enorme dificultad de su cuestionamiento.

Asimismo resulta central la idea que establece que, la identidad de género masculina debe ser entendida dentro de un marco mayor, como la expresión de un orden sociopolítico fundado en el control de los medios estratégicos de producción, como son el parentesco, los sistemas económicos y políticos y del poder simbólico, que igualan al mundo patriarcal con el “mundo real” (Fuller, 1998: 3)

Rastreado en la historia se ha documentado que todas las sociedades cuentan con registros culturales de género, pero no todas tienen el concepto de masculinidad. En nuestra concepción actual, la masculinidad existe sólo en contraste con la feminidad. Nuestro concepto de masculinidad, en cualquier caso, es un producto histórico bastante reciente, a lo máximo cien años de antigüedad (Connell, 1998a: 31). El autor critica las definiciones esencialistas que hablan de un núcleo de lo masculino y hacen una elección de la esencia bastante arbitraria. Los términos “masculino” y “femenino” apuntan más allá de las diferencias de sexo sobre cómo los hombres difieren entre ellos, y las mujeres entre ellas, en materia de género.

Contrariamente está la clásica concepción que permeó a la sociología durante algún tiempo, de acuerdo a la cual las posiciones de hombres y mujeres son vistas como algo complementario, (Parsons, 1978) respecto a las orientaciones instrumental (masculina) y expresiva (femenina). La teoría de los roles que da sustento a estas concepciones es lógicamente muy vaga; produce grandes incoherencias en el análisis de la vida social, exagera el grado al que el comportamiento social de la gente queda prescrita, y a la vez menosprecia la desigualdad y el poder.

En la teoría del rol sexual, la acción, es decir el desempeño del rol, queda vinculado a la estructura definida por diferencias biológicas, o sea, por la dicotomía de macho y hembra, masculino y femenino y no a una estructura definida por relaciones sociales. Conduce a una falta de percepción de la realidad social, al exagerarse las diferencias entre hombres y mujeres, a la vez que oscurece las estructuras de raza, clase

y sexualidad. No puede por ejemplo, explicar las resistencias respecto a las políticas sexuales, no comprende a la gente que confronta el poder, la manera como afirma su solidaridad y moviliza la resistencia. Esta teoría contiene una dificultad esencial en cuanto a comprender la problemática del poder, menosprecia la violencia y la coerción, pues parte de presuponer en términos generales el consenso. Esta dificultad para comprender el poder forma parte de su dificultad más amplia de entender y analizar la dinámica social. Habla de la necesidad de cambiar el rol masculino, por ejemplo, pero siempre como algo que se impone al rol desde fuera, y es incapaz de entender una dialéctica que surge dentro de las relaciones de género (Connell, 1995: 22-27).

La perspectiva relacional para explicar la masculinidad es un elemento central en la perspectiva de Connell, pues establece claramente que ninguna masculinidad surge, excepto en un sistema de relaciones de género. A partir de esta premisa propone que en lugar de intentar definir la masculinidad como un objeto (un carácter de tipo natural, una conducta promedio, una norma) nos centremos en los procesos y relaciones por medio de los cuales llevan vidas imbuidas en el género. De esta manera, la masculinidad, si se puede definir brevemente, es al mismo tiempo la posición de las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y las mujeres se comprometen con esa posición de género y los efectos de esas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura (*ibid.*: 35). Recupera, asimismo, las concepciones de autoras clásicas como (Mitchell, 1971 y 1975) Y Rubin (1984) para afirmar que el género es una estructura internamente compleja, en la cual se superponen varias lógicas. Esto es fundamental para comprender las masculinidades, pues éstas se ubican simultáneamente en varias estructuras de relación, que pueden seguir diferentes trayectorias históricas. La masculinidad, así como la feminidad, siempre estarán asociadas a contradicciones internas y a rupturas históricas. Dado que el género es una manera de estructurar la práctica social en general, no un tipo especial de práctica, está inevitablemente implicado con otras estructuras sociales. De ahí que coincida con muchos otros autores y autoras en que el género interactúa con raza y con clase, y agrega que constantemente también interactúa con la nacionalidad y las posiciones en el orden mundial.

Algo que me parece interesante resaltar es que el carácter social, histórico y cultural específico de las masculinidades queda claro en la concepción de este autor, cuando establece que la masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, el mismo y en todas partes. Más bien, la masculinidad ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, tratándose además siempre de una posición disputable.

Dentro de la concepción de Connell resulta fundamental la idea de que la(s) masculinidad(es) no son sólo una idea en la cabeza, o una identidad, sino que se extienden al mundo fundiéndose con las relaciones sociales y, para comprenderlas, necesitamos estudiar los cambios en las relaciones sociales (Connell, *op. cit.* 29).

Autores que definen al mundo actual como patriarcal (orden social genérico de poder, basado en un modo de dominación cuyo paradigma es el hombre; mundo dominado por hombres; mundo en el que se apuntala a los varones como dueños y dirigentes del mundo en todas las formaciones sociales) (Lagarde, 1997: 50-52), sostienen que éste hace que todos los hombres sean “parecidamente diferentes o diferentemente parecidos” y tiendan a agruparse en torno a unos pocos tipos que resultan de la adaptación que impone la sociedad. Definen entonces una tipología, una serie de arquetipos como elenco básico, de características que son adoptadas de manera preferencial por la mayoría de los hombres: “paternalistas”. Que están convencidos de su superioridad sobre las mujeres, a quienes consideran incompletas, débiles y encantadoras y entonces ellos deben ejercer tutela sobre ellas. Los “machistas”, que son los varones mejor socializados, pues de todas las normas aprendidas persisten en ellos las que más los favorecen; siempre están dispuestos a la conquista y consideran el ser macho como un elogio. Su dominio real o imaginario sobre una o varias mujeres viene a compensar su sentimiento de inferioridad en la jerarquía de la sociedad en general. Los “misóginos”, por su parte, odian a las mujeres; muchos de ellos tuvieron relaciones pésimas con sus madres y también normas morales demasiado rígidas; los “buscamadres” actúan siempre como niños, traviesos, torpes y desvalidos y sobre todo son abusivos, buscan en cada mujer alguien que se ocupe de ellos. Los “cumplidores angustiados” son aquellos varones que se concentran en sus obligaciones y sienten que tienen que

demostrar que son hombres en todo momento y ante todos. Tienen que cumplir en todo, incluso y particularmente, en la esfera sexual. Todos los días luchan por ganar el título de hombre. Los “fugitivos” son aquellos que saben que las mujeres y las relaciones han cambiado, perciben el conflicto, saben que no pueden cumplir pero tampoco tratan de buscar alternativas. Muchos de ellos tienen temor y aceptan lo que les conviene, sin comprometerse afectivamente (Cazés, 1997a).

La utilidad de estas tipologías se centra, desde mi punto de vista, en que contribuyen a desenzimar los procesos sociales y sus construcciones, como es el caso de la masculinidad. Además nos permiten un acercamiento más adecuado para su comprensión, y nos posibilitan establecer matices, diferencias y, sobre todo, cambios y transformaciones.

Existen, por otra parte, autores que intentan contribuir a la comprensión de una particular masculinidad en una determinada formación histórico social, que tratan de explorar la masculinidad como experiencia histórica emergente. A partir de ahí afirman que la sociedad específica que estudian, ha creado una masculinidad identificada con la razón y ha considerado a lo femenino como vinculado a las emociones. Un elemento importante en la interpretación de las masculinidades es que la sociedad tiene una concepción de sí misma como racional, y la razón aparece como atributo exclusivo del varón. Se hace de la masculinidad un poder invisible, porque el hombre aparece como expresión de razón. En este tipo de sociedades los varones son educados para concebir que su libertad surge del uso de sus facultades racionales, eso define su moralidad liberal y es el núcleo de su humanidad. Se convierte en la base de su experiencia de superioridad sobre las mujeres, identificadas siempre con las emociones y los sentimientos, en contraposición a la razón. De ahí que enamorarse constituya para ellos un síntoma de ausencia de libertad y reflejo de una debilidad incomprensible (Seidler, 1991: 2). En la generación actual, según esta visión, los varones occidentales y particularmente en Inglaterra, van adquiriendo conciencia de que fueron educados para tratar a las mujeres y a los niños como posesiones, aunque consideren sus relaciones en términos mucho más igualitarios. Han debido confrontar la amenaza que sentían cuando las mujeres con las que se relacionaban exigían llevar una vida más independiente y se negaban a dar cuentas de su conducta. Tuvieron que reconocer que

su propia dependencia de las mujeres se les había escondido porque antes éstas siempre habían estado a su disposición. De ahí pasaron a comprender la poca relación que habían establecido con otros varones. Muchos hombres no tienen ninguna relación de amistad propia, no han aprendido a valorarla, pues siempre se les enseñó que su felicidad dependía exclusivamente de logros y éxitos individuales. Los varones forman parte y reproducen sociedades individualistas, en las que las acciones solidarias carecen de valoración y de importancia. Ellos no están dispuestos a admitir su propia soledad ni siquiera ante sí mismos, se mantienen bajo control, manteniéndose ocupados. Viven en un mundo donde es imposible guardar tiempo y espacio para sí mismos (*ibid.*: 26).

En los últimos años se ha empezado a pensar en la “masculinidad” dentro de una noción de la diferencia; se piensa más en la idea de “masculinidades” diversas y diferentes. Se acepta que existe una gran cantidad de masculinidades en las ciudades, en las comunidades rurales, en las comunidades indígenas, y se proponen realizar trabajos exploratorios considerando las distintas relaciones de poder.

Este acercamiento al proceso de construcción y prácticas de las masculinidades es particularmente importante en el caso de México y Latinoamérica en general, con sociedades tan heterogéneas como las existentes en esta parte del planeta. Se reconoce la existencia de grandes diferencias culturales y se llama la atención sobre la importancia de contextualizar los estudios. No es lo mismo una comunidad protestante, blanca, que una mestiza católica. Tampoco es lo mismo estudiar la masculinidad en contextos socioculturales como América Latina, donde al menos en ciertos sectores la familia sigue teniendo un papel importante, que en países anglosajones donde prácticamente está desapareciendo. No es la misma la visión de la madre en comunidades latinoamericanas, que la que prevalece en países europeos desarrollados; no son iguales las relaciones de los varones con sus madres en los distintos países, ni son las mismas las consecuencias en la reproducción y la sexualidad de sus hijos e hijas. Proponen reflexionar sobre la relación de los hombres con sus cuerpos y analizar cómo, por ejemplo, los hombres entran a la sexualidad como una manera de afirmar su identidad machista, vincula-

do esto con la estructura particular de la identidad masculina en el caso mexicano (Seidler, 1997b).

Existe un amplio acuerdo entre los diversos autores y autoras analizados en que la(s) masculinidad(es), no pueden definirse fuera de un contexto socioeconómico, cultural e histórico específicos en que están viviendo los varones, y que ésta es una construcción cultural reproducida socialmente. Asimismo se coincide en que existe cierta visión de la masculinidad que aparece como dominante o hegemónica, internalizada a través de todo un complejo proceso, tanto por los hombres como por las mujeres, que a menudo la reproducen, pero que potencialmente pueden cuestionarla y transgredirla, resistir oponiéndosele.

Hay variación, pero no somos simplemente individuos (Gutmann, 1993: 726). Como hemos dicho, existen condiciones estructurales, sociales, culturales e históricas que tienen gran influencia en la conformación de las identidades, tanto de los varones como de las mujeres, y en el tipo de relaciones que se establecen entre los géneros.

ALGUNAS IDEAS APORTADAS POR INVESTIGACIONES Y GRUPOS DE HOMBRES EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO ACERCA DE LA(S) MASCULINIDAD(ES)

Investigaciones recientes realizadas en América Latina muestran que las representaciones de la masculinidad en esas poblaciones se manifiestan en distintos ámbitos: el natural (órganos sexuales y fuerza física), que constituyen el núcleo de lo masculino, se basan en características “innatas” e “inamovibles”. Las diferencias sexuales se transmiten como un dato y, a través de la socialización, se les enseña a los varones desde niños que la masculinidad es valentía y sexualidad activa, y éstas son las cualidades que conforman la virilidad. Esta es la parte no “domesticable” de la masculinidad, como se tratará más adelante. Lo femenino actúa como una especie de amenaza y el niño se define entonces en contraposición con lo femenino más cercano, su madre, sus hermanas. Hay otro espacio externo, la calle, que se asocia con la virilidad, la competencia, la rivalidad y la seducción. Aquí el grupo de pares y la vida en la escuela tienen un papel importante. El ámbito natural está adscrito

al grupo de pares, el doméstico está asociado a la familia, y el público es transmitido por la escuela y el padre. Encontraron asimismo en esta investigación que cada grupo de edad destaca diferentes aspectos de la cultura global masculina; los jóvenes dan más importancia a la solidaridad entre varones, lo importante es ubicarse en su espacio masculino y afirmar su virilidad, mientras que los adultos centran sus relatos en los deberes y conflictos conyugales, en la paternidad y el reconocimiento obtenido en el espacio público, básicamente el trabajo. Afirman que estas diferencias no deben atribuirse a cambios generacionales, sino al momento diferente del ciclo vital en el que se encuentra cada grupo de edad que ellos entrevistaron (Fuller, 1998: 6-8).

En otras investigaciones en esta parte del mundo se comprueba que para los varones entrevistados ser hombre tiene en primer lugar una característica biológica: tener pene. Pero los hombres tienen que hacerse hombres, a lo largo de sus vidas. En todo caso, en general consideran que los atributos de la masculinidad son: ser hombre es ser activo y da derechos. Es la ley en su casa, jefe del hogar, proveedor, responsable de su familia; es una persona autónoma, libre, que se trata de igual a igual con otros hombres, que no debe disminuirse. Siempre debe dar la sensación de estar seguro, de que sabe lo que hace; debe ser fuerte, no tener miedo, no expresar emociones, ni llorar, salvo cuando el hecho de hacerlo reafirme su hombría; el hombre es de la calle, del trabajo. El lugar de la mujer es la casa; los hombres son heterosexuales, deben conquistar y penetrar mujeres. La naturaleza del hombre es como animalidad, su deseo es más fuerte que su voluntad. A pesar de enfrentar problemas para cumplir con estos mandatos, la investigación mostró que estos varones no están a fondo cuestionando su masculinidad (Valdés y Olavarría, 1998a: 3-4).

Ser un hombre íntegro, completo o verdadero plantea exigencias, obligaciones, responsabilidades en varios sentidos: debe ejercer el dominio familiar y tener dónde y sobre quién ejercerlo; eso exige ser padre de familia y cónyuge dominante, proveedor y protector, tener un territorio y bienes suficientes que posibiliten el ejercicio de ese dominio, hay que cumplir tareas y proteger para lo cual requieren posesiones de todo tipo, muchas de ellas materiales. Alcanzar la categoría máxima de la virilidad (dominante) demanda eficacia en lo que se sabe hacer, pero también

para competir y triunfar en enfrentamientos que requieren violencia, en diversos grados (Cazés, 1994: 371-2).

Podemos constatar en la realidad que existen masculinidades de diverso tipo y que en los hechos, no todos los hombres son verdaderos dueños y señores de sus vidas, de sus mundos, del mundo. No todos pueden tener poder y posesiones en el ámbito público, más bien en el mundo actual muy pocos lo tienen. Muchos logran tener control en sus vidas privadas sobre las mujeres y los niños, pero muy pocos logran cumplir el paradigma de la masculinidad dominante. No es tanto que tengan conciencia de la necesidad de establecer relaciones más igualitarias, esto parece ser cierto solamente en una minoría de ellos (cierto tipo de masculinidad que se opone a la hegemónica, que cuestiona, que resiste y en ocasiones transgrede normatividades e instituciones), sino porque la cotidianidad, las crisis económicas, el desempleo, subempleo, las transformaciones en la vida de las mujeres, se les han impuesto y les han cambiado el mundo.

Actualmente en México están surgiendo grupos de varones que tratan de cuestionar y comprender su manera de “ser hombres”, y de modificar actitudes y comportamientos que han entendido que son nocivos para ellos y para quienes los rodean, muy particularmente para las mujeres y los niño(a)s. En este sentido es de destacar la labor que lleva a cabo el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias (CORIAC).

En este grupo se plantea que los hombres tienen alternativas y que deben empezar por analizar cómo se construyen, transformar los hábitos que les impiden vivir mejor, difundir que con constancia se puede cambiar y compartir experiencias.

Ante la pregunta de ¿qué ganamos con cambiar? establecen que: En primer lugar ganan “poder manifestar sus emociones”. Eso es algo que a lo largo de su vida y proceso de socialización les dijeron que no debían hacer; ahora que lo hacen descubren que no “pasa nada” negativo. Para ellos el proceso de cambio es un descubrimiento, que incluye la vivencia de la satisfacción al acercarse a sus hijos y al extender la comunicación con su familia.

Los varones que están pasando por este proceso de cambio, consideran que aprender a expresar es realmente la parte más difícil ; que poder mostrarse débil, imperfecto, vulnerable, no solamente un provee-

dor, constituye un proceso también muy complicado, que en el fondo los lleva a reconocerse tal como son.

Aceptan además que su actitud ante un conflicto de pareja tradicionalmente es el silencio y ponerse una coraza, que viven en un bloqueo emocional y que cuando cambian pueden ser más afectuosos y mejoran substancialmente su convivencia; aprenden a saber escuchar y a respetar la opinión del otro.

En su práctica como grupo pueden hablar entre ellos y eso les permite verse reflejados en las experiencias de los otros. La soledad, que ha sido caracterizada como parte de la masculinidad hegemónica se rompe e inician vivencias de profunda solidaridad. El proceso del grupo los lleva a ser hombres más íntegros, seguros, responsables; a manifestarse tal y como son, sin trampas, a decir la verdad y a asumir las consecuencias de sus actos; a ser congruentes con lo que dicen, por convicción.

Por otra parte, la experiencia adquirida en estos grupos les ha permitido darse cuenta de que ante la crisis económica recurrente y los problemas que de ella se derivan, ellos han estado ahorrando en lo material y simultáneamente se han estado empobreciendo en lo emocional. En estos grupos manifiestan que han ganado riqueza emocional.

En el terreno de la sexualidad se plantean la necesidad de comunicarse abierta y sinceramente con la pareja, y han descubierto que así, aun ante problemas de impotencia, el proceso puede ser más fácil y lograr corregirlo de mejor manera. Además se plantean la necesidad de participar directamente en los procesos de salud reproductiva y planificación familiar y reconocen la necesidad de la igualdad de las mujeres en este terreno. Aceptan que no logran cambiar todos sus hábitos, pero descubren nuevas formas de resolver sus problemas.

En el terreno de la violencia, en estos grupos se plantea que la violencia no es solamente física, la hay sexual, emocional, económica, verbal. Por ejemplo, ser controlador es una forma de violencia, de agresión emocional, porque coarta la libertad del otro. Asumen que parte importante de su ser violento deriva de un gran dolor, de experiencias que se remontan a la infancia y que constituye una forma de reproducción del enojo. Buscan encontrar por qué son violentos, desde la conciencia, no desde la victimización o la culpa. En este aspecto, también reconocen que es difícil cambiar, pero que a través de la comunicación

se van haciendo conscientes de lo que está sucediendo con ellos y sus relaciones.

Se plantean que la violencia no es algo natural que se aprende socialmente y que a los varones se les induce a la violencia. Reconocen ser “primitivos” emocionalmente, que cuando sienten ataques a su “autoridad” reaccionan violentamente, a pesar de no querer hacerlo. En estos grupos los participantes hacen revelaciones de su propia violencia y ejercicios para aprender a expresar sus emociones, para descubrir lo que les pasa en el fondo, qué sentimientos están albergando. Tratan de aclarar su experiencia emocional. Entienden, por ejemplo, que es fundamental renunciar a manipular y que tienen que reconciliarse consigo mismos y con sus pasados. Se trata de que la experiencia personal que uno de ellos hace ante el grupo sirva para que los otros se vean en él y puedan reflexionar sobre sus sentimientos y comportamientos.

Hay también un movimiento de hombres que implica un cambio en la conciencia y comprensión de las relaciones de género y poder, que ha sido básicamente motivado por el feminismo. Un cambio compartido por ciertos hombres que se han atrevido a vivir y a imaginar su masculinidad en formas no opresivas ni para ellos ni para los demás. Estos varones creen en la necesidad de reflexionar juntos y apoyarse mutuamente para superar las heridas causadas por tantos siglos de patriarcado. Son hombres que se declaran “profeministas”, en el sentido de que apoyan las demandas contra el sexismo y la opresión. No obstante se debe destacar que muchos y muchas analistas y activistas llaman la atención sobre el peligro de que el cambio espiritual de los hombres no será suficiente para hacer frente a los problemas de desigualdad y explotación del poder. El crecimiento individual no conducirá de manera automática a acciones que apoyen la igualdad de género, e incluso pueden provocar que los hombres acomoden sus demandas en un patriarcado más sutil y modernizado. Es por ello que se requieren estrategias grupales y colectivas (Asturias, 1998).

Por su parte, de la experiencia que Daniel Cazés ha tenido con más de 200 hombres en los talleres que organiza (Cazés 1988a), se puede derivar según plantea el propio autor, que las problemáticas expresadas en los grupos de hombres se relacionan casi desde el principio con las relaciones de pareja y con las apreciaciones de lo que las mujeres hacen

en ella. Se expresa por un lado un “deber ser” a la vez que un deseo de libertad, de relaciones sexuales y afectivas abiertas, a la vez que como una renuncia inevitable y dolorosa en aras de la estabilidad. En estos grupos —nos dice— es evidente que se establece la competencia: que los valores patriarcales de la superioridad masculina prevalecen a menudo, aunque intentan modificar sus discursos. Encuentra que es común que estos varones muestren buena disposición para hacer un examen crítico de las relaciones de género, pero que es poco común que ello los lleve a revisar y reformular sus compromisos con mujeres. En el laboratorio de Exploración de las Masculinidades han denominado corriente crítica de las masculinidades a su orientación teórica y política. Esta corriente se caracteriza por asumir que la relación entre los géneros es opresiva y debe ser desconstruida con base en una ética que permita la construcción permanente de la equidad en los ámbitos privados e íntimos, tanto como en los públicos y sociales. En estos talleres existe el tema básico de la exigencia que los varones viven de “ser hombres de verdad”. Es interesante que algunos de estos varones expresen que el taller les ha permitido acercarse más a la verdadera hombría por haber aprendido nuevas cosas sobre el patriarcado y el género, y saberse más cercanos a las mujeres que luchan por la equidad. El autor hace referencia a muchas resistencias de los varones para cambiar, a la vez que reconoce que el examen de la opresión genérica se extiende un poco cada día más entre los hombres. Reconoce que los hombres cambian con lentitud y sus resistencias se reducen muy paulatinamente; mientras que las mujeres perciben los cambios en sus vidas como beneficios inmediatos o futuros provenientes de la construcción de alternativas y de su acceso a recursos antes inalcanzables. Concluye que las transformaciones críticas en las vidas de los hombres, son vividas por ellos como pérdidas de privilegios y prerrogativas.

Algunas ideas acerca de sexualidad, género y masculinidad

INTRODUCCIÓN

Actualmente están en lucha dos conceptos distintos de sexualidad y también de masculinidad: el esencialista parte de la filosofía judeo-cristiana que ha permeado las instituciones de todo tipo en nuestra sociedad, y que nos ha llevado a concebir a la sexualidad como algo que emana de la naturaleza y que se identifica con un hecho dado de origen biológico y espiritual, el pecado. La sexualidad es vista como lastre que hay que cargar, como algo añadido por cometer pecado. Y por otra parte, el concepto de sexualidad propuesto por el constructivismo social de la sexualidad afirma que la sexualidad es básicamente construida por la cultura, así como es construido el sistema de género, a través de la historia y no como algo emanado de la naturaleza o la biología. La sexualidad no viene “dada”, sino que es moldeada a través de relaciones de poder de gran complejidad histórica. No existe una sexualidad “natural” de forma única, existen diferentes opciones y posibilidades y prácticas sexuales (Weeks, 1998).

La organización genérica de la sociedad es una construcción social basada en matcas corporales. Asimismo, en el centro de la organización genérica del mundo, como sistema de poder basado en el sexo, se encuentra el cuerpo subjetivado. Pues, como se ha afirmado en diversos estudios, los cuerpos no son solamente productos biológicos, las sociedades ponen en ellos grandes esfuerzos para convertirlos en cuerpos eficaces para sus objetivos, para programarlos y desprogramar-

los. Los sujetos, femeninos y masculinos, pueden tratar de cumplir con sus deberes, impuestos por su género, aun en condiciones en que resulta imposible cumplir los mandatos, pero también pueden rebelarse, resistir y transgredir (Lagarde, 1997: 56).

La sexualidad rebasa en mucho el ámbito de la biología, se construye y se sanciona socialmente. Constituye un punto de confluencia entre las normatividades sociales y la ética personal. Es así que nuestras concepciones de lo “natural” están permeadas, y muchas veces definidas, a partir de ideas sumamente arraigadas en la sociedad en que vivimos. Y es precisamente en este terreno -el de la sexualidad- donde se construye una arena política de la mayor importancia en la que se manifiestan las desigualdades de género, clase y etnia. En cada sociedad específica se define “el deseo” y lo que es “sano” o “desviado” en fin lo “correcto”, lo “incorrecto”, lo permitido”, lo “prohibido”. Asimismo, el cuerpo constituye el espacio más inmediato para la transgresión, y en la sexualidad se dan luchas y resistencias. De ahí que la sociedad y la cultura, acorde a sus especificidades e intereses, creen códigos y nociones como guía de acción para controlar a los sujetos, y ellos mismos, a partir de éstos, hacen una evaluación ética de sus conductas. Y en esta área son claras y nítidas las asimetrías entre los géneros, que no son iguales ni en todas las etapas históricas, ni en todas las sociedades, ni en todas las clases sociales. El dominio no es estático y se da una articulación de múltiples factores en la balanza del poder. Es así que por ejemplo, la posición que se ocupa en la estructura social jerárquica es importante y muchas veces cuando ésta es alta, es menor la represión sobre la sexualidad específicamente femenina (Córdova, 2000).

En general podemos coincidir como plantea Cazés (1997b) en que quizás no sea la sexualidad la que aliena a los individuos, sino que es la sexualidad la que está alienada, es decir, la que se haya vuelto extraña con respecto a sí misma, desde el momento en que se ve obligada a mantener discursos sobre el cuerpo y con la ayuda del cuerpo, que no proviene de sí misma y que sirven como formas de alienación, de opresión social, cuya fuente no es ella misma. La sexualidad no solamente resulta alienada, sino que también se convierte en alienante.

SEXUALIDAD MASCULINA. ALGUNAS IDEAS

De la sexualidad de los varones se manejan una serie de estereotipos sociales. Se afirma que la sexualidad masculina es instintiva, incontrolable y agresiva; que los hombres están “imposibilitados” para mantener la monogamia o de ser fieles a una relación estable; que los varones, en este terreno, como en muchos otros, dominan, mientras que las mujeres son sumisas; que son posesivos y son celosos; que tienen que ser fuertes. No deben expresar inseguridad, miedo, dolor, inseguridad, tristeza u otras emociones que los hagan aparecer como “débiles”; que en su caso el deseo sexual está desligado del deseo y del afecto; que socialmente se les exige tener experiencia sexual; que no deben expresar deseo o ternura con sus amigos, ni manifestar sus emociones con ellos, pues ponen en riesgo su fama de viriles; por supuesto no deben sentir deseo sexual por otros hombres ni jamás admitir ignorancia en el terreno de la sexualidad y además deben correr permanentemente riesgos (Shepard, 1996: 79).

El concepto de masculinidad evoca una serie de calificativos y atributos, muchos de ellos encontrados a través de las culturas y que incluyen primordialmente: poder, dominio, virilidad, potencia sexual, valentía, fortaleza, responsabilidad y honor, todos ellos valores culturales a los cuales los hombres deben acceder y mantener para ser verdaderos “hombres”.

Para algunos autores la historia ha tenido una profunda influencia en la construcción del lenguaje respecto de la sexualidad masculina. Las nociones de voluntad y rendimiento han sido centrales durante mucho tiempo dentro de la sexualidad masculina. El sexo se aprende en nuestras sociedades en la niñez temprana, no como cuestión de dar placer y nutrimento al cuerpo, sino como un logro individual que se refleja en la ubicación del hombre dentro del orden de la ley del más fuerte de la masculinidad. Así, los varones en general, tienden a considerar la sexualidad en términos de poder y de conquista. Como niños el sexo es una cuestión de ver “hasta donde se puede llegar”. El sexo constituye un ámbito en el que se prueban a sí mismos al obtener lo que de otro modo se les podría negar. Se trata de un proceso educativo muy poderoso, donde el logro reemplaza cualquier noción del sexo como placer. Resulta de esta manera fácil experimentar el sexo como algo que los otros “les

deben” y que ellos están dispuestos a “obtener”. La sexualidad masculina es una cuestión de poder donde los hombres se preocupan por reafirmar su poder sobre las mujeres. El sexo asumido como rendimiento, aunque ahora en algunos sectores incluya la necesidad de procurar orgasmos a las mujeres, se mantiene como una inflexión del ego masculino. Se sigue tratando de una autoafirmación individual. Los varones están tan concentrados en probarse a sí mismos porque su verdadero sentido de la masculinidad puede fácilmente ponerse en tela de juicio. Es entonces en el sexo donde se demuestran como “verdaderos hombres”. Y por ello, la iniciación sexual con una mujer es tan poderosa, pues constituye un medio para convertirse en hombre.

Estas construcciones de la sexualidad masculina tienen graves implicaciones, dado que la sexualidad llega a identificarse como un acto de violencia y la idea del rendimiento puede fácilmente alentar una enorme insensibilidad hacia la pareja. La sexualidad no es considerada como comunicación, un compartir entre personas, sino como algo que los hombres necesitan. Mientras la sexualidad femenina es apenas reconocida, las mujeres aparecen simplemente como bloqueadoras de la necesidad masculina. Así, el sexo se vuelve conquista. Los hombres aprenden a tener las relaciones sexuales teniendo como única meta el orgasmo; se despersonaliza la experiencia de la sexualidad y el cuerpo es tratado como máquina. Estas construcciones tienen toda una historia que hace muy difícil superar las profundas insatisfacciones en que vivimos y saber cómo podemos reeducar nuestros cuerpos mediante el aprendizaje, a fin de lograr un contacto más profundo y pleno. La verdad es que llevamos la historia en nuestros cuerpos. Y no basta con decir que nuestra sexualidad es construida histórica y socialmente, es indispensable comprender sus contradicciones y tensiones internas. Es claro que no es posible postular una visión alternativa de la sexualidad masculina sin comprender las fuerzas históricas y sociales más profundas de esta concepción dominante (Seidler, 1991: 40).

En las culturas occidentales puede constatarse que existe el “dominio de lo masculino”, la concepción del varón que es fuerte, activo, en posesión indiscutible del poder en diversos ámbitos, en contraposición con la mujer y lo femenino que pasan a ser el discurso oculto y tenue de la historia social (Ehrenfeld, 1989: 391). El varón en nuestras

sociedades es aún el productor, el dominante, el poseedor del control y en esta cultura todos aprendemos desde el inicio lo que debemos ser, y también las consecuencias de negarse a serlo. En el campo de la sexualidad la mujer, o muchas de ellas, subordina al varón su capacidad erótica y también cumple, en muchos casos, el papel que socialmente se le ha asignado en la esfera de la reproducción.

Dentro de este análisis me parece fundamental la idea de tener en cuenta que en las relaciones personales el poder siempre está de alguna manera presente. Esto desafía la concepción liberal de que todo es cuestión de actitud y elección individual y que bastaba con “tratar a los demás como iguales”. El liberalismo presupone que tenemos verdadera libertad de relacionarnos y elegir; nos alienta a creer que podemos minimizar la influencia de relaciones de poder y de subordinación de clase, sexuales y étnicas. Y trata de hacerlo al poner una demarcación entre las relaciones personales y las sociales más amplias. Sin embargo, es claro que nuestras relaciones personales son profundamente afectadas por el sentido que cobra ser hombre o mujer en la sociedad más amplia y por nuestra posición en los otros ejes de la desigualdad social: clase y etnia. Es entonces indispensable estar conscientes de la realidad que nos ha afectado y conformado, realidad que podemos reproducir, pero también confrontar. Para este autor hacerse consciente puede ser un proceso en que los hombres aprendan a recobrar su sexualidad como fuente de conocimiento y de placer; y parte del proceso consiste en comprender la dinámica de su experiencia, mediante la cual su sexualidad ha quedado atada, a un nivel mucho más profundo, a su necesidad de controlar a otras personas y a facetas de sí mismos (Seidler, *op. cit.*: 42-44).

ALGUNAS IDEAS APORTADAS POR LA INVESTIGACIÓN LATINOAMERICANA EN RELACIÓN CON LA SEXUALIDAD

Según algunas otras investigaciones en el campo de la sexualidad, la experiencia sexual es resultado de un complejo conjunto de procesos sociales, culturales e históricos que permite la construcción del cuerpo, la interpretación del deseo, y que da sentido a las vivencias y sexualidad, tanto de los hombres como de las mujeres. Una interpretación a

que acude la masculinidad dominante para darle un carácter “natural” a su construcción está en la afirmación de que los hombres, al igual que los animales tienen “instintos”, entre ellos el de reproducirse. El deseo sexual sería por tanto determinado biológicamente, se acrecienta en la medida en que no es satisfecho, y lleva a los hombres a conquistar y penetrar mujeres. Esta interpretación, sentida subjetivamente por muchos varones, los llevaría a vivenciar su cuerpo como un factor de fragmentación de su subjetividad, que asocia los deseos, placeres y emociones propias de la sexualidad con expresiones de una fuerza interna que no se puede controlar y que los lleva a ser violentos, aun a pesar de su voluntad, con tal de satisfacer su deseo. En cambio —se dice— el deseo de la mujer, nace del amor y está asociado con el amor que siente por su pareja. Los hombres entonces son quienes deben tomar la iniciativa. Así, ellos separan sexo y amor (Valdés y Olavarría, 1998: 14-15).

Existe en nuestras sociedades, una desigual distribución del ejercicio del poder y asimetría relacional entre los géneros. La posición de género se manifiesta en las relaciones de la pareja, dentro de la familia, en todos los ámbitos de la vida social, con diferentes matices. La cultura androcéntrica da al varón una posición de superioridad, de autoafirmación y niega ese derecho a las mujeres, que deben entonces, si es que pueden, conquistarlo. Los varones entonces se sienten con el derecho de exigir a las mujeres y ellas se sienten obligadas, disminuyendo su valor y buscando la aprobación. Se habla de una ecuación protección por obediencia, que reproduce el dominio masculino. Las mujeres y los hombres naturalizan estas relaciones, lo que aunado a la falta de recursos de las mujeres y el ejercicio cotidiano del poder masculino hace muy difícil cuestionar y cambiar estas relaciones.

Para algunos autores la mujer ejerce el poder sobrevalorado de los afectos y el cuidado erótico y maternal. Se trata —dicen— de un poder delegado por la cultura androcéntrica. Se establece para ellas un “altar engañoso” y se le otorga el título de reina, aunque ellas solamente tengan la posibilidad de “intendencia y administración de lo ajeno” (Bonina, 2000: 196-197). Las mujeres, en general, no pueden expresar sus demandas abiertamente, pero lo hacen por vías ocultas, a través de distanciamientos, de quejas y muchas veces de cierta manipulación. Este terreno es sumamente importante en el campo de la sexualidad y de la

reproducción, de la relación y educación de los hijos e hijas. Las relaciones de poder que se dan en estas esferas están casi siempre invisibles, lo cual contribuye a que el poder configurador de la masculinidad como modelo siga siendo enorme.

Encontramos que en sociedades como la nuestra existen claras diferencias entre las normatividades que se imponen a hombres y a mujeres, muy especialmente en el terreno de la sexualidad y las prácticas sexuales. En las mujeres la sexualidad aparece como más vinculada a la unión de la pareja y a la procreación que en los varones; mucho menos relacionada con el placer sexual, más monógama y mayormente vinculada con el deseo de afianzar una relación. Estas normas diferenciadas de la sexualidad según el género, provocan una construcción social de mujeres divididas en dos tipos: las que tienen experiencia y experimentan placer, malas candidatas para la unión matrimonial y la procreación, aquéllas que no son merecedoras de respeto; y las que acatan las normatividades, que carecen o aparentan carecer de conocimiento y sobre todo de experiencia sexual, la mujer que se hace merecedora de ser candidata a la maternidad. Si bien esto es el modelo dominante, también hay que decir que, como construcción social que es, ante los cambios trascendentales en otros aspectos de la vida social, están emergiendo personas y grupos para las cuales estas normatividades ya son cuestionables.

Se habla también de necesidades sexuales diferenciadas según el sexo. En México y en otros países similares, está aún muy difundida la creencia de que existen necesidades eróticas originadas en la biología, que son de los hombres y no experimentadas por las mujeres (Figueroa y Rivera, 1993). Las necesidades del hombre requieren ser satisfechas en todo momento. Esta creencia, basada en la “naturaleza”, provoca que las mujeres acepten estas diferenciaciones e influye en la pasividad social hacia los abusos, la coacción y los intercambios desiguales en materia sexual. Asimismo, los varones deben ser expertos en sexualidad, en sensualidad y en placer, pero en cuanto a la procreación ese es terreno femenino. Los varones también tienen y ejercen el derecho de experimentar el placer sexual fuera de su pareja, manteniendo silencio respecto a ello en su familia. En este sentido parecería que, para cierto tipo de hombres latinoamericanos, no es suficiente la experiencia amorosa y sexual con su propia pareja para que deje de sentir deseo de poseer a

otras mujeres. Ya que interpreta el deseo como animalidad, es como si el cuerpo se lo pidiera. El nuevo dilema que enfrenta el varón es la fidelidad (Valdés y Olavarría, *op. cit.*: 10). Además, presiona a las mujeres a excluir expectativas de placer en sus relaciones sexuales, pero deben ser expertas y responsables en cuanto a la reproducción. Los varones, a través de estos vínculos entre el género y la sexualidad, aceptan la presión de permanecer excluidos de las decisiones y consecuencias en la procreación (Szasz, 1997: 1-3). En todos estos aspectos queda claramente manifiesta la doble moral prevaleciente.

Por otra parte, para algunos especialistas desde el psicoanálisis, la problemática de la sexualidad no ha cambiado profundamente en los últimos años. Lo que cambia —dicen— es el contexto y la aceptación de la problemática, pero los problemas sexuales no han disminuido. Las dificultades en el área de la sexualidad representan algo fundamental en la vida de las personas, pero abrirse a su análisis y cuestionamiento depende en mucho de la educación recibida, de los antecedentes familiares y de qué significación tiene el desarrollo del placer en las personas. Consideran que la relación sexual no se puede separar nunca del contexto global de la persona. No es posible tener una vida sexual plena y una vida destrozada. Pero el problema es que aún hoy día ni hombres ni mujeres toman en cuenta la trascendencia de la gratificación sexual. Y tampoco, más de fondo, encuentran placer en otras áreas de su vida. No es posible separar la sexualidad de la vida como totalidad. No existen problemas específicos de hombres y de mujeres, lo importante es la intimidad y la semejanza emocional entre hombres y mujeres, en el fondo, trasciende la diferencia anatómica.

La sexualidad es un aspecto esencial de la vida humana. Nos concebimos como seres sexuados, pero ignoramos qué es la sexualidad humana. Los papeles que se juegan en los distintos momentos del desarrollo de los seres humanos a través de su proceso de socialización (edad, clase social, etnia) pero el papel o función que se aprende primero, el que tiene un peso dominante en nuestro desarrollo es justamente el que corresponde al papel sexual. Ignoramos qué es la sexualidad y toda ignorancia conlleva cierta forma de dependencia, sumisión, debilidad, especialmente frente a quienes aparentemente no carecen de esa información.

En general, la sexualidad en nuestra sociedad es reprimida, deformada, encaminada a maneras poco placenteras tanto para hombres como para mujeres. La condición sexual de la mujer en nuestra cultura está subordinada a la del hombre, quien a su vez padece el sometimiento propio de la clase social a la que pertenece, en una sociedad centrada en la producción de plusvalía aún a costa de la producción de satisfactores emocionales, y de salud mental de sus miembros (Döring, 1994: 15). Es interesante observar que en este tipo de estudios en los que se realizan entrevistas a personas de diversos grupos sociales se pudo constatar que todo lo relativo a la sexualidad es vivenciado por los sujetos como algo exclusivo y único. No hay conciencia de que las circunstancias prevalentes en un contexto y momento específico ejercen una fuerte influencia en cómo se vive la sexualidad individual, y que existe un puente que une íntimamente al mundo privado con el público. Lo privado, lo íntimo, también es público y es político (*ibid*: 223-4).

Diversas investigaciones coinciden en señalar que, en general, los varones se relacionan sexualmente antes que las jóvenes, que tienen más parejas no estables que ellas, que en una proporción elevada tiene prácticas homosexuales a la vez que se comportan como heterosexuales en la vida cotidiana y pública. Es decir que en general el comportamiento sexual de varones y mujeres es muy distinto y en las mujeres es aún común que no exista separación entre la vida sexual, la procreación y la unión conyugal. Hay que aclarar que estas conclusiones se derivan de investigaciones ubicadas en la sociedad mexicana y que puede ser distinto al menos en algunos de sus matices en otras sociedades. En México la actividad sexual es regulada básicamente por los valores culturales y la simbolización del género, más que por intenciones personales o por información. Existen discursos sociales muy poderosos que presionan a los jóvenes, influyendo también de manera importante las experiencias socioeconómicas opresivas de dominación étnica, desigualdad de clase, pobreza, desempleo migración y el cuestionamiento del rol de proveedor (Bronfman y Minello, 1995; Szasz, 1998: 23).

El cuerpo femenino relativamente expropiado se manifiesta como objeto de la sexualidad erótica masculina, como objeto de sexualidad procreativa y con el valor social de la virginidad femenina como signo de intercambio entre los hombres y como residencia del honor familiar

masculino, por lo que el hombre se apropia de la mujer. Además se da un proceso de interdependencia pues el hombre esperará recibir los cuidados de las mujeres hacia su cuerpo autoapropiado (Nava, 1996: 75-76).

La investigación realizada en México establece que, a través de la sexualidad, los hombres se apropian de las mujeres y se convierten en propietarios de su sexualidad.

Se han establecido tipologías de la percepción estereotipada de las relaciones entre hombres y mujeres en México, siguiendo a diversos autores. Según esta concepción, los varones mexicanos se relacionan de manera diferente con “cada tipo de mujer”. De esa forma, es un tipo de relación específica la que tienen con su madre, reflejo viviente de la Virgen de Guadalupe, y la madre adquiere un carácter sacralizado; con su amante, para el varón mexicano ella es un objeto erótico, establece relaciones diferentes a las que establece con su esposa, por ejemplo, con la cual el objetivo es la procreación. Este es el principio básico de la doble moral del comportamiento masculino. En general establecen relaciones caracterizadas por el desprecio emocional. Con la esposa, por su parte, con la que vive la sexualidad procreativa el varón se muestra inseguro de la fidelidad monogámica femenina. Ante sus hijas y hermanas asume el papel de protector, de vigilar la virginidad de las amenazas que representan los otros varones. En ellas está depositada simbólicamente la relación de propiedad y del buen nombre (por la filiación patrilínea) y el honor familiar (por la valoración) (Nava, *op. cit.*: 48-76).

No obstante esta realidad documentada, considero que en el caso de México particularmente, resulta muy riesgoso tratar de hacer generalizaciones, ya que coexisten en el país muy distintas concepciones respecto a muchos procesos y temas relacionados con la sexualidad y la reproducción, lo cual no niega ciertas características inherentes a una “masculinidad dominante” en el país.

Los estudios cualitativos que abordan la vida de varones en México además de ser escasos, se han dirigido a grupos pequeños, heterogéneos y resulta muy difícil generalizar los hallazgos.

En algunos estudios se llega a la conclusión de que los principales reguladores de la actividad sexual para los varones mexicanos no son las intenciones personales ni la información, sino los valores culturales,

la simbolización del género, los discursos sociales sobre masculinidad, las presiones sociales y las experiencias socioeconómicas opresivas de diversos tipos de dominación, étnica, desigualdad de clase, pobreza, desempleo, migración y el cuestionamiento del tradicional rol de proveedor que le han asignado a los varones (Szasz, *op. cit.*: 24).

Hay autores que sostienen que la masculinidad en México, y como parte de ella la sexualidad masculina, ha tenido una conformación característica de las culturas del “machismo”. En México, la cultura del machismo es también conformadora de hombres audaces y temerarios, capaces de desafiar la muerte, como si existiera un “macho-metro” que mide los puntos que cada varón va ganando para mantener su virilidad. Ser varón es estar ante la eterna revisión de otros hombres: todo lo masculino, incluida la sexualidad, tiene que formar parte de lo público. Hay miedo permanente a la burla de los otros y se busca en cambio, su admiración y reconocimiento. Ser varón es tener una sexualidad pública, que hay que presumir. Así la sexualidad es para el mexicano un campo privilegiado de medición de su hombría (Hernández, 1995: 11).

En trabajos recientes se confirma que los hombres se reconocen a sí mismos como acosadores naturales y siempre dispuestos a una relación coital, algo totalmente diferente a la precaución y vigilancia social e individual que se exige a las mujeres (Arias y Rodríguez, 1995; Castro y Miranda, 1996). En uno de estos estudios dirigido a un grupo campesino mexicano, se informa que está funcionando un mecanismo de construcción de la identidad masculina a partir de la pertenencia al grupo, como transferencia del “yo” a “nosotros” que implica una consecuencia de inescapabilidad del propio destino. De acuerdo con la lógica subyacente, que para trascender esa especie de minusvalía personal los entrevistados requerirían dejar de ser campesinos y hombres, pues es su adscripción a esos grupos donde se advierte el origen de su propia autodevaluación (Castro y Miranda, *op. cit.*: 10). Asimismo, en relación con la sexualidad y la identidad, los hombres reconocieron abiertamente que el deseo puede ser experimentado tanto por ellos como por las mujeres, pero en ellas se concibe como algo que hay que controlar. El deseo de las mujeres tiene condiciones y tiene límites, que conllevan comportamientos éticos y morales que repercuten directamente en su vida. Mientras que el deseo de las mujeres tiende a ser normalizado, es decir,

controlado y reprimido por los hombres, el deseo masculino es algo así como una “fuerza natural”, incontrolable, por eso ellos son los “acosadores” de las mujeres, y ellas deben demostrar que resisten ese acoso. Además, esta concepción es plenamente compartida por las mujeres, al menos en las comunidades estudiadas por estos autores. Ahí las mujeres dan todo esto como sobreentendido, como natural. Es natural que ellas piensen que si el hombre quiere tener relaciones sexuales con su mujer, ésta simplemente “se tiene que dejar”. La sexualidad es una experiencia marcada por relaciones de género y esto queda muy claro en el siguiente tipo de referencias femeninas: “que hagan uso de una”, o “dar un buen servicio”. Los hombres han aprendido que “usan a las mujeres” y ellas, que “son usadas”. Así incluso queda claro cómo se van construyendo socialmente los significados, la sexualidad masculina es construida como un impulso natural al que hay que dejar ser (*ibid.*: 15). Además, viven atrapados en un dilema cuyo origen está en la raíz misma de su propia identidad. Se asumen como acosadores naturales y eso los lleva a sospechar permanentemente de sus propias mujeres. Su valoración respecto a niñas y niños es también diferenciada. Los niños sirven por sí mismos, como autónomos, su valor económico es un fin en sí mismo; en cambio las mujeres sirven para algo o para alguien. Queda claro que aquí los varones continúan detentando un alto grado de poder.

Para otros autores, el problema de las relaciones entre los géneros es muy serio, especialmente en el terreno de la sexualidad, porque a la mayoría de los hombres se les socializa con una concepción donde se cosifica a la mujer, y donde la sexualidad se vuelve un campo de no encuentro; es el ejercicio del poder y de la afirmación de una masculinidad basada en la potencia y en el volumen de los genitales. Esto provoca, además de relaciones sexuales poco placenteras, el problema del abuso, el hostigamiento y la violación. En sus análisis del sida por ejemplo, descubren que en esta problemática, a menudo tratada solamente como problema de salud, subyace la siguiente realidad: las enormes limitaciones que tienen muchas mujeres para negociar lo sexual y sacan a flote las relaciones de poder que existen dentro de las parejas, expresadas nítidamente en el campo sexual (De Keijzer, 1992: 3). En el fondo lo que sucede es que en una sociedad como la nuestra, está presente y reproducida, recreada continuamente, la concepción de que la mujer

es un ser para los otros, y el varón es un ser para sí mismo. De ahí que aparezca que en el modelo dominante de ser “hombre”, los varones viven una sexualidad competitiva, violenta, homofóbica, vivida como fuente de poder y como obligación, además de mutilada, al limitarse a los genitales y al coito; una sexualidad que se vive como obsesión, pues a través de ella muchos varones se prueban continuamente (Figueroa, 1997). También se afirma que la sexualidad masculina hace que los hombres sean incapaces de ser monógamos o fieles a una relación estable, son posesivos, celosos y su deseo sexual está desligado del afecto y las emociones (Shepard, 1996: 79). Además la sexualidad masculina es irresponsable, lo cual tiene enormes consecuencias no sólo en este terreno sino en el de la reproducción y la paternidad.

Ser hombre en nuestra sociedad implica vivir desde la condición de género privilegiada, jerárquicamente superior y valorada de manera positiva. La condición política de las mujeres en el mundo patriarcal es el cautiverio, la de los hombres, el dominio (Lagarde, 1993: 77). Las relaciones que se establecen entre varones y mujeres conllevan muchas ventajas para los primeros y, para algunos autores, una de ellas es asignar a las mujeres las tareas domésticas (consideradas como menores), el cuidado de la casa y la persona, tareas que denominan de “intendencia o infraestructura del héroe”. Esto permite al varón considerarse héroe, jefe, persona importante, donde la mujer aparece como su recompensa, en el sentido más burdo de descarga sexual (no de compañera de placer), o bien como psicóloga y animadora de cabecera. También incluye lo opuesto: persona con quien pelear. De modo que, más allá del cliché de la mujer como “reposo del guerrero”, cabría hablar de la mujer como única guerra del reposante, campo de batalla de quien, en la política o en la vida laboral, se limita a acatar órdenes. En una sociedad donde el poder no está repartido equitativamente entre los hombres, y donde los puestos de trabajo (sobre todo de jefe) son pocos, el sistema paga al varón socializado en la moral dominante, con la promesa de mujer y de hijos. Así conseguirá ejercer el poder por lo menos dentro de su casa, y a través de él logrará autodefinirse como “hombre” (Marques, 1997: 6-7). En el terreno de la sexualidad y el entorno reproductivo, estas relaciones aparecen con gran nitidez. Se afirma, asimismo, que dialogar

con las mujeres es, para muchos hombres, un hecho desconocido, lo que repercute negativamente en la sexualidad y la reproducción.

La diferenciación y los derechos entre hombres y mujeres se da en muchos terrenos, uno de los cuales es la iniciación sexual. Ésta se ha constituido como una de las prácticas cruciales y significativas en el proceso de convertirse en adulto, en muchas sociedades y culturas. La primera relación sexual puede ser una de las experiencias importantes que intervienen en la constitución de sujetos de sexualidad y, por lo tanto, de sus futuras prácticas sexuales. Los significados que se le atribuyen, y las maneras en que esta iniciación tiene lugar en una cultura determinada, son un ejemplo y una expresión del tipo de valores y creencias asignadas a la sexualidad en esa sociedad particular.

En relación con ello vemos que, aún hoy en muchas sociedades, la sexualidad y la virginidad están fuertemente cargadas de significaciones morales y religiosas, diferentes para cada género (Amuchástegui, 1996: 138). Lo que se permite e incluso fomenta en los varones es muy diferente de lo que se espera de las mujeres. Estas diferentes significaciones son complementarias entre sí y han sido construidas a través de un largo periodo de relaciones sociales y políticas y son expresión nítida de las diferencias entre los géneros: han producido lo que se llama “la doble moral” de nuestras sociedades.

En el caso de adolescentes, investigaciones recientes (Bloern, 2000) muestran que el guión sexual de muchos varones de esas edades carece de información sobre sexualidad y reproducción. Sus fuentes de información a menudo son los pares y los medios de comunicación. Resulta más probable que las mujeres jóvenes tengan más información y mayor comunicación con sus padres. Los jóvenes, por ejemplo en el uso de preservativos, muestran que su uso es poco frecuente y depende mucho de la compañera sexual. Con una pareja estable si los usan es como prevención de embarazo, con otras jóvenes con las que mantienen relaciones esporádicas o eventuales, los utilizan para prevenir enfermedades. Un elemento que me parece central es que la investigación ha comprobado que el uso de estos métodos se incrementa cuando también es mayor la comunicación y la negociación en la pareja. Otro elemento también fundamental tiene que ver con las ideas acerca de quién asume la responsabilidad de proponer el uso del preservativo.

Si es ella la que lo sugiere, ellos pueden vivirlo como que la compañera es quien tiene el control de la relación y aparecen entonces los factores de poder y negociación, así como de la feminización de la reproducción y el control sobre la misma. El uso de métodos “tradicionales” está entonces implicando una mayor negociación y comunicación, además de un menor egoísmo, lo cual resulta fundamental en la construcción de relaciones más igualitarias.

Las diferencias entre los géneros en cuanto a la apreciación de la actividad sexual, quedan claras en los resultados de una encuesta realizada entre universitarias en 1989, donde se informa que gran parte de ellas ya había tenido relaciones sexuales antes de casarse y casi todas las consideraron placenteras. Había consenso al referirse a la confianza, la ternura, la comunicación, las caricias y el “preámbulo”, como los elementos que más les gustan de las relaciones sexuales. El orgasmo no ocupó un papel principal entre sus preferencias. Lo que más les disgusta es la violencia y que el otro piense sólo en su propio placer. Manifestaron, en relación con la sexualidad masculina, la creencia de que ellos, a diferencia de ellas, pueden disociar lo emocional de lo sexual. Para ellas, en su mayoría, no se puede hacer tal disociación. Si los hombres ejercen su sexualidad es porque según ellas “son más libres, más abiertos, más curiosos, más urgidos”. Además y esto es muy importante: ellos están exentos de la crítica familiar y social y además no corren el riesgo de quedar embarazados. La influencia de la religión apareció nítidamente. Las entrevistadas que declararon ser católicas mostraron criterios más rígidos en cuanto a la sexualidad, que aquéllas que no lo son. Los criterios expresados por ellos en general están permeados por la lógica del ámbito familiar. Los autores concluyeron que pese a la expansión de los movimientos sexopolíticos de los últimos años y pese a los avances científicos y tecnológicos en la aplicación de la vida sexual, la negación y condena cotidiana, amparadas en la desinformación, siguen caracterizando a la sexualidad femenina del medio urbano (Cedilla, 1991: 47-51).

En estudios dirigidos a jóvenes universitarios en los años ochenta, básicamente en la UNAM y en la Universidad de Guadalajara se informó, coincidiendo con los demás estudios sobre el tema, que los varones tienen antes que las mujeres su primera relación coital. El hom-

bre declara mentir con mayor facilidad que las mujeres para satisfacer su sexualidad, mientras que en otro estudio dirigido a jóvenes de la UAM Xochimilco en 1987, se comprobó que tres cuartas partes de los hombres y seis de cada 10 mujeres consideraron que la posición “más normal” para hacer el amor es cuando el varón se coloca arriba de la mujer (macho activo- mujer pasiva). Aunque Ponce (*et al.*, 1991: 23) informa que hay estudios que establecen que la posición invertida produce mayor placer a la mujer.

En estudios recientes dirigidos a jóvenes que viven en ciudades de México, se han expuesto ciertos indicios respecto al comportamiento diferenciado de los hombres y las mujeres en el terreno de la sexualidad. Los varones por ejemplo dicen iniciar su actividad coital heterosexual a edad más temprana, mayoritariamente con parejas con las que no mantienen una relación de afecto. Declaran tener mayor número de prácticas, incluyendo el autoerotismo, así como relaciones sexuales con mayor número de parejas que las mujeres. En coincidencia con otros estudios latinoamericanos aparece que de la primera relación coital al establecimiento del vínculo matrimonial pasa un promedio de siete años. En ese lapso tienen muchas parejas y declaran que continúan teniéndolas después de casarse (ver Szasz para datos de diversas encuestas realizadas desde 1989 hasta 1998. En: Lerner, 1998). Un hallazgo interesante, dadas las características que en teoría tiene la construcción de la masculinidad, constituye el hecho de que con frecuencia los varones en estas investigaciones han reconocido tener o haber tenido relaciones coitales con otros hombres, lo que contrasta con su poca participación, también declarada por ellos mismos, en el uso de anticonceptivos. El uso de condón por ejemplo, constituye una excepción, aun entre varones urbanos con alta escolaridad.

En cuanto al desarrollo de la sexualidad masculina en México, algunos estudios dirigidos a trabajadores muestran que el inicio de su vida sexual en una mayoría (84%) ocurre durante la adolescencia, antes de los 15 años en 16% de los entrevistados. La práctica sexual anterior al matrimonio es reconocida en la mayor parte de los casos y declaran tenerla con una amiga, con la novia en segundo lugar y en un tercer lugar con una mujer desconocida. La práctica anticonceptiva queda en manos de la mujer; pero su valoración al respecto resulta muy interesante, pues

si ella se “cuida” significa que planea su vida sexual y eso “deja mucho que desear” respecto a la conducta de esa mujer. Por otra parte, 28% de los entrevistados declaró que la relación sexual no le significa nunca un dominio sobre la mujer y para más de la mitad, las relaciones sexuales implican responsabilidad, para cerca de la mitad, no ha sido así (Leñero, 1992: 58-62).

Asimismo, estudios recientes realizados en América Latina muestran, a partir de los relatos de los varones, que ellos llegan a identificarse con ciertos mandatos sociales que conforman un modelo predominante en la sociedad, que se encarna y subjetiviza en los propios hombres. Ellos se reconocen pertenecientes a un campo identitario y a una comunidad genérica. Esta forma predominante de ser hombre —y los mandatos que le dan sentido— son asumidos en primera persona y convertidos en verdades. En torno al significado de “ser hombre” se estructura un discurso plenamente internalizado, experimentado en su subjetividad, en sus vivencias, en sentirse “hombre”. Casi la totalidad de los varones siente que siempre ha sido hombre, que tiene pene, que así nació y eso es suficiente. Para ellos ser hombre es ser activo y da derechos. El hombre es una persona autónoma, libre, que trata de igual a igual a los otros hombres, que no debe disminuirse. El varón debe ser fuerte, no tener miedo, no expresar sus emociones ni llorar, salvo en situaciones en que el hecho de hacerlo reafirma su hombría. Los hombres son heterosexuales y aún más allá de estos atributos, el mandato hegemónico tiene un contenido moral significativo: el hombre debe ser recto, responsable y está obligado a comportarse correctamente, debe ser solidario sobre todo con su familia. Para lograr la adultez, el varón requiere la aceptación por parte de dos interlocutores: los otros hombres y las mujeres. Son garantes de su masculinidad, son quienes les permiten definirse como varón. Con la mujer el varón construye la diferencia y obtiene identidad, conformando su orientación heterosexual. La sexualidad adquiere relevancia porque se traduce en identidad y prácticas. Los varones comparten un discurso dominante, pero matizado según el sector social de pertenencia. No todos, o más bien pocos hacen un cuestionamiento al modelo dominante de masculinidad (Valdés y Olavarría, 1998a: 13-16).

En cuanto al proceso de socialización que estos varones vivieron en relación a la sexualidad, los autores encuentran un proceso contradictorio. Por un lado estuvo el despertar del deseo sexual, los cambios que experimentó su cuerpo, y por otro, la interpretación que hicieron de su sexualidad, asociada al deseo y al placer. En los primeros momentos la vivencia fue solitaria, nadie les enseñó y luego tampoco hubo aprendizaje, salvo por omisión. Situación muy coincidente con los resultados obtenidos en mi investigación en casi la totalidad de las entrevistas. Si procedían de una familia donde el padre estuvo ausente (sobre todo en sectores populares) la presencia del padre ausente y su madre aparecían como asexuada, y si en su casa no se habló de sexualidad, todo el entorno apareció ante ellos como coherente con la indiferencia hacia su despertar sexual; el deseo de los hijos es como inexistente. Los varones de sectores medios, aunque un poco mejor informados por los padres, recibieron información más bien de carácter biológico y no una verdadera orientación. La madre asexuada sirvió también para ratificar la distinción que los varones a menudo establecen entre tipos de mujeres y para qué sirve cada una. Se ratificó también el hecho ya tratado de esa doble moral, que permite al varón latinoamericano llevar una vida doble: en su casa una mujer con la que a menudo ya no tiene vida sexual, pero con todo el permiso social de llevarla, fuera de la casa, con el “otro tipo de mujer”. Inclusive se pudo comprobar que entre las enseñanzas recibidas por los varones está el hecho de que se vale forzar a una mujer a tener sexo, cuando ella está en su ámbito de dominio, y también que con dinero se compra el sexo de las mujeres. En cuanto a la influencia de pares y amigos en esta investigación, se comprobó que éstos son ampliamente recordados por los entrevistados y que con ellos tuvieron las vivencias más profundas en la formación de sus identidades heterosexuales y en la iniciación de su actividad sexual (*Ibid:* 6-9).

Para analizar la sexualidad de los varones, algunas otra(o)s autoras y autores hacen referencia a las encuestas sociodemográficas realizadas hasta ahora, entre las que destacan la de CONASIDA de 1994, y de la Secretaría de Salud de 1988, 1989 y 1990, y establecen que éstas sólo dan indicios, pues se trata de preguntas precodificadas y sumamente impersonales. Entre sus resultados más importantes informan que los comportamientos de los varones son muy distintos a los de las mujeres.

Es relevante el hecho de que inician la actividad heterosexual a edad más temprana, mayoritariamente con parejas con las que no mantienen una relación afectiva. Asimismo, declaran mayor número de prácticas sexuales con mayor número de parejas. Hay siete años en promedio entre la primera relación coital y el matrimonio y además continúan teniendo relaciones con otras mujeres, aún estando casados. Es interesante observar que reconocen, en una proporción elevada, haber tenido relaciones homosexuales. Destaca el hecho de que pocos declaran usar anticonceptivos y condones. Aun en el caso de jóvenes urbanos con escolaridad más alta que lo usan más, la proporción es minoritaria (Salud, CONASIDA, Ibáñez, 1995; Liguori, 1995; Szasz, 1998a).

Por otra parte, de acuerdo con los últimos datos de la Encuesta de Demografía y Salud (realizada en Brasil, República Dominicana; Perú en 1996 y Haití entre 1994 y 1995) se establece por ejemplo que las edades del primer contacto sexual y de la primera unión son de importancia no sólo en su asociación con la formación de uniones, fecundidad y uso de anticonceptivos, sino también por sus implicaciones en la salud reproductiva, sida, particularmente. Una temprana edad en la iniciación sexual y en la unión, en condiciones socioeconómicas particulares que prevalecen en el mundo en desarrollo, con frecuencia están asociados con los altos niveles de fecundidad y mortalidad y con resultados negativos en la salud materno-infantil. En América Latina, de acuerdo con la citada encuesta, es común que los hombres y las mujeres tengan relaciones premaritales; en los países analizados la edad del primer contacto sexual es siempre anterior a la edad de la primera unión. Muchos adolescentes latinoamericanos inician su actividad sexual en esta etapa de sus vidas, aunque la mayoría esperan cumplir 20 años, aunque hay diferencias entre países; por ejemplo en Perú y la República Dominicana más de la mitad de los hombres iniciaron su actividad sexual antes de cumplir 20 años. En resumen, los hombres en América Latina inician su primera relación sexual en su adolescencia temprana y esperan unos años extra antes de su primera unión. Claramente la situación de las mujeres es diferente, pues muestran pequeñas diferencias entre la edad de la primera relación sexual y la primera unión. El estudio mostró, en cuanto a uso de métodos anticonceptivos, que los hombres solteros de residencia urbana y con mayor nivel educativo, tienen una mayor inten-

ción de usar métodos anticonceptivos en el futuro que los hombres casados, de residencia rural y de menor escolaridad (Loaiza, 1998: 7-8).

En Perú por ejemplo, se ha encontrado en recientes investigaciones que hay poblaciones, influenciadas por los discursos, que cuestionan el predominio masculino y que tienen posturas más abiertas respecto a la igualdad entre los géneros, especialmente en cuanto a educación y trabajo. Además, entre los más jóvenes se encontró una postura más abierta en cuanto a la sexualidad femenina y las opciones sexuales. Pero prevalecen representaciones de la masculinidad, fundadas en presupuestos que implican autoridad del varón sobre la mujer. Existen por lo tanto dos tendencias contradictorias y lo que se concluye es que el desmantelamiento de los fundamentos de la masculinidad dominante no es una tarea que alguna de las personas que ellos entrevistaron (varones) estaría dispuesta a emprender (Fuller, *op. cit.*).

Es interesante descubrir que en estos países en desarrollo, donde se supone que los hombres desean más hijos que las mujeres, no apareciera así en la evidencia empírica. Es importante rescatar la conclusión del estudio en el sentido de la identificación de desigualdades de género en los procesos de formación familiar, sexualidad y reproducción y las consecuencias desfavorables para las mujeres. Por otra parte encontraron que el uso de métodos anticonceptivos masculinos es casi inexistente, y que las mujeres tienden a utilizar ya sea la esterilización femenina o los métodos tradicionales. Además los hombres tienden a tener hijos con más de una mujer. Aunque los hombres jóvenes hablan de usar métodos anticonceptivos en el futuro, su porcentaje es menor que el de las mujeres y se detectaron desacuerdos en las parejas por este tema. Algo central y preocupante es la conclusión de que en estos países los hombres tienen más de una pareja sexual y no utilizan la protección necesaria, la mayoría no usa condones y no considera estar en riesgo de infectarse (*ibid.*: 17-28).

En encuestas realizadas a finales de la década pasada se estableció por ejemplo que en cuanto a las relaciones sexuales hay contradicción en las respuestas entre hombres y mujeres. Según ellos la decisión de cuando tenerlas es de ambos, pero las mujeres reconocen que existe menor equidad en esta práctica (Figuroa, 1998d).

En otros estudios recientes se informa, por ejemplo, que las mujeres dicen que el hombre alcanza el orgasmo en 78%, el hombre dice tenerlo en 75%. El hombre dice que la mujer lo alcanza en 44%, ellas declaran alcanzarlo en 29%. En el caso de la cohabitación los hombres reportan una sobrestimación del orgasmo femenino en 27% en relación con lo que reportan las mujeres. Suponen que quizá se debe a que socialmente el hombre piensa que debe decir que sus mujeres tienen orgasmos, o quizá también se deba a que ellos no identifican bien el hecho, ya que malinterpretan los eventos que ocurren durante el acto sexual. Algunas mujeres consideran que sus parejas están incapacitadas para inducir las al orgasmo y entonces fingen (Laumann y Gagnon *et al.*, 1999: 415).

Las mujeres manifiestan según los datos presentados por Figueroa y Rivera (1993) que el varón es quien decide en mayor medida el momento de tener relaciones coitales, aunque ellas no deseen ni las disfruten y que si se niegan a complacerlos reciben la amenaza de la infidelidad o el abandono, pero ellas, según los autores, comprenden eso, porque según su cosmovisión los varones necesitan más que ellas las relaciones sexuales, pues ellos son de “naturaleza más fuerte y las mujeres se desahogan con la menstruación”. Pero poco se sabe acerca de lo que los hombres piensan (Figueroa y Rojas, 1998). En mi investigación (se presentarán los resultados más adelante) los varones no reconocen que ellos decidan cuándo tener relaciones sexuales y es común que se manifiesten molestos por el hecho de que muchas de sus parejas (aunque no en todos los casos), les “dosifican” las relaciones sexuales; a menudo las utilizan como una forma de mostrarles cierto enojo, o de manipularlos para que hagan lo que ellas desean. Es también común que los varones se muestren hasta cierto punto frustrados porque sus parejas se niegan a ciertas prácticas sexuales que ellos consideran más “abiertas” y en algunos casos este hecho favorece una especie de justificación para buscar tenerlas con otras mujeres, y entonces evitar el conflicto y la presión sobre la compañera o esposa.

Este hallazgo coincide con otras investigaciones en las que se ha encontrado que prevalecen preferencias sexuales desiguales según el género; que los hombres están más dispuestos a tener prácticas sexuales menos restrictivas y las mujeres las prefieren “más convencionales”.

Aquellas prácticas que son consideradas por las mujeres como más promiscuas son menos fácilmente aceptadas por ellas. La idea del placer tiene también amplia disparidad entre los géneros. Para las mujeres el placer sexual se centra en actividades previas al coito; la ternura es una categoría muy fuerte, mientras que los hombres mencionan otras, como el contexto en el que se da la relación, o que depende del desempeño de la pareja. La respuesta de “no tengo placer en la relación sexual” es eminentemente femenina, mientras que penetración y orgasmo son centrales en el discurso masculino. Para la mujer el compañero ideal es cariñoso, tierno, el cortejo es central. Para los hombres en cambio la pareja sexual ideal es aquella que tiene iniciativa sexual, que disfruta del sexo. En el discurso femenino aparece que la mujer ideal es aquella que sabe complacer al hombre. Se concluye que en la gramática del sexo incluso la intimidad está constituida como una diferencia cultural (Fachell, 1998: 15-116).

En cuanto a sexualidad masculina, los estudios muestran que las demostraciones de desempeño sexual juegan un papel central en la afirmación de la identidad masculina. La sexualidad no aparece únicamente como expresión del erotismo, sino como una de las principales formas de representación y reafirmación de la masculinidad. A través de la sexualidad se expresa y se mide el poder masculino y se marcan sus límites.

La sexualidad masculina es concebida por muchos autores y autoras, como un ejercicio de poder sobre las mujeres y también sobre otros varones. Algunos reconocen como una de las características esenciales de esta sexualidad masculina, el hecho de ser reconocida por ellos mismos como una obligación, algo parecido a una obsesión que es necesario demostrar continuamente, además de ser un objeto de “medición” y de competencia violenta, como una forma de sometimiento de los más débiles; además, es descrita como sexualidad mutilada, pues se centra en el pene; como homofóbica porque descarta y descalifica relaciones afectivas con otros hombres y como irresponsable, porque no requiere pensar en otras personas para darle satisfacción a quien la ejerce (varón). Cuando se trata de sexualidad heterosexual, ésta desde la perspectiva masculina, se ejerce sobre la mujer, caracterizada por ser quien niega para sí misma y desde la sociedad, su ejercicio sexual, con lo cual se

hace realmente complicada la posibilidad de una interacción placentera y equitativa (Hernández, 1995).

En algunos estudios de publicación reciente se muestra que existe en los varones una interpretación de actividad y pasividad relacionada con la penetración sexual, ya sea ésta simbólica o experimentada, y que eso tiene grandes implicaciones en la afirmación de la masculinidad, lo que ha conducido a una imagen escindida de lo femenino. Entonces ante ellos hay dos tipos de mujeres que son excluyentes: las mujeres decentes (tiernas, comprensivas, sensibles, tranquilas, serias y que frenan los impulsos de los varones) y las mujeres erotizadas (promiscuas, no confiables, que incitan a los hombres, toman la iniciativa y expresan deseos). Con las primeras no se establece una relación significativa en la esfera erótica, pero se hace una familia, se tienen niños. Las segundas no tienen valor como personas, no sirven para esposas y con ellas los contactos son ocasionales. De acuerdo con estudios como los de Rodríguez, Bronfman, Minello, Liguori y Castañeda, estos dos tipos de mujeres imaginarias resultan imposibles de integrar en la experiencia de los varones estudiados (Szasz, *op. cit.*).

Las interpretaciones de algunos varones chilenos entrevistados recientemente, muestran que para ellos los hombres son como “animales” y como tales tienen instinto: el deseo de los hombres es poseer a una mujer y penetrarla y así se asegura la reproducción de la especie. El deseo se acumula en el varón y llega a un punto en que “debe vaciarse en una mujer”. El deseo es más fuerte que la voluntad del varón y muchas veces aparece la animalidad. El varón debe tratar de controlarse. La parte del cuerpo que concentra el deseo es el pene, que tiene vida propia, no responde necesariamente a la voluntad del varón (Valdés 1998b: 22).

Con el primer tipo de mujeres se vive la sexualidad fuera de la conyugalidad. Se trata de prácticas escindidas de la conciencia, el afecto y la familia. Prácticas alardeadas fuera del hogar y siempre ocultas para su familia. Por su parte, en la relación con la esposa los temores masculinos se refieren a que la mujer muestre una actitud de deseo, no con fines procreativos. Parecería que los varones tienen que restringir la sexualidad femenina a la procreación para no ver cuestionada su capacidad de dominio poseedor sobre el cuerpo femenino.

En general en estos estudios se llega a la conclusión de que, para los varones, la imagen de penetración es como un símbolo de poder. Las mujeres son “penetrables” lo que las hace poco autónomas, carentes de poder. El ser penetrable, según estos estudios, es una característica vergonzosa. Quizá por ello los varones entrevistados en diversos estudios señalan —a pesar de tener relaciones homosexuales a menudo eventuales— que se consideran heterosexuales. La penetración es una forma de dominación para los varones y es por ello que siempre procuran ser ellos quienes penetren, ya sea a otro varón o a una mujer. La sexualidad, así, no es algo que se hace “con alguien” sino que se le “hace a alguien”.

Se concluye que la sexualidad de los varones cuando es transgresora, escindida de la conciencia y los afectos, alentada por el deseo del placer, del imperativo biológico y los mandatos de nuestra cultura respecto a la masculinidad, se hace represiva en el terreno de la afectividad y está atravesada por el miedo. Los varones, se afirma en estos estudios, se ven afectados íntimamente ante otros hombres por no saber todo sobre el sexo, no tener suficientes experiencias, no mantener la erección o bien no lograr el sometimiento del otro(a) mediante la penetración. Las prohibiciones no han eliminado las manifestaciones de la sexualidad masculina, sino que la han empobrecido y sus expresiones de la sexualidad son entonces múltiples, frecuentes, diversas, pero restringidas en los sentimientos, sensaciones, prácticas posibles, cruzadas por temores y pobres en el disfrute. En un caso, porque se reprime a la pareja y, en el otro, porque se le niega, entonces, sus prácticas sexuales son muchas veces silenciadas, llenas de mitos y temores, pobres y poco placenteras, permeadas de relaciones de poder y desigualdad y muy claramente riesgosas para la salud y la procreación regulada (*Ibíd:* 21).

En el caso de México, los estudios de tipo cualitativo han señalado que las demostraciones de desempeño sexual juegan un papel fundamental en la afirmación de la identidad masculina. La sexualidad no es solamente expresión de erotismo sino que es una forma importante para reafirmar la masculinidad. A través de la sexualidad, aunque no únicamente a través de ellas, se expresa y se mide el poder masculino y se marcan sus límites.

Los estudios muestran asimismo que hay dos caminos para la expresión de la sexualidad de los mexicanos, que se vinculan con la re-

afirmación de la masculinidad: la excesiva importancia atribuida a la erección y la penetración, como únicas formas valiosas de expresión sexual de los varones. Aparece una estrecha conexión simbólica entre masculinidad, penetración y erección. Los genitales masculinos representan valor, orgullo, fuerza, bienestar, prepotencia y se pueden concebir separados del cuerpo, como cobrando propia vida (Szasz, 1998a).

La penetración como símbolo de poder resulta ser tan importante para los varones que cuando tiene prácticas homosexuales no se consideran como tales, si ellos son los que penetran (Liguori, 1995, en Szasz, *op. cit.*).

Según algunos estudios, la mayoría de las mexicanas tienen relaciones sexuales con una frecuencia menor a una cada dos o tres semanas; curiosamente son las compañeras de los mexicanos cuya demostración de virilidad está estrechamente asociada a su potencia sexual tanto erótica como procreadora. Un gran número de mujeres aseguran que suspendieron las relaciones sexuales con sus parejas por diversos motivos; uno de ellos, es que ante la infidelidad masculina ellas establecen una especie de huelga o bien simplemente ellos no volvieron a tocarlas. Cuando no hay ruptura, para muchas mujeres este hecho significa la renuncia de por vida al erotismo. En este sentido, existe consenso entre lo(a)s investigadores del tema acerca de que el proceso de la sexualidad en la mujer tiene como una de las características centrales su negación en términos de posibilidad de disfrute y de placer, se la vive con culpa o en función del placer de otros. Mientras que en el hombre muestra otras características. Para ellos el amor en muchos casos es posesión y uso de otro(as), mientras que para la mujer el amor significa entrega, renuncia, ser de otros. La sexualidad de la mujer es una sexualidad destinada "para"; en el lenguaje demográfico se habla de su fecundidad, en el doméstico y del poder de su fidelidad, castidad, virginidad. La verdadera custodia del poder, establece Lagarde, sobre la mujer es la que realiza la mujer consigo misma; se mueve siempre en el mundo del deber, de la compulsión, en ello no prevalece el querer, ni la posibilidad de decidir (Lagarde, 1993: 162). Algunas autoras sostienen que, así como el hombre ejerce poder y determina muchos aspectos de la vida sexual, las mujeres aprenden a hacer un uso político de su erotismo, para poder sobrevivir. Dicen que los pretextos permanentes para no tener relaciones

eróticas parecen parte de su sabiduría genérica, como una resistencia silenciosa ante el uso erótico de su persona por parte de los hombres (*ibid.*: 225). Muchas de ellas no pueden negarse abiertamente, entonces esgrimen pretextos, pero renuncian con ello a su propio placer. En otras investigaciones se ha comprobado que la concepción generalizada de la identidad de la mujer como madre sin erotismo la validan los informantes de ambos géneros. No así respecto a la identidad masculina, cuyo carácter sexuado no se duda, al tiempo que debe ser confirmada continuamente mediante la expresión del deseo sexual. En cuanto al saber respecto de la sexualidad éste también depende del género. En el caso de los varones se espera que desarrollen el conocimiento, casi como la necesidad imperiosa para su identidad masculina. En cambio las mujeres solamente deben buscar información “por curiosidad” lo que denota la desensualización de la inquietud por la vía de un conocimiento racional o informativo, además de infantil.

En cuando al lenguaje del cuerpo se espera que ellas deban mostrarse completamente ignorantes e inexpertas, el experto debe ser el varón. Es interesante observar que fuera de la escuela, que es mixta, la información sexual también está rígidamente separada por géneros (Amuchástegui, 1996: 157-165).

Son normas culturales y sociales las que determinan que en el comportamiento sexual se confiere frecuentemente más poder a los hombres y se relega a las mujeres a la sumisión. En la psicología colectiva, con el falo, característica biológica masculina, los hombres pueden presionar a las mujeres con celos infundados o no, demandando pruebas de virginidad para casarse, o negarles su derecho al goce sexual. En algunos países aún hoy día la mutilación genital es el caso extremo, o forzar a las mujeres a tener relaciones sexuales cuando no lo desean dentro o fuera del matrimonio. Es un hecho que los hombres son los responsables de la violencia sexual y que en muchas sociedades las demandas de las mujeres todavía son ignoradas.

Algunos autores se preguntan si el cuerpo y la sexualidad de los varones son una parte de su identidad o más bien se viven como expresiones de una animalidad que deben controlar. Retoman la concepción de la tradición católica que establece que el cuerpo es un sitio de inmundicia, pecado y tentación, de modo que los seres humanos y par-

particularmente los varones, mantienen una relación de exterioridad con él, es decir, como si fuese algo ajeno. Además consideran que en general en Occidente, que considera la razón como el estado más elevado, no es deseable ser identificado con el cuerpo, sus secreciones y sensaciones. Esto tiene repercusiones inclusive en el cuidado de la salud, difícil tema especialmente en el caso de los varones. Como hemos dicho, la masculinidad dominante está muy ligada a la actividad, la cual se expresaría en una sexualidad compulsiva y en una forma compulsiva de relacionarse con el trabajo. Adicionalmente coinciden con otros estudiosos que piensan que los hombres se defienden de sus propios sentimientos porque los consideran reflejo de homosexualidad, pues se encuentran ligados a la suavidad, la ternura y la vulnerabilidad. Por ello es común que transformen tales sentimientos en enojo o ira, que reflejan a menudo de manera violenta (Seidler, 1987).

Considerar a la sexualidad masculina como imperativo biológico irrefrenable, da soporte social a algunos tipos de conducta sexual que tienen que ver con la violencia y el abuso de los varones en contra de las mujeres, así como la manera en que se concibe "natural" la infidelidad masculina. La idea del imperativo fisiológico subyace a la amplia gama de sexualidad extraconyugal que viven los varones no solamente con la anuencia, sino incluso con el estímulo de una sociedad caracterizada por una doble moral.

Las normas sociales facilitan la expresión de la sexualidad masculina, los incitan a explorar el sexo prematrimonial y a darse oportunidades sexuales comerciales. De hecho ellos siguen disfrutando de mayor libertad sexual que las mujeres. No es sorprendente, dado que en la mayoría de las culturas es el hombre quien define y protege las normas sociales, particularmente aquellas que determinan el poder dentro del hogar, el uso de los recursos, la interacción con otros, la sexualidad y su comportamiento, las decisiones sobre la fecundidad, incluyendo el uso de anticonceptivos. Es debido a las raíces sociales del poder sexual masculino que se han establecido luchas para lograr un mayor compromiso de los hombres en los asuntos reproductivos, e incorporarlos en las decisiones de salud sexual, reproductiva y de servicios. Se requiere de mayor información para entender el contexto en el que se ejerce el poder. Para comprender de mejor manera al género será necesario

estudiar más profundamente a los hombres y a las mujeres (Mundigo, 1998). Pero no solamente las instituciones y las normatividades son determinantes en la conformación de la visión del varón respecto de su propia sexualidad, sino que se ha podido comprobar en investigaciones, que las propias mujeres han internalizado tales valores y los consideran “naturales”, Cuando se investigó a jóvenes adolescentes embarazadas en la Ciudad de México, ellas declararon que “los hombres prefieren una mujer virgen para casarse con ella”; “está bien que los hombres tengan experiencia sexual con otras mujeres”; “la mujer sufre más que el hombre y se puede divertir menos”; “no está bien que las mujeres solas, divorciadas o viudas tengan relaciones sexuales”. Todo ello indica la persistencia de valores diferentes para hombres y mujeres en cuanto a la permisividad de la vida sexual. Asimismo en las entrevistas pudo detectarse que para ellas el placer sexual no es un tema importante, mientras que la maternidad sí lo es. Tal vez responden a la demanda social que premia y valora la maternidad y niega el placer sexual femenino (Ehrenfel, 1989: 394).

Algunas ideas sobre los varones y la reproducción

Se puede apuntar que existe un interés cada vez mayor de los papeles que tienen los hombres en la reproducción. Ha aumentado el número de artículos que versan sobre los hombres y las mujeres, aunque un repaso de la literatura sobre planificación familiar en las últimas dos décadas, muestra que por cada tres artículos sobre mujeres hay uno sobre hombres. En muchos proyectos de investigación ya se incluye a ambos sexos. Han aumentado los estudios sobre comportamientos y actitudes reproductivas de los varones, aunque están dominados por una concepción de “aproximación a problemas”. Es decir, son tomados en cuenta como problema, crisis o preocupación social. Se habla de ellos cuando se analiza el sida, el uso del condón y el comportamiento sexual de los varones. Se refieren a madres solteras por la falta de inversión económica y de tiempo en los niños. Se comenta y analiza que la planificación familiar no ha tenido “suficiente éxito” porque los varones no participan o la obstaculizan (Greene *et al.*, 2000: 9).

No obstante y a pesar de las muchas y variadas barreras existentes en la sociedad, la cultura, la ciencia, el interés por conocer el comportamiento sexual y reproductivo de los varones creció de manera importante en la década pasada. Hay varios factores que parecen explicar la insistencia de su incorporación como preocupación central en las nuevas investigaciones. Un factor esencial es el pensamiento feminista, que ha tenido efectos determinantes en cómo se analiza a los hombres. Muchas feministas han escrito acerca del significado social de los papeles de procreación de las mujeres y su explotación dentro del matrimonio, afectando con estas evidencias a la sociedad occidental en muchos países. Se ha reconocido que el tratamiento atomizado de las mujeres ha

relegado los aspectos del poder y la negociación, centrándose únicamente en la reproducción. Se ha incidido también en la concepción que subyace a las políticas y programas de población, aunque sea de forma incipiente. El movimiento por la Salud de las Mujeres ha sido también esencial para poner atención en los hombres y fue importante el cambio derivado de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de 1994, que trató de cambiar el enfoque de los Programas de Planificación Familiar hacia la Salud Reproductiva, lo cual necesariamente hace cuestionar que la demografía, las políticas públicas y los programas sigan insistiendo únicamente en el control natal y el crecimiento de la población. En esta Conferencia se subrayó la necesidad de hacer más conscientes a los hombres acerca de sus responsabilidades hacia la familia, y también a comunidades más amplias. El Programa de Acción específicamente declara: “Esfuerzos especiales deberían hacerse para enfatizar la responsabilidad compartida de los hombres y promover su involucramiento activo en la paternidad responsable, en el comportamiento sexual y reproductivo, incluyendo la planificación familiar, prenatal, maternal y la salud de los niños; la prevención de enfermedades de transmisión sexual; la prevención de embarazos no deseados y de alto riesgo; el control y contribución compartida del ingreso familiar; la educación de los niños, la salud y la nutrición; y, el reconocimiento y promoción de una valoración igualitaria de niños y niñas. Las responsabilidades masculinas en la vida familiar deben ser entendidas a partir de la educación de los niños desde muy temprana edad. Además insisten en la necesidad de poner énfasis en la prevención de la violencia contra las mujeres y los niños” (Greene *et al.*, *op. cit.*: 5-7).

No obstante, es necesario apuntar que en la evaluación realizada sobre el cumplimiento de los objetivos de esta Conferencia, al menos en lo que a México se refiere, parece que no ha sido exitoso. Los derechos sociales y los derechos reproductivos no deben disociarse. En este país existen problemas serios para cubrir rezagos e incorporar los componentes del concepto de salud reproductiva. Tendría que crecer el monto de recursos y financiamiento para estos programas y en realidad han disminuido. En el año 2000 tenemos en México pobreza y desigualdad crecientes, el gasto en salud en general ha tenido una caída de 33% entre 1994 y 1998, existe en general una clara contracción del

gasto social y se recorta el presupuesto para este tipo de programas. Se informa que para 1994, 10 millones de mexicanos carecían de servicios de salud; 35% de las mujeres no usaban ningún método anticonceptivo y 55% en zonas rurales. El 30% de las mujeres padecen algún grado de desnutrición y en el caso del sector rural la cifra llegó a 60%. A estudios tipo “Papanicolau” para prevenir enfermedades, que siguen siendo causa importante de la mortalidad femenina, sólo accedía 20% de las mujeres urbanas y únicamente 17% de las mujeres rurales. Además, continúan las desigualdades de género en educación, trabajo y tipo de trabajo, salario, representación en espacios de decisión (Espinosa, 2000).

Pero el avance innegable es que explícitamente en la Conferencia se apuntó la necesidad de incorporar al varón en el tema de la salud reproductiva vislumbrándolo no sólo como reproductor, sino como persona. Hay un debate, frecuentemente no hablado, de cómo los hombres deberían ser incorporados en la investigación por ejemplo de la fecundidad y qué preguntas deberían hacerse acerca de ellos. Se reconoce que un modelo explicativo de la fecundidad que destaca determinantes como relaciones sexuales, fecundidad y uso de anticonceptivos no debería dejar fuera información sobre varones. Hablar de toma de decisiones, comunicación y negociación en la pareja hace indispensable abordar la perspectiva masculina y, si se trata de entender la fecundidad en contextos específicos, es esencial su incorporación (Greene, *op. cit.*: 3).

Como ya apunté, la perspectiva de género constituye una herramienta teórica y metodológica central para lograr un abordaje relacional, y más comprensivo, que nos permita revalorar la reproducción, tanto de los varones como de las mujeres, y cuestionar el valor que ambos dan a su propia reproducción. En fin, se trataría de lograr una visión integral, interpretando también a los varones como personas que se reproducen y que no solamente posibilitan u obstaculizan la reproducción en la otra, la mujer.

Hay muchas culturas como plantea Cazés (1996) en las que no se concibe que los hombres intervengan en la reproducción, pues entienden que ésta es “cosa de mujeres”; en nuestra cultura, a pesar de que se reconoce la participación de los varones en la procreación, se sigue aceptando, en muchos sectores, que se ubiquen con distancia durante la gestación y también después. Inclusive pueden ignorar esa participación

y desatenderse de las consecuencias, y hasta algunos se vanaglorian de desconocer el número de hijos que han engendrado. En todo caso, lo que socialmente se les exige es que sean proveedores, “aunque sus parámetros permiten a menudo sólo ostentar la dignidad sin contribuir con la obligación cumplida” (*ibid.*: 3).

Se puede afirmar que gracias a la perspectiva de género se ha venido incrementando la conciencia de que es necesario cuestionar los supuestos sobre los cuales se da la organización social. En ello la tarea central es desconstruir las identidades masculinas y femeninas, y en particular el papel que desempeña la capacidad reproductiva, el análisis de las relaciones de poder que se dan, y la valoración de la sociedad. Se pone en cuestión el papel del varón como proveedor, y a la vez se pone en duda que la maternidad “tenga” que ser sinónimo de reclusión en el ámbito doméstico (Figueroa y Rojas, 1998: 7).

Hoy día existe la idea fundamental de avanzar en el estudio de las relaciones de poder que están presentes en las decisiones reproductivas, desde la perspectiva de las desigualdades existentes entre los géneros, así como analizar la forma en que las construcciones sociales alrededor de la reproducción y de la sexualidad dan dimensiones específicas a la manera en que las personas vivimos estos procesos. Asimismo, se considera necesario desarrollar un marco analítico más amplio que incorpore las dimensiones de las actitudes y comportamientos sexuales en diversos contextos, así como las variaciones en las dinámicas de poder entre los géneros.

Reproducción y sexualidad constituyen procesos íntimamente vinculados. La manera en que se concibe la sexualidad y los cuerpos de hombres y mujeres, tiene profundas implicaciones en los procesos reproductivos y de salud reproductiva. Desde la perspectiva dominante —que como hemos afirmado, separa, escinde y distingue sexualidad femenina y masculina, masculinidad y feminidad, ser hombre y ser mujer— es fácilmente comprensible la división que, la sociedad y los hombres y mujeres concretos, establecen en cuanto al papel y responsabilidades en el proceso de la reproducción humana. Dentro de esta concepción aún prevaleciente de manera dominante en muchas sociedades, entre ellas la mexicana, las mujeres tienen mayor responsabilidad en la reproducción y también en cuanto al “control” de la sexualidad personal y la de los varones, que es, como hemos dicho, concebida como “naturalmente”

agresiva, acosadora, conquistadora, incontrolable. Quienes se embarazan son las mujeres, en sus cuerpos se vive el embarazo, y de ahí se sigue la concepción generalizada de que son ellas quienes tienen la obligación de controlar los embarazos, y de cuidar los productos de los mismos, o sea, a los niños y a las niñas. El papel del varón en el proceso queda así seriamente disminuido. Ellos son como espectadores del proceso y en ciertos aspectos facilitadores, obstaculizadores o parcialmente responsables, dependiendo de la idea que se mantenga, o no, de acuerdo al grupo social y a la sociedad específica, de sus responsabilidades como proveedores.

Como hemos visto en el apartado anterior, los varones en muchos casos viven una fragmentación de su identidad, represión de sus emociones y en la sociedad actual, de manera creciente, imposibilidad de cumplir como proveedores únicos y en general, de cumplir con el modelo de masculinidad dominante, fuente fundamental de su identidad y su autoestima.

La dinámica de una pareja es el resultado de las interacciones entre sus miembros a lo largo de la vida conyugal, o de pareja en general. En esta dinámica se inscriben los intercambios de varones y mujeres en relación con la reproducción y el uso de métodos anticonceptivos, y se generan y resuelven conflictos en el marco del desarrollo de su vida sexual, como elemento central de la reproducción. Aunque las decisiones sexuales y reproductivas no están fuera de las relaciones de poder dentro de la pareja quiero subrayar el planteamiento inicial de que existe un carácter relacional del poder. A partir de esto se pueden comprender las negociaciones que se producen dentro de una pareja en cuanto a su vida sexual y reproductiva.

En el análisis de la reproducción, las investigaciones recientes proponen considerar las relaciones de género y la construcción social de la sexualidad como sustrato central para su estudio (Figueroa, 2000a).

Asimismo se ha establecido que el análisis de la reproducción de los varones, y el entorno sexual de la misma, se complejiza al incorporar lo que sabemos acerca de la sexualidad de los varones, especialmente cuando se concibe que las mujeres viven la sexualidad en función de la negación de sí mismas y de la satisfacción del otro, mientras que los hombres lo hacen como un proceso de autosatisfacción y negación de los demás (Figueroa, 1998a: 19).

Por otra parte, la discusión actual propone la necesidad de superar una lectura lineal de la influencia de los varones en la fecundidad de la mujer, para convertirlos en actores más dinámicos, dado que sus roles tradicionales de masculinidad, se han visto cuestionados más allá de la reproducción y de la paternidad. Sin embargo, la información existente sobre la forma en que los varones viven los diferentes momentos de la reproducción es aún poco sistemática, además de que buena parte de lo que se sabe, (por las mujeres) refleja tensiones, negociaciones y básicamente relaciones de poder. Hoy se reconoce la necesidad de desarrollar nuevos marcos analíticos para interpretar de manera no maniquea la presencia de los varones en la reproducción, reconociendo además experiencias alternativas en la vivencia de la masculinidad. Se trata de incorporar de manera más explícita a la población masculina, para verlos como seres que se reproducen, y sin olvidar diferencias biológicas incuestionables, verlos como corresponsables de los distintos momentos de su sexualidad y su reproducción.

Pero todavía queda mucho por hacer para desarrollar modelos de interpretación específicamente dirigidos a los varones en relación con las mujeres. Falta el desarrollo teórico y metodológico que recupere la especificidad masculina, sin perder de vista el sentido relacional de la reproducción y de las identidades tanto femenina como masculina (Figueroa, 1999).

En el desarrollo de esta investigación retomo la definición de “comportamiento reproductivo” aportada por Figueroa, que lo concibe como un proceso complejo de dimensiones biológicas, sociales, psicológicas y culturales, interrelacionadas, que directa o indirectamente están ligadas a la procreación. En un sentido amplio e integral, comprende todas las conductas y hechos relacionados con cortejo, apareamiento sexual, la unión de la pareja, las expectativas e ideales en cuanto a la familia y a los hijos, la planeación del número y el espaciamiento de los hijos, el uso o no de algún método anticonceptivo, la actitud y relación con la pareja durante el embarazo, el parto y el puerperio, la participación en el cuidado y crianza de los hijos y el apoyo económico, educativo y emocional hacia ellos.

En esta concepción global se sugieren categorías como salud, derechos y responsabilidades reproductivas, tanto para hombres como

para mujeres (Figueroa, 1998a: 11). Un tema central es la pertinencia y necesidad de vincular el término de derecho con el de reproducción, reconociendo la capacidad de los individuos de influir sobre sus procesos reproductivos (Figueroa y Rojas, 1998: 8).

Actualmente existen estudios que intentan profundizar en las motivaciones de orden social y cultural que los hombres tienen para regular o no su fecundidad. También se han hecho esfuerzos para profundizar, particularmente en zonas rurales, en los factores culturales y económicos que rodean el ámbito de la reproducción explicitando la presencia masculina. En el conjunto de estos estudios destaca la consideración de las estructuras sociales y las normas que regulan el comportamiento sexual, las uniones de pareja y la reproducción. Sin embargo, no existe consenso sobre la forma de interpretar a las mujeres en su relación con el proceso fisiológico del embarazo, así como el significado social que tiene para las personas de cada sexo (Figueroa y Rojas, *op. cit.*: 11).

En investigaciones actuales realizadas en Latinoamérica se muestran datos que permiten interpretar que, para algunos varones, la preocupación por la reproducción —relevante para la construcción de la identidad moral masculina— se construye en relación con el contexto social, más que en relación con su cuerpo. No habría, dicen, a diferencia de la mujer, una especie de conocimiento reproductivo, representado como una experiencia corporal que genera y desarrolla marcas en el imaginario masculino en su adolescencia y al inicio de la vida adulta (Arihla, 1999). Souza (1994) asegura que la paternidad no es tan obvia como la maternidad. El adolescente no pierde sangre todos los meses, de modo que se sepa potencialmente reproductor, aunque eyacule. El varón lo relaciona con el placer, en cambio, las jóvenes se sienten potencialmente generadoras de bebés. Los jóvenes varones por su parte, encuentran condensados los significados entre potencia, sexualidad y fertilidad.

En la investigación de Arihla (1999) se establece que para los varones las decisiones de la vida reproductiva son básicamente tomadas por las mujeres. Ellos manejan los procesos que acontecen básicamente en sus cuerpos. Sienten que muchas veces acaban siendo obligados a modificar el rumbo de sus vidas porque aceptan las decisiones de las mujeres. El proceso de asumir responsabilidades determina la seriedad de un hombre. Asumir a un hijo puede para ellos determinar el paso

de una vida irresponsable, a una de compromiso, pérdida de amistades, pérdida o limitaciones de la vivencia de la sexualidad sin límites, pérdida de placer. Para los varones además, el casamiento aparece como instancia reguladora del comportamiento sexual y reproductivo.

Es interesante observar que en los resultados de esta investigación, los varones que se han visto envueltos en embarazos no deseados, aseguraron que luego de tal experiencia se “cuidaron” posteriormente para evitar repetir la experiencia, lo cual contrasta con los resultados de mi investigación, como se verá más adelante.

En el mismo sentido, los resultados de una investigación realizada en Brasil (De Oliveira, María Coleta, 1999) muestra que la mayoría de los varones inicia su vida sexual con prostitutas, sin ninguna protección y que será después cuando se “cuiden”. Este cuidado deriva, básicamente, del temor sobre todo al sida y por temor a embarazos no deseados, ya que en muchos de los casos se han visto partícipes de abortos, lo cual constituye para ellos una experiencia poco deseable.

En esta investigación, como en otras, entre ellas la presente, queda evidenciado el hecho de que para la mayoría de los varones es la mujer quien tiene la mayor influencia en la decisión del embarazo, que en muchos casos la mujer se “impone” y ante esto el varón no tiene nada que hacer, salvo asumir las consecuencias (cuando lo hace) de tal decisión. Esa imposición femenina tiene su raíz en la convicción de que la maternidad es una condición natural de las mujeres. De esta forma hay un fundamento biológico, natural, de la mujer para ser madre. Se trata de una construcción dominante de género, convencidos de que la naturaleza les da a ellos una condición de externalidad en los procesos reproductivos. De esta forma es como si los varones viviesen externos al embarazo, en un proceso sobre el cual ellos no tienen control alguno y en este sentido son, más que sujetos, objetos de su propia biografía en el terreno de la reproducción.

En otra investigación realizada por Villa (1996) se dan a conocer resultados muy interesantes. Establecen que los significados, generalmente contradictorios y confusos, son bastante diversos cuando se trata de pensar la sexualidad en el universo de la familia o fuera de ella. Los deseos de fecundidad de la mujer son al mismo tiempo un desafío y una amenaza. Son desafío porque la fecundidad femenina convierte a la

sexualidad masculina en socialmente aceptable y personifica la vivencia sexual. Son amenaza porque afecta al mundo de sus pares, que le confiere su identidad de género, relacionada con una sexualidad impersonal, inserta en la cultura masculina. Es así que los hombres estarían de un lado, en un mundo masculino con una sexualidad ejercida de forma marginal, compartida por otros hombres, pero no aceptada socialmente. Del otro, la sexualidad ejercida en el espacio doméstico, de cierta forma sumisa al “deseo de fecundidad de las mujeres”, que tendría como producto a los hijos. La mujer tendría dentro del casamiento un papel moralizador de las sexualidades. De ahí que se plantee que la anticoncepción dentro de la familia conlleva una contradicción, pues son los hijos quienes dan visibilidad a la sexualidad, personificada y moralizante. Según la investigación citada, parece haber diferencias entre los hombres y las mujeres en cuanto a los procesos reproductivos en el sentido de que los hombres desean familia y las mujeres desean hijos. Conclusión que contrasta con algunos de los resultados de mi investigación, que se presentan más adelante, en la cual algunos entrevistados manifestaron abiertamente su deseo explícito de tener hijos, aunque no tanto una familia como tal.

El control de la sexualidad femenina, característica de nuestras sociedades, ha implicado que la reproducción sea la única manera en que legítimamente se concede a las mujeres el derecho a ejercer su sexualidad, quienes solamente pueden de acuerdo con la ideología imperante hacerlo si su finalidad es procrear; en cambio para el varón la situación es diferente, contribuyéndose así a la creación y recreación de la “doble moral” imperante. En el caso del varón la sexualidad funge en nuestra sociedad como una afirmación de la masculinidad.

La construcción de la sexualidad incide diferencialmente sobre las categorías de lo femenino y lo masculino. A diferencia de lo que sucede con los hombres, la sexualidad atraviesa de suyo la concepción de la feminidad, jerarquizando a las mujeres en rangos que otorgan, a mayor autocontrol sexual, la mayor dosis de valoración positiva y viceversa (Ariza y De Oliveira, 1997).

Estas diferencias profundas en la valoración de la sexualidad y la reproducción entre hombres y mujeres ha quedado plenamente comprobada en trabajos de campo realizados en diversas comunidades mexicanas. No obstante creo importante insistir en el hecho de que la

manera en que esta situación se vive varía de acuerdo al grupo social y cultural al que se pertenece, por lo que es fundamental contextualizar estas afirmaciones histórica y socialmente. Sin que por ello deje de existir un ejercicio de poder de los hombres sobre las mujeres, es un hecho que en ciertos grupos mexicanos la sexualidad femenina tiene hoy por hoy un desarrollo diferente y que, por ejemplo para ciertos varones, su esposa o compañera ya no constituye solamente un ser para parir, con lo cual no se niega que exista una ideología dominante que sigue separado, o más bien valorando de manera distinta, el ejercicio de la sexualidad masculina y la femenina.

ACERCA DEL CONTROL Y LA PLANIFICACIÓN DE LA REPRODUCCIÓN

Específicamente relacionado con la anticoncepción, algunas de las investigaciones realizadas muestran que en este tema las actitudes de los varones pueden agruparse en dos: las relacionadas con las motivaciones de orden sociocultural que existen detrás del rechazo masculino hacia la utilización de la anticoncepción, y aquéllas vinculadas con las características de los propios métodos anticonceptivos. Algunos investigadores consideran al esposo-varón como el principal obstáculo para limitar el número de hijos, imponiéndoles a las mujeres la obligación de embarazarse, aunque como hemos dicho en otras investigaciones realizadas en países latinoamericanos y dirigidas al sector social medio y alto, más bien los hombres consideran que las mujeres tienen el poder de imponerles hijos que ellos no desean, y muy a menudo asumiendo una total falta de compromiso en la regulación de la fecundidad de la pareja, con la idea de que “ella es la que se embaraza”. Concepción extendida en la sociedad de manera bastante generalizada.

En investigaciones concretas, realizadas en comunidades mexicanas, se ha encontrado que a los varones de ciertos sectores sociales la anticoncepción moderna les genera tensiones, pues el hombre piensa que con ella la mujer puede no resistirse al acoso y no quedaría embarazada, el control de la sexualidad de “sus mujeres” les es esencial. A pesar de encontrar ventajas económicas en la planificación familiar aún hay

resistencias, también por parte de las mujeres, pues con el embarazo ellas son construidas socialmente como sujetos plenos, no como meros objetos sexuales. Se trata de un complejo fenómeno de reconstrucción de los significados en torno a la anticoncepción y la reproducción, que pasa por valoraciones sobre la sexualidad y alcanza al problema mismo de la identidad genérica (Castro y Miranda, 1996: 25-27).

De acuerdo con las investigaciones realizadas hay evidencias para apreciar el papel protagónico, en términos del ejercicio del poder en la toma de decisiones, desempeñado por el varón (*Ibid.*) pero también un proceso creciente de marginalización del hombre en el proceso de toma de decisiones reproductivas y de anticoncepción, en favor de la intervención del médico (Lerner, 1998).

Además la investigación muestra una paradoja. El varón considera a la sexualidad como un ámbito predominantemente masculino, en el cual ejerce un estrecho control de la sexualidad femenina, mientras que el ámbito de la reproducción y su regulación es entendido por los hombres como un espacio femenino. Ellos prefieren no usar ningún método de regulación de la fecundidad (Figuerola y Rojas, 1998: 11-12).

Se muestra que en algunos sectores, la principal razón de la oposición masculina al uso de anticonceptivos deriva de su deseo de tener control sobre la sexualidad y la fidelidad femeninas, considerando que fomentar la anticoncepción en su pareja es como motivar la promiscuidad. El varón considera que el campo sexual es de su exclusivo dominio. Los hombres además rechazan el uso del condón, sobre todo con sus parejas conyugales, por ser fuente de desconfianza al poner en duda la fidelidad de alguno de ellos.

En estudios realizados con trabajadores mexicanos se muestra que 25% de ellos tiene una actitud negativa o no participa en el control de la fecundidad con su pareja; más de la mitad de ellos participa, pero por medio de la pareja y solamente una quinta parte afirma que usa anticonceptivos por su propia cuenta (Leñero, 1992: 118).

Se han hecho estudios para saber hasta qué punto los hombres conocen los métodos anticonceptivos, y si los usan o no. La evidencia parece indicar que los conocen y los usan más de lo que el estereotipo al respecto diría, pero los estudios muchas veces no abordan temas centrales de la construcción del sujeto masculino como tal, y se infieren

de cuestionarios tipo encuesta una serie de generalizaciones que dicen poco respecto a la sexualidad y la procreación de los varones.

Es necesario distinguir dos formas que ha asumido la investigación sobre el tema. Por una parte, la investigación está orientada a encontrar formas en que pueden eliminarse los obstáculos que los hombres representan para el ejercicio reproductivo de las mujeres, en condiciones más favorables para ellas y sus hijos(as). En este tenor se han desarrollado investigaciones que colaboran con el establecimiento de estereotipos sobre la sexualidad y reproducción masculina y se dice entonces: los hombres carecen de información; no son responsables por el control de la fecundidad; se constituyen en barreras para el uso de anticonceptivos por parte de las mujeres. Todo esto puede ser cierto y algunas investigaciones así lo han establecido, pero se requiere de investigación más comprensiva y dirigida específicamente a ellos. La segunda incluye intentos que rebasan la incorporación de los varones y tratan de pensar nuevas formas de interpretar la reproducción, empezando por cuestionar el conocimiento existente sobre la fecundidad, que se ha centrado en las mujeres y tratando de interpretar la reproducción en interacción permanente con la sexualidad y las relaciones de poder que en ella subyacen, así como la negociación de la crianza de los hijos, pero sobre todo con la validación, el cuestionamiento y la transformación de las identidades de varones y mujeres.

En estas investigaciones recientes se da mayor relevancia a las relaciones de poder dentro de la pareja, en especial en cuanto a sexualidad y reproducción. Se habla de identidades como sistema unitario de representaciones, de si elaboradas a lo largo de la vida de las personas, a través de las cuales se reconocen a sí mismas y son reconocidas por los demás como individuos particulares y miembros de categorías sociales distintivas (Lagarde, 1992). Se trata de ubicar a los estudios en las condiciones particulares del país y el sector social al que se refieren, tratando de no caer en generalizaciones; y se intenta ubicar cuáles son los atributos de la masculinidad y cómo éstos se van conformando a lo largo de la vida a través de diversos procesos sociales y culturales, y la influencia de las instituciones. Se trata asimismo de ubicar la importancia de la sexualidad porque se traduce en identidades y prácticas (Valdés y Olavarría, 1998: 4). Este tipo de estudios da cuenta de las enormes

desigualdades intergenéricas y de la existencia en la realidad cotidiana actual de una doble moral que cataloga a hombres y mujeres de distinta manera, únicamente por su condición de género.

Este tipo de estudios intenta rastrear la historia de la vida de las personas, utilizando metodologías que reconstruyan cómo el sujeto va constituyéndose a lo largo de su existencia. De ahí que se plantee estudiar, por ejemplo, el conocimiento y prácticas que una determinada población tiene sobre sus propios cuerpos, pero además su representación social de la sexualidad, de las funciones reproductivas y de sus prácticas tanto reproductivas como anticonceptivas. Se abordan por tanto elementos que están en el ámbito de la subjetividad y de la individualidad, y se insiste en la necesidad de mantener estos temas en su carácter relacional para poder ser comprendidos, llegando a conclusiones del tipo de: las expectativas de los hombres y las mujeres en cuanto a la sexualidad y la procreación son distintas, detectando importantes diferencias intergenéricas (Fachel, 1998: 16).

Es importante insistir en la necesidad de contextualizar las investigaciones en muchos ámbitos: país, etnia, clase social, elementos vinculados a la escolaridad y la cultura, pues es evidente que cuando se abordan, por ejemplo, a varones de sectores medios con alta escolaridad como sujetos de estudio, la situación puede presentarse muy diferente a lo dado a conocer por otros estudios.

Así en Brasil, investigaciones recientes (De Oliveira, María Coleta, 1999) muestran que en el caso de grupos de este nivel socioeconómico y cultural y de edades consideradas jóvenes, los varones se ven más bien amenazados por el “poder” de las mujeres en cuanto a definir el momento del embarazo. Ellos tratan de persuadirlas acerca de la importancia de planificar la familia, porque la presencia de los hijos representa básicamente responsabilidad y además un proceso irreversible, lo único irreversible de su existencia; de ahí que califiquen la llegada del primer hijo en términos de “susto”. Para este sector ser padre requiere de estabilidad laboral, en la pareja, y sobre todo en el terreno económico para poder cumplir con esa responsabilidad. Los varones brasileños entrevistados en esta investigación participan en la planificación familiar, sobre todo cuando se han visto involucrados en embarazos no deseados, que es una mayoría de los casos. Asimismo, y a pesar de que es la mujer

la responsable de planificar la familia, como en muchos otros sectores y países, la investigación muestra que a los varones de este sector les preocupan las repercusiones que pueden tener en la salud de las mujeres el uso de anticonceptivos. Además en ellos hay una alta incidencia en el uso del condón, y la búsqueda de opciones de planificación familiar menos dañinas y más “naturales”. Sin embargo, es la mujer la principal responsable de la planificación familiar y ellos declaran básicamente “estar al pendiente”, lo cual coincide con la mayoría de los testimonios de los sujetos que entrevisté en mi investigación.

En investigaciones dirigidas a contextos sociales específicos de México realizadas hace pocos años, se comprueba que aun en los sectores medios no se han transformado de fondo los valores sexuales masculinos, por ejemplo, al analizar el uso del condón. En estos estudios se corrobora que, conforme al estereotipo de lo masculino, los varones siguen estando siempre disponibles para una relación sexual e incluso diferencian el uso del método, dependiendo del “tipo de mujer” con que se relacionan: si es “decente” “limpia” “no promiscua”, ellos no usan el condón. Con las que pueden ser promiscuas sí lo usan.

Cuando se relacionan sexualmente con su pareja “estable” no lo requieren, dan por hecho que ella no tiene otras relaciones sexuales. Aquí aparecen nítidamente elementos de la doble moral prevaleciente y de la clasificación que siguen haciendo los varones mexicanos de las mujeres de acuerdo con su experiencia y prácticas sexuales (Arias y Rodríguez, 1995). En investigaciones realizadas en el contexto de trabajadores mexicanos, se ha registrado que a 70% de los varones entrevistados le molesta usar condón, e incluso considera que a sus parejas (mujeres) también les molesta; en muchos casos nunca lo han usado y carecen de información, además de que usarlo con su esposa les parece mal, pues lo asocian a la práctica coital con prostitutas (Leñero, 1992: 106).

Los hombres preferirían usar métodos que no dependan del coito. Se preocupan mucho por afectar su libido y su desempeño sexual. En cuanto a la vasectomía, hay resistencia por ser un método definitivo y además asociado a la pérdida de la virilidad y la debilidad física (Figueroa y Rojas, 1998: 12). Se informa por ejemplo que solamente 1.5% de los hombres han optado por la vasectomía, versus 36.3% que optaron por métodos definitivos; hay una proporción de 24.2 mujeres por cada

hombre. En los datos de CONAPO (1995), se establece que solamente 0.9% optó por la vasectomía; en cuanto a métodos tradicionales como ritmo y retiro se reportó 13.4%, y uso de preservativos y espermaticidas, 5.1%. En contraste, 12.7% usa pastillas, 4.6% inyecciones, 41.3% de las mujeres se operaron, y usa el DIU 21.9%. Estos datos dan enorme claridad a la apreciación de que en México, las mujeres son básicamente responsables de la planificación de la familia.

Algunos estudios llevados a cabo en América Latina parten de esta perspectiva y se ha encontrado que, en cuanto al uso de métodos anticonceptivos, aparecen dos grandes momentos de decisión para realizar una vasectomía: el de la iniciativa y el de la decisión propiamente dicha. En la toma de iniciativa las mujeres tienen un papel estratégico, son ellas las que obtienen la información por ejemplo. Pocos fueron los casos en los que lo sugirió el varón. La cercanía de la esposa constituye un factor determinante para elegir este método. Las razones que aducen los varones para optar por este método se relacionan muchas veces con elementos de carácter económico (no poder tener más hijos) y con la salud de las mujeres (casos en los que los anticonceptivos femeninos han sido ostensiblemente dañinos para las mujeres, o casos en los que ellas no pueden continuar siendo las responsables únicas de la planificación familiar). Encontraron en este estudio que para muchas parejas esta opción ha sido muy benéfica, pues dicen disfrutar de sus relaciones sexuales con mayor libertad y tranquilidad e incluso mejora el “rendimiento” sexual de los varones, quizá por la seguridad con la que se relaciona sexualmente. Es importante apuntar que desde su condición genérica el método también les posibilita, según ellos mismos afirmaron, asumir su condición masculina: les permite controlar el número de hijos que desean tener y que pueden mantener; y les autoriza a conservar sus privilegios de varón frente al ejercicio de su sexualidad, y escapar a las limitaciones que les imponen las responsabilidades familiares. Como fantasía o como realidad, concluyen los autores, la vasectomía resulta ser un procedimiento que faculta ejercer relaciones de poder sobre las mujeres con despreocupación. Las mujeres por su parte, aceptan sin cuestionar el orden social que autoriza la infidelidad masculina, aunque no pierden la ilusión de que su pareja sea una excepción a la regla (Viveros, 1998: 7). Estas narraciones de los varones latinoamericanos son prueba

nítida de la prevalencia de una doble moral, bastante generalizada aún, al menos en nuestros países y creo que en el mundo en general.

Figueroa da a conocer algunos estudios hechos con anterioridad en otros países, en los que se establece que en la decisión de la pareja respecto al uso del método anticonceptivo definitivo, ya sea el que se realiza en el cuerpo de él o de ella, la interacción de la pareja y el acuerdo resultan muy significativos (Miller, Shaín, Pasta, 1991: 278-284). Esto lo confirman otros estudios que encontraron que, a mayor comunicación marital se opta por la vasectomía, y cuando la comunicación es muy pobre, se opta por la oclusión tubaria bilateral; en el estudio muestran también cómo la experiencia laboral incrementa la posibilidad de la mujer de interactuar y cuestionar a la pareja, lo cual facilita una negociación en términos más igualitarios (Bean *et al.*, 1983: 395-403).

En investigaciones llevadas a cabo en diversos países se informa que los varones tienen todavía poca participación en los programas de planificación familiar, y que otros aspectos centrales son el conocimiento de la sexualidad y la transmisión de enfermedades. En cuanto a la planificación familiar se dice que las actitudes de los hombres en cuanto a ésta no son uniformes en todos lados y que en la realidad se dan muchas combinaciones. Las motivaciones para tener menos hijos también son muy variables y han encontrado que a menudo varían de acuerdo con el país estudiado, y la posición económica. Muchos hombres aún abandonan la responsabilidad de su propia reproducción y la dejan totalmente en manos de su pareja. En muchos casos, como se ha comprobado en México en algunos sectores, las mujeres tienen que planificar su familia a escondidas de su pareja y eligen métodos que no son fácilmente detectables por ellos. En cuanto a las determinaciones sociales de la fecundidad encuentran que el status socioeconómico es central. Un eje importante lo constituye: la cultura, las creencias, los valores y las expectativas. Las relaciones de género, la equidad y la generación, permeadas por el poder y por otra parte la sexualidad, las percepciones y las creencias en cuanto a ella (Anderson, 1997: 20-23).

Respecto al aborto, las investigaciones realizadas en México muestran que existe una valoración social diferente para hombres y para mujeres en el país, lo que se confirma con el hecho de que los adolescentes varones declaran con mayor facilidad que las jóvenes haber estado

involucrados en un proceso de esta naturaleza, quizá porque ellos no son sancionados socialmente, o al menos lo son menos. Además, reconocen abiertamente no saber el número de embarazos que han provocado en sus relaciones coitales, lo que confirma que no están muy acostumbrados a dar cuenta de su vida sexual (Núñez y Palma, 1991: 4-15), lo cual confirma no solamente la existencia y prevalencia de una doble moral, sino también un elemento central de la masculinidad dominante, en el cual coinciden muchos de los autores consultados que estudian a diversos países, incluso con diverso grado de desarrollo socioeconómico y cultural. En otras investigaciones realizadas en Latinoamérica se muestran diferencias con el caso mexicano. Esto por ejemplo se mostró en el estudio realizado por Fachel *et al.* en 1995 en Brasil, donde se comprobaba la existencia de una postura discursiva más liberal en la vivencia de la sexualidad por parte de los varones, pero más conservadora al pensar el aborto como derecho de las mujeres. En oposición, aparece un discurso más conservador en cuanto a la sexualidad, cuando se les pregunta a las mujeres, pero más liberal cuando se les pregunta por el aborto como su derecho (Figuroa, 1998c: 15-16).

En la investigación que presento es interesante observar, como se verá más adelante, que el grupo de varones que entrevisté consideran el aborto como una opción difícil y traumática, pero factible, de hecho varios de ellos se han visto involucrados en abortos y en general consideran que abortar es una decisión que corresponde a la mujer. Asimismo, y en contraste con otros grupos entrevistados, estos varones no se han comprometido realmente en la planificación familiar, a pesar de haber catalogado como negativa su experiencia en el tema del aborto.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES SOBRE SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN

Después de haber investigado sobre este tema puedo concluir que los estudios actuales tratan (en algunos casos de manera adecuada), desde mi punto de vista, de contribuir al hacer explícito que hombres y mujeres tienen la posibilidad de participar en la construcción de su entorno reproductivo. A partir de la perspectiva de género y del concepto de

derechos reproductivos, se trata de dar un papel protagónico a todas las personas y de reconocer su autoridad moral para desconstruir los estereotipos tanto masculinos como femeninos. Los derechos reproductivos permiten reinterpretar la reproducción como un espacio de ejercicio de poder, con elementos de negociación, transacción y resistencia de los actores sociales, agentes institucionales y personas de ambos sexos. Para el feminismo, esta propuesta implica transformar las relaciones de poder en el espacio de la reproducción; y lograr que todas las personas y especialmente las mujeres pueden en verdad decidir sobre su reproducción, considerando este espacio como fundamental para la transformación de las desigualdades de género. Con este enfoque podemos hacer explícitos los conflictos en el espacio reproductivo, y comprender las transformaciones sociales y culturales que son necesarias para el cambio (Figueroa, 1997b: 6-9). Se recupera asimismo, la noción de ciudadanía en su sentido amplio, como una capacidad de toda persona de construir su sociedad y participar en estos procesos. De esta manera, se propone que los derechos reproductivos se redefinan a partir de la capacidad de toda persona de participar en la construcción de su entorno reproductivo, y dada la variedad de actores vinculados a la reproducción, que su defensa se interprete como un proceso democrático a partir del cual se resuelven dilemas éticos en el espacio reproductivo (*Ibid*: 31-33).

Se incorpora entonces una noción de ciudadanía que no está limitada a los derechos civiles, sino que comprende la adquisición y el ejercicio de derechos de la mujer en paridad con el hombre; incorporar y ejercer esos derechos en todo ámbito de las relaciones entre varones y mujeres.

La ciudadanía es un proceso de construcción social del sujeto político moderno. En esta construcción se distinguen, como plantea Conde (*et al.*, 1999), al menos dos dinámicas en interacción: la ciudadanía como el atributo formal de un conjunto de derechos y obligaciones que determinan la pertenencia a una comunidad y como forma de participación en la vida social, que permite el ejercicio de una influencia. La ciudadanía se presenta como una dimensión constitutiva de nuestra identidad política, que se determina, entre otras cosas, por el conjunto de representaciones y significados sociales que en relación a la política y su ejercicio son definidos como “femeninos” o “masculinos”. En estos procesos se da un amplio conjunto de significaciones que están inmer-

sas en lo cotidiano, en el pensamiento del sentido común. Para llegar a comprenderlos es necesario evidenciar las relaciones de poder que subyacen en ese imaginario social y que determinan un valor positivo-negativo, activo-pasivo a la acción del sujeto hombremujer. Además de las opresiones que bajo el cobijo de lo “privado” se suscitan en el ámbito doméstico, está la exclusión real y simbólica de las mujeres en el espacio público y lo fundamental, en todo caso, es cuestionar las desigualdades que de ello se derivan. Pensar los procesos de otra manera nos permite pensar lo privado no como sujeto a lo doméstico y lo público político como más vasto e importante, permitiéndonos transitar de la intimidad a la comunidad y de la singularidad a la pluralidad, un proceso que permite articular lo personal con lo político.

Es necesaria una ampliación de la idea de la ciudadanía que tienda sus puentes hacia el ámbito de lo privado y establezca las condiciones para influir, con poder de decisión, en lo político.

Las nuevas concepciones plantean esta ciudadanía a partir de la conformación de una cultura democrática en la que no se produzcan relaciones de desigualdad y ejercicio de poder entre el varón y la mujer; una ciudadanía que por definición tendría que ser antidiscriminatoria, tolerante y plural. Una cultura que permita a varones y mujeres elegir libremente su estilo de vida y en la cual, la concepción y ejercicio de la sexualidad y la reproducción resultan ámbitos de la mayor importancia.

En esta nueva concepción de los procesos sociales, el discurso sobre valores adquiere un papel fundamental en el mundo actual, pues hablar de valores es describir el tipo de vida que queremos tener o pensamos que deberíamos tener. A partir de ello se plantea que en un mundo complejo y plural se trataría de garantizar que lo que creemos correcto no necesariamente es lo que otra gente cree correcto, y tenemos que aprender a vivir la diferencia de manera tolerante y democrática. Lamentablemente la historia de los valores referidos a sexualidad y a reproducción no ha sido así. Ahora lo que se plantea es la necesidad de aprender a negociar dentro de un mundo de pluralismo moral y de diversidad sexual (Weeks, 1997).

Recientemente se ha recuperado la noción de la sexualidad como entorno en el que se construyen los procesos de la reproducción y asi-

mismo se ha empezado a incorporar a los varones como actores centrales en estos procesos, tratando de comprenderlos.

Una propuesta central en el desarrollo de esta investigación ha sido —como recientemente lo vienen proponiendo algunos autores y autoras—, a partir de la perspectiva de género, plantear el proceso de la reproducción y la sexualidad, así como el vínculo entre ambos, no como eventos puramente demográficos o desde la perspectiva de uno de los géneros, sino intentar, a partir de la visión de los varones, recuperar el espacio relacional de estas dinámicas, comprendidas como encuentros y desencuentros entre los miembros de la pareja. Haciendo así posible la referencia a dimensiones más amplias e integrales, a partir de la formación y comportamiento de los sujetos y su ubicación en un contexto socioeconómico y cultural concretos. Se trataría de replantear la reproducción como proceso y no como elementos aislados; y de ubicar a los distintos actores, a fin de evitar generalizaciones simplistas, que dejan de lado la importancia de ubicar los contextos heterogéneos tan complejos en los que se dan los procesos de sexualidad y de reproducción. Desde esta perspectiva se propone comprender cómo se va moldeando el proceso reproductivo, tanto de hombres como de mujeres, considerando los elementos de poder y de desigualdad social, así como la conformación, acatamiento y enfrentamiento o trasgresión de normatividades y la manera en que se va estableciendo la negociación en la pareja. Dentro de esta concepción surge una serie de propuestas interesantes que llevan a proponer acercamientos de las investigaciones a estas realidades, como: interpretar a los varones como personas que construyen una forma de reproducirse al interactuar con su cuerpo, con su sexualidad, con su forma de vivir la masculinidad, pero que no se agota en la relación con las mujeres; recuperar las relaciones del varón con su cuerpo, el seguimiento que da a las consecuencias de sus relaciones coitales, a los embarazos en los que ha estado involucrado, el tipo de interacción y participación que tiene para evitar embarazos, las transacciones que se construyen alrededor de las preferencias reproductivas, la autovaloración masculina en relación con su capacidad reproductiva, así como el papel de lo femenino en la construcción de su identidad genérica (Figuroa, 1998: 4-23).

Algunas consideraciones sobre la(s) familia(s), la paternidad y el papel del padre en la familia

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE LA(S) FAMILIA(S) Y SUS CAMBIOS

La institución familiar y sus radicales cambios en la sociedad “moderna” representan un entorno esencial para comprender la constitución de los sujetos, de su identidad genérica, de sus comportamientos y actitudes en lo relativo a la sexualidad y la reproducción. En este estudio, la institución familiar y sus diversas influencias en los individuos que fueron entrevistados constituye un elemento central.

Hay una interpretación que establece que el impulso sexual no es condición suficiente para la constitución de una familia; que la relación materno-filial es el fundamento básico de la constitución del grupo filiar. La familia, como forma de asociación humana se basa también en el vínculo afectivo e íntimo entre hombre y mujer (en el caso de grupos heterosexuales). La familia es un producto social, pero fundamentado en características de la naturaleza humana, y muestra una capacidad adaptativa más grande a situaciones conflictivas, cambiantes y de crisis. En función de ello predicen que la familia persistirá (aunque no así) en las formas específicas que adopte en cada momento (pujadas, 1992: 29).

En la perspectiva actual se reconoce que si bien la familia se basa en lazos de afecto y solidaridad entre sus miembros, también genera conflictos y hasta violencia (De Oliveira, 1995).

En el pasado y desde la perspectiva sociológica, Parsons estudia a la familia y asegura que existe una complementariedad sexual que asegura que la vida conyugal en familias nucleares de sectores medios norteamericanos opere de acuerdo con “roles” que funcionan gracias a la diferencia sexual de los cónyuges. En este sentido, pone de manifiesto un orden que sanciona institucionalmente la vida conyugal, de acuerdo con las expectativas que está obligado a cumplir cada cónyuge. Dentro de su concepción teórica estructural-funcionalista estudia a la familia, viendo al padre-esposo como proveedor económico de la familia y, por extensión, del status familiar. Sus roles familiares y sus roles de trabajo están separados, porque vive y trabaja en lugares diferentes. Su figura de proveedor le confiere respeto social, sólo para él, no para el resto de los miembros de su familia. La estructura que plantea, dividida en roles, no implica la competitividad entre varón y mujer, pues considera que las tareas de cada uno son necesarias para que la sociedad funcione. El hombre y lo masculino se asocian con la jefatura del hogar. La mujer se identifica con la esposa-madre-ama de casa, y su universo es privado (Parsons, 1978). Como es sabido, esta idea de la familia y de los roles ha sido ampliamente criticada desde la perspectiva de género, pues no es capaz de explicar, entre otras muchos procesos, las relaciones de conflicto, de cambio, de ejercicio de poder desigual entre los géneros.

Durante las décadas de los cincuenta y sesenta los sociólogos asumían a la familia como una institución clave, un elemento fundamental de la estructura social. Por ello constituía la unidad principal para los estudios de estratificación social, de movilidad. Fue vista como la principal instancia de socialización y un mecanismo de integración social. Hasta los setenta esta perspectiva, derivada básicamente de las ideas funcionalistas de Parsons tuvieron gran auge en los Estados Unidos y en otros muchos países. En ese país les parecía muy bien la concepción de Parsons en el sentido de que basaba sus ideas en la creencia de que la familia nuclear era “funcional” para el avance de la sociedad industrial. Establecía, como hemos dicho, una idea de familia que funcionaba fuera de conflictos, y en la que estaban establecidos y aceptados diferentes roles para cada miembro de la familia. Pero sucedió, entre otras cosas, que las mujeres fueron incorporadas al mercado laboral de manera muy amplia, pasando por ejemplo en Gran Bretaña, de ser 21.7% en 1951 a

38.8% en 1966. Sin embargo, los sociólogos empiristas siguieron pintando una visión “rosa” de las familias y no se interesaron en analizar estos cambios (Jackson, 1999: 160-162). Para 1996 se da a conocer que más de 70% de las mujeres en edad laboral, trabajan y la mitad de ellas tienen hijos en edades preescolares. En el país que analiza el autor detecta cambios significativos en patrones importantes como la edad del matrimonio (que se ha pospuesto) y la edad en que las mujeres tienen a los hijos, si es que los tienen, que también se ha retrasado. Asimismo encuentra que la cohabitación ha crecido enormemente en relación con los matrimonios formales. La ideología que reproduce la idea de que el matrimonio es lo “normal”, es central en el mantenimiento de la “compulsiva heterosexualidad” y en la construcción social que hace aparecer al lesbianismo y la homosexualidad masculina como no naturales, como desviaciones. También hacen todo lo posible por hacer aparecer que la estabilidad está en el matrimonio y no en otro tipo de relaciones que por naturaleza son provisionales, aunque las evidencias muestren lo contrario y se pueda constatar que en algunas sociedades, como la inglesa, las mujeres jóvenes ahora esperan que sus relaciones sean más igualitarias y buscan autonomía dentro de su matrimonio (*ibid.*: 173). Se advierte que los índices de divorcio en ese país han crecido, pasando de dos a 13 por cada 10 000 entre 1961 y 1995. Otro elemento central es que los hijos ahora viven con nuevas familias, pues sus padres vuelven a unirse o a casarse con otras personas, con lo cual se generan cambios importantes en las vidas de las personas y en las maneras en que se relacionan. Uno de los efectos importantes de estos cambios es la variedad de formas de familia que existen hoy día (*Ibid.*:164).

Actualmente, diversos sectores cuestionan seriamente el concepto de “familia” y basan sus críticas en lo que consideran un concepto esencialista, que presupone una esencia básica en una unidad que es válida en toda cultura y en cualquier tiempo. Se le trata como unidad cuando en su interior existen muchas diferenciaciones y desigualdades; además enmascara la diversidad de formas existentes en la sociedad actual. En los estudios transculturales ha quedado claro que el término familia no tiene el mismo significado a lo largo de la historia, que las relaciones familiares no siempre han sido las mismas; que existe una gran diversidad de formas familiares y que éstas tienen gran complejidad. De ahí que se

sugiera que nuestro concepto de “familia” sea entendido ubicándolo históricamente y contextualizándolo dentro de culturas específicas, y que deba ser utilizado solamente en el contexto de las sociedades contemporáneas. Queda claro asimismo que la idea abstracta de “familia” a menudo no corresponde con la realidad de la vida familiar. Se trata de una construcción ideológica que en su forma de estereotipo no corresponde con la realidad, pues narra vidas de personas de clase media, con una vida cómoda, que se integra por padre, madre y dos hijos. Adicionalmente y esto es lo más grave, estas concepciones sirven para legitimar la idea de que las personas deben encontrar en su familia la satisfacción de todas sus necesidades. No solamente emocionales sino también sociales, y sirve como perpetua excusa para la ineficiencia y lentitud de los servicios públicos. Además es una concepción etnocéntrica, pues tiene como imagen a la familia blanca y niega u oscurece las diferencias de patrones familiares en distintas etnias. En la esfera de la economía la familia implica cooperación, soporte y dependencia, pero también desigualdad y explotación. Es una realidad que aunque las mujeres trabajan, los esposos o compañeros generalmente ganan más dinero que ellas y esto tiene una repercusión fundamental en un ejercicio de poder desigual dentro de la familia. Las decisiones son tomadas por ellos más frecuentemente que por ellas y, el dinero que gastan los varones en la satisfacción de sus necesidades personales también es mayor.

En todo caso, este tipo de afirmaciones como que la familia nuclear es la “normal” es una construcción ideológica que legitima una determinada manera de ser varón o mujer. Lo “normal” que descalifica cualquier “otro” diferente sirve en el fondo para legitimar un modelo de relaciones sociales. Pero existen otros modelos que cuestionan ese “modelo funcional”. Por ejemplo se asume, de manera bastante generalizada, que lo “normal” es que la mamá esté siempre presente, pero pocos se cuestionan cómo influye la figura paterna. Se investiga el trabajo extradoméstico de las mujeres y su influencia en la vida de los hijos, pero el de los varones se da por hecho, esa es su “función” entonces no se evalúa como extradoméstico ni es objeto de investigación. Nadie investiga el efecto de la presencia materna, asumiendo la presencia del varón. En esa familia “normal” se asume la existencia de una familia nuclear, heterosexual, que tiene hijos, en la cual el varón es el provee-

dor, el sustento económico; mientras que la mujer es vista como la que está presente y constituye el sustento emocional. Lo “normal” incluye la asignación de derechos y responsabilidades diferenciales. Ese es el modelo que transmite la religión católica, la cual dicen profesar la mayoría de los mexicanos y mexicanas.

En todo caso, lo que se postula es la construcción de una nueva moral, en la que las relaciones entre los seres humanos y la paternidad sean más igualitarias, solidarias y equitativas. Un elemento esencial en el análisis es considerar que a diferencia de los varones sigue siendo muy común que para las mujeres el hogar constituye también un lugar de trabajo. Desde los setenta se ha generado una serie de discusiones para explicar el papel que tiene el trabajo que la mujer realiza en el hogar en la reproducción del sistema capitalista y de la fuerza de trabajo específicamente. Algunos sostienen que el problema está en el sistema de explotación en sí mismo; otros han pensado que no debe olvidarse que el sistema y los hombres se benefician de las relaciones desiguales dentro del hogar y, por ello, no solamente evaden el trabajo doméstico, hacen todo lo posible para que esta situación no se modifique. La evidencia empírica muestra que, por supuesto, los hombres también se benefician de este trabajo que realiza la mujer (*Ibíd.*: 171).

Por otra parte, es interesante observar cómo recientemente los estudios no sólo se centran en los esposos y esposas y su contribución económica a los hogares, sino que ya incorporan a los niños en esta esfera, pues ellos contribuyen también con su trabajo y los ingresos derivados de éste. Establecen, sin embargo, que a pesar de trabajar los niños siguen siendo dependientes y, mediante el consumo, los adultos siguen siendo quienes ejercen el poder sobre los niños.

La familia puede analizarse como estructura e institución social y también como la dinámica de las relaciones que se establecen y recrean entre sus integrantes. Su principal objetivo es asegurar las condiciones de reproducción de la sociedad, normando la sexualidad, permitiendo la presencia de nuevas personas (hijos e hijas) que son incorporados a esa sociedad.

La familia tiene como eje fundamental la normatividad que establece un conjunto de derechos, obligaciones, deberes y privilegios, a partir de la posición de cada uno de los sujetos que la integran, donde

la división genérica tiene un lugar central. Cuanto más profundamente implantadas están las leyes sociales, cuanto más están dentro de nosotros, tanto más “naturales” nos parecen. Así, cuando transgredimos alguna de estas normas casi estamos cometiendo un acto “antinatural”. Una vez que comenzamos a violar las reglas que prohíben percibir las reglas, nos damos cuenta de que gran parte de nuestras dificultades no se deben a la complejidad intrínseca del asunto, sino a nuestros impedimentos para ver lo que, si esos impedimentos son eliminados, puede resultar obvio (Laing, 1994: 129).

De acuerdo con una división desigual, que aparecía como “natural”, el varón tenía la obligación de ser proveedor económico principal o único de su familia, lo cual le confería calidad de protector y máxima autoridad, autoridad que ejercía sobre las mujeres y los niños y niñas. Por su parte, la mujer debía realizar el trabajo doméstico y encargarse del cuidado de los hijos(as), confinada al mundo “privado”.

Para algunas autoras la familia, además de perder su papel en la producción, perdió muchas de sus funciones educativas, religiosas y políticas, así como su papel en el cuidado de los enfermos y los ancianos. Resultaría interesante estudiar, por ejemplo, qué ha pasado con las crisis económicas en México y los efectos de la política económica neoliberal dentro de las familias. Al parecer, al menos en algunos sectores la familia se ve obligada a asumir responsabilidades que antes el Estado de Bienestar tenía la obligación de proporcionar. Estas pérdidas han transformado a la familia en una institución fundamentalmente de parentesco y personal, en la esfera personal de la sociedad. Muchas bases factuales se están perdiendo con los cambios, pero la ideología permanece intacta en el sentido de que las mujeres se siguen viendo afectadas por una norma ideológica que las define como miembros de familias nucleares convencionales; y el tipo de trabajo que las mujeres realizan tiende a reforzar los estereotipos de la mujer como esposa y como madre. Su vida se basa sobre todo en las interpretaciones y extensiones de las funciones de la maternidad de la mujer y de sus órganos reproductivos. Los padres han ido perdiendo su responsabilidad dentro de los hogares, y en la paternidad. Es irónico que las madres biológicas hayan adquirido cada vez mayor responsabilidad del cuidado de los niños y niñas, precisamente en una época en que los elementos biológicos de la maternidad han

disminuido, puesto que en muchos países y sectores las mujeres tienen menos hijos y la alimentación artificial es accesible. Se ha reforzado entonces el papel maternal de la mujer, haciendo hincapié en la importancia decisiva de la relación de la madre y el niño(a) en el desarrollo del mismo. En esta concepción, las ideologías e instituciones legitimadoras —el Estado, las escuelas, los medios de comunicación— contribuyen a la reproducción del capitalismo y la familia es lugar privilegiado de esta forma de reproducción: las mujeres, en tanto madres y esposas, son sus principales ejecutoras. El papel de la mujer y las actividades de trabajo en la familia contemporánea contribuyen a la reproducción social específica del capitalismo.

Tanto la maternidad como la paternidad constituyen formas y maneras específicas, de acuerdo con las situaciones históricas concretas en que se desarrollan. Lo que resulta novedoso es que se empiezan a estudiar las formas y experiencias sociales de la paternidad. Algunos autores son escépticos y no están de acuerdo en referirse acriticamente a una “nueva paternidad”, pues han encontrado en sus estudios que el cuidado de los hijos y concretamente su crianza, sigue siendo responsabilidad casi única de las mujeres (Jackson, *op. cit.*: 177).

Así como crea dos géneros diferenciados y desiguales, la sociedad establece las características de la familia con una división social del trabajo, que colocó a las mujeres principalmente en el hogar, durante mucho tiempo. El mundo y la familia aparecen como dominados por “lo masculino” y no es igualitario en la esfera sexual, puesto que los maridos tienen el derecho de controlar a sus esposas y detentan el poder dentro de la familia. Las mujeres ganan menos que los hombres, tienen acceso a una gama más reducida de empleos, hombres y mujeres aún hoy valoran más el trabajo que realizan los varones, todo ello en el marco de un mundo cada vez más exclusivamente capitalista.

La maternidad de las mujeres, como base de la estructura familiar y de la dominación masculina ha ido desarrollado una conexión interna con el desarrollo del sistema capitalista, pero en tanto que contribuye a la reproducción de la desigualdad sexual, la organización social del género y el capitalismo, constituye también una profunda contradicción con otra de las consecuencias del desarrollo reciente del sistema: la participación cada vez mayor de las mujeres en la fuerza de trabajo.

Aun en los países desarrollados, las mujeres siguen siendo las principales responsables del cuidado de los hijos y así seguirá siendo, a menos que convirtamos el problema de la reorganización de la paternidad en un objetivo político central (Chorodow, 1980: 104-123).

En los últimos años se han dado cambios importantes derivados de la realidad económica y social. La mujer se ha incorporado al mercado laboral, llegándose a “feminizar” algunos sectores de producción. El papel de proveedor único de los varones ha sido seriamente cuestionado. Ciertos estudios muestran que las tensiones son más comunes y se ha incrementado la violencia en los hogares, en parte por la imposibilidad del varón de cumplir con su papel masculino tradicional (desempleo, falta de éxito profesional, etc.).

El papel que las familias habían venido desempeñando por muchas generaciones se ha visto modificado, en mayor o menor medida, en un periodo relativamente corto, lo cual está relacionado con la evolución demográfica y con las transformaciones en los procesos de reproducción y organización de la sociedad. Durante mucho tiempo, el desarrollo del sector servicios, el avance tecnológico, la urbanización y la modificación de las relaciones en las esferas de lo público y lo privado, han llevado a la institucionalización de una serie de actividades que se desempeñaban dentro de las familias (INEGI, 1999). Sería interesante analizar cómo, a través del adelgazamiento del Estado y su responsabilidad en políticas sociales, muchas de estas funciones están siendo devueltas al seno de las familias, al darse el proceso de poca inversión estatal en políticas públicas que apoyen a las familias. Las familias han tenido que absorber costos económicos y sociales. Cada vez hay más familias en condiciones vulnerables y las fuentes de tensión y desintegración familiar se amplían. La ruptura de los vínculos familiares ha tenido como consecuencia que muchos niños y jóvenes queden abandonados a sus propios medios, además de que dejan de asistir a la escuela, viven en condiciones muy desfavorables y se exponen, cada vez más, a riesgos como la drogadicción, la explotación laboral, los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual (*ibid.*). El análisis de estas consecuencias derivadas, según la evaluación oficial, de la desintegración familiar, debería ampliarse para considerar las repercusiones que tiene la falta de apoyo social, de un Estado responsable y de una socie-

dad solidaria, cuyos valores están siendo transformados no siempre de manera positiva, en un entorno económico y cultural donde se premia el individualismo y la competitividad, ideología que sustenta en mucho los procesos de apertura de mercados y globalización.

Oficialmente en México se reconoce que existen cambios estructurales que afectan profundamente a las familias del país. La situación económica general ha provocado que muchas familias estén adoptando estrategias tendientes a reducir o mitigar el impacto del desempleo y de los bajos salarios. Estas estrategias de adaptación abarcan tanto a la organización interna del grupo familiar, como al reforzamiento de los vínculos de parentesco que dan cuenta de la existencia de una red de comunicación y apoyo entre familias emparentadas, más allá de los muros de la vivienda. Se reconoce también oficialmente que, de hecho, se ha incrementado la participación económica de los miembros del hogar, a tal grado que el esquema del jefe como proveedor único, está cediendo terreno al reconocimiento cada vez mayor de las actividades económicas desarrolladas por la esposa y los hijos, quienes en algunos casos contribuyen de manera importante a la obtención de ingresos para sostener el hogar (*ibid.*).

Se han dado cambios importantes, pero éstos no han sido homogéneos entre grupos ni a lo largo del ciclo de vida de las personas. Lo que sí ha cambiado profundamente es la visión cosificada de la familia como el lugar, el espacio de la armonía y de la seguridad. Se ha demostrado que a menudo más bien constituye un espacio de poder del varón sobre la mujer y que los adultos de ambos sexos ejercen poder sobre los niños y niñas. Ahora se ha avanzado en el conocimiento acerca de las maneras en que se dan estas experiencias en la vida de las mujeres y bastante menos acerca de cómo los varones entienden su posición dentro de sus familias y, menos aún, acerca de la perspectiva que tiene los propios infantes (Jackson, *op. cit.*:179). Algunos autores reconocen el papel central de la sexualidad y la reproducción en tanto objeto de normatividades y regulaciones sociales diferentes, como uno de los principales componentes que moldea la identidad de las personas.

Resultan interesantes los estudios referidos a las familias y los cambios en los patrones y modelos y el papel de los géneros dentro de ellas. Hay que considerar que se han dado importantes cambios de tipo

demográfico desde los años setenta. Se han registrado transformaciones en los patrones de cohabitación, matrimonio, hijos, divorcio. El carácter de la familia y las relaciones en el hogar han sido alterados dramáticamente. Está cambiando la ideología con respecto a la división del trabajo en el hogar y se está trastocando el antes “natural” orden de género; también se hacen evidentes las substanciales desigualdades genéricas dentro del matrimonio y, en general, de las relaciones. Además, se ha dado un desarrollo de las ideologías respecto a estas uniones, y cambios en los patrones heterosexuales en los años recientes, así como transformaciones en las actitudes respecto a la sexualidad. Estos cambios no se dan en un vacío social, sino en el marco de transformaciones socioeconómicas profundas, en la producción económica, en el consumo y en la importancia otorgada a la “ciudadanización”. Se han dado cambios culturales con respecto a la comprensión del matrimonio y la paternidad.

En este sentido es importante apuntar que algunas investigaciones realizadas recientemente en países “desarrollados” como Gran Bretaña señalan que en la constitución de las parejas heterosexuales actualmente la idea central, el ideal occidental, es la idea del compañerismo. Pero esta idea no es concebida de la misma manera por varones y por mujeres; cada género lo define de manera distinta: para ellos significa tener mujer y hogar, como una manera de alcanzar una base de seguridad física y emocional, la pareja y el hogar son espacios a los que pueden llegar. Para la mujer en cambio el deseo de la familia y la pareja se define como un intercambio cercano en la intimidad y la necesidad de ser apreciada como algo más que simplemente “esposa”. Ellas esperan más de los varones de lo que ellos están preparados para dar (Jackson, *op. cit.*: 174). Asimismo establecen estos estudios que las investigaciones de los últimos 30 años han podido concluir que el poder dentro del matrimonio es complejo y multidimensional y que debe ser analizado en el marco de las relaciones de dominación masculina, que son de carácter estructural. Reconocen, por ejemplo, que la violencia ejercida contra las mujeres, de ninguna manera es un fenómeno nuevo, lo novedoso es que recientemente se ha reconocido como problema social. Informan además que, al menos en ese país, un indicador de que cada día las mujeres aceptan menos el maltrato se refleja en que tres cuartas partes de los divorcios son iniciados legalmente por las mujeres. Sin embargo sostienen que la

desilusión que viven las personas puede ubicarse como desilusión de una relación particular, pero no respecto al matrimonio como institución y que eso lo sostienen porque una gran cantidad de personas divorciadas vuelven a contraer matrimonio (*Ibíd*: 175).

La familia está cambiando, al menos en algunos sectores y sociedades, ahora es una institución menos jerárquica, más basada en un orden negociado o tal vez como producto obligado de un cuestionamiento de la jerarquía anteriormente vigente. Se da menos importancia al matrimonio, y se le puede romper más fácilmente que en el pasado, eso se demuestra con indicadores de muchos países. Las relaciones son un asunto de interés individual y se demuestra, como nunca antes, lo que la pareja puede lograr de una relación, especialmente en términos de satisfacción sexual y emocional. Una relación perdura en la medida en que provee estos componentes claves de la intimidad y cuando no lo hace, la intimidad se rompe, y los individuos buscan otras opciones. Como resultado de esto, hay una nueva contingencia en las relaciones personales que produce tendencias contradictorias. Por un lado, se tiene el impulso hacia la llamada “democracia sexual” en la cual, la autonomía y la elección se convierten en patrones del éxito. Por otro lado, se tiene la presión contradictoria por continuar la división del trabajo entre hombres y mujeres, incluyendo la división emocional del trabajo, con las mujeres, aún como responsables en gran medida de llevar a cabo el lado emotivo de la relación. En algunos países y sectores, las mujeres han adquirido una mayor independencia y autonomía, pero esta independencia puede tener un costo no menor en los elementos de un “contragolpe masculino”, a la par de lo que se ha llamado “crisis de la masculinidad”.

Considero importante poner el acento en la necesidad de cuestionar lo que se ha denominado crisis de la masculinidad. En todo caso preguntarse: ¿En verdad los varones están en crisis? ¿De dónde deriva tal crisis? ¿Quiénes están en crisis? y ¿Por qué lo están?

Está surgiendo, como se verá en el capítulo correspondiente, una corriente de pensamiento que, más que cuestionar a fondo las relaciones desiguales entre los géneros, pretende, ante los cambios radicales que se están experimentando, una especie de regreso al pasado, con la creación de un “nuevo héroe” que garantice al género masculino mantener su posición de superioridad sobre las mujeres. La revolución sexual femenina

ha sido moldeada por las necesidades de los hombres, de modo que la autonomía sexual femenina está tan limitada como siempre. Siguiendo a Anthony Giddens se afirma que las mujeres han estado a la vanguardia de la revolución sexual en Occidente, pero el cambio ha sido inhibido por el continuo fortalecimiento del poder y la autoridad masculinos (Weeks, *op. cit.*: 206-207).

La importancia de la familia como interlocutor en el proceso de construcción social de los significados de género, radica en su carácter formador de individuos sexuados, y en la presencia constante de grupos familiares como elaboradores de género a lo largo de la vida del individuo. Las relaciones de autoridad existentes dentro del grupo son fundamentales (Schmukler, 1989: 17).

Lo que internalizamos (significa trasponer lo externo a lo interno) es la familia como sistema, no los elementos aislados, sino las relaciones y operaciones entre elementos y conjuntos de elementos. Los elementos pueden ser personas, cosas u objetos parciales. Los padres son internalizados como unidos o distanciados, juntos o separados, próximos o alejados, como personas que se aman o se pelean. Así la familia no es un objetivo introyectado, sino un conjunto introyectado de relaciones. Lo que internalizamos son pautas de relación. La “familia” llega a ser una defensa o baluarte contra el derrumbe, la desintegración, la culpa y otras “calamidades. La preservación de la familia es equiparada a la preservación del “yo” y del mundo, y su disolución, equiparada a la muerte. A menudo los miembros de una familia oponen resistencia concertada, tendiente a impedir que se descubra lo que ocurre y, para ello, emplea toda clase de estrategias a fin de mantener al mundo en la oscuridad. Quien se halla en la oscuridad, obviamente, nada puede ver (Laing, 1994: 15-96).

Hay un debate que se centra en la capacidad que se le puede atribuir al proceso de enseñanza, comunicación, introyección y aprendizaje en los primeros años de vida para explicar la reproducción de los contenidos centrales del sistema de diferenciación que pasa por la condición de género (Cervantes, 1993: 259).

La organización familiar es un elemento estructural complejo, que constituye el marco para comprender cambios en los patrones y por ejemplo en los índices de divorcio, en el incremento de familias mono-

parentales, mujeres solas con sus hijos, cohabitación, la existencia de varias uniones o matrimonios a lo largo de la vida, crianza de los niños(as) etc. Se da aparentemente una desorganización social, en el marco de profundos cambios de la familia solidaria y tradicional hacia una gran fragmentación en esta llamada “posmodernidad” (Cheal, 1999: 10).

La individualización aparece como la tesis de la modernidad; desestandarización de la familia e incremento de la individualidad. Algunos piensan que la diferenciación estructural nos explica el incremento del individualismo. Los individuos devienen según esto en unidades sociales autónomas, plurales y diferenciadas (parsons), y más recientemente algunos teóricos dan mayor relevancia al papel de la institucionalización de los derechos individuales y la disminución de los poderes de grupos tradicionales, como los familiares y los actos corporativos. La moral del individualismo permea las relaciones familiares contemporáneas, con un incremento de la autonomía individual en condiciones de pluralismo (*Ibid.*: 66). Es en este contexto de profundos cambios que la noción de derechos en la sexualidad y la reproducción adquieren una mayor importancia.

Algunas autoras consultadas en esta investigación enfocan sus análisis en la esfera de las relaciones familiares por su centralidad en el proceso de asignación de papeles genéricos, entendiendo tal desempeño como dimensión socio-estructurante de la condición femenina. Las experiencias del rol, dicen, son aquellas que constituyen los papeles clásicamente adjudicados a las mujeres y a los varones en el seno de las familias: esposas/cónyuges, madres/padres, amas de casa/proveedores, e hijas/hijos, coincidiendo, según diversos autores, con investigaciones recientes: en la actualidad existen transformaciones desiguales en cada una de las esferas de la vida afectiva, sexual y reproductiva (Ariza y De Oliveira, 1997:56-7).

La familia ocupa un lugar importante como centro de reproducción biológica y social. El comportamiento reproductivo y los factores más generales cuentan entre sí con estructuras intermedias, una de las cuales es la familia. Desde este enfoque se analiza a los procesos reproductivos en relación con los grupos sociales, intentando explicar la reproducción biológica en el marco de los procesos de reproducción social (Figueroa, 1997: 15).

Específicamente, la familia mexicana se ha caracterizado por “tener poco padre, demasiada madre, abundancia de hermanos y escasez de sexo” (ponce, 1991: 16). El hombre mexicano mestizo se siente superior a la mujer, y hace alarde de las significaciones masculinas características del machismo, que sólo denotan inseguridad respecto a su virilidad. A las mujeres, desde el mundo prehispánico se les recomienda castidad (*Ibid.*). Pero como hemos dicho, las cosas están cambiando, aunque de manera no homogénea y a veces muy lentamente.

En el caso mexicano, los estudios sobre las familias (De Oliveira, 1995) establecen que por lo general, el hombre esposo-padre tiene mayor autoridad en el hogar, esto ocurre sobre todo en sectores populares y en la familias donde las esposas tienen baja escolaridad, y no participan en la actividad económica. En los sectores medios —cuando las mujeres tienen mayor escolaridad, actividades asalariadas y un proyecto de desarrollo personal— cuestionan más la autoridad exclusiva del marido como jefe de hogar; las decisiones importantes deben ser compartidas y, de hecho, participan más activamente en las decisiones sobre tener o no hijos, y sobre su educación.

En México, a pesar de las resistencias, la moral ha ido cambiando. Se registra a partir de los años setenta un proceso de urbanización, industrialización, y una mayor escolaridad de las mujeres, su mayor incorporación al trabajo remunerado, además de la extensión del uso de los métodos anticonceptivos y una disminución importante en el número de hijos por mujer. No obstante en 1983 se señala (Alducín, 1987; Hernández, 1987) que los hombres desean: una mujer limpia, hogareña, inteligente, femenina, trabajadora, honesta y sencilla; en segundo término que sea: discreta, religiosa, dulce, hermosa, atenta, casta y abnegada, en otras palabras tradicional. Sólo después “soporta” el varón que la mujer sea lista, delicada, sensual, apasionada, audaz. De acuerdo con los datos aportados por la misma fuente, el tipo de mujer inteligente, apasionada y sensual es una preferencia más notoria en los hombres de clase social alta, con mayor poder económico y escolaridad. El asunto según este análisis es más de ingresos y de educación que de geografía nacional. Queda claro que la pobreza y la ignorancia significan mayor responsabilidad del cuidado familiar de la “hogareña y paridora”. Es interesante observar que según estos estudios para ocho de cada 10

mexicanos, el matrimonio sigue siendo una institución vigente y que además la realización sexual en el matrimonio es importante solamente para una minoría de hombres y mujeres mexicanos. Para la mitad las relaciones prematrimoniales son naturales y para la tercera parte son inmorales. Los varones aparecen como más liberales que ellas. Los problemas matrimoniales se atribuyen a problemas de comunicación, falta de cariño, alcoholismo e infidelidad. La fidelidad del hombre se considera posible y deseable, en la mujer en cambio el adulterio es calificado de pecado y traición. El divorcio es considerado como la solución o un fracaso, cuanto menos educados o más católicos se considera algo inmoral. En opinión de los más pobres y menos escolarizados, es decir en la mayoría, el aborto debe ser prohibido y castigado en primer término, o practicado bajo control legal. Sólo uno de cada 10 piensa que debe ser legalizado, y para los de mayor ingreso y mayor educación, que se consideran de vanguardia, debe practicarse bajo control médico.

De acuerdo con otras investigaciones (Luengo, 1996) la familia continúa siendo la institución más valorada en México: 67% de las y los jóvenes la consideran la más importante. Además la identifica como el principal agente transmisor de valores, a pesar de que más de 60% de los jóvenes considera que la familia está desunida; 55% que su padre es poco flexible y 60% no se siente identificado con sus padres. Es importante apuntar que los datos muestran que las actitudes sexuales son los valores menos compartidos entre padres/madres, hijos/hijas en 24%.

De acuerdo con esta investigación, 55% de los casos establecen que el matrimonio es la única forma de vida conyugal y ya 44% no lo considera necesario para vivir en pareja. Se registra asimismo un incremento de opiniones que consideran a las relaciones prematrimoniales como naturales (casi la mitad), y sólo una tercera parte las consideran prohibidas. La virginidad es definitivamente un "valor a la baja". Sólo para 28% de las mujeres entrevistadas es importante y únicamente para 4.9% de los varones. Se desprende que para los jóvenes la sexualidad tiene una importancia creciente y que las relaciones sexuales tienden a verse como elecciones compartidas. Hay una mayor apertura y comunicación sobre sexualidad y el acto sexual está cada vez menos ligado con el embarazo, situación que es central en esta investigación que intenta vincular sexualidad y reproducción. Sin embargo hay que apuntar que,

aunque muchos jóvenes consideran la planificación familiar como algo deseable y necesario, llama la atención que muchos no utilizan métodos anticonceptivos. De acuerdo con CONAPO (1997) sólo 51% de las parejas unidas de 15 a 24 años usan alguno, mientras que 61% de los jóvenes varones de 15 a 24 años asegura usar algún método, de acuerdo con Leñero (1992), Brito (2000).

Varios de los temas abordados en estas investigaciones fueron retomados en la presente investigación, en la cual es posible documentar (como se verá más adelante) cambios importantes en opiniones, actitudes y comportamientos, por lo menos en algunos de los casos.

LA PATERNIDAD, CONSIDERACIONES GENERALES

Generalmente se ha tratado el tema de la paternidad desde distintas disciplinas, en términos de problema, de ausencia, de consecuencia negativa para mujeres y niños, en términos de papel o “rol” representado por el varón o como institución, con significaciones legales y sociales y se ha reflexionado poco acerca de su presencia, sobre todo, partiendo de la concepción, actitudes, experiencias y expectativas que los propios varones viven en este importante proceso.

En este libro retomo la propuesta de pensar la paternidad como un proceso que incluye momentos reales y virtuales. Estos procesos no pueden verse como fuera de la construcción de la masculinidad. En particular, es importante tratar de comprender y documentar la(s) manera(s) en que se dan los procesos dinámicos de la sexualidad, la salud, la reproducción, como experiencias desde los procesos que permean las diferentes formas de ser padre y el valor que se le atribuye a los hijos e hijas (Figuroa, 1996: 10). No se es padre sólo por procrear un hijo. La paternidad constituye una práctica que se va aptendiendo y desarrollando. No incluye únicamente el factor económico y la responsabilidad que proveer conlleva, sino que entraña factores de naturaleza emocional y afectiva de la mayor relevancia. Por otra parte, se propone no pensar la paternidad como algo que se inicia con el nacimiento de un hijo(a), sino que es todo un proceso que se va generando y construyendo desde la relación de la pareja, su sexualidad, la decisión (o no) de procrear, el

embarazo, el parto y se extiende a la crianza y a las etapas posteriores en el desarrollo de los hijo(a)s.

Tanto la reproducción social como la biológica de los hombres y de las mujeres es moldeada por el género a través de configuraciones de prácticas y representaciones concernientes a la masculinidad, la feminidad, la maternidad y la paternidad. Estas configuraciones no están en un vacío social, sino que se dan dentro de instituciones sociales, se viven a partir de una clase social y una raza y son parte de constreñimientos sociales, que a menudo chocan con los deseos, proyectos y aspiraciones individuales. Estos proyectos no son estáticos, cambian con el tiempo por lo cual, la dimensión del ciclo de vida es fundamental en general y en particular, para comprender la reproducción, las relaciones de pareja y sexuales y la paternidad de los varones.

Se parte de la idea de que las reglas del funcionamiento familiar no son divisiones sexuales de las funciones, pues esta idea, como la de “roles”, se basa en una concepción de divisiones naturales entre los sexos, creyendo que cada uno de ellos tiene por “naturaleza” mayor disposición a realizar una cierta función. Las relaciones son de género, construidas social e históricamente, con especificidades de acuerdo con el sector y la sociedad concreta de que se trate.

En el mundo actual, de acuerdo con una ideología aún dominante, lo real y lo pragmático es valorado; lo frío, lo serio, lo intelectual es lo valorado, en contraposición con las emociones, carentes de brillo y de prestigio. Estereotipadamente, se establece que lo primero es característica masculina y lo segundo, es lo femenino. Así en nuestra cultura, la autoridad de la madre tiende a estar desjerarquizada si se le compara con la del padre. La propia función de la madre la descalifica para desarrollar la experiencia social necesaria que le permita enfrentar posteriormente a sus hijos al mundo adulto, competitivo, mundo extrafamiliar y público. Existe una correspondencia entre el prestigio adjudicado a cada una de las dicotomías público-privado; intelectual-emocional; doméstico-extradoméstico, con el lugar atribuido a cada sexo en la organización social. Esa distribución de lugares viene a ser un lenguaje descriptivo de las relaciones.

Para cada sujeto masculino, como plantea Cazés (1996a) la paternidad es el espacio privilegiado de la realización del *desideratum* (man-

dato cultural) “la dimensión en la que nos hacemos hombres y somos reconocidos socialmente como tales después de recorrer el aprendizaje de la niñez y de la adolescencia”. “La sociedad patriarcal y las relaciones que en ella se dan porque son las que pueden darse, se estructuran en torno a la figura del padre, a sus facultades, prerrogativas, poderes, obligaciones y privilegios. Por ello, patriarcado (gobierno del padre) y paternidad (calidad de padre) abarcan en la realidad prácticas y conceptos estrechamente ligados, y muy a menudo se funden y confunden” (p.4).

La paternidad es una condición cultural (Liqueur, 1991), conlleva cargas sociales que tienden a ubicar en un mismo plano a la figura masculina con la de autoridad familiar y no se reduce al orden biológico de la fecundación, sino que se construye en función de la crianza y cuidado de los hijos. El significado social de la paternidad es tan poderoso que en un hogar carente de figura paterna, el padre puede llegar a ser evocado de tal manera que su propia ausencia lo hace presente. Esto nos permite suponer que es el poder del género la fuerza cultural que demanda al padre como figura e imagen dominante del grupo familiar. La presencia del padre en el ámbito familiar sugiere una jerarquía en la que el poder parece descansar en la figura masculina.

La vida familiar, como fenómeno autoritario asociado al poder paterno, ha sido explicado como un problema que se gesta en el seno de la propia familia. Se dice que como consecuencia del aparente carácter natural del poder paterno, que procede de la doble raíz de su posición económica y su fuerza física, jurídicamente legalizada, la educación en la familia nuclear configura una excelente escuela para lograr la conducta específicamente autoritaria en el seno de la sociedad (Horkheimer, 1990).

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA AUTORIDAD DEL PADRE Y LA MASCULINIDAD

La autoridad del padre ha representado un lugar simbólico dentro de la familia nuclear, de modo que la paternidad se construye a partir de los lineamientos culturales que indican lo que significa ser hombre, y tiende a reflejar los patrones de la masculinidad que definen lo que es “ser

un hombre verdadero”, de acuerdo con las características que hemos apuntado como constitutivas de la masculinidad, como son: un ser inexpressivo, frío, que controla sus emociones, duro, temeroso de parecerse a lo femenino, entre otras. No resulta difícil pensar en la paternidad como una faceta de la masculinidad que se manifiesta como una práctica socialmente condicionada y que tiene que ver con el hecho de que obedece a mensajes sociales sobre lo que debe ser el “hombre” frente a su familia. En el caso mexicano estos mensajes son muy diversos y a menudo contradictorios.

Muchas familias refuerzan activamente ciertos valores. Investigaciones realizadas en varios países (Miedzian, 1995) muestran que al padre lo llega a agobiar cualquier conducta de sus hijos que no sea típicamente masculina. Este tipo de padre viene a reforzar la denominada “mística de la masculinidad”, aunque el modelo no sea violento, al menos en forma descontrolada. Este padre no expresa demasiado sus emociones, no llora, está preocupado por el dominio, el poder y la dureza. Con independencia de su conducta, es muy probable que sea cómplice de un lenguaje grosero sobre las mujeres. Puede sentir que un nivel de participación intenso en el cuidado de los hijos no es de hombres. Como consecuencia, es común que los hijos mostrarán, con mucha seguridad, muy poca preocupación por los demás. Este tipo de padres refuerzan en sus hijos cualidades que sirven para insensibilizarlos y hacerlos más proclives a cometer o justificar actos violentos. Un padre que, por el contrario, se muestra cariñoso y cercano, que es capaz de manifestar ternura, empatía, lágrimas, tendrá hijos que seguramente serán menos violentos.

Algunos autores pintan un cuadro patético de la vida de los nuevos padres y afirman que aquéllos que aún son considerados como depositarios del saber, el poder, el amor, la seguridad, son vistos ahora por su prole como inquietos, desasosegados, fatigados, intolerantes, pobres, deprimidos, desconfiados, asustados, asistidos en demanda de reembolsos, de seguros, de créditos, de locaciones, quejándose siempre de su trabajo, de su jefe, o de las condiciones imposibles en que deben ejercer su profesión. Para los niños, estos padres ya no son los adultos cuya situación se envidia. Cuando se les ama, se les compadece (Nava, 1996: 159).

En este libro trato de documentar experiencias concretas en el ejercicio de la paternidad, en el caso de algunos varones, que quizá nos den la ocasión de cuestionar o por lo menos relativizar algunos estereotipos sobre el tema.

DIFERENTES EXPRESIONES DE LA PATERNIDAD.

DIVISIONES GENÉRICAS. SIGNIFICADO E IMPORTANCIA DE LA PATERNIDAD PARA LOS VARONES. RESULTADOS DE ALGUNAS INVESTIGACIONES REALIZADAS EN CONTEXTOS ESPECÍFICOS

En diversas investigaciones se muestra que la paternidad constituye un eje central de la identidad masculina, pero que los significados sobre paternidad son múltiples y a veces contradictorios, tanto a nivel social como en la vivencia de cada sujeto. Una premisa fundamental de la que parten algunas investigaciones recientes (Doria *et al.*, 1999), es que la manera en que el hombre vive, percibe y siente su relación de pareja constituye un elemento central para la comprensión de las prácticas y representaciones asociadas a la paternidad. Esto incluye el deseo por los hijos y la manera en que éstos se insertan en el proyecto de vida.

Por ello, es esencial tratar de comprender las dinámicas internas y la organización de la relación de pareja y también ubicar el ejercicio de la paternidad en relación con el de la maternidad. Siendo procesos dinámicos es también esencial comprender los cambios que se están generando, tanto en las relaciones de pareja como en el ejercicio de la paternidad y la maternidad.

Diversos estudios muestran que la paternidad constituye una fuente de identidad masculina, aunque esté más ligada al grupo familiar en el caso de los hombres, mientras que para las mujeres la maternidad tiene mayor sustantividad propia. Se establece asimismo que la función de él para con la familia no ha sufrido variaciones importantes. El varón ha tenido el papel de jefe de hogar que protege y provee al grupo familiar. Las formas precisas de cumplir esa función han tenido modificaciones de acuerdo con sociedades y culturas específicas e influenciadas por las crisis económicas por ejemplo, pero la visión simbólica y el ejercicio de la función masculina en la familia no han variado en lo fundamental

hasta llegar a los años ochenta (Gomáriz, 1997: 55). Los cambios posteriores son enormes en las estructuras de las familias y en la jefatura del hogar, así como en el cambio de papel proveedor del varón, la incorporación a actividades económicas remuneradas de manera creciente por parte de las mujeres, así como las transformaciones en la relación de la pareja, y en las maneras de ejercer tanto la maternidad como la paternidad. Este autor reconoce que Latinoamérica tiene particularidades importantes si se le compara con países del llamado primer mundo y hace referencia al padre ausente y a la paternidad irresponsable, aunque establece que pierde fuerza la vieja idea de que lo único importante era la paternidad biológica.

En el estudio realizado por Fuller (2000) sobre el significado de la paternidad en Perú (coincidiendo con otros estudios realizados en Latinoamérica, De Oliveira, Dória, Muskat, 1999b), se muestra que la paternidad es descrita por los varones como una transformación, el paso a un nuevo periodo de la vida que hace que muchos aspectos de ésta se reinterpreten. Al igual que en muchos otros estudios que se abordarán más adelante, los entrevistados conciben a su paternidad básicamente como responsabilidad. Esta responsabilidad desde la perspectiva de estos sujetos implica la renuncia a parte de su autonomía individual e implica también un compromiso tanto material como moral y representa la necesidad de un vínculo con la pareja y con el niño o niña. Pero es importante resaltar una conclusión importante de este estudio, en el sentido de que la vivencia se da de manera diferenciada, dependiendo de muchos factores, entre los que destacan el momento del ciclo vital del varón, el tipo de relación que el sujeto tiene con la pareja y el apoyo que puede recibir de sus redes familiares, así como las consecuencias que tenga el nacimiento del hijo(a) para su proyecto de vida. En este sentido la investigación de Dória *et al.* (1999) muestra que en la actualidad, la paternidad implica la evaluación de múltiples dimensiones en los proyectos de vida para decidir cuando es el mejor momento para tener hijos. En esto es de vital importancia para los sujetos la calidad de la relación de pareja y la posibilidad de pensar un futuro compartido. Para ellos la paternidad imaginada es importante, pero no tiene una fecha. Para las mujeres, según los sujetos que entrevistan, la maternidad si tiene una fecha, haciendo alusión al “reloj biológico”, por lo que a menudo

ellos asumen la necesidad de procrear en un momento dado en función de las características y necesidades femeninas. Es claro entonces que sigue imperando, a pesar de algunos cambios innegables, una “naturalización” de la maternidad, que se deriva no únicamente del hecho incuestionable de que el embarazo sucede en el cuerpo femenino, sino que se dan prácticas que son interpretadas e incorporadas de acuerdo con el género, reproducidas socialmente.

En la investigación de Fuller, resalta la conclusión de que la paternidad es también un campo donde actúan y se reproducen las jerarquías de género, clase y raza (y también generacionales) como plantea Nava (1996) que prevalecen en esa sociedad al igual que en la mexicana. En la medida en que la paternidad es un vínculo netamente social, no basta engendrar. El lazo se establece a través de un reconocimiento público de esta filiación y es común que los varones estén dispuestos a reconocer a los hijos que engendran en una relación socialmente aceptable. En este punto se hace nítida la relación de poder prevaleciente entre varones y mujeres, entre clases y etnias, donde los varones tienen la posibilidad de decidir si asumen o no su paternidad. Otro elemento que marca la autora como central es la convivencia, la cual se ve muy afectada cuando sobreviene una separación de la pareja y ellos forman otra familia. Para estos varones peruanos es fundamental tener un hijo varón, pues con él garantizan la continuidad de la familia, una nueva generación en el sentido de prestigio y buen nombre. Así se reproducen también las jerarquías de género vigentes en la sociedad que se estudia.

Asimismo, otras investigaciones latinoamericanas muestran que para los varones el matrimonio inaugura el periodo de adultez ya que al casarse el varón corta (a veces) la dependencia con la familia de origen y adquiere los símbolos de la hombría adulta en su versión doméstica; sexualidad activa y autoridad. La paternidad por su parte, consagra la hombría adulta y es representada como el logro de una adultez plena. Significa fundar una familia de la cual el varón es responsable. De esta manera, la autoridad que ejerce sobre esposa e hijos constituye uno de los núcleos de la identidad masculina. Es en este ámbito familiar donde más se afirman pero a la vez se cuestionan las bases de esta identidad masculina. En esas poblaciones estudiadas quedó de manifiesto la concepción por parte de los varones de su vínculo como padres con sus

hijos como una dimensión fundamental de la verdadera hombría, que es definida como responsabilidad y la “capacidad de dar de sí”. Engendrar un hijo no define el vínculo, éste debe demostrarse a través del reconocimiento público y la responsabilidad. Sin embargo, a pesar de reconocer la importancia central de la paternidad, en los hechos, los varones tienen socialmente un amplio margen de maniobra, pues su esfera de libertad sigue siendo muy amplia, en comparación con la que conservan las mujeres una vez que son madres. Y estas diferencias se sancionan y reproducen socialmente.

Se comprobó también, como en otras investigaciones, que la figura paterna, sobre todo en algunos sectores sociales, se identifica con aquella que transmite los saberes y cualidades que permiten al hijo insertarse en el espacio público. Los padres presentes y proveedores constituyen una garantía del éxito futuro, mientras los que desertan de sus deberes familiares condenan a la pobreza (Fuller, 1998: 7-8).

Al igual que Fuller, Viveros (2000) establece que para los varones de la sociedad colombiana que ella entrevistó, la paternidad es asociada en primer lugar a la responsabilidad y el paso de la adolescencia a la adultez. Para ellos la paternidad también constituye un logro, una realización personal. Les resulta muy importante asegurar a sus hijos un bienestar material del que ellos no gozaron en su infancia e introduce, aunque en un lugar menos importante, la percepción de estos sujetos de que la paternidad representa también la búsqueda deliberada de relaciones más cercanas con sus hijos. En esta investigación también aparece el elemento de la contradicción en las vivencias de estos sujetos, pues, por una parte consideran a la paternidad como algo positivo, que les permite poner orden en sus vidas, trascender, dejar huella, pero también es algo negativo, porque les implica la ruptura con su grupo de pares. Se refieren asimismo a la noción de temor ante este proceso. Para la autora los varones colombianos ya se están asumiendo como seres implicados en los procesos reproductivos, lo cual sugiere que se está empezando a romper la asociación de las mujeres con la maternidad y con el control de la sexualidad y la reproducción. Por otra parte llega a la conclusión de que la paternidad en Colombia hoy día se puede caracterizar por su complejidad y por las contradicciones que la atraviesan.

En investigaciones realizadas en México se ha podido comprobar que el ejercicio de la paternidad alberga diferentes expresiones. La paternidad implica un proceso de construcción también de pareja, por ello y en algunos casos, en la crianza de los hijos aparece el aspecto donde los hombres intervienen de manera más solidaria con las mujeres en el cuidado y atención de los hijos (Hernández, 1996: 92). En el caso de Brasil (De Oliveira, 1999) pudo constatar que para los varones el deseo de tener hijos remite a un proyecto familiar, a un pacto con una compañera como precondition para la paternidad (planeada o deseada). Algunos de ellos asumen socialmente la condición de pareja, a partir del embarazo, deseado o no y se casan. En pocos casos encuentran una trayectoria convencional, que lleve del noviazgo al matrimonio y luego a la procreación. Es decir que en general, en este estudio se muestra que la llegada del hijo(a) transforma la unión en matrimonio. Plantean una idea de pareja como complementariedad. La idea de conyugalidad complementaria les es central. Para otros autores (Alatorre y Luna, 2000) la calidad del vínculo emocional con la pareja y la capacidad económica constituyen las dos condiciones que inciden más en la decisión de los varones de tener o no hijos.

Dentro del modelo aún dominante, el principio de autoridad paterna proviene además de una atribución genérica, de la manera en que el varón vive su masculinidad, pero además depende de la organización dentro de la familia y en algunos sectores el cumplimiento de su papel como proveedor económico sigue siendo factor esencial para que se le considere jefe de la familia, aunque no en todos los casos esto sigue siendo así.

Existen muchos factores que influyen en el hecho de que el varón obtenga reconocimiento y respeto dentro de su familia y éstos siguen siendo cruciales en la determinación de la forma de relación que ellos establecen con sus hijos.

En muchos casos la autoridad del padre se expresa en el papel de educador y orientador de los hijos, muchas ocasiones no durante el periodo de la crianza, que es una parte de la vida que depende mucho más de las mujeres, por el tipo de cuidados que implica la crianza, incluyendo el factor de alimentación y cuidado que se sigue “naturalizando”

y a partir de ciertos elementos corporales de las mujeres se les siguen asignando estas tareas.

La autoridad del padre se basa en un reconocimiento de su masculinidad genérica y biológica, en tanto es él el padre biológico de sus hijos y en tanto cumple con los requisitos culturales de la masculinidad. La autoridad externa masculina adulta aparece siempre necesaria para complementar la formación de los hijos por varias razones. En primer lugar, se necesita una figura masculina, con experiencia en el mundo público, para adiestrar a los varones en el mundo competitivo y ayudarlos a desarrollar su autonomía y agresividad. En segundo lugar, los padres demuestran mayor capacidad para distanciarse emocionalmente de los hijos y ejercer un concepto de disciplina ligado al castigo y a la frustración de sus deseos, tanto de los niños como de las niñas. Existen diferencias en la credibilidad que socialmente se atribuyen al padre y a la madre que tienen que ver con el reconocimiento social del padre como autoridad. Dentro de la familia se refuerza esta legitimidad y el discurso paterno aparece adornado por una magia que le concede su conocimiento acerca de la vida afuera, del mundo del trabajo, de la política, de las relaciones prohibidas. Es el padre quien goza de la libertad de tener una vida propia. La madre, en cambio, en función de una ideología pública, vive limitada en su desarrollo como sujeto autónomo, es decir, como persona capaz de reconocer sus intereses y deseos y sobre todo, de llevarlos a cabo, sin considerar siempre las necesidades de los otros como prioridad fundamental. Las diferencias de jerarquía entre el padre y la madre tienen que ver con la autoridad y ésta, con la manera en que cada uno la experimente y la ejerza, sobre todo en relación con los hijos e hijas, así como con la manera en que visualizan y definen su capacidad para el ejercicio del poder dentro de la familia. Hay familias cuyas negociaciones internas realmente conmueven las estructuras rígidas de los sistemas de relaciones dominantes entre los géneros (Schmukler, 1989). Varias de las investigaciones recientes han documentado diversas formas de negociación y resistencia, así como de cambios en las relaciones familiares y de pareja.

Parece claro que, para que el padre ejerza una autoridad, ésta tiene que ser reconocida dentro del núcleo familiar, muy especialmente por

la mujer, la que en su función de madre y esposa vive y acepta, o bien se enfrenta a tal autoridad en la vida cotidiana.

Diversos autores han escrito acerca de la influencia de los padres en la formación de los hijos, específicamente en su personalidad. Afirman que la influencia se da como un poder constitutivo de la personalidad e identidad de los hijos e hijas, e influye en su destino; ejerce el poder genérico en todos sus aspectos. En otro sentido puede ser abusador de sus poderes genéricos y generacionales y puede inclusive llegar a la violencia, en sus diversas manifestaciones; también aparece como importante la figura del padre ausente, en diversos niveles de ausencia, donde la madre es generalmente quien se queda con la responsabilidad de la familia y los hijos e hijas. Es importante apuntar que esta situación no tiene solamente causas de tipo personal o de decisiones autónomas, sino que provienen de una estructura social y laboral que hace del padre el gran ausente, dejando a los hijos en manos únicamente de las madres (Oliver, 1988: 225; en Nava, 1996: 156). 161

ALGUNOS ELEMENTOS DE CONTEXTO Y ACERCA DE CONDICIONAMIENTOS ECONÓMICOS, SOCIALES Y CULTURALES EN EL EJERCICIO DE LA PATERNIDAD

El ejercicio y construcción de la paternidad no se dan en un vacío social; están condicionados y a menudo, determinados por las características socioculturales y económicas, y el momento histórico de la sociedad donde tienen lugar. Algunos autores (Olavarría, 2000) se han preocupado por reconstruir los discursos vigentes sobre paternidad en sociedades latinoamericanas (Chile) y establece una correlación entre los cambios ocurridos en las últimas décadas a nivel macrosocial y los discursos relativos a la masculinidad y la paternidad. Establece que se trata de un periodo de la historia caracterizado por la creciente autonomía personal y política, y la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado. Es una etapa en la que se redefine el papel del Estado, impera la libre competencia y el mercado y se dan cambios notables en la sensibilidad y las relaciones personales. Según este autor, en la sociedad tradicional las relaciones familiares se ordenaban de acuerdo con el principio de

jerarquía, mientras que en la sociedad moderna y global las relaciones tienden a organizarse en torno a los principios de igualdad y subrayan el compromiso, la intensidad emocional y la autonomía de los sujetos. Dentro de la familia se están generando luchas entre todos sus miembros, para lograr mayores espacios de libertad e igualdad.

Los varones en este contexto siguen construyendo sus identidades con el referente del modelo hegemónico, que estimula rasgos patriarcales pero a la vez viven otras experiencias. De ser el proveedor único o principal pasa a ser un sujeto cuestionado. Ya existen mujeres y niños que son capaces de cuestionar, de alguna manera, el modelo de autoridad vertical y buscan relaciones más democráticas. Ello produce tensiones, frustraciones y conflictos y a muchos varones también les produce dolor, pues se ven orillados a redistribuir, por la insuficiencia cada vez más clara de los modelos hegemónicos, prerrogativas que antes tenían por el solo hecho de ser hombres y padres.

El autor, de manera muy pertinente, destaca las modificaciones en las relaciones de trabajo, la precarización de los empleos, que cuestionan el papel de proveedor único de los varones, así como la importancia de la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado y su permanencia en éste. Pone de relieve que las mujeres jóvenes empiezan ya a condicionar la relación de pareja a su actividad laboral y profesional. Un aspecto que el autor también subraya es el relativo a su participación directa en la crianza de los hijos, que constituye una demanda que se está generalizando y que genera tensiones en ellos, porque trabajar y estar con los hijos para ellos representa una experiencia contradictoria, que está mediatizada por la capacidad de proveer y dar sustento. De ahí que la paternidad constituya una arena en la cual se dan giros importantes en la sensibilidad masculina y en las relaciones entre hombres y mujeres, que se enmarcan dentro de cambios macrosociales.

Además de la condición genérica de los varones que es fundamental en la actitud y comportamiento hacia sus hijo(a)s, se ven determinados o influenciados en el desempeño de su paternidad. Algunos autores se han referido al problema de los obstáculos de tipo legal (laboral) que enfrentan para dedicar más tiempo a la crianza de su hijos e hijas y, en general, para dedicar tiempo a su familia. Eso puede ser más claro en

países como México, pero lo es también en los llamados “desarrollados”. No basta con que existan licencias de paternidad, por ejemplo.

En países como Suecia, aunque éstas existen, los padres varones las solicitan en casos minoritarios. En entrevistas directas pude averiguar las razones, entre las que se encuentran no solamente aquellas derivadas de su condición de género masculino: es una realidad que aún en esos países, en general los varones perciben salarios más altos que las mujeres; solicitar tal licencia reduce el salario general de la familia, por lo cual, las propias mujeres están de acuerdo en ser ellas, las que ganan menos dinero, quienes soliciten tales licencias. Queda de manifiesto que las condiciones económicas, muy especialmente las laborales, sociales y culturales son fundamentales para comprender cuáles son y por qué son así los papeles que, de acuerdo con su género, la persona tiene dentro de su núcleo familiar.

En muchas áreas, instituciones, normas, formas de concebir al mundo, actitudes y comportamientos, formas de socialización de la vida social, continuamente se reproduce la ideología dominante que genera y recrea un modelo de hombre y un modelo de padre también dominante. Aunque resulta necesario matizar o contextualizar algunas afirmaciones, según muchas de las investigaciones realizadas sobre el tema, en general sigue siendo cierto que, al menos en algunos sectores, el padre de familia es aún visto como el que debe ser el jefe, trabajador y proveedor, fuerte, arriesgado y valiente, mujeriego. Es además percibido como incompetente en la realización de tareas domésticas entre las que se incluye la crianza y él se siente incómodo entrando en estos terrenos; considera que mostrar cariño a sus hijos e hijas puede restarle autoridad; no piensa que sea importante comprometerse en el desarrollo de los bebés, y, se acerca a los hijos cuando ya han crecido y puede comunicarse verbalmente con ellos.

En el caso mexicano, las diferencias entre el sector rural y urbano en este terreno, y considerando factores de clase y de etnia, seguramente son enormes. En este sentido es relevante el dato aportado por una investigación reciente donde en 186 comunidades rurales solamente entre 2% y 5% de los entrevistados considera deseable el cuidado paterno en la primera infancia (De Keijzer *et al.*, s/f).

Socialmente se establecen cuáles son los deberes y obligaciones así como los derechos del padre de familia. Éstos cambian históricamente y acorde al sector social y la sociedad de que se trate. Se modifican también de acuerdo con los cambios sociales y económicos que se van generando en las sociedades concretas, y así como existe un cierto modelo dominante de la masculinidad, existe otro referido a la manera de ser padre. El esquema de la organización familiar se ha ido así modificando al variar el papel que las mujeres y los hombres tienen dentro de su núcleo familiar, pero creo que de manera más lenta y no lineal. Es así que, la incorporación de la mujer al trabajo remunerado, no ha traído como consecuencia que se modifiquen substancialmente sus funciones tradicionales de madre de familia, en muchos casos lo que sucede es que es la única responsable de la familia en todos sus aspectos, es decir, se amplía su responsabilidad y ahora también es proveedora única o parcial.

No solamente las mujeres son condicionadas socialmente para ser madres y así adquirir su “plenitud” y “trascendencia”. Al parecer los varones pasan por un proceso similar. Socialmente es fundamental para adquirir la masculinidad plena y la adultez, ser jefe de familia y ser padre, aunque el significado de lo que esto quiere decir tiene muchas connotaciones, depende de la sociedad y el sector social de que se trate.

Sin embargo es necesario apuntar lo que señala Pérez Duarte, en el sentido de que al existir una doble moral relacionada con la sexualidad y la reproducción, ésta se da también en la esfera de la maternidad que se vive dentro de una normatividad cerrada y prohibitiva para la mujer. Mientras el varón goza de un referente más permisivo y abierto y esto tiene como una de sus consecuencias que la “paternidad es voluntariamente asumida mientras que la maternidad es impuesta como obligatoria”. Aunque existen casos específicos en los que esta situación no se presenta así, éstos no niegan el hecho de que vivimos en un sistema de valores jurídicos y morales donde las mujeres siguen representando el papel del “otro”(Figuroa *et al.*, 1996: 2).

El asunto es intrincado. La valoración de una mujer, su femineidad, está entretejida con su desempeño como madre, esposa, ama de casa, no tanto como ciudadana. Mientras que la valoración del varón se sigue dando justamente en lo contrario: su masculinidad depende de

sus logros laborales o públicos y su desempeño como padre o amo de casa no cuenta. Esto tiene enormes repercusiones en todos. La madre sigue teniendo que cumplir a cabalidad con sus funciones para recibir reconocimiento social. Los varones en muchas ocasiones no reciben un juicio social ante su falta de responsabilidad como padres.

Para algunos autores, de acuerdo con sus hallazgos en investigaciones concretas, las relaciones que establecen los hombres con las mujeres son una de las razones fundamentales de sus deseos de tener hijos. En España, por ejemplo, donde se acostumbra vivir con los padres, las parejas jóvenes a menudo deciden a la vez casarse, cohabitar y procrear. En Francia la cohabitación precede al matrimonio y a la concepción, aunque a menudo se da esta secuencia. Hay entonces, dicen, muy diversos patrones. A veces el hombre concibe a la mujer en función de conexiones amorosas, en otras, con la procreación busca estabilizar su relación de pareja.

En todo caso, como hemos visto en otras investigaciones, concluyen que el hombre se identifica menos con la paternidad que la mujer con la maternidad, en el sentido de que para ellas, aunque no para todas, la maternidad tiene un lugar central en el proyecto de vida y planean su existencia en función de ser madres, mientras que para los varones, en general, los hijos e hijas aparecen en un futuro, pero no definido, como algo que llega. En su relación con la mujer, los varones que detentan el poder se sienten motivados para tener hijos, como una manera de satisfacer la necesidad que tienen de controlar a la mujer y también han encontrado que los varones quieren ser padres por lo que los hijos pueden hacer por ellos. Simultáneamente los hombres viven presiones y estímulos para reproducirse.

En algunas sociedades, aunque no en todas, la paternidad es una condición importante para obtener el status y las prerrogativas totales de la hombría o la masculinidad. Estos autores encuentran que existen variadas motivaciones para que los hombres se reproduzcan y que esto depende del país y la cultura que se estudia; depende mucho de las maneras de vivir y de las circunstancias y, un punto crucial, todo este proceso cambia a través de la historia. Por otra parte, es necesario considerar que las motivaciones cambian conforme pasa la vida del varón, es decir, su “curso de vida”. Cada paso se acompaña de maneras de vivir y

de cambios que tienen consecuencias en la procreación. De esta manera, puede ser que el hombre desee tener a su primer hijo como una manera de establecer su masculinidad plena y su madurez y, décadas después querer procrear nuevamente, tal vez porque desea probar que su masculinidad sigue intacta. Por otra parte hay que considerar los cambios no solamente en cuanto a la procreación sino a la luz de las transformaciones en la familia como tal, lo cual tiene influencia directa en los hijos e hijas y en la manera en que los varones establecen sus relaciones como padres (Anderson, *op. cit.*: 12-17).

Para los varones puede existir el deseo de ser padres porque a través de ello se busca y a veces se logra, como se apuntó con anterioridad, la identidad masculina, y pueden también tener el deseo de procrear como parte de una acumulación de bienes, para mejorar su jerarquía social o demostrar que son viriles. Tienen la posibilidad de rechazar o aceptar ser padre, en cualquier caso puede elegir si establecen o no una responsabilidad y un compromiso con sus hijos y aceptar fungir o no cotidianamente como padre. Estos procesos y relaciones sociales generan y justifican una gran desigualdad de género. En investigaciones concretas (De Oliveira, María Coleta, 1999) se apunta que para cierto sector de varones tener hijos significa trascender la propia biografía. Vincular pasado y futuro, revivir momentos de su historia de vida, conservar la especie y en fin trascender. No obstante para estos varones, la paternidad aparece como algo difuso en el tiempo. Saben que alguna vez serán padres, pero no tienen idea de cuando y en muchas ocasiones el hijo(a) aparece como una contingencia, un hecho por aceptarse, porque ya está allí y la mujer decidió tenerlo.

Entonces a ellos les toca asumir las consecuencias y responsabilizarse. Simultáneamente, no tienen la menor duda de que una de las características centrales para poder ser padre adecuadamente es poder proveer a la familia de todo lo necesario, en su imaginario eso es incuestionable, aun en los casos en que la mujer tiene un trabajo remunerado y aporta mucho dinero al hogar, el varón está convencido de que es él quien mantiene a la familia.

Otras investigaciones realizadas en América Latina establecen que el modelo ideal del hombre que se transforma en el periodo de la adultez, cuando se valora más la responsabilidad y el cumplimiento de

los deberes de padre y esposo y se espera que el varón sea buen proveedor y responsable, no se concretan en la realidad, pues se resaltan las imágenes de distancia del padre respecto de sus hijos, pero no su responsabilidad. Al hombre se le permite ser irresponsable, incluso siendo padre de familia; no dar cuentas de sus actos, tener privilegios avalados socialmente por los que no tienen que responder, entre los cuales se encuentra tomar decisiones autoritarias, como parte de sus atribuciones y privilegios. A la vez se impone una imagen de la mujer como supermadre, responsable de velar por sus hijos. Así se reproduce el estereotipo de la super-madre y el macho irresponsable.

El padre, sostienen algunos, es como el centro de autoridad, una figura de identificación y un emblema de masculinidad; más que de proveedor la imagen del padre es de autoridad; a menudo una autoridad que es arbitraria, castigadora y violenta, más que una figura a la que se le respeta porque respeta (Callirgos, *op. cit.*: 57-58). El padre aparece más como un recitador de reglas, que como alguien que reacciona en la vida cotidiana al comportamiento de los hijos. Ante ellos es como un transmisor de reglas de conducta moral que deben acatarse de manera abstracta y sin adecuación a la vida de cada día. Los procesos en los que se construye y reconstruye la masculinidad y la feminidad afectan el grado de naturalidad con que se piensan las jerarquías sexuales, así género y autoridad quedan íntimamente ligados (Schmukler, 1989: 39).

Otro factor de diferenciación en el ejercicio de la paternidad —que se ha señalado en algunos estudios— tiene que ver con el sexo de los hijos (Torres, 2002). Se ha dicho que esto se relaciona directamente con la concepción del varón respecto al mundo, con las diferencias entre los géneros y con el papel que atribuye a la feminidad y a la masculinidad; en todo caso, al educar a sus hijos el varón hace una especie de reproducción de su concepción y percepción del mundo social. También se apuntan factores de otra naturaleza que influyen en estas relaciones de los padres con los hijos e hijas como: la armonía o falta de la misma en la relación conyugal o de pareja en general, las expectativas respecto a su propia maternidad, las respuestas de los hijos en la relación con su padre, según las características de la posición en la jerarquía social en términos de escolaridad, posición laboral, ingresos, etnicidad, religión,

participación y afiliación política, entre otras y, la edad y la personalidad (Nava, *op. cit.*: 158).

Asimismo, Seidler plantea (1987,1997a) que en sociedades donde existe un dominio masculino no autoritario, la paternidad se vive de manera diferente. Se ha trabajado la paternidad en su sentido negativo, como poder o autoridad y propone como necesario que se trabaje abordando a la paternidad como una relación; que nos preguntemos cómo se sienten los hombres por ejemplo frente al embarazo; qué tipo de relaciones establecen los padres con sus hijos e hijas y cómo cambian éstas con el tiempo. Cómo, por ejemplo, se da en ciertas edades un contacto corporal mayor entre padres e hijos y cuando crecen se suspende, por miedo a la homosexualidad en el caso de los hijos y porque la intimidad es sexualizada en cuanto a las hijas, es decir, que no concebimos la oportunidad de una relación corporal con alguien sin que supuestamente experimentemos excitación sexual.

ALGUNOS ELEMENTOS DE CAMBIO Y CONSIDERACIONES FINALES

En muchas de las investigaciones realizadas queda en evidencia que se están generando cambios importantes en la manera de ejercer la autoridad sobre los hijo(a)s. Si bien subsisten modalidades autoritarias, han ido perdiendo legitimidad y se busca una relación más igualitaria en la que impere el diálogo y que sea más cercana. Sin embargo, la crianza de los hijos sigue siendo responsabilidad fundamental de las mujeres.

En este sentido, en investigaciones realizadas en Brasil (De Oliveira, María Coleta, 1999) se muestra que los jóvenes cuestionan duramente el ejercicio de la paternidad de sus padres, por considerarlo sumamente distante y autoritario y por tratar de ejercer su paternidad de manera diferente. No obstante, sobreviven contradicciones serias. Su papel sigue siendo básicamente de proveedor y formador de valores morales, aunque ya introducen la convivencia cotidiana con sus hijos así como un compromiso mucho mayor que el de sus propios padres, en la crianza de los hijos. Pero persiste una distancia muy grande entre el deseo, lo mostrado discursivamente y la práctica de cada día, en la cual las

mujeres, (al igual que en otras sociedades) en los hechos, siguen siendo las principales responsables de la crianza. Como se verá más adelante, estas conclusiones coinciden con las que pueden extraerse de las entrevistas que realicé a varones mexicanos, aunque el aspecto de la crítica severa a los padres, en general contrasta mucho con los resultados de mi investigación. En ésta aparece, salvo en pocos casos, una mayor comprensión y justificación hacia el padre: aunque éste también intenta introducir cambios en su propia paternidad, vive ciertas contradicciones.

En otras investigaciones se establece que, en distintos grupos estudiados se captaron diferentes actitudes y comportamientos. En algunos casos los varones participan más activamente en la crianza de los hijos e hijas, en labores consideradas tradicionalmente femeninas. Muchos de ellos ya se comprometen afectivamente con sus hijos y comparten plenamente las responsabilidades con sus compañeras; en cambio, aparece otro grupo de varones que se niega a participar en el trabajo doméstico. Además se mostraron distantes y ajenos a los problemas de sus hijos. En algunas familias quedó de manifiesto que la mujer participa de manera decisiva y abierta en las decisiones y que la figura masculina ha dejado de ser la expresión única de la jefatura familiar, aunque no ha perdido su sentido simbólico. Se establece que, aunque en la esfera familiar ellos ya no se reconocen como jefes, en la esfera pública, socialmente, ese papel les es asignado sin importar la valoración subjetiva que tengan de él. En otros casos, la investigación muestra que los varones abiertamente continúan hablando de que la familia requiere una voz de mando y desde el argumento articulador de una visión patriarcal, establecen que todo proceso de dominación es legítimo si proviene del hombre.

En la interpretación de los resultados se establece que no existe una nueva visión masculina de la jefatura familiar, pero sí hay cambios significativos derivados de la nueva posición de la mujer, sobre todo en la esfera económica y que, la jefatura familiar conlleva fuertes contradicciones de poder, pues mientras prevalece en los hombres una valoración de la jefatura familiar como un territorio definitorio de su masculinidad, las compañeras lo redimensionan como lugar de poder compartido, lo que tiende a generar desencuentros significativos dentro de la pareja (Hernández Rosete, 1996: 127-130).

Por la manera en que los hombres son socializados en sus relaciones con la pareja, en muchos casos se encuentran incapacitados para verse críticamente y cambiar, aceptando y hasta impulsando los cambios en sus parejas, y sobreviene la ruptura de la misma. Muchos varones no se nombran a sí mismos, sino a los demás (Seidler, 1997). Masivamente la mujer se queda al cuidado de los hijos y en muchos casos los varones no se hacen cargo de ellos ni siquiera en términos económicos, mucho menos en cuanto a ejercer una paternidad plena. Aunque en el caso mexicano ese es un fenómeno más urbano, está creciendo en el sector rural según muestran algunas investigaciones (González, 1993: 4).

Por el contrario, en otras investigaciones se muestra que la actividad económica de las mujeres, su incorporación en la lucha vecinal, el hecho de que ellas resuelven los problemas diarios (al menos en sectores populares estudiados), muestran cambios en la sociedad mexicana que han afectado las relaciones y están modificando las identidades de los varones. Pero, y esto me parece muy importante, los cambios parciales y recientes en la división del trabajo en muchas unidades domésticas no reflejan simplemente las transformaciones económicas sino también las culturales relacionadas con lo que significa ser hombre. Los varones califican su trabajo en el hogar como “ayudar a la esposa” es decir, como si no fuese parte de su responsabilidad y en los hechos, en la mayoría de los hogares mexicanos estas tareas, y la crianza de los hijos siguen siendo vistas como responsabilidad de la mujer. Esta visión además no es solamente masculina, en muchos casos es compartida por las propias mujeres. Los varones en realidad no comparten igualitariamente estas tareas, ni en el discurso ni en los hechos (Gutmann, 1993). El mismo investigador encuentra que la participación activa de los hombres en la crianza de los hijos no significa necesariamente que sea mejor o peor la situación de la mujer y que puede ser que la participación más activa por parte de los hombres tenga mayor correlación con factores como la clase social, la época histórica y la generación. La generación a la que se pertenece es vista como crucial por este autor, que ubica también la prolongada crisis económica como factor importante en el cambio de la incorporación de los hombres a la crianza de los hijos e hijas y considera que el ser padre en forma activa, consistente y a largo plazo constituye un componente integral de lo que significa “ser hombre”.

En investigaciones posteriores, Gutmann (2000) señala que el papel de la mujer en el trabajo remunerado y su participación en movimientos sociales ha dado lugar a cambios en los significados y prácticas sociales asociados con el cuidado de la madre y el padre. Las nociones de paternidad y maternidad no son proyecciones directas de nuestro mundo subjetivo, sino que representan las maneras en que los sujetos elaboran sus vivencias usando como materia las representaciones heredadas de su tradición, los discursos expertos y su propia experiencia. Para este autor, de esta manera queda patente que tanto la maternidad como la paternidad son construcciones simbólicas e históricas.

Los cambios en la economía y en la sociedad, la llamada “modernización” y “democratización” de la sociedad han traído también consigo la idea de que los padres de familia tienen que ejercer de manera menos autoritaria su poder; deben ser además de proveedores económicos, buenos compañeros de su pareja y buenos amigos y formadores de sus hijos y de sus hijas.

Las relaciones de los padres con sus hijos son muy variadas. Si bien es cierto que los cambios socioculturales (en las relaciones entre los géneros en particular) son sumamente complejos y tienen su propio ritmo, no se puede pensar que nada cambia. Lo que podemos tratar de vislumbrar es hacia dónde van esos cambios. De hecho, las investigaciones concretas en sectores específicos, documentan que existen ciertos cambios en los comportamientos masculinos y también nos permiten llamar la atención sobre la necesidad de tener cuidado en generalizar, como hemos establecido antes. En el caso de la relación de los padres con los hijos esto es muy claro. Ciertas investigaciones (Lomnitz y Pérez-Lizaur, 1993) que retoman a otros estudiosos del tema, establecen por ejemplo que la participación de los padres de la élite mexicana en la crianza y formación de los hijos es indirecta y que introducen en los hijos ciertos aspectos del mundo masculino, mientras que autores como Gutmann encuentran que en Santo Domingo (colonia popular) el análisis no es adecuado, pues encuentra que ahí los padres lo son mucho más integralmente a lo largo de toda la vida de sus hijos (*ibid.*: 738).

La enorme pluralidad en el ejercicio de la paternidad en la sociedad actual es abordada por De Keijzer (2000), quien elabora una tipología de los padres. En ésta aparece desde el modelo del padre au-

sente, en el cual la madre es la proveedora total de la familia, al igual que en el caso de embarazos adolescentes en los cuales estos varones no formaron pareja y huyeron del embarazo. El padre migrante, que establece una relación de semipresencia con sus hijos, donde regulan la formación de éstos más que ser personajes activos y tratan de imponer embarazos a sus parejas como forma de control; el padre divorciado, de fin de semana, ausente; el padre tradicional, proveedor, que no se siente competente para participar en las tareas del hogar, incluidas la crianza, que si muestra afecto siente que pierde autoridad, y si se acerca sólo es a los varones; hasta el padre que puede definirse como en “construcción” en México que pretende ser más igualitario” a pesar de que puede llegar a ser objeto de burlas y descalificaciones sociales.

Es un hecho que, tradicionalmente, y aún más en países como México, el cuidado y crianza de niños y niñas siempre ha sido considerada una actividad que corresponde realizar en primer lugar a las madres o a las mujeres cercanas a los infantes. Es también cierto que durante mucho tiempo no ha sido tema importante en la investigación en Ciencias Sociales un acercamiento a la realidad de los varones como padres, al menos desde su propio punto de vista y siempre se ha documentado preguntando a las mujeres cómo lo viven los varones. No obstante, varios autores y autoras se han preocupado por analizar la presencia del padre dentro de la familia Y las repercusiones que tal presencia —o muchas veces ausencia— tiene en el núcleo familiar y en la formación de los hijos e hijas.

Parece que en México, al menos en algunos sectores, la presencia de los padres en la formación de los hijos en el periodo de la crianza se está incrementando. Para algunos, la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado fuera del hogar, entre otros factores, ha contribuido a tales transformaciones.

En las entrevistas que realicé con los varones, consideré que, para el análisis de la presencia de los varones como padres, parece necesario tomar en cuenta diversos factores que tienen como punto de partida al sujeto como tal, el momento en su ciclo de vida en que se da su paternidad, con quién se da y en qué fase de su relación de pareja, el deseo y planeación del nacimiento de sus hijos, entre otros.

Además, parece cada día más claro que en el mundo de hoy, ser padre rebasa y a veces no incluye ser proveedor económico al menos total, y que se empiezan a considerar otros factores de relación personal de los padres con los hijos e hijas, más en el terreno de la afectividad compartida y de lo que recíprocamente se otorgan y reciben los padres y los hijos e hijas.

Un número aún muy reducido de varones, aunque creciente, como lo plantea Cazés (1996a) ha comenzado a comprender el significado enajenante de los mandatos de la masculinidad y busca alternativas para concebir y actuar su masculinidad. Están en una búsqueda que incluye su rechazo al orden genérico establecido y hacen esfuerzos por concebir a las mujeres como seres humanos plenos. Por ver a sus hijos e hijas como seres diferentes “a esos pequeños personajes que nuestro mandato nos hace concebir para hacernos hombres, contribuir al mantenimiento de nuestro linaje, heredar nuestros bienes, controlar a las mujeres y reproducir debidamente los valores patriarcales” (p.6).

En investigaciones recientes realizadas en México se ha comprobado que si bien la paternidad representa un lugar simbólico de status social y de cierto dominio en el grupo familiar, el ejercicio de la paternidad no siempre coincide con las imágenes culturales que así la representan. Derivado de las entrevistas que realicé en esta investigación, se puede afirmar que existe al respecto una gran heterogeneidad, aunque en general, los varones se comprometen de manera importante con sus hijos e hijas en el terreno emocional, y no solamente se consideran proveedores económicos. En general también, aun en el caso de ruptura de la pareja, los varones mantienen un vínculo cercano con sus hijos e hijas; incluso, un factor esencial de permanencia en el núcleo familiar es la presencia de ellos y ellas. Éste es otro elemento que consideré prioritario en la realización de las entrevistas.

Algunos elementos metodológicos

ALGO ACERCA DE LA METODOLOGÍA CUALITATIVA

*La exigencia de objetividad científica hace inevitable
que cada proposición científica deba permanecer
como una tentativa para siempre...
lo que hace a un hombre (o una mujer) de ciencia no es su posición
de conocimiento, o su verdad irrefutable,
sino su persistente y atrevida búsqueda de la verdad
Karl Popper*

Optar por la metodología cualitativa en mi investigación no constituyó un hecho arbitrario, se asoció directamente con los objetivos de la misma. La investigación de carácter exploratorio, que no tiene entre sus fines establecer generalizaciones, sino más bien la intención de documentar y comprender las actitudes, los comportamientos y la manera en que los actores entrevistados han vivenciado sus experiencias y decisiones en el terreno de la sexualidad y de la reproducción; las relaciones que estos individuos heterosexuales han establecido con las mujeres, la forma en que lo han hecho, sus motivaciones, expectativas y evaluación personal de las mismas. Asimismo he tratado de documentar los procesos de construcción de estos sujetos, a través de las diversas agencias de socialización, particularmente la familia y sus concepciones acerca de lo que significa “ser hombre”. He tratado asimismo de comprender cuáles son los significados que los entrevistados han dado a sus circuns-

tancias, y el tipo de conductas que se han derivado de su propia vida y experiencia.

Considero importante apuntar que los métodos cualitativos constituyen instrumentos indispensables en las Ciencias Sociales para la búsqueda de sentido de la acción. Como han establecido diversos autores, más que buscar leyes sociales que expliquen las determinantes de la conducta, estos métodos se interesan por analizar el sentido que los individuos atribuyen a sus actos y a su entorno. En vez de ver a la sociedad como un organismo vivo o como una célula lo ven como un gran teatro o un juego trascendente (Castro, 1996: 58).

La investigación de tipo cualitativo se interesa fundamentalmente, como punto de partida empírico, por la perspectiva de los actores, cuya experiencia efectivamente tratan de poner en el centro. Se trata de tener acceso directo al ámbito de las relaciones sociales, que constituyen la sustancia misma del conocimiento sociológico (Szasz, 1996a: 36).

La investigación cualitativa se considera indispensable para tener un acercamiento adecuado, que lleve a la comprensión de ciertas dimensiones de la realidad que en mi investigación son fundamentales: la subjetividad humana, la simbolización del cuerpo y la sexualidad, las identidades, las relaciones de género, la interacción social y los sistemas de significación compartida. Partiendo como dije de la perspectiva de los actores y su interpretación de la experiencia vivida, se privilegia la profundidad por encima de la extensión numérica, la comprensión en lugar de la descripción, la ubicación dentro de un contexto, en vez de la representatividad estadística (*ibid.*: 22).

Todo individuo mantiene una relación dialéctica con los factores estructurales de su entorno. Si bien los factores genéricos, raciales, históricos, socioculturales y territoriales condicionan (lo que en filosofía se denomina) su estar ahí, a su vez, en tanto el individuo es subjetividad, su 'expresarse como es' no es una mera reproducción del entorno que lo circunda, sino que es una exteriorización reelaborada o modificada, acorde a la transformación que hayan sufrido dichos factores al momento de ser percibidos —y por lo tanto, significados— por los individuos (Medina, 1998).

Desde la Sociología me parece fundamental, como apunta Giménez (2002), reconocer la existencia e importancia de una estructura

social que genera una gran pluralidad de unidades de acción, es decir de actores sociales. Esta estructura comprende una pluralidad de subsistemas sólo parcialmente ajustados entre sí, lo cual explica tanto el cambio social como su posible retardo. De ahí que los actores sociales en interacción dentro de un sistema de relaciones sociales, dispongan de un margen, a veces importante, de posibilidades de acción. Es decir, disponen de posibilidades de autonomía, de identidad. Es así que, el actor social se define ciertamente por su posición en la estructura social, o espacio social como diría Bourdieu; participa de normas, reglas y funciones de los procesos sociales; toma parte en los dramas de la historia, así como también en la producción y dirección de la sociedad. Pero todo ello con cierto margen de posibilidades de acción que le es propio y que no responden a determinaciones estructurales. Como señala Alain Touraine, hay que rechazar vigorosamente la reducción del sistema al actor, o, a la inversa, del actor al sistema “escenarios sociales vacíos, sin actores”. Y hay que rechazar con el mismo vigor la separación entre ambos polos, es decir, entre estructura y actor. En resumen apunta: el actor social se halla situado siempre en algún lugar entre el determinismo y la libertad.

Considero que en el análisis de procesos sexuales y reproductivos como el que se ha pretendido realizar en esta investigación, resulta crucial el aspecto de la subjetividad de los actores —entendida como construcciones socioculturales elaboradas a partir de la experiencia— pues es central para comprender las desigualdades de género que surgen en torno a relaciones de diverso tipo: parentesco, reproducción, sexualidad, división social del trabajo. Por ello es tan importante la aproximación al estudio de estos temas, desde las representaciones sociales que recogen de manera global las elaboraciones mentales de los individuos, sobre sus condiciones materiales de existencia. Incluyen un conjunto de opiniones, creencias, percepciones y valores sobre determinadas prácticas individuales. En este sentido constituyen una condensación de significados que recrea en el nivel simbólico las experiencias cotidianas (Ariza y De Oliveira, 1997: 63).

Este tipo de investigación privilegia el conocimiento y comprensión del sentido que los individuos atribuyen a sus propias vivencias, prácticas y acciones. Se parte del supuesto general de que los compor-

tamientos humanos son resultado de una estructura de relaciones y significados que operan en la realidad, en un determinado contexto social, cultural e ideológico. Realidad que es estructurada o constituida por los individuos, pero que a su vez actúa estructurando su conducta (Lerner, en Szasz, 1996b: 13).

Estos métodos suponen una estructura social y la existencia de actores específicos, así como una forma particular de conocerlos. Dan relevancia al estudio de los procesos sociales, y algo que es fundamental: consideran que éstos se construyen socialmente y por tanto, no son independientes de los individuos, ni de los productos que resultan de su interacción. Es así que en estos métodos es fundamental la “interpretación”, así como el aspecto sociológico central que se refiere al significado que la realidad tiene para los individuos.

Se trata de aplicar una metodología de tipo interpretativa que nos proporcione una realidad que es interpretada y valorada, en la cual resulta crucial capturar momentos de ruptura.

En esta perspectiva se considera que existen factores subjetivos, internos a los individuos, la dimensión subjetiva es estructurada por encuentros con objetos externos que se internalizan a través de la socialización. En su interacción, los individuos van creando un orden social determinado, no a la inversa, es decir, cuando se ve al orden social como determinante de la producción de tipos específicos de actores; además este tipo de metodología favorece más la comprensión que la explicación (Castro, *op. cit.*: 64). Asimismo es importante apuntar que no es factible explicar el “todo” sólo a través de la interacción de actores individuales, como dando por hecho que ellos construyen cada día la realidad y que ésta no los estructura a ellos. El contexto socioeconómico y cultural en el que una persona nace, se desarrolla, la clase social a la que pertenece, el país y región donde nace, la etnia de la que forma parte, son factores centrales que estructuran al sujeto, el cual no por este condicionamiento se encuentra siempre impedido de transformar su realidad, potencialmente puede hacerlo y se da entonces una relación más dialéctica. No se puede atribuir la construcción y la transformación de lo social a uno solo de los aspectos como el único determinante. Hacerlo es caer en una especie de “reduccionismo” que aporta poco y que a menudo impide

vislumbrar la posibilidad de cuestionamiento general de los modelos de desarrollo o los sistemas económico, político y sociales.

En el desarrollo de mi investigación he coincidido con la idea que parte de la perspectiva interpretativa, que opta por una forma inductiva de desarrollar el conocimiento, a través del uso de conceptos flexibles para poder aprehender la multiplicidad de los significados que los objetos pueden representar para los individuos, así como la variedad de interpretaciones que éstos les dan a los mismos. Se asume entonces un carácter analítico, descriptivo y exploratorio. Esta perspectiva metodológica tiene como interés central definir los significados construidos socialmente.

Considero importante destacar que no existe lo social y la sociedad fuera de los seres humanos (hombres y mujeres) y de lo social. Sociedad y actor estructuran objetividad y subjetividad. Como lo expresó Norbert Elias: no hay sociedad fuera de los hombres y no hay hombres (y mujeres) fuera de la sociedad. En todo caso no es el individuo el tema de la investigación biográfica desde la Sociología, sino el producto social de la biografía como muestra o pauta de trayectoria y de orientación al mundo cotidiano e histórico. Para el ser humano como individuo existe ya un mundo hecho. El individuo se confronta con una realidad estructurada y ordenada por símbolos y significados, por instituciones, por relaciones de poder, por normas de diverso tipo que encuentra ya “hechas” en el mundo social. Pero a la vez para los seres humanos en singular, el mundo no está cerrado, la realidad cotidiana y las “reglas del juego” prefabricadas siempre contienen huecos o espacios por llenar. No hay una “realidad objetiva cerrada”, sino que el individuo puede y se ve obligado a: interpretar relaciones y reglas, reducir informaciones y realidades accesibles, votar por opciones y construir nuevas reglas y realidades. No es una “realidad objetiva homogénea” la cual deja determinados espacios de adaptación, sino más bien es un proceso complejo de génesis, interpretación, aplicación, adaptación y cambio de las reglas del juego. En este sentido la biografía es entendida como “constructo del mundo cotidiano, lo cual contiene la ambigüedad del mundo de la vida como regularidad prefijada y, al mismo tiempo, como una realidad emergente” (Pries, 1996: 403).

LA TÉCNICA DE LA INVESTIGACIÓN:
HISTORIAS Y RELATOS DE VIDA

Producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir, como el relato coherente de una secuencia significativa orientada de acontecimientos, quizá es sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia que toda una tradición literaria no ha dejado de reforzar
(Pujadas, 1992)

Los relatos de vida sirven para tomar contacto, ilustrar, comprender, inspirar hipótesis o incluso obtener visiones sistemáticas referidas a un determinado grupo social, y poseen como característica fundamental su carácter dinámico-diacrónico. Hay una amplia literatura que nos muestra que esta técnica es muy pertinente para analizar procesos de desajustes y crisis, modificaciones significativas del comportamiento y de los grupos sociales implicados. Los estudios referidos a cambios en la posición en la sociedad tienen en esta técnica una gran posibilidad, es así por ejemplo en cuanto a los estudios de la mujer (*ibid.*) y creo aún más en estudios novedosos de género referidos a varones en diversos aspectos.

En un concepto más restringido de historia de vida que no incluye documentos, se hace referencia a un testimonio oral que una persona ofrece sobre aspectos o partes de su vida. Duverger los denominó “interview-memorias”. En estas entrevistas el autor consigue el permiso de una persona para verla e interrogarla, la persona narra una parte o la totalidad de su vida según los objetivos de la investigación (Duverger, 1978: 295). Según varios autores, mediante esta técnica se puede llegar a captar las opiniones, los juicios de valor y motivaciones que se presentan como parte de un proceso social o institucional. Dentro de esta concepción en tanto material simbólico, el dato es siempre una determinada estructuración de la realidad. La transposición de lo real a lo simbólico siempre representa al menos un proceso de síntesis y de atribución de sentido. Lo real es siempre un real construido (Saltalamacchia *et al.*, 1983: 329).

En este sentido los relatos personales son una especie de termómetro que nos permite mostrar la complejidad extrema de las trayectorias vitales de los sujetos y también de grupos primarios, como la familia, mostrando la irreductibilidad parcial de estos procesos a modelos normativos de la sociedad (Pujadas, *op. cit.*: 43).

Las nuevas investigaciones que están haciendo uso de estas técnicas no solamente representan o intentan representar una nueva corriente metodológica, sino que tratan de ser todo un movimiento innovador. Un elemento central en esta visión consiste en luchar contra la conversión del ser humano en objeto (de investigación) y pretende devolverle la voz para “romper el silencio”.

En muchas investigaciones recientes se considera que el relato de vida, o la historia de vida constituyen dispositivos idóneos para indagar sobre procesos de subjetividad individual, en principio de las mujeres y últimamente de los varones, a partir de la construcción de narrativas espontáneas que expresan y apuntalan las formas como se organizan las experiencias cotidianas y contingentes. Estas investigaciones se han basado en las ideas de investigadores como Paul Thompson (1993), Françoise Morin (1993), Daniel Bertaux (1993) y Martin Burgos (1993), quienes conciben las historias de vida como construcciones subsumidas en una realidad narrativa, que no son simples instrumentos para obtener datos, sino que constituyen lugares de comprensión y de análisis y conocimiento. Es así que los relatos de vida cobran carácter de dispositivo metodológico (Rivas, 1996: 16).

A través de las entrevistas se trata de reconstruir las experiencias de las personas entrevistadas, o de un grupo específico, buscando los significados que los sujetos dan a esas experiencias. La experiencia es concebida en un sentido amplio, que va más allá de la vivencia estrictamente individual, pues se encuentra mediada por condiciones de la cultura y por acciones intersubjetivas (*ibid.*: 208).

No obstante, hay que reconocer que cuando se utilizan estos métodos se corre el riesgo de individualizar los procesos sociales. Aquí el problema de las mediaciones es crucial. Hay autores que sugieren retomar el concepto de Bourdieu de “hábito” como puente entre la subjetividad expresiva de la conciencia y la objetividad construida de las estructuras. Proponen entender el concepto de “hábito” como ese bagaje

individual que se proyecta en su praxis y que es resultado de la internalización específica de las estructuras y sistemas de valores socioculturales, fruto del proceso de socialización (Pujadas, *op. cit.*: 11).

Con el objeto de ser consecuente, en este tipo de investigación se requiere de un análisis de corte interpretativo, una vez que se tiene el material obtenido mediante las entrevistas en profundidad. No se busca la constatación de datos, sino el sentido que las entrevistas otorga a los sentimientos y situaciones relatados: tal significación es la que produce efectos en su experiencia. No se trata de buscar intenciones ocultas en la respuesta del entrevistado, sino establecer algunas relaciones y compararlas con elementos como son las contradicciones, los vacíos y silencios, así como con elementos extrínsecos (Rivas, *op. cit.*).

ALGUNOS PUNTOS DE PARTIDA

Ciclo de vida

Este es un elemento básico en las Ciencias Sociales, que refiere la manera en cómo las diferentes fases definidas socialmente en la vida (niñez, juventud/educación/formación, vida de adulto, vejez) están cambiando su ubicación y extensión temporal, y peso relativo en las sociedades. Dentro del enfoque de Biografía y Sociedad estamos hablando de una percepción específica de la realidad social, que subraya primordialmente la dimensión del tiempo y la relación del individuo con la sociedad. En un relato o Historia de Vida se da una visión de las construcciones subjetivas que desarrollan los seres humanos sobre el pasado, presente y futuro de su propia vida dentro del contexto social en que están inmersos (Pries, 1996: 395).

Curso de Vida

Es un concepto con el que ciertos teóricos del “Interaccionismo” se refieren a la inestabilidad social en las sociedades modernas, y se relaciona con los cambios ocurridos en las relaciones individuales a lo largo del tiempo. Como concepto estratégico, la conceptualización del Curso de

Vida recibió ímpetu de la sociología y de investigaciones de carácter histórico y quiso diferenciarse del ciclo de vida, que definía a una familia como si fuese universal, con roles en la evolución. La atención se pone en pasajes individuales a través de una secuencia de relaciones sociales y se trata de ver cómo el individuo es afectado por los pasajes de otros. Esto va construyendo su “trayectoria”. El paso de una situación a otra es la “transición” y se analiza cómo se dan éstas en el caso del matrimonio, por ejemplo. Tiempo, duración, espacio y orden de las transiciones, son los puntos centrales de este tipo de estudios, que a su vez permiten hacer comparaciones. En este sentido han investigado y concluido que las trayectorias de vida de las mujeres, por ejemplo, son más plurales que las de los hombres, cuyas trayectorias están sujetas a instituciones y básicamente a la esfera laboral, mientras que las de las mujeres dependen mucho más de influencias familiares, y de las trayectorias de los otros miembros de la familia. Graciela Hierro, por ejemplo, afirma que tiene sus ventajas el hecho de no estar sujetas a modelos de educación tan rígidos. También se plantea que han ocurrido cambios trascendentes en las trayectorias de vida de muchas mujeres: anteriormente se ubicaban casi siempre sólo en la esfera doméstica y ahora tienen más carreras y ocupaciones laborales. Las mujeres se enfrentan a diferentes formas de resolver su problemática, esto es, para poder tener participación dentro del trabajo remunerado y, a la vez, una familia. Concluyen que se ha dado un cambio significativo en el modelo doméstico, y una nueva diversificación en los papeles de la mujer, que depende también de un proceso de individualización del curso de vida femenino.

Esta concepción resulta muy interesante para estudiar procesos de relaciones entre los géneros en los diversos ámbitos, así como cambios en las mismas, porque además considera esenciales los cambios socio-culturales generales para las transformaciones personales y familiares en todos los aspectos de la vida, incluso los tradicionalmente considerados más íntimos, como es la sexualidad y la reproducción.

Etapas del Curso de Vida

Las etapas del Curso de Vida de las personas son tan sociales como biológicas y naturales. Se ven influidas por las diferencias culturales y

también por las condiciones materiales en las que la gente vive en diferentes tipos de sociedad. En el Occidente actual, por ejemplo, la muerte usualmente ocurre en edades avanzadas, mientras que en las sociedades tradicionales, más gente muere joven. En el mundo occidental actual estas etapas se clasifican de la siguiente manera:

Infancia

En las sociedades modernas la infancia es claramente una etapa de la vida que se distingue de los bebés y la gente en la pubertad. Esto tiene apenas dos o tres siglos. En el Medioevo no existía.

Adolescencia

La existencia de adolescentes corresponde específicamente a un concepto de las sociedades modernas. Los cambios biológicos de la pubertad (el punto a partir del cual una persona tiene la capacidad de actividad sexual adulta y de reproducirse) es universal. Pero la forma en que se trata al adolescente varía de acuerdo a la cultura, es distinto en las sociedades tradicionales y en las modernas. Los ritos que se llevan a cabo para ayudar a transitar al joven de la adolescencia a la adultez facilitan el tránsito del mismo. Los cambios para ellos son menos severos que para los jóvenes occidentales (Giddens, 1998: 82-84).

Adultez

A la cual la sociedad le confiere una serie de derechos y obligaciones y edad avanzada o vejez, cuya apreciación varía también de acuerdo a la historia, la sociedad y la cultura.

Curso de vida, Trayectoria de vida y Transiciones

Glen Elder desarrolla las categorías de Curso de Vida, Trayectoria de Vida y Transiciones de la siguiente manera: según la autora la categoría de Curso de Vida tiene implícita la de trayectoria, en la que, a su vez, es posible observar transiciones. La importancia de analizar las diferentes

etapas de la vida de un individuo, estriba en que se pueden entender los múltiples recursos, opciones y significados que potencialmente se encuentran en su vida, lo que permite vincular el cambio social con los resultados de las vidas particulares. De este modo es posible situar al sujeto en un contexto histórico determinado y las singularidades sociales y culturales que lo caracterizan. Por lo tanto, a través de este concepto el análisis puede incorporar una de las dimensiones más escurridizas y olvidadas de la investigación social: el tiempo. Dependiendo de los ejes problemáticos del trabajo, el análisis puede por ejemplo asumir el desafío que plantea Norbert Elías respecto a la incidencia del factor tiempo en el curso de vida de los individuos, esto es, como un escenario neutro sobre el cual el ser humano actúa o, por el contrario, como un factor que condiciona, regula y orienta las interacciones sociales (Elías, 1997).

Con el concepto de Trayectoria, la autora alude a las rutas que todo individuo sigue en su vida en los distintos espacios de la vida social; esto es, el trabajo, la familia, la escuela, otros. Aunque Elder, con esta categoría, inscribe el análisis biográfico en el análisis de movilidad social y de inserción social, éste comporta una riqueza potencial para acometer en otros ámbitos de la vida de los individuos; por ejemplo, ofrece la posibilidad de establecer diferencias epocales —al menos generacionales— en el ámbito de la intimidad, del cortejo, de la significación del tiempo libre, del uso y apropiación de los espacios institucionales, de los códigos de interacción, de la relevancia de los discursos dominantes, etc. Como sostiene Pries Ludgers (inédito), a través de las trayectorias de vida —entendidas como secuencias objetivas y claramente medibles de los individuos por posiciones sociales— se da relevancia al análisis cuantitativo. El problema no es que se limite a la observación de los hechos medibles, sino que excluye la construcción subjetiva que los sujetos desarrollan de sus experiencias.

El último concepto que plantea Elder, Transiciones, consiste en los eventos que modifican la trayectoria de vida de los individuos, lo cual depende de las siguientes variables: la naturaleza, severidad y duración del evento o transición; los recursos, experiencias y creencias que las personas incorporan al evento; cómo definen el evento los individuos; y las líneas de adaptación a esa situación que resultan de las alternativas para enfrentar el evento (Medina, *op.cit.*).

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LAS INSTANCIAS DE SOCIALIZACIÓN

Esta idea hace referencia a los grupos o contextos sociales que son significativos en el proceso de socialización. En todas las culturas, la familia es durante la infancia una instancia de socialización para los hijos. La familia constituye una de las más importantes, pero en los posteriores estadios de la vida de los individuos hay otras que también tienen enorme influencia.

En las familias el rango de contacto con las experiencias de los infantes no es estándar en todas las culturas. La madre normalmente es el individuo más importante en la vida de los niños cuando son infantes, pero la naturaleza de las relaciones que se establecen entre madres y niños está influida por la forma y regularidad de su contacto. Esto es, condicionada por el carácter de las instituciones familiares y su relación con otros grupos sociales.

En las sociedades modernas, la socialización temprana ocurre en pequeños grupos familiares, familias nucleares o monoparentales. Se dan muchos procesos de cambio en las estructuras familiares y surgen nuevas formas. En Inglaterra se constituye de padre y madre pero están los divorcios y de ahí los padres sustitutos (nuevos maridos, nuevas esposas o compañero(a)s). Muchas mujeres trabajan fuera de sus hogares, cada vez más ellas mantienen económicamente a su familia, sin embargo, es esta institución (sigue siéndolo) la mayor agencia de socialización, por lo menos en el periodo que va de la infancia a la adolescencia y constituye una parte esencial en el desarrollo de contactos entre distintas generaciones.

Existen varios patrones en cuanto a disciplina, valores, expectativas que dependen de la posición que se ocupa en la escala social. Parece evidente la influencia de los diferentes tipos de familia en la formación de los niños, pero las diferencias sociales y culturales deben ser tomadas en consideración (Giddens, 1998: 76-77). Como se ha dicho, existen otras instancias de socialización importantes, entre las que destacan:

Grupos de pares

Estos son considerados como otra instancia de socialización de enorme relevancia en la formación y comportamiento de los individuos. La manera en que ejercen su influencia también ha variado históricamente y asume muy diversas formas de acuerdo con la cultura específica. En sociedades tradicionales incluso hay “escalas por edad”, ceremonias y ritos.

En las sociedades occidentales “desarrolladas” los niños y las niñas pasan gran parte de su tiempo con niños y niñas de su edad, en centros de cuidado infantil. Autores como Piaget han abordado esta temática, estableciendo que las relaciones entre personas de la misma edad son más democráticas que las que se establecen con los padres, se caracterizan por basarse en mutuo consentimiento, aunque algunos niños quieran dominar a otros. Los niños descubren con sus pares, a diferencia de lo que hacen con sus padres, diferentes contextos de interacción con reglas de conducta que son probadas y exploradas. Los pares establecen relaciones muy importantes en la vida de las personas.

Especialmente en áreas de poca movilidad, los individuos forman parte de círculos informales y permanentes, y mantienen el mismo grupo de amistades a lo largo de su vida. Las relaciones de pares tienen un impacto significativo en la infancia y en la adolescencia así como los grupos informales de gente de edad similar, en el trabajo y en otros contextos, usualmente tienen importancia en las actitudes y comportamientos de los individuos (Giddens, *op. cit.*: 78).

La forma en que se vive la adolescencia tiene también diferencias de género socialmente determinadas de enorme relevancia. Por ejemplo, estudios de muchas partes del mundo concluyen que los jóvenes varones pasan mucho más tiempo fuera de sus casas que las muchachas de su edad. Esto implica para ellos tanto ventajas como desventajas y, sobre todo, riesgos. No es porque trabajen, sino porque socialmente así se establece. La influencia de los pares puede generar riesgos en la salud de los jóvenes, sobre todo cuando entre ellos se promueven comportamientos masculinos tradicionales, y que son restrictivos, como la represión de las emociones. Las visiones de la virilidad, a veces favorecidas por el grupo de pares, suele ser homofóbico, cruel en sus actitudes hacia las mujeres, y además, suele fomentar la violencia. Las consecuencias de

ello son muy graves. Pero, al mismo tiempo, la influencia de los pares puede ser positiva, porque ofrece un sentido de pertenencia, en una erapa en que ellos buscan independencia; también constituye un parachoques contra la sensación de fracasos que algunos jóvenes (sobre todo pobres) pueden experimentar en la escuela, y finalmente, porque suele ofrecer modelos de identidad masculina que no están presentes en el contexto familiar (Bloem, *op. cit.*).

Las escuelas

Son consideradas como muy importantes en la formación de los individuos, siendo la parte formal del proceso. En las escuelas se establecen las reglas, las obligaciones y se dice lo que se espera del alumno. Al igual que en los hogares, en este ámbito se establece la “autoridad”. La información y formación recibida por parte de las familias y las escuelas en cuanto a sexualidad y reproducción resultan cruciales. Por ello, en el apartado de entrevistas se incluyen estos rubros como fundamentales.

Otras instancias de socialización que han adquirido cada vez mayor importancia son los medios masivos de comunicación, muy particularmente la televisión.

El trabajo

En las sociedades modernas es la separación entre la esfera doméstica y la laboral.

La re-socialización

Los adultos tienen a veces la experiencia de la re-socialización. En este caso se hace referencia a una ruptura radical de valores y patrones de comportamiento, en ocasiones totalmente diferentes de los adoptados con anterioridad. Se trata de situaciones de extremo estrés, de situaciones críticas, como las que se viven en los lugares de confinamiento como cárceles y hospitales, campos de concentración, etc. (Giddens, *op. cit.*: 78-80).

Para el desarrollo de este libro se incorporó el tema de las instancias de socialización como un elemento importante para investigar al realizar las entrevistas a los varones, con la finalidad de avanzar en la comprensión acerca del papel que éstas tuvieron, tanto en la sexualidad como en la reproducción de estos varones. Cabe aclarar que dentro de ellas y básicamente por limitaciones de recursos y tiempo y no por considerarlas de poca importancia, no se abordan los medios masivos de comunicación ni el trabajo, y se da suma importancia a la familia, a la formación escolarizada y a los grupos de pares.

INSTRUMENTO. LA ENTREVISTA

Opté por realizar una entrevista semidirigida, estableciendo una temática y tratando de captar momentos de ruptura, considerados así por el sujeto. Los entrevistados me proporcionaron un relato sobre sus propias vidas, tratando de profundizar en ciertos temas que eran cruciales en esta investigación. Traté de reconstruir con el entrevistado algunos aspectos de su vida, partiendo de su familia de origen. Se trató de entrevistas que no fueron totalmente abiertas, sino dirigidas a las temáticas y objetivos centrales del proyecto. El contenido de la entrevista se planteará en la introducción del apartado correspondiente al análisis de las entrevistas a varones.

Adelantaré que para su realización, en una primera instancia realicé con los entrevistados el encuadre de la entrevista. Les planteé con claridad los objetivos y la seguridad del anonimato. Explicué que estaba en la búsqueda de algún avance en el terreno académico de comprensión de fenómenos estudiados, explicándoles su importancia en nuestras vidas cotidianas y los avances que en general se han dado en este tipo de estudios y presentación de la entrevistadora.

Un aspecto que me pareció fundamental fue que establecí con ellos el compromiso de entregarles el producto terminado de la investigación, ante lo cual, en general mostraron interés. En temas de esta naturaleza, en los que se trata de reconstruir partes de la infancia, la adolescencia, la relación con las mujeres, la sexualidad, la reproducción, la existencia de varias relaciones de pareja en un mismo momento de

la vida, etc. es importante que el entrevistado sienta la confianza de que no será juzgado, que su sinceridad es fundamental, pues sin ella la investigación perdería mucha de su riqueza, pero que en definitiva la entrevistadora, a la vez responsable de la investigación, no tiene la más mínima intención de hacer juicios de valor respecto a las actitudes, comportamientos, vivencias, experiencias, etc. de ninguna de las personas que con generosidad se prestaron a platicar sus vidas.

Resultó muy interesante darme cuenta de que, a lo largo de la entrevista, al recordar sus experiencias, los sujetos iban también analizándolas, revalorándolas y en muchos casos cuestionándolas. Es también relevante la experiencia que me parece central documentar, en el sentido de que muchos de ellos me manifestaron abiertamente que era la primera vez en su vida que verbalizaban estas vivencias y sentimientos. Uno de los saldos más positivos en el estudio fue para mí la posibilidad de coadyuvar a “dar voz” a algunos varones y comprobar que, al menos en algunos casos, fue un proceso que no solamente fue de utilidad para mí y mi investigación, sino que de alguna manera para ellos también representó algo importante.

Pude corroborar que a través de estas entrevistas, se puede entender qué motiva a las personas a actuar de determinada manera, entendiendo así el significado que ellas otorgan a sus acciones. Para comprender las construcciones de la realidad de otras personas “haríamos bien en preguntarles (en lugar de asumir que podemos saber simplemente con observar su conducta manifiesta) y hacerlo de manera que puedan decirnos en sus propios términos (en lugar de aquellos impuestos rígidamente y apriori por nosotros) y en una profundidad que tome en cuenta la riqueza del contexto, misma que es sustancia de sus significaciones (Rivas, 1996).

Al utilizar estas entrevistas se tiene además la posibilidad de obtener datos particulares de cada contexto, reconocer las diferencias y matices del discurso, los cuales reflejan diversas experiencias y maneras de asumirlas. En este tipo de entrevistas no interesa si las narraciones son verdad o no lo son, sino los efectos que ellas tienen en las experiencias y en la acción de los sujetos entrevistados. Es importante apuntar, además, que en el desarrollo de las entrevistas se parte de la idea de que el entrevistado está diciendo la verdad. Pude comprobar en esta inves-

tigación que cuando el informante está narrando una parte de su vida, de su pasado, ya la ha reinterpretado, asimilado o incluso distorsionado, pues su discurso está permeado por el propio desarrollo de su vida y sus experiencias y, no por ello, la información que proporciona es falsa. No obstante, intenté que en algunos temas que se consideraban cruciales aparecieran preguntas en distintas partes de la entrevista que permitieran un cierto cotejo de información. Resultó bastante común que no existiera correspondencia entre ciertas concepciones del entrevistado (manifiestas en cierta parte de la entrevista) y las actitudes y comportamientos concretos que ha tenido a lo largo de su vida, o en ciertas etapas de su vida respecto del mismo tema. Estas faltas de consistencia muchas veces reflejan más que un ánimo consciente de mentir, la gran complejidad de los procesos sexuales y reproductivos, y de la construcción del sujeto en este caso masculino.

Se reconoce que en este tipo de investigación el entrevistado tenderá a organizar su discurso desde su memoria, desde sus actuales convicciones y su instrumental cognitivo. Hay que reconstruir el sentido de lo que el discurso comunica. No es problema que el entrevistado haya interpretado los acontecimientos vividos, ese es justamente el material que se busca. Saber cómo interpreta la realidad y como compromete sus valores en esas interpretaciones es justamente lo que se busca.

Sin embargo no hay que olvidar el riesgo de que el entrevistado difícilmente puede separar claramente sus valores y conocimientos actuales de los que poseía en el pasado, cuando vivió lo que nos narra y se puede incurrir en el error de tomar sus perspectivas actuales como si fueran las que tenía en aquella época. Es necesario entonces que trate de revivir, en lo posible, los hechos tratando de recordar el sentido atribuido a los mismos en el momento en que ocurrieron (pujadas, *op. cit.*: 130).

En este tipo de entrevistas nos encontramos ante una fuente que nos habla y que se relaciona con nosotros intersubjetivamente. No es una fuente inanimada. Es justamente la posibilidad de interactuar con ese complejo mecanismo de producción de sentido lo que se privilegia positivamente cuando se utiliza esta técnica de investigación. Todo dato es un complejo indivisible de subjetividad y objetividad. En tanto producto simbólico, es el efecto de una realidad interpretada. Más allá de una tarea de desecho de elementos subjetivos, se trata de una tarea

de reconocimiento de los criterios interpretativos que hicieron posible ese dato. Este reconocimiento nos sitúa en un nivel de comprensión mucho más acabado que si tuviéramos que aceptar ese dato que se nos proporciona. Mediante la entrevista se puede lograr una tarea conjunta de desestructurar las explicaciones que el entrevistado(a) había asumido como definitivas. Se puede profundizar en ellas discutiéndolas. Se pueden comparar y confrontar con otras informaciones y se pueden analizar conjuntamente con el entrevistado posibles interpretaciones de lo que nos narra (*ibid.*: 334). Desde mi punto de vista, que comparto con estos autores, es de suma importancia el hecho de que con este tipo de técnica de investigación se puede lograr un proceso conjunto, compartido, en el cual el beneficio no es solamente para el entrevistador, sino que lo es también para el entrevistado, pues le permite la apertura de un momento en el que puede reflexionar acerca de situaciones o procesos relevantes en su propia vida. En mi experiencia incluso, por primera vez le da la posibilidad de pensar en voz alta y compartir preocupaciones con otra persona que muestra interés especial en su experiencia de vida.

Quisiera insistir en que los resultados de mi investigación deberán ser interpretados en el marco de una investigación cualitativa, cuyos propósitos no intentan generalizar los resultados a todos los varones mexicanos, ni pensar a los entrevistados como representativos. La finalidad del estudio es contribuir a documentar y tratar de comprender solamente algunas actitudes y comportamientos; el acatamiento, resistencia y trasgresión de ciertas normatividades e instituciones; hasta qué punto muchos de estos aspectos son reproducidos por los propios actores y actoras y cómo y por qué se están dando algunos cambios y en qué sentido se están dando.

Las entrevistas a varones

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LAS PERSONAS ENTREVISTADAS

Algunos de los elementos que fueron tomados en cuenta para la selección de los entrevistados los expuse en la introducción de este trabajo, aunque quisiera resaltar otros que parecen relevantes. Entre esos aspectos resalta que se trata de un grupo de 10 varones mexicanos, que fueron elegidos sin considerar una muestra de tipo estadístico. La condición que se estableció para elegirlos fue que tuvieran escolaridad de licenciatura o más, que se dedicaran a trabajos clasificados como “no manuales”, que tuvieran hijos, en virtud de que el proyecto trata de documentar entre otros objetivos, la(s) vivencia(s) de la paternidad. Otra característica que se tomó en cuenta para seleccionar a los entrevistados fue que pertenecieran al sector medio y al sector alto de la sociedad mexicana, en términos de ingreso, tipo de trabajo, escolaridad y profesión. Traté de encontrar casos que abarcaran cierta diversidad en cuanto a familia de origen, tipo de profesión, con diferentes historias en cuanto a la forma de vincularse en pareja (matrimonial y no matrimonial). El rango de edad de los entrevistados va de los 31 a los 62 años. Se trata de personas que tienen diferentes concepciones respecto a la religión, a pesar de que sus orígenes familiares pueden considerarse similares en este aspecto. Algunos de ellos nacieron y estuvieron un tiempo en el interior de la República, otros nacieron y crecieron en el Distrito Federal. Algunos han tenido la experiencia de vivir fuera de México. Algunos tienen padres mexicanos y otros extranjeros. Algunos provienen de familias que

mantuvieron entre los padres un vínculo matrimonial y otros son hijos de padres divorciados o separados en distintas etapas de la vida de los entrevistados. Algunos de ellos tuvieron hermanas, otros tuvieron solamente hermanos varones, mientras que otros son hijos únicos. Algunos fueron criados por sus madres, otros por su padre y madre, algunos por otros miembros de su familia. Algunos pertenecen a familias donde la madre trabaja fuera del hogar, otros pertenecen a familias donde la madre ha sido exclusivamente ama de casa. En algunos casos se dio la presencia fuerte del padre, e incluso la educación del entrevistado estuvo a cargo únicamente de éste, en otros el padre estuvo ausente. Como he dicho, comparten la característica de que todos se han reproducido y tiene distintas experiencias en cuanto a las condiciones en que se ha dado su paternidad y el ejercicio de la misma. Tienen muy variadas condiciones en cuanto a número de uniones y matrimonios, relaciones de pareja más o menos estables o duraderas y concepciones respecto a la pareja, la sexualidad y la reproducción.

Para la selección de los entrevistados llevé a cabo la difusión de mi proyecto e intereses de investigación en todos los medios a los que tuve acceso. Diversas personas de distintos círculos me hicieron el gran favor de ponerme en contacto con las personas a las que entrevisté. Traté de ir seleccionando casos en los que aparecieran distintas características, a fin de contar con la mayor heterogeneidad posible.

A continuación presento los testimonios y la interpretación de los mismos, que desde mi punto de vista pueden mostrar con mayor nitidez casos que contrastan de manera importante en las experiencias, vivencias, percepciones, actitudes, comportamientos, etc., de los sujetos entrevistados. Realicé una selección de los testimonios, pues obviamente el material es mucho más vasto de lo que se presenta. En algunos temas se incluyen más testimonios que en otros, dada su riqueza; en otros se presentan los contrastes más relevantes que pudieron encontrarse.

DATOS GENERALES. EDAD, ESCOLARIDAD, TIPO DE ESCUELA,
PROFESIÓN Y TRABAJO ACTUAL

1. 62 años. Licenciatura en Ingeniería química. Universidad pública. Docencia e investigación. Escritor.
2. 34 años. Licenciatura en Administración. Universidad privada. Negocio propio.
3. 38 años. Licenciatura en Relaciones industriales. Universidad privada. Departamento. Organización universidad pública.
4. 46 años. Licenciatura en Derecho. Universidad privada. Posgrados en el extranjero en Relaciones Internacionales. Economía. Servidor público de alto nivel.
5. 45 años. Economía. Universidad pública. Funcionario público.
6. 49 años. Ingeniería. Universidad privada. Empresario en diversas áreas.
7. 48 años. Letras y Cine. Universidad pública. Dedicado a actividades artísticas.
8. 31 años. Licenciatura en Administración Turística. Universidad privada. Investigación de mercados. Empresa privada.
9. 56 años. Doctor en Sociología. Universidad extranjera. Docente e investigador.
10. 49 años. Maestría en Antropología. Universidades públicas. Asesor y funcionario académico.

Los relatos y algunas interpretaciones

CONTEXTO GENERAL:

RELATOS ACERCA DE LA HISTORIA FAMILAR

Familia de procedencia. Calificación que le dan los entrevistados La parte inicial de la entrevista que realicé a los 10 sujetos varones se refirió centralmente a la familia de procedencia, a los mensajes que recuerdan haber recibido dentro de ella para intentar comprender cómo desde su infancia se fueron construyendo en sus concepciones las diferencias entre los géneros; y, fundamentalmente, aquellos elementos vinculados a la construcción de la masculinidad, así como a mensajes clave respecto a la sexualidad, la mujer, la pareja, el matrimonio y la reproducción, entre otros aspectos que consideramos relevantes. Coincido con los planteamientos que en otras investigaciones se han hecho en el sentido de que los significados, valoraciones, formas de relación y prácticas de la sexualidad se van arraigando en distintos momentos de la vida (Rivas, 1996), y también contrastar los mensajes recibidos con comportamientos y actitudes, que no necesariamente repiten patrones; pero en algunos casos llevan a los sujetos por un proceso paulatino y a veces abrupto de enfrentamiento y resistencia a esas normatividades.

En las entrevistas los informantes fueron cuestionados acerca de cómo califican a su propia familia de procedencia: autoritaria o negociadora. En algunos casos es calificada por el entrevistado como autoritaria: “mi padre era un verdadero patriarca en el mejor y más amplio sentido del término”. Padres evaluados por sus hijos de la siguiente manera:

Era muy responsable, con unos criterios de moral y ética muy rígidos. Él daba las órdenes, tú las cumplías sin chistar. Órdenes que se daban para ser acatadas, cumplías y para eso estábamos. Él enseñaba el camino, mostraba el camino (1-62 años).

Debido a la pérdida de la madre (muerte) el hijo es realmente criado por sus hermanas mayores y el padre decide casarse con otra mujer que no desempeña el papel de madre sustituta, incluso la nueva pareja vive en una casa diferente a la de los hijos de ese varón, lo cual no implicó que el padre se separara de ellos.

Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años y la que se hizo cargo, es decir, la mujer de la casa fue mi hermana mayor. Ella realmente es la matriarca. Tenía como 15 años, pero en ese tiempo en la provincia la mujer maduraba muy pronto, es decir, desde pequeñas estaban involucradas en la tarea doméstica y demás, hacían de todo. Aunque mi hermano mayor es varón, esas tareas eran de mi hermana, pero todos colaborábamos, eso es lo que se acostumbra (1-62 años).

En contraste, en otro caso el entrevistado considera a su familia de origen como autoritaria y negociadora a la vez.

En mi casa mi madre jugaba el papel de la negociación y mi padre de la autoridad, sobre todo cuando había que poner límites o castigos, o imponerse para impedirme a mí y a mis hermanos por ejemplo entrar en vicios o excedernos, o no cumplir con las obligaciones. Mis padres tenían una verdadera relación entre ellos, además de ser padres. Para mi madre lo más importante fue su esposo, los hijos eran como agregados a su relación matrimonial. Para ella el mundo existía para satisfacer integralmente todo lo que su marido necesitara. Mis padres tuvieron una vida plena en el terreno sexual, al menos parte de su vida. No dudo que mi padre tuviera otras relaciones y estoy a la vez seguro de que mi madre no las tuvo ni hubiera podido tenerlas. No tenía opciones. “A ella se le pasó la vida atendiendo otras cosas”. Y diría, se le pasó la vida atendiendo a los otros, como corresponde a la forma en que construye esta sociedad a sus mujeres (2-34 años).

Se encuentra también presente la idea de considerar a la familia en primera respuesta como negociadora, y decir que no puede califi-

carla de autoritaria *a priori*. Sin embargo es interesante apuntar que al avanzar la entrevista reconoce que en su casa nada debía cuestionarse. Termina calificando a su familia como “tradicional” y que esperó siempre de él que continuara la tradición.

Simplemente estoy educado en una tradición y parte de mi tradición es preservar la religión, la familia, el matrimonio, los hijos, el nombre. Mi nombre es el cuarto directo en línea recta directa, mi hijo es el quinto y todos primogénitos (4-46 años).

La parte tradicional en su familia tiene gran fuerza.

Yo nunca tuve que negociar con mi familia, siempre me dieron una cierta independencia que es más atadora que cuando no te la dan (4-46 años).

En otro caso el entrevistado considera que su familia de procedencia es básicamente negociadora.

La disciplina la imponía mi mamá aunque era relajada. Mi papá es eminentemente negociador, no intentó nunca nada por la fuerza, era un compañero, un amigo para sus hijos (5-45 años).

En otro caso el entrevistado califica a su familia “muy complicada” por los distintos orígenes culturales de sus padres. Expresa la complejidad en términos de este factor.

Mi madre era hija de la burguesía política mexicana, una mujer sumamente ignorante y superficial, por eso era muy permisiva, pero no por liberal sino por indiferencia. Mi padre también de familia de condición económica alta tenía la característica de ser refugiado español, republicano. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía dos años y viví con ambas familias simultáneamente (6-49 años).

En otro caso el entrevistado proviene de una familia tradicional de clase media, con un padre “negociador” y una madre “un poco autoritaria”.

Era ella quien tomaba las decisiones en su familia, siendo una mujer dedicada al hogar, con un marido que proveía de todo a su familia al menos al principio (3-38 años).

En otro caso el entrevistado pertenece a una familia que se rompió cuando él tenía 5 años y el rompimiento tuvo implicaciones de gran importancia en la vida del sujeto, llevándolo incluso a cambiar de manera radical de residencia y entorno cultural.

Mi padre que era extranjero me llevó a vivir fuera de México y dejó a mi madre y a mi hermano menor; yo no lo viví como tragedia, quizá por ser tan pequeño. “Mi padre me crió hasta los 17 años, luego él decidió que era tiempo de que yo volviera a ver a mi mamá, quizá por ello ella no tuvo realmente ninguna influencia en mi educación. Tengo un excelente recuerdo de mi padre, era a la vez negociador y autoritario. Él vivió temporalmente con algunas mujeres, con una en particular con la que tiene una niña pero la abandonó porque un día me pegó y entonces nos fuimos y no las volvimos a ver. En sus relaciones siempre era el padre quien tomaba las decisiones. Mi padre era una especie de “aventurero”, que se dedicó a sobrevivir, trabajando mucho en empleos manuales, aunque su vocación, que ejerció de manera privada era ser escritor (9-56 años).

En otro caso diferente el entrevistado proviene de una familia que se disolvió cuando él tenía un año de edad, su madre tuvo otras uniones, en una de ellas tuvo otro hijo varón. En los dos casos fue la madre quien los crió porque fue abandonada en sucesivas ocasiones por los hombres con los que se relacionó.

Yo me desarrollé en un ambiente femenino; mi tía nos criaba, mi madre trabajaba para mantenemos. En ese momento yo no resentía la falta de padre, pero ahora que educo a mis hijos me doy cuenta de la importancia de la figura del padre “es alguien que ajusta”. La falta de presencia masculina en mi hogar hizo que yo y mi hermano, desde muy pequeños sintiéramos que nosotros éramos la parte masculina en la familia. Eso nos daba importancia. Teníamos nuestro carácter y la posibilidad de imponer cosas”. Era como una afirmación de nuestra personalidad, de tal manera que crecimos afirmado lo que queríamos ser. No teníamos un padre con el cual decir “quiero ser como él”. La ausencia de padre solamente la resentí en el terreno cultural. En función de la comparación con sus amigos que sí tenían padre. Mi referente masculino fue mi hermano mayor, pero no un padre. Viví la violencia familiar por parte de un esposo de mi mamá. Yo tenía 2 años y así lo viví hasta los 8. Él era una

persona muy afectada por la vida, con un alcoholismo creciente, en una circunstancia en que por celos era capaz de una misoginia extraordinaria que se convertía en la típica familia mexicana de esa época: persecución a mi mamá, celos, en algún momento golpes, gritos y sombreroazos. Yo viví todo eso como una especie de drama infantil que marcó toda mi vida. Me marcó en un sentido bastante positivo, por ejemplo en cuanto a un gran rechazo al alcohol, además me dí cuenta de que la figura masculina tradicional, cuando se comportaba como tal causaba mucho dolor a su alrededor, eso es algo que he tratado de no repetir nunca, lo viví como un elemento poco agradable del cual había de deshacerse. Aprendí que hay que vivir la vida no desde una perspectiva en donde, con tal de estar con alguien, estarás sufriendo y destruyéndote, sino más bien vivirla en el marco del placer, de la satisfacción, del gusto, del goce y cuando las relaciones no sean capaces de brindar eso, es preferible no tenerlas (10-49 años).

Resulta de lo más interesante que la manera en que el entrevistado analiza y asume la vida de su madre:

Mi madre siempre fue una mujer de armas tomar, se enfrentaba, era una mujer muy fuerte, no abnegada, siempre comprendí que ella había pasado por circunstancias difíciles, que tuvo que asumir su independencia y construirnos la vida, asumió su compromiso y resultó como es debido, me parece a mí. Cuando aguantaba a ese hombre yo no la admiraba, pero cuando lo dejó y se enfrentó a él mi admiración por ella creció y sobre todo mi afecto. Hubo un periodo en mi adolescencia en que mi madre no tuvo ninguna pareja y en ese entonces nos acercamos mucho. Al poco tiempo murió su tía y su hermano, y su familia se redujo a la mitad. Sufrieron una gran crisis. Aquí contigo, estoy reflexionando por primera vez que esa crisis nos condujo a un cambio, pensamos superarla juntos, pero ella necesitó de una nueva pareja y yo de la primera mujer con la que viví, que llevé a vivir a la casa, un experimento “frustrado”. A partir de eso viví un periodo de alejamiento de mi madre. Pero a la larga comprendí que las relaciones más importantes de la vida son verticales, no horizontales, esas son las relaciones realmente fuertes, hacia arriba con los padres, hacia abajo con los hijos. En cuanto a la presencia de mi padre yo sabía quien era y a qué se dedicaba, daba una pensión alimenticia mínima, gracias

a que mi mamá la demandaba con fuerza, y su presencia fue siempre esporádica. Él tuvo al menos cuatro familias y cuatro hijos, uno con cada pareja. De niño mi madre me forzaba a verlo, yo nunca lo viví con satisfacción. Ya grande encontré a mi padre y platicamos de todo menos de nuestra relación como padre e hijo (10-49 años).

Como puede observarse existe una gran heterogeneidad en cuanto al tipo de familia de la que provienen los entrevistados. Narré lo que me pareció más interesante para documentar tal variedad. Es así que he comprobado que es muy difícil y poco explicativo referirnos a conceptos como “La Familia Mexicana”, ¿Cuál familia?, ¿de que tipo?, ¿quién la compone? y más aún simplificar interpretaciones y suponer que porque un sujeto es criado en cierto tipo de familia necesariamente reproducirá patrones; o que todo sujeto tiene los mismos efectos y consecuencias dependiendo únicamente del entorno familiar. Pude comprender que son muy diversas las influencias que afectan las actitudes y comportamientos de los sujetos y que resulta muy problemático intentar establecer generalizaciones.

Así por ejemplo, es interesante observar la gran importancia que la figura del padre tiene en la conformación de ciertas personalidades de los entrevistados, por ejemplo en cuanto al sentido del deber y en la formación de sus valores morales. Podemos observar la dificultad que tiene para algunas personas cuestionar el autoritarismo del padre, aunque ya hayan pasado muchos años y etapas del desarrollo de los sujetos. Se trata de un proceso que es asumido como natural, y cómo, a pesar de que puede narrar experiencias en las que el sujeto es víctima de autoritarismos, considera el saldo positivo de haber aprendido que el ejercicio de la libertad plena sólo se vale si va acompañado de amplio sentido de responsabilidad.

En el proceso de socialización primaria que un sujeto vive en su familia se internaliza el primer cuerpo de representaciones en torno a la identidad masculina; el tipo de familia a la que se pertenece, así como los papeles diferenciados del padre y la madre dentro y fuera del núcleo familiar. Estos son elementos centrales de análisis (Viveros, 1998), aunque las influencias familiares pueden tener efectos diversos. La realidad demuestra que en algunos casos los procesos (debido a otras condiciones y características) se dan de manera diferente.

Es de destacarse que a pesar de una niñez difícil, o tal vez debido a ella, para algunos varones es importante alcanzar la felicidad plena, no están dispuestos a vivir una vida negativa, son capaces de reflexionar acerca del sufrimiento de los otros y, además, les importa no causarlo.

También quisiera resaltar la evaluación tan favorable que el entrevistado criado totalmente por su madre tiene de ella. De acuerdo con el estereotipo debería “despreciarla” según la cultura mexicana, sobre todo considerando las características de su generación. La madre actuó siempre con bastante libertad y autonomía y muchas veces pensó en su felicidad por encima de la de sus hijos, lo cual tampoco cumple con el estereotipo de la “buena mujer mexicana”.

Es interesante observar que una mujer con esa trayectoria y características consideraba un tanto despreciable a una mujer más grande que su hijo, que hubiese tenido relaciones previas y más aún que tuviera hijos. Además le importaba que la mujer que escogiera su hijo fuera por lo menos de su mismo nivel social y cultural. Cuando esta situación se presentó ella se opuso abiertamente.

Pude constatar que la evaluación de los hijos respecto de sus padres y madres tiene motivaciones de muy diversa índole. El hecho de que la madre esté siempre presente —asumiendo un papel tradicional— no necesariamente genera una evaluación positiva. Al parecer la evaluación que hacen los entrevistados de su familia y padres depende mucho más del tipo de cercanía, afecto, cuidados, comunicación que vivieron en sus hogares. Nacer y formarse en el seno de una familia considerada “tradicional”, con papeles diferenciados entre los géneros, tampoco necesariamente da lugar a que las personas en su periodo de adultez reproduzcan tal modelo. Ni es mecánico que por el hecho de provenir de una familia con cierta armonía y en la cual la mujer sea considerada de manera “adecuada” y se le respete, el varón asuma en sus relaciones posteriores tal concepción, o valores morales subyacentes en esta concepción. Más bien encontré que puede comportarse de manera diametralmente opuesta y establecer relaciones poco armónicas y muy destructivas, lo cual narraré en la voz del propio entrevistado más adelante. Ahondando en el tema de la figura del padre y de la relación entre los padres de acuerdo a la vivencia de mis entrevistados presento a continuación más elementos.

Papel del padre en el hogar

Relaciones de pareja de los padres. Transmisión de valores.
Prioridades en la formación del sujeto dentro de la familia.
Percepción respecto a las posibles diferencias en la educación
de hombres y mujeres en su familia

Para algunos entrevistados el recuerdo de su padre es equiparado con un ser

... todopoderoso, no sólo proveedor, sino rector. Él definía todo, y pasaba mucho tiempo con sus hijos(as). Todos los días comía con nosotros. Las relaciones eran muy cercanas. No existía la moda de las vacaciones, su presencia era cotidiana. Mi padre se volvió a casar cinco años después de la muerte de mi madre; la relación no fue buena; ella no fue parte de la familia y tenía el gran defecto de no cocinar muy bien, lo cual es gravísimo en mi familia. De hecho mi padre se fue a vivir con su mujer a otra casa. Mi hermana mayor no soportaría que otra mujer “viniera a enmendarle la plana”. Nunca se separó de su mujer, por mala que fuese su relación “eso no se acostumbraba” y fue una verdadera tragedia cuando yo planteé mi separación de mi primera esposa. Toda la familia intentó convencerme de que no lo hiciera. No obstante, respetaron mi decisión. Dentro de la familia no se busca que los miembros sean perfectos, pero siempre hay que apoyarlos (1-62 años).

En otros casos encontré coincidencia en la gran relevancia de la presencia de los padres

Se daba tanto en el aspecto de ser el proveedor absoluto y por otra parte era un hombre muy afectuoso. Daba aportaciones morales y económicas. Su figura fue importantísima. Se oponía por ejemplo a que mis hermanas estudiaran y trabajaran simultáneamente, decía que él podía mantenerlas. Muchas de las decisiones, ahora lo sé, venían de mi mamá, pero aparentaban que venían de mi papá. Él siempre estaba dispuesto a enfrentar el conflicto, era su papel (2-34 años).

En otros casos los entrevistados definen el recuerdo de su padre como “contradictorio”.

De pequeño le tenía cierto miedo, pero era muy afectuoso. Viví los roces de mis hermanos mayores con mi padre. Para mí la relación con él ya fue más fácil, mi padre ya estaba como cansado de todo el roce que vivió también con mis hermanas y con uno de mis hermanos que confrontaba mucho a mi padre. En cambio yo ya viví una mayor comunicación con mi padre, ya se había flexibilizado con la experiencia. Tomaba en cuenta a todos para distribuir las actividades del tiempo libre. No tomaba él solo las decisiones de cómo divertirse, por ejemplo. Mi padre viajaba mucho y recuerda que en un principio el trabajo lo absorbía, luego también en eso se flexibilizó, porque había alcanzado cierto éxito. Mi mamá inicialmente participaba mucho en el negocio de la familia, pero al paso del tiempo decidieron que la familia necesitaba una cabeza que estuviera presente y así mi mamá se hizo plenamente ama de casa (3-38 años).

En otro caso el recuerdo del entrevistado respecto a su padre se refiere más a la relación entre sus padres como pareja. Califica a esa relación:

Mis padres tenían una convencional buena relación de pareja. Mi madre (modista) dejó muchas cosas que hubiese querido hacer. Su padre inicialmente era proveedor único, pero cuando se quedó sin trabajo la madre sacó a los seis hijos adelante, todos en escuelas privadas, logrando mantener a la familia en el sector social medio (2-34 años).

En cambio en otra entrevista la figura del padre es definida más en términos afectivos.

Mi padre, cuando yo era niño, me abrazaba y eso me daba una sensación de seguridad y fuerza. A pesar de que tenemos ideologías contrarias, yo amo profundamente a mi padre porque él sabe querer mucho a sus hijos, aunque no los entienda (2-34 años).

Es de llamar la atención la definición que dio uno de los entrevistados respecto a su padre, pues a lo largo de la entrevista pude constatar que su actitud hacia las mujeres es exactamente la contraria de la que dice le transmitieron sus padres (3-38 años). Esta entrevista es, desde mi punto de vista, la que podría ser más cercana al cumplimiento de los estereotipos de la masculinidad.

Mi padre transmitió los valores morales no con la palabra sino con el ejemplo. Lo esencial fue: el respeto a mi madre. Nunca había groserías en el trato con mi madre. Absoluto respeto a la mujer. Para mi padre un valor esencial era el trabajo y en referencia con sus hijos e hija la escuela, aunque en el caso de ella le daba menor importancia, pero para su madre era igual de importante porque deseaba que su única hija pudiera hacer todo lo que ella no pudo. Mi padre no era un hombre autoritario, más bien “blando” y era sumamente efusivo al mostrar su afecto. Deseaba para sus hijos “la senda del bien”; casado, con hijos, buen católico, buen muchacho (3-38 años).

En otros casos el recuerdo del padre es el de un ser protector.

Siempre lo admiré mucho, siempre estuvo muy pendiente de mí. Me enorgullecía de que fuera abogado, me sentía muy por encima de mis compañeros. Ese hecho creo que me marcó al punto que elegí ser abogado para que mis hijos se sintieran orgullosos, que “no se avergonzaran de mí”. Mi padre nunca me levantó la voz, ni jamás me pegó. Logró que me comportara como él quería “siempre por las buenas” (4-46 años).

Las relaciones entre los padres

Son también sumamente variadas. En una de las entrevistas es de destacarse el recuerdo del sujeto, pues recuerda con cierta indignación y enojo el hecho de que:

Mi mamá siempre fue la voz de mi papá, como que hablaba por él y eso me hacía sentir compasión por mi padre. Quizá mi actual rompimiento matrimonial es como darle a mi padre el orgullo de que yo sí pude; a él jamás se le hubiera ocurrido divorciarse. Ahora que lo pienso, es curioso que yo repetí, yo elegí también una “pareja más fuerte que yo” y hoy me siento orgulloso de estar dispuesto a romper con ella, a pesar de los hijos, aunque para mi representan “lo más importante en mi vida”. Estoy sorprendido de haber descubierto en mi esposa una debilidad que ni siquiera sospechaba. Es como si por fin pudiera ganar una batalla histórica. Reconozco que siempre quise tener a mi lado a una mujer fuerte, porque yo no soy protector e incluso me gusta que me protejan

en algunos aspectos, pero no quiere decir que “esté buscando madre”, Lo que pasa es que no quiero vivir preocupado de tener que cuidar a una personalidad débil, de saber que una mujer no puede “hacer algo sin mi (4-46 años).

En algunos casos el recuerdo del padre se define como “un ser cercano, proveedor, protector, respetuoso de sus hijos y de su pareja. Didáctico en sus enseñanzas, nunca impositivo” (5-45 años).

Con toda nitidez el entrevistado declara que:

Me gustó mucho la manera de ser de mi padre y creo que la forma en que yo me relaciono con mis hijos es muy parecida a la que viví con mi padre (5-45 años).

Otro más está de acuerdo con la manera de ser de su padre, sin embargo:

Recuerdo a mi padre como un hombre bastante tranquilo y negociador. y sin embargo creo que mi parámetro de autoridad con respecto a mis hijos es aún más flexible y democrático. Entiendo cómo fue él conmigo porque mi padre “se construyó solo” (2-34 años).

El padre aparece también definido como un hombre muy exitoso en su trabajo, “para él el trabajo constituyó un valor fundamental. Lo recuerdo como un hombre emprendedor y muy creativo” (2-34 años).

En otro caso, el padre aparece como un hombre muy presente, que informaba y formaba:

Mi padre proveía y a la vez era muy afectuoso, invertía mucho tiempo en sus hijos (tuvo de varios matrimonios) y combinaba su paternidad con su trabajo. Su parámetro de autoridad tenía cierta rigidez, pero es entendible, era la educación de esa época. Yo con mis sus hijos trato de ser menos estricto (6-49 años).

Resulta muy interesante su narración respecto a la valoración de su padre con respecto a las mujeres:

Para mi padre todas las mujeres valían la pena. Respetaba muchísimo a la mujer. No importaba que no trabajaran, él podía proveer todo lo necesario, pero le importaba que fueran inteligentes y capaces. Inclusive

respecto a mi madre, de la que se divorció, siempre habló como de una mujer inteligente. que por circunstancias no había podido desarrollarse (6-49 años).

A pesar de ese mensaje paterno, la valoración del propio entrevistado con respecto a su madre es sumamente negativa.

Ella es un ser confuso, interesado, enajenado. Ahora sé que la relación con mi madre y la propia personalidad de ella, que a mí no me merece respeto alguno, son factores que pudieron influir negativamente en mí. Durante un tiempo intenté averiguar al respecto, pero ahora me di por vencido, de cualquier manera ya no hay nada que arreglar. Ni siquiera considero que mi madre fuera una persona plenamente interesada en el dinero o en el poder, era más bien como inaccesible para sus hijos, la consideramos siempre cambiante, como si nunca se pudiera saber qué esperar de ella (6-49 años).

El futuro del entrevistado se caracterizó por varias relaciones relativamente importantes y de hijos, incluso dos adoptados de una de sus esposas. Es interesante observar que él atribuye sus rupturas a la incomprensión por parte de sus parejas de su pleno y hondo sentido de paternidad, sobre todo con respecto a los hijo(a)s que no son de ellas. Adicionalmente, la causa central de sus matrimonios son embarazos no deseados. El mensaje central de su padre siempre fue ser responsable en el terreno de la paternidad, por encima de todo. Él siente que está cumpliendo el mandato. Un tema interesante que apareció en las entrevistas es el referido al divorcio de los padres y a la evaluación que los hijos hacen de tal experiencia.

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía 10 años. Mi padre era un poco más autoritario que mi madre. Yo no viví la ruptura matrimonial de mis padres de manera trágica, por el contrario lo recuerdo como una liberación, pues las peleas eran entre ellos constantes. Mis padres se divorciaron porque eran incompatibles. Sin embargo recuerdo que hasta la muerte de mi padre ellos siempre fueron amigos y eso fue muy importante para nosotros. Mi padre era un hombre poco afectuoso, pero nosotros sabíamos que nos quería. Mi mamá era la que básicamente nos mantenía, luego del divorcio, pero no era un tema, no era un problema

que ella nos planteara a menudo. Mi relación más cercana fue con mi madre. Ella tuvo muchas relaciones con distintos hombres pero eso no influyó en nuestra relación. Mi padre estuvo más alejado, él también tuvo relaciones con dos mujeres más que yo recuerde. Ahora que lo pienso me llamó la atención que a mi padre le gustara vivir con mujeres que no lo trataban bien, cuando él recuerda a su madre como muy cariñosa con él durante el tiempo que estuvieron juntos. Recuerdo también que mi padre fue un hombre fiel (8-31 años).

En otro caso el entrevistado fue formado durante su infancia y hasta la adolescencia sólo por su padre, pues lo separó físicamente de la madre. El recuerdo de esa etapa de la vida que narra el entrevistado es que:

Para mi padre lo más importante era formarme. Como me crié solo con él, lo recuerdo como el personaje que hacía todo, desde ser proveedor hasta encargarse de las actividades del hogar. No recuerdo que mi padre dedicara tiempo específico para el esparcimiento a mi lado. Yo no añoraba nada, no conocía nada más. Reconozco que la manera de vivir de mi padre ha condicionado mi manera de ser posterior, “aventurera”, llena de viajes, y con inquietud permanente. Sin arraigarse a ningún lugar en especial. Creo que el mensaje central que recibí de mi padre fue buscar siempre estar motivado, con gran inquietud por conocer, aprender y estudiar. La formación educativa y de ciertos valores me parecen fundamentales, por ejemplo en la educación de mi hija yeso me lo transmitió mi padre (9-56 años).

El divorcio de los padres como tal no apareció como un hecho que en sí mismo afectara de manera definitiva a los hijos, son más bien las relaciones hijo-padre e hijo-madre las que aparecen como más definitivas en la conformación de las personalidades y comportamientos posteriores a la infancia y adolescencia de los entrevistados. En cuanto a los entrevistados que ahondaron en el tema de la relación de pareja entre sus padres destacan algunos testimonios:

En mi casa viví el ejemplo de que lo más importante es la pareja, aún por encima de los hijos, pues a la larga ellos tomarán su camino y lo que queda es la pareja que uno eligió. No obstante yo si vi cierto distancia-

miento entre mis padres, no al grado de romper la familia, pero si había conflicto. Mi madre se resignó, no mostraba dolor ante este hecho. No sé si mi padre tuvo relaciones con otras mujeres, pero sí es muy cómodo, yo me voy, hago lo que quiero, proveo, genero negocios, hago mi mundo y de repente aparezco con mi familia y todo como si nada hubiera pasado, muy cómodo ¿no? A pesar de todo lo que vivieron yo sé que a pesar de mostrarse liberales, mis padres en el fondo pretendían que sus hijos se casaran de manera tradicional. Cuando mi padre ya estaba dispuesto a estar más tiempo en casa, se enfermó y murió (2-34 años).

En varias entrevistas aparece el recuerdo de los padres formando una buena pareja, incluso alguno la calificó de “impecable”. Consideran que sus padres han sido felices y que no afectó el hecho de que el hombre y la mujer asumieran los papeles tradicionales de padre proveedor y madre ama de casa. Esa división no fue vivida como nociva, ni dio lugar a que las madres vivieran en una situación de subordinación o maltrato, ni tampoco generó que el padre tuviera derechos diferenciados como el caso de tener relaciones amorosas con otras mujeres.

Valores más importantes transmitidos en el núcleo familiar

Uno de los valores que en común le fue transmitido o inculcado a gran parte de los entrevistados, con algunas excepciones, fue la idea de familia como elemento esencial. En común tienen también que en sus familias la educación y la formación tenía un valor fundamental. En algunos casos el deporte fue importante, pero no en la mayoría, y en menos casos aún los padres se unieron a sus hijos en el fomento deportivo. En algunos casos el trabajo, inclusive a edades muy tempranas era un valor esencial. Para muchos de los padres fue importante enseñar a sus hijos que los hombres deberían ser buenos proveedores, aunque no en todos los casos. Algunas de las madres priorizaron la transmisión del valor del respeto a las mujeres, pero se mencionó explícitamente en pocas entrevistas. En muchos casos tanto padres como madres transmitieron a sus hijos el valor de la responsabilidad sobre todo hacia los hijos. En otros casos, aunque en menos, se subrayó la idea del valor de la pareja como tal, no como concepción de familia.

Para mi padre el trabajo y la escuela eran fundamentales en la formación de sus hijos; el deporte en cambio no tenía importancia alguna. Para mi padre había que trabajar, todo el mundo debía ser útil, había que repartir cargas, eso era lo adecuado. Por ello empecé a trabajar desde muy pequeño y no creo en esa idea de la “explotación de los niños (1-62 años).

En mi familia el deporte era importante, no se dividía de acuerdo al sexo, más bien cada uno elegía el deporte con libertad. Lo más importante era la educación y el trabajo, la filosofía de mi padre era “yo te mantengo y cumplo mis obligaciones para contigo y tú cumples con la escuela y con las obligaciones dentro de la familia (2-34 años). El deporte no fue esencial, pero recuerdo ciertos años de mi vida en que practiqué un deporte y mi papá se involucró como entrenador del mismo, eso nos dio gran convivencia de los dos solos los fines de semana. Eso sí que lo recuerdo con enorme gusto (3-38 años). El deporte nos gustó tanto a mis hermanos y a mí que mis padres no tuvieron que decir nada al respecto, salvo preocuparse, porque muchas veces hemos practicado deportes de alto riesgo. La verdad es que para mis padres no era importante que sus hijos llegaran a ser “ricos” o “exitosos” sino que cada uno encontrara la felicidad, a la manera que cada quien quisiera. A partir del divorcio mi mamá siempre trabajó y eso no lo vivimos como un problema en sí mismo, siempre fuimos muy independientes y creo que muy felices, salvo en algunos momentos. Yo creo que es totalmente normal el desarrollo igual de las capacidades de hombres y mujeres (8-31 años).

Uno de los entrevistados declaró:

Para mi familia el trabajo ocupa un lugar central, esencialmente para mi padre, él no dejó de ir a trabajar un solo día de su vida. Nunca cambió de trabajo, nunca salió más tarde, nunca llegó tarde a la cena en su casa; en la cena nunca hablaban, pero había que cuidar las formas y la tradición dice: “se cena en familia”. El asunto de cómo se concebía el trabajo se extrapolaba hacia la escuela “ese era mi trabajo”. Además siempre tenía que ocupar el primer lugar, no debía perderlo. Si me enfermaba la familia entera se ponía al servicio de mi educación, por ejemplo si después de un accidente infantil la convalecencia era prolongada había que hacer lo

necesario para que “no dejara de aprender” y de alguna forma de competir y ocupar el primer lugar. Ese es el orgullo de mi familia (4-46 años).

Se podría pensar en primera instancia que estas formas a las que el entrevistado se refiere son solamente un cascarón, pero a lo largo de las entrevistas pude percatarme de que han tenido y siguen teniendo enorme trascendencia en las actitudes y comportamientos del entrevistado, que de cierta manera ha quedado “marcado” por lo que él llama “formas” y que se han convertido en toda una forma de vivir la vida y que le han representado costos muy altos, como es el hecho de prolongar la existencia de una relación matrimonial sumamente destructiva para la pareja y los hijos e hijas.

En contraste aparecen casos en los que los valores centrales son diferentes:

El trabajo era un valor importante, pero no al punto de enajenarse en él. Había otras cosas importantes. Los valores centrales que recibí de mi familia son la honestidad, la honradez (manejo de dinero); la confianza en la gente. Valorar la amistad. Ayudar a los demás. De parte de mi mamá se enfatizó mucho la idea de la justicia. Para mis padres era importante formar hijos independientes y que cuando crecieran hicieran una buena familia (2-34 años).

En el análisis de otros aspectos de la entrevista aparece que el entrevistado ha logrado vivir de acuerdo con esos valores y ha logrado formar una familia que en general califica de armónica y feliz.

¿Una educación para los niños y otra para las niñas? Diferenciación de derechos y papeles dentro de la familia

En términos generales los entrevistados que tienen hermanas o aun las que no las tienen, pero que se cuestionan acerca de una posibilidad de educación diferenciada de acuerdo al sexo, consideraron que sí existía tal diferenciación. En el caso de familias en las que se pide la colaboración de todos los miembros en el cuidado del hogar, encuentran que sí había diferenciación debido al género.

Recuerdo que mis padres educaron por igual, hijos e hijas, la diferencia era en libertad, en horarios, pero creo que era porque a ellas había que cuidarlas más, tenían miedo de que les pasara algo (4-46 años).

Yo tengo tres hermanas y un hermano y recuerdo que en mi familia era importante que los hijos varones se educaran bien, la educación de las mujeres era secundaria. Ahora que lo pienso creo que por eso a mí me mandaron a la mejor escuela de la época, que era bastante cara, mientras que a las mujeres las enviaron a escuelas públicas. Para ellas tenían la expectativa de un buen matrimonio, nosotros en cambio tendríamos que mantener una familia. Sin embargo yo me he negado siempre por principio a ser proveedor de mi familia, aunque tengo esposa e hija. Para mí lo que mi padre hizo fue sacrificarse y yo no estoy dispuesto, para mí no es algo natural. Mi padre siempre quiso vivir en el campo y nunca pudo hacerlo, tuvo que sacrificarse, vivir en la ciudad, mantener a su familia, eso no está bien. Yo no. Mi padre se sacrificó tanto que acabó en el alcoholismo porque terna que evadirse de tanta responsabilidad y luego se murió, debió haber pensado más en él que en su familia (7-48 años).

En otro caso el entrevistado no tuvo hermanas y sin embargo dice que:

Seguro que dada la educación de mi mamá, más bien tradicional, si hubiera tenido hijas le hubiera gustado que se dedicaran a su hogar. Ella no pudo porque se divorció y tuvo que trabajar. Como tenía cuatro hijos que mantenía parcialmente tuvo que hacerlo; sin embargo ese no era su parámetro de lo ideal a pesar de que tenía una madre que fue empresaria, que ocupó cargos importantes en una época en que eso era excepcional; pero como su padre era tradicional, ella más bien pensaba que las mujeres debían estar más en su casa. Seguramente también influyó el hecho de que tuvo que aceptar, por necesidad, trabajos que no la gratificaban, era más por obligación o necesidad que por gusto. Yo y mis hermanos participábamos en las labores de la casa con gran naturalidad. No había mujeres en algunos periodos por lo que no era posible que nos dieran la educación tradicional en ese sentido (8-31 años).

En otro caso el entrevistado consideró que:

De haber tenido hermanas las habrían educado de manera diferente. tal vez impulsando menos el asunto de hacerse profesionistas y más bien impulsándolas a construir una buena familia y a ser madres. Mi padre distinguía entre tipos de mujeres e insistía mucho a sus hijos en el “respeto” a sus novias por ejemplo, con ellas no se debía tener relaciones sexuales. Siempre hacía referencia a experiencias personales y transmitía valores sin imponerlos, convenciendo de que ya viviendo con ellos la vida era mejor (6-49 años).

En las entrevistas apareció un caso en que claramente se diferenció la educación en razón del sexo.

Me daba cuenta de que para mi padre hombres y mujeres eran diferentes y tenían distintos derechos. Con el paso del tiempo me di cuenta de que eso no estaba bien e incluso me sentí en parte responsable de que su hermana no se hubiese casado. Lamentaba que ellas tuvieron que asumir la responsabilidad. Para mi padre, la mujer perfecta era justamente como sus hijas. sumisa, que cocinara muy bien, que fuera trabajadora y responsable. Y muy básicamente “encerrada en el hogar”. Recuerdo que todos en general en mi familia eran muy románticos y supongo que mis hermanas también lo eran y seguramente tuvieron amores no realizados. Pero en mi casa se daba por hecho, como valor entendido, la castidad de mis hermanas. Ni siquiera era un tema, era algo natural, no cuestionado jamás por nadie. Sin embargo, en mi casa todos colaboraron. La diferencia central con mis hermanas se refiere a la “libertad”, mientras que las mujeres vivían pegadas a la casa, los hombres tenían que irse (1-62 años).

Otro entrevistado declaró:

En mi casa era importante la educación para hombres y mujeres por igual, aunque recuerdo que en ciertos aspectos recibí un mensaje diferenciado al que recibieron mis hermanas por parte de su padre; la mujer tenía que ser más tolerante con los actos de los hombres. “ellos meten más la pata”. Mis hermanas viven en matrimonios en los que aguantan todo, porque la separación nunca es recomendable (7-48 años).

Otro reconoce que:

La educación que recibí fue diferente a la que mis padres le dieron a mis dos hermanas mujeres y menores que yo. Por ejemplo, nunca esperaron que ellas llegaran a ser profesionistas, ellas tenían que casarse bien, con eso era suficiente. Casarse bien según ellos es casarse con un hombre bueno que las mantuviera, que llegara a su casa a comer, con quien tener hijos y que las respetara, incluso la cantidad de dinero era secundaria. En cambio si eras hombre se daba por hecho que sería profesionista y que de preferencia repitiera la profesión de abogado de mi padre, y así fue, soy abogado. Nacer varón en mi familia representa todas las ventajas. Por ser varón yo podía tener mucha libertad, hasta de no llegar a dormir, situación impensable en mis hermanas, podía opinar, tener llaves, etc. (4-46 años).

Aparece también el caso de un entrevistado que no fue educado de manera tradicional en cuanto al reparto de tareas en el hogar ni diferenciando papeles por ser varón o mujer:

Como mi padre me crió sin la presencia de ninguna mujer nunca he pensado que existan labores para hombres y otras distintas para mujeres, para mí ambos tenemos que hacer de todo, los hombres en la casa y las mujeres trabajar, eso es lo normal, no hay ninguna diferencia en eso (9-56 años).

Aparece el caso en que las hermanas llegaron hasta el sacrificio de su propio proyecto de vida, por cumplir con los mandatos sociales y de la familia. En varias de estas familias es clara la diferenciación en cuanto a oportunidades de desarrollo escolar y profesional en función del sexo. El ser un varón da derechos y libera de obligaciones en tareas consideradas femeninas. La crianza de los hermanos y hermanas ante la ausencia de la madre aparece como responsabilidades de alguna hermana o varias de ellas, nunca de un hermano varón, aunque sea de mayor edad. La consecuencia es que esas mujeres no pudieron formarse profesionalmente igual que sus hermanos y en algunos casos que no pudieran ni siquiera cumplir con el mandato social de tener hijos y formar una familia propia. Podemos ver que en casi todos los casos hubo diferencias en la educación en función del sexo, es una excepción el caso en el que el entrevistado no fue formado bajo ese mandato y no lo ha retomado o reproducido nunca a lo largo de toda su vida.

Valores más importantes transmitidos por el padre

En este sentido existe cierta coincidencia entre los entrevistados:

Los valores más importantes que me transmitió mi padre son: la honestidad, la responsabilidad, el amor hacia los otros, el respeto, nunca doblegarse ante otro porque sea de mayor jerarquía. Mi padre ejercía su autoridad en términos absolutos, pero yo no tengo un mal recuerdo de eso. De hecho reconozco que los mensajes de mi padre han sido básicos en mi existencia. El trabajo, el compromiso, el respeto por los otros fueron valores centrales para él. El sentido de justicia también lo aprendí de mi padre y reconozco que también de la manera en que internalicé la religión. Justicia en el sentido de equidad como se lo enseñó su padre y Dios. Curiosamente, luego el marxismo vino a sustituir ese sentido (1-62 años).

En las entrevistas apareció el contraste:

La autoridad que ejercía mi padre era pasiva, la más activa incluso en golpes fue mi mamá, aunque era poco efectiva y amenazaba con la autoridad de mi padre y le funcionaba. Mi madre me transmitió el valor de la "intolerancia". Yo si la considero un valor, quizá porque crecí viviendo en la excesiva tolerancia de mi padre, que para mi es un gran defecto (4-46 años).

En otro caso aparecen también como valores centrales: rectitud, honradez y constancia, recibidos del padre. Por parte de su madre dice que recibió también el valor de la honradez y muy básicamente de la alegría.

En otro caso resalta la importancia de la formación intelectual. El respeto a los demás, sobre todo a la inteligencia de los demás. En cuanto a ser padre:

Lo transmitió con su ejemplo, él se dedicó durante muchos años a formarme, de alguna manera se sacrificó. Sus expectativas respecto a mi eran básicamente en el terreno educativo, que entrara a la universidad que hiciera una buena carrera. Nunca me habló de que esperaba algo de mí respecto a un futuro familiar, esposa e hijos o cosas por el estilo. Yo viví siempre solo con mi padre, salvo en períodos cortos en que él tenía

alguna relación amorosa. Eso no me preocupaba, salvo cuando pensaba que por esa persona mi padre podría abandonarme. Sin embargo, no era tanto miedo al abandono como a la “desaparición que no dependiera de mi padre. Yo sabía que el nunca me abandonaría (9-56 años).

En el caso de ausencia absoluta del padre el entrevistado vivió con mujeres y recuerda que cada una le transmitió valores diferentes:

Mi tía y mi madre me transmitieron valores distintos, pero complementarios. La primera, el amor y el compromiso hacia las personas cercanas, hacia la familia, incluso el sacrificio por ella, vivir para los demás, como “vivir el afecto volcado hacia el exterior”. La responsabilidad era otro valor importante. En mi familia la tía cumplió el papel de la madre tradicional, e inclusive no se casó debido a que se sentía responsable hacia su hennana y sobre todo hacia sus sobrinos, estaba convencida de que la necesitaban y tal como lo transmitió el sacrificio por los demás, vivió para los demás. Mi mamá, que era la proveedora absoluta en la casa pensaba que lo importante era que me “hiciera un hombre responsable”, es decir, que me formara, para que a la larga fundara una familia “con todas las de la ley”. A ella le costó mucho entender que eso no iba con mi ideología y ha tenido que aceptar que yo haya vivido con cuatro mujeres, y haya tenido dos hijos, sin casarme nunca, porque no creo en los contratos para vivir con alguien (10-49 años).

Violencia física en la familia

Uno de los casos en los que el entrevistado recuerda haber vivido violencia física al interior de su familia es aquel del informante cuya presencia de padre no existió prácticamente nunca y lo criaron su madre y su tía. Narra que las sucesivas relaciones que tuvo su madre con varios hombres lo marcaron en un cierto sentido, que durante la entrevista emergió:

Relaciono un cierto miedo o temor en las primeras relaciones afectivas que viví, me parecía, que igual que mi mamá, mi pareja podría preferir a otro, lo podría cambiar por otro, eso me dio durante un periodo de mi vida una gran inseguridad. La posibilidad del abandono estaba siempre presente y me aterraba. Quizá la pareja violenta de mi mamá fue quien

más me marcó porque sentía que me quitaba a mi mamá de distintas maneras. Además siendo una persona ajena a mi familia le causaba mucho daño a mi núcleo familiar (10-49 años).

En este caso el entrevistado huye de relaciones destructivas y violentas, aunque durante algún tiempo las ha tenido conflictivas, pero nunca llegando a violencia física y cada vez más trata de construir relaciones armónicas.

En otro caso, el entrevistado narra una historia de violencia, pero ésta derivada de un hermano y parece interesante constatar que tal vez parte de la personalidad del entrevistado deriva de que tuvo que soportar durante muchos años la presencia y comportamiento de un hermano mayor sumamente violento:

...mis padres nunca lo enfrentaron como yo lo hubiera deseado, y ese es el mayor reproche que todavía hoy le hago, sobre todo a mi mamá. Cuando un hermano menor aún que yo creció se enfrentó al “energúmeno” y ahí se acabó el problema (3-38 años).

Esas experiencias parecen haberlo marcado y se refiere a ellas con enorme rencor, notorio en sus expresiones. Cabe señalar que entre los entrevistados él es quien ejerce mayor tipo de violencia de diversa índole sobre su esposa, como se verá más adelante.

Diferentes historias de violencia y diferentes consecuencias en la vida de los sujetos

Los padres y las madres determinan muchos de los valores de los hijos. Es indudable que el padre, de alguna manera, representa para los hijos figuras de identificación y que éstos en muchos casos son la vívida representación de valores que se consideran masculinos como la fuerza y la responsabilidad, mientras que muchas madres buscan formar “hombres de bien” (Viveros, 1998). Asimismo pude constatar que en muchas de las familias de las que provienen los entrevistados se sigue dando una diferenciación de tareas de acuerdo al género y que dentro de esas familias se reprodujo el modelo, aunque no en todas. Es también cierto que mucho del mensaje familiar se dirigía a la formación de varones que fuesen capaces de formar una familia y protegerla. Sin embargo,

el mensaje familiar parece no ser tan importante al menos en algunos casos en la conformación de actitudes y comportamientos. Pero a la vez encontré casos en que es tan importante la experiencia en la familia de origen que el entrevistado explica abiertamente sus decisiones actuales en función de procesos que lo marcaron desde la infancia y que provienen de su observación de sus propios padres como pareja.

Religión

En cuanto a la religión que se practicaba o se decía tener en las familias de procedencia, salvo excepciones en general los entrevistados provienen de familias declaradas católicas, aunque con muy diverso grado de práctica de la misma y matices en cuanto al mensaje que dieron a los hijos.

En uno de los casos el entrevistado declara:

Recuerdo que eso era cosa de mujeres; aunque los hombres también fuimos formados en el catolicismo y estudiamos la doctrina a fondo en diversas fuentes. Con el paso de los años las que se quedaron más en la religión fueron mis hermanas (1-62 años).

En otro caso el entrevistado se define como “medio católico” porque está alejado de la religión.

Considero que la religión tiene aspectos positivos en la formación de valores y constituye un límite necesario. Pero, en cuanto a la iglesia tengo problemas, pues con el paso de la vida me he hecho nuevas preguntas (1-62).

En otros casos el padre no tenía religión y la madre si se consideraba católica, pero la formación de los hijos más bien estuvo alejada de la iglesia. En cuanto a la religión personal de los entrevistados ya en el periodo de la adolescencia y la madurez uno de ellos declara que proviniendo de una familia muy católica:

Desde los 20 años empecé a tener problemas con el dogma, recurrí a curas y gente muy culta y los cuestionaba y me fui alejando de la religión hasta que la dejé fuera de mi vida. Estoy alejado totalmente de la religión por vía del marxismo. (1-62 años).

Otro establece que:

La religión no condicionó mis futuras relaciones con las mujeres ni con respecto al ejercicio de su paternidad y no estaba muy dentro de mi la moral católica. El pecado desde muy joven fue una cuestión que se me volvió intrascendente (7-48 años).

En otro caso:

Mi familia de origen es católica, al punto de hacerme estudiar en escuelas religiosas toda mi infancia y juventud. Al paso del tiempo, y gracias a los viajes y estudios realizados en el extranjero, y a la influencia posterior de mi esposa, hoy puedo decir que soy anticlerical (4-46 años).

En otro caso el entrevistado dice que:

Mi familia de origen es católica, sobre todo mi madre. Yo me alejé de la religión, no me casé por la iglesia ni bauticé a mis hijos. No asisto nunca a misa (10-49 años).

Otro dice: “Me hice anticlerical debido a que me metieron a una escuela de lasallistas (6-49 años)”.

En el tema de la religión es importante apuntar que los entrevistados no tienen una religión que, como tal, es central en su vida, o que en muchos casos se declaren como “no practicantes”. Eso de ninguna manera quiere decir que dejen de estar formados con ciertos valores que, aun sin desearlo, permean a toda la sociedad mexicana (y a muchas otras).

Se pueden identificar valores, costumbres y prácticas que están claramente asociadas a una tradición religiosa. Un ejemplo claro es el sentido de responsabilidad que aparece en muchos de los casos entrevistados y que no es distante de la religión católica. Vivimos en una sociedad que ha estado permeada por la religión católica por muchas generaciones y aunque la gente diga no participar en ritos o se considere no practicante ha introyectado valores católicos.

Así por ejemplo, el sentimiento de “culpa” aparece nítidamente en algunos casos de ruptura matrimonial y separación física en lo cotidiano de los hijos e hijas. En otros casos, aun viviendo relaciones de pareja poco satisfactorias, los entrevistados continúan con sus matrimonios

por un cierto sentido de responsabilidad que es coincidente con ese tipo de valores; en otros casos llevan a cabo un proceso muy largo para llegar a la decisión de separarse de su pareja, sobre todo cuando existen hijo (a)s. No quiero decir que sean únicamente estos valores los que nos pueden explicar tales procesos, pero considero que sí tienen una influencia importante. Existen modelos sexistas que se transmiten culturalmente, y modelos que se van introyectando que, en mucho, tienen su origen en esa tradición religiosa. Hay una eficacia simbólica del mensaje religioso que descansa sobre todo en un trabajo previo de socialización religiosa (Bourdieu, 1998). Retomo la interpretación (Figuroa) de figuras centrales de la religión católica, donde la mujer (virgen) juega el papel de intermediaria, es quien intercede, mientras que la autoridad y el juez es el varón (Dios). Asimismo, los representantes de Dios en la tierra, la autoridad, son varones (sacerdotes), mientras que quienes están a su servicio son mujeres (monjas).

Otro de los temas en los que los valores religiosos han sido introyectados de manera importante, es el referido a concepciones y prácticas sexuales, sobre todo en la adolescencia y de manera más definitiva en los casos de varones cuyas familias y entorno escolar (escuelas confesionales) fueron claramente católicas, con prácticas cotidianas de carácter religioso y mensajes permanentes en los que se estigmatizó a la sexualidad y se le consideró claramente como válida sólo en el matrimonio y con la finalidad central de procrear. Este discurso aparece con claridad en el rubro correspondiente de este estudio.

Información sobre sexualidad en el hogar

La información que sobre sexualidad recibieron los entrevistados al interior de sus familias es muy variada, en algunos casos es nula, en otras bastante parcial, en otras dirigida a la protección de los propios hijos, en otras conllevaba responsabilidad y depende mucho de la generación del entrevistado, pero también y muy básicamente de las concepciones que sobre ésta tienen los padres y madres, influyendo también la presencia o no de hermanos varones mayores.

Recibí nula información sobre sexo, se basó todo en una cierta precaución ante prostitutas por el peligro del contagio de enfermedades

venéreas. También se manejaba un cierto compromiso ante la posibilidad de tener hijos, había cierto aspecto moral y religioso, esas eran cosas importantes dentro del núcleo familiar y social (1-61 años).

En este caso la ubicación (provincia) y la época (años cuarenta), son centrales para diferenciar este testimonio de otros entrevistados. En otro caso lo que más preocupaba en su casa y sobre todo lo que su padre le transmitió:

Lo más importante era la idea de que debería tener una “sexualidad sana” es decir, hay lugar en donde se dan las cosas, no busques más alternativas, si le buscas te puedes infectar o tener problemas físicos. No existía la insistencia actual respecto al uso del condón cuando yo era adolescente. En cuanto al embarazo eso me lo enseñó mi mamá: si una mujer tiene la gratitud contigo de brindarte su sexualidad, ten cuidado de no embarazarla, porque puedes transformar su vida. Era mi responsabilidad, no de la mujer con la que me relacionaba. En mi casa se hablaba de este tema en pláticas de sobremesa, buscaban la oportunidad (2-34 años).

El entrevistado piensa informar de otra manera a sus hijos(as), de manera más amplia y abierta. Aprender de lo que a él le faltó en su casa. En este testimonio es interesante resaltar la formación que parte de la madre en el sentido de que el varón tiene una responsabilidad directa en la procreación, incluso mayor que las mujeres con las que establece relaciones sexuales. Esto rompe con la idea de que ningún hombre siente responsabilidad respecto de la procreación, o aquella que generaliza y afirma que es siempre la mujer la que debe “cuidarse” de un embarazo y que ese es el mensaje familiar y social.

En otros casos los entrevistados afirman no haber recibido mensaje alguno de sus padres en cuanto a sexualidad. En algunos casos inclusive afirman que:

Si tuviera que recriminar algo a mi padre sería que me dejó a la deriva en ese tema. Mi papá nunca me dio información, en cambio, mis hermanas sí tenían gran comunicación con mi mamá en estos temas. Incluso recuerdo que se les premiaba el hecho de ser mujer, se hacía una fiesta en su primera menstruación. Yo vivía esto con cierta envidia. Aunque no sé de qué hablaban, si por ejemplo mi madre les transmitió a ellas el valor

de llegar vírgenes al matrimonio; aunque supongo que sí porque para mí sí era un valor. Nunca pude aclarar dudas respecto a mi sexualidad en su casa y crecí con la idea de que sin ser algo propiamente “sucio” era algo que había que empezar a ejercer hasta casarse. Casi logré mi objetivo (4-46 años).

En otro caso:

Con mis hermanos más que intercambiar información o ayudarse a aumentar conocimiento, se daba una competencia de aventuras. La información que nos dábamos era burda (3-38 años).

Contrasta una entrevista en la que el joven dice que:

En mi casa la sexualidad era un tema natural. Recuerdo que mis padres no eran compatibles sexualmente, creo que mamá era más demandante que mi padre y ella se sentía insatisfecha. Esto lo entendí cuando ya era mayor, en todo caso veía conflictos entre mis padres y ahora sé que en el fondo había una cierta incompatibilidad sexual y que eso es grave en una pareja. Con mi padre no hubo conversaciones a fondo sobre sexualidad; en cambio con mi madre sí las había cotidianamente. Recuerdo que ella insistía con nosotros en la importancia que tenía que el hombre lograra complacer a la mujer. También nos insistía en que nos cuidáramos. Mi mamá no cuestionaba el sexo sin amor, pero nos decía que cuando iban unidos era mucho mejor, más placentero (8-31 años).

En cambio otro entrevistado dice:

La información que recibí en mi casa me la dio mi mamá, quien me formó, y siempre fue en un sentido negativo. En mi casa se vivía un cuidado especial hacia los niños para evitar que se masturbaran, se les cuidaba el tiempo que permanecían dentro del baño, por ejemplo. El mensaje de fondo era que la sexualidad era algo sucio. Era como un tabú, por tanto no se hablaba de ella explícitamente nunca (10-49 años).

Resulta interesante contrastar estos testimonios. En los dos casos, madres separadas son quienes dieron la información sobre sexualidad, pero en un sentido totalmente opuesto. Para una, era algo natural, fuente de placer. Para la otra, algo sucio de la que no se debía hablar. Para la primera, sus hijos debían preocuparse por proporcionar placer sexual

a las mujeres, para la otra el sexo constituía algo nocivo, una fuente de problemas. Se trata de mujeres de diferente nivel socioeconómico y cultural y también de distinta generación. Quisiera también resaltar que las concepciones de la segunda mujer se han transformado radicalmente con el paso del tiempo, mucho por influencia del hijo, con quien ahora establece una relación caracterizada por el amor y la comunicación.

La carencia de una formación adecuada en el tema de la sexualidad genera enormes problemas tanto para los hombres como para las mujeres que se relacionan con ellos; deriva también en concepciones erróneas y muy nocivas con respecto a por ejemplo el problema de la impotencia, o la falta de erección temporal y sus causas y atención a las mismas. Refuerza además el establecimiento de relaciones poco placenteras y equitativas, pues la inseguridad masculina en este tema tiene enormes repercusiones en las relaciones de pareja.

No obstante la familia de origen, la comunicación que a este respecto se tiene con el padre y la madre o con ambos, siendo muy importantes no son los únicos, pues en varias de las entrevistas pude constatar que a pesar de la falta de información en el hogar de origen existen otros factores que a lo largo de la vida pueden derivar en actitudes, concepciones, comportamientos de los sujetos que son sumamente variados. Algunos reproducen lo vivido en el hogar, otros aprenden nuevas formas y quizá por contraste viven de forma muy diferente.

Qué significa: “ser hombre”. El mensaje de la familia

Para muchos de los padres de los entrevistados:

...“ser hombre” era ser un sujeto honesto, vertical, orgulloso, es decir, no hay que inclinarse, hay que trabajar, no hay que doblarse. También era muy importante ser responsables para poder tener hijos, tener mujer y casa (1-62 años).

Otro entrevistado complementa:

... “hombre” era responsabilidad, resolver problemas, proteger a la familia, entender a la pareja, ser audaz y ser astuto también. No es que por ser hombre se tengan más derechos, ni mayor libertad. Más bien tiene mayor responsabilidad (2-34 años).

Para algunas madres:

...ser “hombre” significaba ser exitoso, tener educación completa y formar familia, por supuesto tener hijos, en lo que coincidía con mi padre. La estabilidad que da una familia era para ellos central (3-38 años).

Para otros padres:

Ser hombre significa primero “aguantarse”. El hombre tiene que aguantarse, el hombre no puede llorar, no puede quejarse, tiene que mantener una familia, tiene que ser decente y tiene que amar a su país. Yo creo que en ese orden (4-46 años).

Es interesante la narración pues al parecer corrobora los estereotipos de lo que significa “ser hombre” según puede derivarse de muchos estudios previos. Redondea la idea con la expectativa de su mamá: ser hombre es ser casi omnipotente.

Para mi madre lo que yo hiciera estaba bien hecho y me decía que me apoyaba en todo lo que hiciera. Para ella yo varón primogénito tenía un lugar especial, lo cual se reflejaba inclusive en el hecho de que yo desde niño ocupé la cabecera, aun por encima de mi propio padre; mis hermanas por supuesto no podían ocupar ese lugar y si lo hacían se les quitaba de allí (4-46 años).

Esta figura resulta de lo más reveladora del papel del varón en una típica familia burguesa mexicana. Siempre muy por encima del papel que cualquier mujer puede tener en esa estructura jerárquica. En otros casos el mensaje recibido de la familia respecto de lo que significa “ser hombre” lo recuerdan:

...como alguien que hace las cosas, que pueda sostenerse a sí mismo. El trabajo era algo fundamental. Se trataba de que me fuera haciendo independiente. Hay que ser productivo para ser independiente. No obstante, a diferencia de otros parientes; en mi casa mi padre no ejercía la violencia, no golpeaba, ni se daba el mensaje de “ser muy hombre o muy macho (5-45 años).

Se puede afirmar que este tipo de testimonios vienen a corroborar que la independencia y la autonomía son características centrales en

la formación de la masculinidad según se ha comprobado a través de muchos estudios previos. Apareció también un factor que ha sido reiterado como característica de la masculinidad considerada hegemónica o dominante en nuestro mundo: “Para mi padre ser hombre era eminentemente sinónimo de responsabilidad. Para mi madre un hombre es un proveedor” (6-49 años).

Otro entrevistado enfatiza con claridad:

Para mi padre “ser hombre” es quien conduce a la familia, es quien trabaja para que la familia viva. Hay que trabajar para los demás. Eso es lo que caracteriza a un hombre (7-48 años).

Otro entrevistado analiza contradicciones en el mensaje recibido de su padre:

No recibí un mensaje explícito de mi padre, pero creo que con el ejemplo nos transmitió la idea. Ser hombre es ser una persona franca, desinteresada, saber ser amigo. También había en él un aspecto de “macho” en términos de presvenir ganar peleas a golpes, siendo algo violento. Pero había en él contradicciones, se conducía así y presumía de eso y a la vez explícitamente nos decía que nosotros no debíamos ser así: una cosa es ser hombre, otra ser bruto. No obstante, manifestaba cierto orgullo ante las actitudes violentas de uno de mis hermanos. En cambio, para mi madre lo más importante en un hombre era que fuera confiable, en el sentido básicamente de ser fiel; les transmitió todo lo que una mujer puede sufrir ante la infidelidad de un hombre. A la vez decía que el hombre debía ser responsable y honesto (8-31 años).

Los factores relativos a la violencia vinculados a la masculinidad aparecen en este testimonio, aunque de manera matizada. En el fondo, a pesar de que el padre no puede transformar su idea profunda de lo que es “ser hombre” queda claro que no aspiraba a que sus hijos reprodujeran tal modelo. En el caso de la madre, queda claramente establecido que ella tiene una concepción diferente y que intentó transmitirla a sus hijos. En otro caso el entrevistado no encuentra que sus padres le transmitieran algo diferente que a sus hermanas en términos del papel que el hombre debe tener, es decir, no necesariamente el varón tiene que ser proveedor:

El mensaje de mi padre respecto a lo que es “ser hombre” fue simplemente, igual que para las mujeres, alguien que tiene que sobrevivir de alguna manera, para eso hay que trabajar en alguna actividad que dé dinero, pero no necesariamente esa actividad representa la realización del ser humano. a veces solamente es un medio de sobrevivencia (9-56 años).

En el caso del entrevistado criado y formado por su madre y partiendo de que “ser hombre” es ser responsable, trabajador, proveedor, protector de la familia, la preocupación se centró en:

No debía sacrificar mi desarrollo por un casamiento temprano, eso hubiera sido una tragedia. Las calificaciones en la escuela eran absoluta prioridad (10-49 años).

EL INICIO DE LA VIDA SEXUAL.

INFLUENCIAS DE DIVERSAS INSTANCIAS DE SOCIALIZACIÓN

Inicio de la vida sexual. Papel de la familia. Expectativas y evaluación

En casi todos los casos, las entrevistas revelan que, independientemente de la generación a la que pertenecen los entrevistados, el tema de la sexualidad dentro de sus hogares nunca fue tratado de manera explícita, proporcionando información adecuada y mucho menos tratando de incorporar la igualdad de géneros y la importancia que este tema tiene en el desarrollo de las personas. Inclusive, en varios de los testimonios de los entrevistados se puede captar que provienen de familias en las que se distinguía claramente lo permitido para hombres y para mujeres de manera desigual. Sin embargo, en algunos casos la “castidad” previa al matrimonio era el mensaje que se daba tanto a hombres como a mujeres.

Con distintos matices, en general los entrevistados llegaron a conocer su sexualidad y a obtener información sin el apoyo adecuado de sus padres. Aunque hay que decir que en ciertos casos, como era común en el pasado, los padres varones de los informantes no solamente contribuyeron sino que decidieron y dieron la posibilidad de la iniciación sexual de los sujetos. Las madres tuvieron distintos papeles en este tema,

pero salvo en casos excepcionales, tampoco tuvieron un papel relevante en términos positivos en el desarrollo de la sexualidad de sus hijos. En un caso, el mayor en edad de mis entrevistados me contó:

Al interior de la casa el tema de la sexualidad era como mítico. Recuerdo que tenían pavor por las enfermedades venéreas. Mi padre me dijo a los 13 años acerca del peligro de tener relaciones “sexuales comerciales”. No había que “exponerse a taras”. Mi padre no fue permisivo en cuanto al desarrollo de nú sexualidad, más bien había una soterrada represión, para él los hijos varones de preferencia también debían ser castos hasta que contrajeran el compromiso de formar una familia, vía el matrimonio. Para mi padre la sexualidad tenía que ser ejercida de manera responsable, pues de ella dependía tu descendencia. De ahí proviene un juicio, esencialmente por parte de tus hijos. Sin embargo, en el fondo aunque no se habló al respecto, para mi padre la sexualidad femenina y masculina eran diferentes. Para la mujer representaba el honor o la pérdida del mismo; a los varones se les podía perdonar un desliz; era como “natural”. El desliz femenino era calificado como “desgracia”. Aunque, si era de la familia, había que ser solidario con quien cometía el desliz (1-62 años).

En otro caso es claro el peso de la religión católica en las concepciones familiares que hicieron todo posible por transmitirle al entrevistado:

En mi casa jamás se habló de sexualidad. La escuela clerical era la encargada de satanizar a la sexualidad y por si no fuese suficiente mis padres se encargaron de proveerme de “catecismos particulares (4-46 años).

En otro caso:

En mi casa no se podía hablar de eso (con mi tía y mi mamá). La sexualidad era algo sucio, nos cuidaban mucho para que nunca nos fuéramos a masturbar. La información sobre sexualidad me la dio un homosexual empleado en el negocio de mi mamá. Por otra parte para mi hermano mayor era como una obligación ayudarme a iniciarme (10-49 años).

En otra entrevista el sujeto totalmente criado por su padre sin presencia alguna de la madre en la infancia y primera adolescenda narra que:

En mi casa nunca se habló de eso. Yo no veía ni bien ni malla sexualidad y un día en la adolescencia mi papá me llevó una prostituta a la casa y ahí me inicié (9-56 años).

Encontré también algunos casos en los que el mensaje de los padres iba en el sentido de las implicaciones de la sexualidad e intentaron dar a sus hijos varones cierta información para que no enfrentaran problemas de enfermedades o embarazos no deseados.

En lo relativo a las narraciones respecto a cómo estos sujetos iniciaron su vida sexual encontré también variedad, que en términos generales puede agruparse en: con una sexoservidora profesional, con alguna amiga (en general mayor), con la novia en turno (que en algunos casos derivó en matrimonio o en unión libre).

Pregunté también acerca de la evaluación del entrevistado y acerca de si quisieran que sus hijos e hijas se iniciaran en la actividad sexual de la misma manera. En general, aunque recuerdan, con distintos matices y problemas, su primera relación sexual como placentera, casi ninguno afirmó que le gustaría que sus hijos e hijas repitieran exactamente igual la historia y es de destacarse en que por lo menos en el nivel discursivo, los entrevistados desean que tanto hijos como hijas vivan la sexualidad con gran placer e información que les permita no sentir el más mínimo miedo. Además que lo asumen como una esfera de decisión individual, como un ejercicio inalienable de la libertad de cada uno, aun en el caso de las mujeres, lo cual considero que en definitiva es un avance importante si se compara con la información derivada de otras investigaciones sobre el tema.

En el tema específico de la primera relación sexual algunas de las narraciones fueron:

Mi primera relación sexual fue con una amiga, un poco mayor que yo y con más experiencia. Lo viví como algo placentero, sin temor ni miedo, quizá con demasiada premura, como algo abrumador. No recuerdo que nadie me presionara para tener esa relación, la tuve porque quise, no había competencia ni presión alguna. De hecho con mis amigos poco se hablaba de sexualidad. Esta primera relación tuvo repercusiones en mi vida posterior. Ella me abrió un mundo, me enseñó cosas muy pla-

centeras. Fue una relación espontánea, limpia, aunque efímera, pues ella prefirió regresar con su novio (1-62 años).

En este testimonio, como en muchos otros de esta investigación, el sujeto declara que nunca ha competido en el terreno de la sexualidad y que de ninguna manera se inició por presiones, aunque en uno de los casos esta situación aparece matizada.

Se trata del informante que proviene de una familia con alto nivel socioeconómico, pero sobre todo tradición en la clase alta mexicana, sumamente católica y tradicional y que estudió durante muchos años en escuela de tipo confesional.

Recuerdo que el inicio de mi vida sexual fue como una “retribución a tanta represión” pues lo hice exactamente en la cama de mis papás, a los 20 años, con una “niña rica del Pedregal” de mi misma edad. Fui el último de mis compañeros en iniciarme. Nunca se me va a olvidar. Estaba en una reunión con amigos y hermanas y al salir de mi “iniciación” recibí un aplauso generalizado. Ya no había cumplido la expectativa de llegar virgen al matrimonio. Recuerdo la experiencia como placentera. El aplauso le sirvió para no tener remordimientos. Lo que recuerdo mucho es que aún después y ahora como la iniciativa la tomó la muchacha, a mi me sigue encantando que la mujer tome la iniciativa. Que ella me lo proponga (4-46 años).

Recuerda que ella no lo quiso volver a ver, él pensaba que se debía a que su inexperiencia en estas cuestiones lo habían hecho aparecer como “verdaderamente malo”. Al parecer no a todos los hombres les disgustan las mujeres con iniciativa en el terreno de la sexualidad e incluso a algunos les da mucha seguridad en sí mismos.

En el caso de este informante es de destacar que el sujeto se ha sentido a lo largo de su vida sumamente orgulloso de sí mismo cuando logra hacer algo contrario a lo que le ha dictado la normatividad familiar y la del círculo social al que pertenece. Sin embargo, aunque pude detectar ciertos destellos de transgresión, casi todas las acciones de su vida han estado regidas por un deber ser que a veces cuestiona parcialmente pero ante el cual no se enfrenta de manera decidida. En todo caso reconoce explícitamente que además de no conocer otra manera de vivir, la que tiene le da muchas satisfacciones, sobre todo porque logra man-

tener cierto status y ejercicio de poder en la esfera profesional, lo cual es central para su satisfacción personal. Transgredir más a fondo podría poner en peligro todo lo que él considera ganado y que no está dispuesto a perder. En su situación actual se atreve a plantear el divorcio con su esposa porque ya tiene el aval familiar y social por haber argumentado que ella no es ni ha sido buena madre. Al parecer en muchas capas de la sociedad mexicana este argumento, vinculado al ejercicio inadecuado de la maternidad, es contundente para permitir cualquier decisión o juicio. En su caso, el plantear no ser feliz, que una relación se deteriora y se acaba, o enamorarse de otra persona, no constituyen argumentos de peso para lograr el “perdón por el fracaso” del matrimonio.

Para otro de los entrevistados:

Mi primera relación sexual fue con una amiga. Ninguno de los dos teníamos información sobre sexualidad. Ni siquiera sabía si estaba teniendo o no una relación sexual. Para ella era también la primera experiencia. Para mí la relación así de inexperta fue estupenda y me marcó para bien. Es como que “engrandeces tu autoestima”, ya no vives de mitos, fue una experiencia real y lo que te platicuen ya no te impresionará. Luego vas aprendiendo más y vas viviendo una sexualidad sin inhibiciones. Yo no valoro bien la prostitución, se prostituyen ambos, el que paga y la que se vende (2-34 años).

Otro de mis informantes recuerda haber recibido bastante presión para que iniciara su vida sexual y en este caso sí aparece nítidamente tanto la competencia entre pares en el terreno del desempeño sexual, como las presiones explícitas para que los jóvenes inicien su vida sexual, como algo esencial para adquirir una de las características que se consideran fundamentales de la masculinidad, del “ser hombre”:

Empecé a los 16 años con una mujer 12 años mayor que yo, hippie, novia de mi primo político. Luego supe que mi primo tenía un acuerdo con ella para que eso pasara. Recuerdo que mis amigos me presionaban para la iniciación, incluso yo inventaba. Mi primera experiencia sexual es excelente. Desearía que mi hijo la tuviera igual o mejor (3-38 años).

Es interesante lo que dice respecto a la sexualidad de su hija:

Voy a tener que cerrar los ojos seguro voy a ser un alcahuete total. No aspiro a que mi hija mantenga la virginidad hasta el matrimonio, me parece antinatural, pero espero que no la hieran. Sin embargo, no quiero que mi hija me cuente detalles porque “me vaya retorcer de coraje”, No quiero que pasen cosas que me hagan explotar y prefiero no saberlas. Si mi hija resultara embarazada yo sería el primero en apoyarla.

Estando seguro de que apoyaría a su hija también tiene una fuerte influencia de la sociedad y la cultura prevalecientes. Sin embargo, creo que es un sujeto capaz de transgredir y resistir ante normatividades desiguales en el caso de la educación y valoración de su hija. Es un sujeto que ha sido capaz de transformar las normas que le fueron transmitidas por sus padres y capaz de cambiar él mismo con el afán de tener una buena comunicación con su hija, de ser su amigo y que ella sepa que cuenta con él. Es también de resaltar la valoración que estos varones tienen respecto de los otros hombres, en el sentido de saberlos perfectamente capaces de herir. Lo dan por hecho y de ahí la enorme preocupación que manifiestan cuando la persona que resultará herida es la propia hija.

Es interesante resaltar que para el informante sí existen diferencias en su percepción y expectativas en cuanto a la iniciación sexual de sus hijos. Abiertamente reconoce que siente diferente si piensa en el hijo y en la hija. Cree que se debe a que le preocupa que a ella

... le va a “doler físicamente la penetración”. En cambio, para él será puro placer. Además, siempre más trascendente para la mujer que para el hombre la primera relación sexual, por eso me preocupa más mi hija (3-38 años).

En la referencia a la sexualidad de las hijas aparece con nitidez que para los varones, o al menos para algunos, la sexualidad de las mujeres es distinta a la de los hombres y requiere de mayor cuidado.

En otro caso aparece que la primera relación sexual simplemente se dio, sin información y en condiciones poco adecuadas.

Mi primera relación sexual fue con mi novia, que ahora es mi esposa, y tenía 19 años. Aunque sí estaba enamorado no la recuerdo muy placen-

tera porque fue en un coche, no teníamos experiencia y estábamos muy preocupados por lo que podía pasar (5-45 años).

En otro caso la primera relación sexual del entrevistado no le dejó un buen recuerdo:

Mi primera relación sexual fue en un prostíbulo a los 13 años, fui con unos amigos, y para nada lo recuerdo con mucho gusto. Me hubiera gustado iniciarme de manera “más natural” con alguien por quien sintiera afecto. Por eso para mis hijos e hijas espero que su iniciación sea muy placentera, para ambos igual. Creo que para eso es importante el conocimiento y la responsabilidad (6-49 años).

En otro caso la historia es muy distinta:

Mi primera relación sexual la tuve a los 15 años, con una muchacha mayor que yo y que tenía más experiencia. La tuve porque quise, no porque nadie me presionara. Fue una relación placentera y ella se ocupó de enseñarme (7-48 años).

Sin embargo, y pesar de que no recuerda nada negativo respecto a su iniciación en la vida sexual, dice que preferiría que su única hija se iniciara con alguien a quien realmente quisiera, alguien de su edad con el que tuviera una relación, tipo noviazgo. En otro caso el entrevistado recuerda:

Mi primera relación la tuve en la adolescencia con una vecina de mi pueblo (Can Cun). La recuerdo como “muy biológica”. No sentí especial presión social para iniciarme, pero reconozco que pudo tener influencia el hecho de que se hablaba del tema y yo no había tenido la experiencia. Para mi hijo quisiera una iniciación diferente, con más afecto de por medio. Y sobre todo con más conocimiento, que lo viva con seguridad sin miedo, pues yo me aterró ante la posibilidad de que ella quedara embarazada (8-31 años).

En este testimonio podemos apreciar que existe una presión social, sobre todo de pares, que puede no ser muy explícita pero no por ello carece de influencia en la iniciación sexual de los adolescentes. Aparece también reiteradamente la falta de información sobre sexualidad, lo cual genera en los varones diversos miedos y preocupaciones que no les

permite vivir plenamente el inicio de su sexualidad, y se reitera que no desean para sus hijos una iniciación igual.

En el caso del entrevistado cuyo padre le llevó una sexo-servidora a su casa para que se iniciara considera:

Si tuviera hijos varones no sería necesario que yo los llevara con una mujer así, podrían iniciarse de manera más “natural” con alguna amiga o novia de su misma edad. En cuanto a mi hija considero que debe iniciar su vida sexual cuando ella lo decida, si es que ya no la inició, y no es un tema que toquemos nosotros. Para mí no existe diferencia entre las necesidades y los derechos sexuales de hombres y mujeres, ni existe una valoración moral negativa hacia las mujeres que viven su sexualidad libremente. No clasifico a las mujeres de ese modo (9-56 años).

En otro caso el recuerdo de la iniciación sexual introduce el tema tan tratado de los problemas que los varones enfrentan en cuanto a la necesidad de “probarse” relativo a la sexualidad vivida en términos de rendimiento sexual.

Me insistían mis amigos en que me presentarían con quien iniciarme y lo que yo sentía era terror. Igual me pasaba con mis primeras novias: me entraba la temblorina y el terror. Me inicié con una exnovia, cuando ésta ya tenía más experiencia, cuando tenía 18 años. La aventura fue “muy padre” pero yo no tenía ninguna experiencia, tenía la impresión de que ella necesitaba más y yo no sabía cómo, así que la experiencia fue eso una experiencia, pero no placentera. Cuando lo razono pienso que en el fondo lo que pasó es que después de que ella se me ofreció varias veces, cuando ya sucede yo no estaba seguro de estar funcionando bien, no por impotencia, sino como que tenía que cumplir integralmente y no lo logré. Hasta ese momento no me preocupaba por la falta de afecto, sino porque el hombre tiene que cumplir a toda hora y en todo lugar, si no, no es hombre (10-49 años).

Esta narración corresponde enteramente a lo que se dice conforma uno de los mensajes más importantes que constituyen la masculinidad dominante.

Para mis hijos quisiera que la iniciación tuviera una enorme satisfacción, que tanto ella como él lo hicieran con convicción, deseo, responsabilidad,

sin miedos. Quitarse los tabúes, no pensar que en la primera relación sexual uno va a funcionar como cuando ya tiene experiencia. No sentir que tienen que demostrar nada.

En esta narración aparece nítidamente la sexualidad concebida como rendimiento, prueba, demostración, en caso contrario aparece cuestionada la virilidad y la hombría del varón.

En términos generales parece que los varones han sentido cierta presión, sobre todo por falta de experiencia y padecen temor a no saber complacer. También parece que en general estas experiencias resultan más placenteras para los varones cuando se inician con una amiga y son menos placenteras cuando la situación es presionada o en comercio.

Papel de los pares en el inicio de la vida sexual y en las concepciones acerca de la sexualidad

En este aspecto las respuestas de los entrevistados tienen una gran pluralidad y variación, desde aquellos que no recuerdan haber vivido presión alguna en cuanto al inicio de su sexualidad, hasta aquellos que experimentaron el hecho como un verdadero reto, habiendo algunos testimonios que podríamos decir, están en medio de estos extremos.

En las investigaciones sobre el tema se ha dicho que los pares tienen una influencia importante en la construcción de la identidad de género y que una buena parte de las concepciones sobre la masculinidad se interioriza con los amigos, los grupos de referencia constituyen una influencia importante en los jóvenes y que ellos juegan un papel importante en esta iniciación sexual y en la consolidación de los valores asociados (Viveros, 1998). Como he dicho, en la investigación que realicé esto es así en algunos casos y en otros no, al menos dentro del recuerdo y el discurso de mis entrevistados.

Otras investigaciones dan cuenta de que los varones jóvenes creen a menudo que la iniciación sexual afirma su identidad como hombres y les proporciona su posición dentro del grupo de varones al que pertenecen. Algunos lo ven como un rito de tránsito a la hombría, un logro o prueba de éxito, más que como una oportunidad de vivir una situación íntima. Comparten sus conquistas con sus pares y a menudo disimulan (Bloem, 2000). A diferencia de las jóvenes, para ellos esta relación, en

general, es más superficial y ocasional, de ahí que aparezcan a menudo experiencias de “iniciación” con una profesional y no con una pareja estable con la que se esté viviendo una verdadera relación amorosa.

En términos de la información que los jóvenes comparten, un sujeto me dijo:

Con los cuates sí hablaba de sexo, pero la información que me dieron estaba totalmente equivocada. Incluso desconocían elementos biológicos de diferenciación de hombres y mujeres. Se presumía entre amigos, pero no recuerdo que hubiera competencia. Había también una especie de tabú en el sexo (1-62 años).

Para otros la influencia de los pares:

No fue importante. De hecho yo busqué información sobre el sexo por mí mismo cuando sentí que la necesitaba (2-34 años).

En cambio, en otros casos:

Me presionaban mucho, tenía que mentir si no te comen, “yo me comi a muchos”. Siempre hay burlas sobre todo en la preparatoria (3-38 años).

Y en otro caso:

Me presionaron mucho, quizá por ser el último en entrarle a los 20 años. Yo lo posponía y pretextaba cualquier cosa, pues en el fondo quería llegar virgen al matrimonio (4-46 años).

Para otro de ellos:

Más que información fue desinformación la que compartí con mis amigos en la adolescencia. Nos era básica la sexualidad. Practicábamos masturbaciones colectivas. No competíamos entre nosotros ni nos presionábamos para tener relaciones sexuales (7-48 años).

Otro de los entrevistados recuerda:

Vivía una presión relativa de parte de mis amigos. Pero sobre todo, compartíamos información que luego yo cotejaba con mi padre, al que le tenía toda la confianza (5-45 años).

En cambio en otra de las entrevistas si pueden observarse rasgos de la masculinidad y su construcción en la adolescencia que han sido bastante explorados en investigaciones anteriores.

Con mis amigos viví casi un “reto”. Hay una especie de competencia en la adolescencia, que dura toda la vida. Pensar que alguien estaba haciendo el amor, lo hacía un “super-buenazo”. Es como una suerte de prestigio, de presunción que uno las puede con todas y en cualquier momento. Si algún chavo llegaba a enseñarnos un aliento vaginal para nosotros era un héroe (7-48 años).

En esta narración aparecen elementos típicos de la formación de la masculinidad hasta ahora dominante como son: la competencia, el rendimiento en el terreno sexual, la demostración permanente en esta esfera de la vida.

Papel de la escuela en su información sobre sexualidad y reproducción

A mi manera de ver, éste constituye un aspecto de la mayor importancia y según mis entrevistas, es uno de los elementos centrales sobre los que habría que llamar la atención e intentar incidir de manera decisiva, si se pretenden objetivos que puedan coadyuvar a un mayor desarrollo de las personas, hombres y mujeres, contribuyendo a la construcción de seres humanos que desarrollen sus potencialidades, en la sexualidad y la reproducción, con la mayor información, responsabilidad, libertad y compromiso. Es muy grave que, independientemente de la generación a la que pertenecen estos sujetos, el papel de la escuela como formadora e informadora de los sujetos en estos terrenos sea prácticamente nulo, si no es que nocivo y desinformador.

En la mayor parte de los casos los entrevistados declaran no haber recibido ninguna información sobre estos temas relativos a la sexualidad. En uno de los casos la descripción me parece muy ilustrativa: “Me dieron información biológica no humana, pero yo la busqué en otras partes” (1-62 años).

En otro caso el entrevistado dice:

En la escuela se hablaba de sexualidad en términos de prohibición, jamás como una educación sobre sexualidad. Siempre estudié en escuelas confesionales. Para ellos la sexualidad era sinónimo de peligro, de embarazo, de infecciones, de debilidad, incluso cuando se hablaba de masturbación se daba en términos despectivos. Les decían “si tú te masturbas eres un hombre débil”. Recuerdo a un maestro que afirmaba que “Dios había dado a cada uno una cubeta de semen, si te la acababas antes de tiempo cuando te casaras ya no ibas a poder, o sea que ni sabías si te la acababas o la guardabas”. Esa yo no se la creía, pero muchos de mis compañeros sí. Por otra parte, nos decían que si nos masturbaban o teníamos contacto con alguna mujer antes de los exámenes seguramente nos iría muy mal, pues llegaban totalmente débiles. Yo creía en eso profundamente (4-46 años).

Con el paso del tiempo el entrevistado es capaz de calificar toda esta desinformación como sinónimo de: “anti-ciencia, de anti-biología y anti-fisiología”. Pero en su momento y durante muchos años fue la información con la que creció y que tal vez lo marcó y repercutió en decisiones posteriores, que hoy se da cuenta, luego de 20 años de un matrimonio bastante conflictivo, que no fueron las más adecuadas. Solamente en un caso el entrevistado recuerda haber recibido alguna información sobre sexualidad en la secundaria, no obstante: “mi verdadera fuente de información fundamental fue mi papá” (2-34 años).

*Evaluación de los entrevistados respecto a la homosexualidad
(en familia de origen y en su concepción personal actual)*

Podría decirse, luego de analizar estas entrevistas que en términos generales para los varones que me hicieron el favor de darme sus testimonios, la homosexualidad no es algo que pueda mirarse con naturalidad, como una preferencia sexual distinta pero totalmente aceptable y que provienen de familias en las que tampoco se veía a la homosexualidad como algo natural. No obstante, creo que no podría afirmar que los informantes pueden ser catalogados como homofóbicos. Sin embargo sí pude detectar que en muchos de los casos, la crítica a la homosexualidad se matiza porque los informantes consideran que en el mundo actual ya no se puede hablar como antes de este tema, es decir, con desprecio, o

inclusive con asco, pero que en el fondo de sus concepciones, en general, salvo excepciones, no es algo al menos deseable, lo cual quedó muy claro cuando los interrogué acerca de si les importaría que un hijo varón fuese homosexual. Para ninguno de ellos esto es deseable, aunque en algunos casos la justificación es más social, en términos de que sufrirían mucho, porque la sociedad no ve bien a los homosexuales.

En este tema también hay matices que trataré de mostrar:

Para mi padre la homosexualidad era algo “chocante” y se refería más despectivamente al hecho por relacionarlo con el “afeminamiento”. Para mí también resultan “chocantes” porque toman de la mujer la parte menos profunda como pintarse, ponerse postizos. Pero yo sí soy capaz de tener amigos homosexuales. incluso que han muerto de sida (1-62 años).

En este testimonio de alguna manera se comprueba lo reiteradamente dicho acerca de la conformación de la masculinidad como lo contrario de lo femenino, así como el hondo desprecio hacia las características femeninas.

En otro caso ni siquiera se hablaba del tema:

En mi familia nunca se tocó el tema, para mí era algo tan raro como el divorcio. Yo vine de Toluca a los 18 años y nadie se divorciaba (2-34 años). En otro testimonio que contrasta con los demás, afirma:

No me espanta, es algo que me parece natural; no tengo problema, mi mejor amigo es homosexual (3-38 años).

En otro caso el entrevistado contrasta absolutamente el punto de vista de su familia de origen con su idea personal acerca de la homosexualidad:

Para mi padre la homosexualidad era como un castigo entendido desde la religión católica, una absoluta desviación, algo que no debía ser. Para mí es algo que simplemente sucede, lo admito con tolerancia, al punto de tener muchos amigos homosexuales y ver la homosexualidad con naturalidad en el caso de algún pariente cercano, cosa que no sucede en el ala más conservadora de mi familia. Ahí es mejor no tocar el tema, es como si no pasara (4-46 años).

En otro caso, el entrevistado nunca tocó el tema con sus padres y no sabe lo que ellos pensaron al respecto.

Para mí fue molesto por un tiempo, pues les resultaba atractivo a los homosexuales. Ahora los entiendo y respeto mejor, aunque no me atrae para nada la idea de ser homosexual (7-48 años).

En uno de los casos es importante resaltar la actitud de los padres al respecto:

Mis padres eran respetuosos de los homosexuales. Nunca escuché a mi padre expresarse despectivamente de ellos, aunque supongo que le habría desagradado mucho tener un hijo homosexual. Para mí la homosexualidad no es algo problemático, tengo muchos amigos homosexuales. Incluso recuerdo que cuando era pequeño tenía dudas con respecto a mis preferencias sexuales, porque a veces “cachondeaba con otros niños”. Eso me causó confusiones por bastante tiempo y me angustiaba por el asunto, sobre todo cuando después del nacimiento de mi hijo, porque como me sentí “engañado” por la mujer que quiso tener el hijo sin tomarme en cuenta, dejé de tener relaciones estables con mujeres durante varios años (8-31 años).

Es interesante observar que a pesar de que la homosexualidad puede verse racionalmente con tranquilidad, genera en los varones una angustia muy grande, cuando tienen la capacidad de reconocer que han experimentado dudas personales al respecto. Otro de los entrevistados recuerda que: “para mi padre era una desviación, algo anormal” (9-56 años).

Y aporta una idea interesante para el análisis:

A mi me molesta la homosexualidad masculina, pero la femenina no me molesta, me parece excitante.

En otro caso el entrevistado recuerda

En mi casa se creía que los homosexuales eran muy “cumplidores”, pero en el fondo siempre existía una actitud de burla. Para mí es algo que debe respetarse, pero de ninguna manera la pienso como opción atractiva (10-49 años).

Me parece interesante que justo cuando abordamos este tema, el entrevistado, que practica métodos orientales de sexualidad narra:

Los defensores de la corriente taoísta defienden la idea de que para amar a una mujer o vivir íntegramente la experiencia sexual es indispensable restituir “lo femenino” en “lo masculino”, eso es indispensable en el mundo de la complementariedad del Yin-Yan. En mi pareja actual trato de abrirme a lo femenino y ella a lo masculino.

No fue muy explícito en cuanto a lo que significa esto, aunque narra: “...hacer que el hombre sienta que el sujeto que penetra es la mujer y la mujer sienta que ella es quien penetra”.

En otras concepciones parece que el “ser hombre” no se define con la idea de la penetración, como sucede en general en las sociedades occidentales.

RELATOS DE VIDA ACERCA DE LA(S) PAREJA(S)

Estado civil. Historia. Relaciones con parejas

En cuanto a la historia de relaciones de pareja y los matrimonios considerados por los entrevistados como más relevantes, encontré en las entrevistas una gran heterogeneidad, que me parece relevante destacar.

1. Permanece casado con su primera mujer con la que ya no vive hace mucho tiempo. Ha tenido básicamente tres parejas estables. Ha tenido hijos con dos de esas parejas. Con su primera mujer duró 10 años. Y tuvo con ella tres hijos. Con la segunda mujer tuvo dos hijos. Tiene una relación estable con una mujer con la que no vive.
2. Tiene un solo matrimonio y un hijo pequeño, de siete meses.
3. Casado por una sola vez, ahora separado de ella. Motivación del matrimonio: embarazo de la mujer. Noviazgo corto de 11 meses.
4. Casado por única vez. En proceso de divorcio. 20 años de matrimonio, un hijo de 13 años y una hija de 11 años. Tiene una relación eventual con una mujer que dejó a su marido para emprender una relación con el entrevistado.

5. Un solo matrimonio. Dos hijos varones de 17 y 13 años.
6. Tres matrimonios, en proceso de divorcio actual. Cuatro hijos y dos que adoptó, hijos de su tercera esposa. Tiene una pareja estable con la que no vive.
7. Casado. Un solo matrimonio. Tiene una hija de 13 años.
8. Soltero. Un hijo no planeado ni deseado que actualmente tiene ocho años.
9. Nunca se ha casado. Vivió con una mujer más de 20 años. Tiene una hija de 20 años. Vive en unión libre con otra mujer desde hace casi dos años.
10. Uniones libres. En una de ellas, que considera estable por su tiempo de duración, tuvo un hijo que actualmente tiene 14 años y una hija de siete años. Vive desde hace varios años en unión libre con otra mujer.

Evaluación del entrevistado respecto de sus relaciones amorosas y el papel de la sexualidad en su(s) relación(es)

En el caso de muchos de los entrevistados la sexualidad tiene un papel central en las relaciones de pareja, aunque existen otros factores que consideran también fundamentales.

Para uno de ellos:

...la sexualidad tiene un papel central dentro del matrimonio. Mi primera ruptura puede atribuirse a eso, junto con motivos ideológicos. Tener hijos en el matrimonio también es fundamental aunque no muchos, sobre todo pensando en la mujer. La verdad es que el culpable de mi ruptura fui yo, yo fui quien planteó el divorcio, o más bien la separación porque nunca nos divorciamos. Fui yo quien me enamoré de otra, mi esposa no me decepcionó, ella siempre cumplió con todo lo que habíamos acordado. Me enamoré con una pasión contra la que no podía luchar, y reconozco que no soy capaz de tener relaciones simultáneas, cuando la relación eventual deja de serlo y se vuelve más importante. Reconozco que me hubiese encantado repetir la historia familiar, en la que los hombres y las mujeres tenían funciones bien definidas y diferentes, en las cuales el hombre podía ser el “patriarca”, pero ya no puede ser así “el

asunto” y lo asumí así desde que me casé por primera vez. Mi mujer era lo suficientemente rebelde para no conformarse con ser “la reina de la casa”. Pero ahora que me lo preguntas recuerdo que mi primera esposa no era una compañera afín a mis aventuras sociales, políticas y mi vida sexual no era plena. Ella dosificaba los encuentros sexuales, definía cuando tenerlos y yo viví como chantaje ese manejo de la sexualidad femenina. Sentí que ella trataba de ejercer dominio sobre mí (1.62 años).

Queda claro que ante los cambios experimentados en las actitudes y comportamientos de las mujeres, algunos varones “se han resignado” al cambio y lo han asumido de manera mejor o peor. También se repite en varias entrevistas la idea que los varones tienen de que las mujeres “usamos” nuestra sexualidad para manipularlos, dosifican los encuentros como forma de control y castigo. A pesar de que ellos a menudo superan momentáneamente esa situación, sirviéndoles incluso de justificación para tener con otras mujeres relaciones eventuales. Sucede que en ciertos casos eso constituye un agravio y un factor de separación de la mayor gravedad que, a la larga, conduce a la ruptura definitiva de la pareja; sobre todo cuando las relaciones eventuales se vuelven más profundas y se establece en ellas un vínculo tan profundo o importante para los sujetos que ya no basta vivirlas de esa manera eventual. Parece que para los varones resulta muy importante, no solamente en términos de placer sexual sino de ratificación o engrandecimiento de su autoestima tener como compañera a una mujer que siempre esté dispuesta a tener relaciones sexuales con él. En relaciones posteriores a un matrimonio estable y duradero, parece ser un factor que para ellos es fundamental.

De acuerdo con la etapa de vida del sujeto, sus experiencias, su historia de vida particular y las diversas influencias a las que cada sujeto está expuesto y cómo las asume cada quién, las perspectivas de la vida y de las relaciones en pareja se van transformando. Me parece central apuntar que en el análisis de las entrevistas consideré como factor crucial el hecho de que los entrevistados analizan su vida a partir del momento actual y que resulta muy difícil para ellos, como para todos, eliminar toda la experiencia que ha sucedido desde un evento particular en cuestión. Es decir, la narración es verdadera, pero matizada por la propia vida transcurrida en cada informante.

Es así que por ejemplo uno de ellos establece que:

Después de todo lo que he pasado, en la actualidad me planteo mi relación de pareja como una sexualidad plena, un intercambio intelectual y afecto. Ya no es trascendente compartir la cotidianidad. Es más, si ésta perjudica la relación considero que no debe tenerse (1-62 años).

Al parecer se comprueba que algunos varones son capaces de separar la sexualidad entendida solamente como un hecho carnal del afecto, y cuando eso sucede tienen capacidad de mantener relaciones paralelas, simultáneas. Pero cuando rebasa el asunto puramente de este tipo deciden que tiene que definirse. Algunos varones, como es el caso de uno de mis entrevistados, se siguen sintiendo responsables o quizá incluso “culpables” de la ruptura de su matrimonio y responsables de la vida de su primera mujer.

Evaluación de los entrevistados respecto de las mujeres y su “clasificación” de ellas. Percepción de los entrevistados respecto a la vida sexual de las mujeres en sus relaciones con otros varones

En algunas de las investigaciones que se han realizado respecto a la sexualidad de los varones se establece que ellos, debido a las implicaciones sobre actividad y pasividad y el papel de la penetración sexual en la afirmación de la masculinidad, llegan a tener una imagen escindida de lo femenino. De ahí que encuentren que, en general, los varones dividen a las mujeres en dos tipos: decentes, con las que establecen compromisos y se comportan de manera responsable y con ellas procrean, y las erotizadas, con las que buscan centralmente el placer sexual y que además están, también en general, imposibilitados para integrar tales tipos imaginarios de mujeres (Szasz,1997).

La mayor parte de mis entrevistados declararon que no acostumbran preguntar a las mujeres con las que se relacionan sobre relaciones anteriores, específicamente referidas a la sexualidad. Aunque, algunos de ellos reconocen, sin embargo, sentir celos retrospectivos en varias ocasiones a lo largo de su vida.

Asimismo, en su mayoría no reconocen distinguir a las mujeres en dos tipos: para casarse y reproducirse por un lado y para tener una

sexualidad plena por la otra. Asimismo, en general afirmaron creer que la sexualidad y la reproducción van unidas en cierta etapa de la vida.

Muchos de los informantes se unieron con mujeres con las que previamente habían tenido experiencia en el terreno de la sexualidad, y consideraron que era un aspecto que funcionaba en su relación, es decir, por lo menos al inicio de su relación de pareja lograron con ellas tener una vida sexual plena y sentir placer. En muchos casos, aunque no en todos, los conflictos se presentaron después y en ningún caso se debió a que el entrevistado tuviese un juicio moral respecto de la mujer con la que convive o convivía en cuanto a ser una mujer que sexualmente era “indecente”; es más, en muchos casos atribuyen el problema de la relación a que ya no sentían placer sexual con ella, aunque no es en definitiva el único factor que los llevó a la ruptura de sus relaciones.

De hecho, en su mayoría integraron en su expectativa la pareja sexual, la compañera de vida y la madre de sus hijos e hijas, aunque en una gran proporción el resultado no fuese el deseado.

Antes de casarse hay que cuidarse para no tener hijos. Luego, en su caso, el matrimonio incluye la posibilidad y el deseo de procrear (1-62 años).

Para estos informantes, en general:

Reproducción y placer deben ir unidos para que la relación funcione, con la misma mujer se debe poder tener ambas cosas en cierta etapa de la vida (2-34 años).

Las ideas respecto al matrimonio van cambiando a lo largo del ciclo de vida de los informantes, al menos en la mayor parte de los casos:

Mi idea respecto al matrimonio, inicialmente era la idea del núcleo familiar, heredada totalmente, es decir, la familia era un ámbito estable en el sentido de lo que cada quien debía hacer en todos sentidos, incluso en la cooperación económica. Creía en un principio que la unión debía durar para siempre. Decidí casarme porque estaba enamorado y porque había tenido un noviazgo prolongado. Terminé la carrera y era el momento de casarse. Nunca tuve relaciones sexuales con ella antes de casarme. La vida me enseñó que las cosas cambian (1-62 años).

Otro de los entrevistados, aún joven, narra una historia matrimonial que aún es muy corta en el tiempo.

Hasta ahora mis expectativas se están cumpliendo. Estoy viviendo una relación buena en todos sentidos. Mi esposa ha llenado hasta ahora todas mis expectativas. Mi vida sexual es muy buena, me encanta. Mi paternidad es plenamente planeada y deseada. Hasta el momento no he sido infiel, y no siento necesidad de relacionarme con otras mujeres. Mi vida matrimonial está llena de una serie de proyectos compartidos, estamos de acuerdo en los trabajos que tenemos y en cómo los hacemos, nos coordinamos para atender al niño, yo de verdad siento admiración por el desarrollo profesional de mi esposa. En serio si de repente ella me dijera que, como es tan exitosa, ahora le ofrecen o puede tener un trabajo en el que va a ser millonaria y muy feliz, y pues yo tengo que quedarme en la casa y cuidar más tiempo al niño, porque ahora es ella la que dedica más tiempo, pues yo lo haría con gusto. Es un proyecto de los dos, bueno ahora de los tres (2-34 años).

Este entrevistado parece pertenecer a esa nueva generación de padres de familia y esposos que no dividen a las mujeres en relación con sus funciones respecto a ellos, o que las clasifican de acuerdo con sus comportamientos sexuales.

A mi en serio me encanta vivir con una mujer que tiene necesidades sexuales, que las manifiesta y que las satisface junto conmigo. No estoy preocupado por mi rendimiento sexual. Se que soy diferente a muchos amigos, pero por lo menos hasta el momento no por eso cambio mi manera de ser en mi casa que puedan perjudicar mi matrimonio. Curiosamente mi esposa es más celosa que yo, quizá porque en la sociedad en que vivimos se da por hecho que el hombre será infiel y ella no lo toleraría. Yo en cambio, quizá porque le tengo tanta confianza a ella, si me fuera infiel creo de verdad que sería comprensivo, en el sentido de que trataría de encontrar las causas, o sea porqué lo hizo (2-34 años).

Fidelidad/infidelidad

Este testimonio viene a contradecir algunos estudios, cuyos resultados dan a conocer que en general los varones ven de una manera su propia

infidelidad, casi como natural o incluso benéfica o válvula de escape a la infidelidad conyugal, pero son absolutamente renuentes a admitir que su mujer sea infiel. Reproduciendo esa doble moral prevaleciente, estas investigaciones establecen que se trata de hombres que no están dispuestos a transformar el orden genérico que legitima el control de la sexualidad (Hernández, D., 1996). Al parecer, al menos en el discurso, este informante sí está dispuesto a hacerlo.

Otros informantes, sin embargo, vienen a comprobar que parece generalizable lo que estas investigaciones establecen en cuanto a la percepción masculina de su propia infidelidad y la que tienen respecto a la de las mujeres.

La infidelidad es una práctica con fuertes cargas de género, el juicio moral en general, es muy distinto si el actor de la infidelidad es varón o si es mujer, constituyéndose este tema como central para documentar elementos de la doble moral prevaleciente. En la mayor parte de las entrevistas que realicé pude comprobar que una proporción muy alta de los varones entrevistados han sido infieles en distintos momentos de su vida. En algunos casos pude constatar, como lo establecen otras investigaciones, que el sujeto asimila su infidelidad como una forma efectiva de salir del tedio de su matrimonio o relación estable (*ibid.*). Asimismo, es de destacarse que la percepción respecto a la infidelidad en algunos de los casos ha ido transformándose en diferentes etapas del ciclo de vida del sujeto, mientras que en otros casos desde el inicio de sus relaciones de pareja hasta el día de hoy, la infidelidad masculina es vista como un hecho de lo más “natural”, que inclusive no cuestiona el amor que se siente por la pareja estable.

La fidelidad dentro de la pareja la doy por hecho, aunque yo he sido infiel y me han perdonado. He tenido relaciones sexuales con mujeres casadas y no pienso mal de ellas. Tanto la infidelidad femenina como masculina son imperdonables. Pero en relaciones estables y duraderas la infidelidad puede ser positiva, constituye una válvula de escape (1-62 años).

El entrevistado ha sido infiel, pero sus parejas, al menos según cree, nunca le han sido infieles. No ha confesado sus infidelidades, solamente en el caso en que decirlo fue el argumento de su ruptura matrimonial.

Esta actitud corrobora lo que otras investigaciones han informado en el sentido de que es común entre los varones la idiosincrasia de jamás “confesar” la infidelidad (*Ibid.*). Uno de mis entrevistados me dijo:

Mi papá me enseñó que aunque mi mujer tuviera pruebas irrefutables de que yo había sido infiel, siempre debería negarlo, crecí con esa idea y así lo he vivido siempre. A pesar de que no soy totalmente feliz en mi matrimonio, el tener otras relaciones eventuales me permite seguir adelante en mi matrimonio sin mucho sufrimiento, además no perjudico en nada mi relación de pareja y menos aún a mis hijos, que me importan mucho (5-45 años).

En el caso de otro informante narra su historia de infidelidades:

Empieza la historia de mis aventuras eventuales, cualquier muchacha en el trabajo que esté dispuesta a tener sexo conmigo. Incluso llegué a tener sexo en la oficina. Nunca he sentido culpa. Nunca lo he hablado con mi esposa, aunque supongo que ella lo sabe desde el principio (3-38 años).

La historia de aventuras o relaciones paralelas de carácter sexual aparece en esta narración muy acorde con el estereotipo masculino. Él tiene necesidades sexuales que no son satisfechas por su mujer, por tanto considera tener todo el derecho a buscar satisfacción fuera del hogar, y el sentimiento de culpa está ausente. En este mismo tono otro de los entrevistados dice:

...si no estoy satisfecho con mi pareja tengo todo el derecho de tener otras relaciones, siempre y cuando con éstas no se establezca un compromiso que afecte a la familia. Yo soy honesto con todas; con mi esposa porque hasta hace poco fui muy discreto y ella no supo de mis relaciones; con las mujeres con las que me relaciono fuera del matrimonio también soy muy honesto porque nunca las he engañado, ellas saben cuál es mi condición de casado y así lo aceptan (4-46 años).

Una vez establecida su condición de “casado” el entrevistado va por la vida convencido de que es un hombre “honesto”. Está convencido de que por dar tal información su(s) pareja(s) eventuales ya no tienen nada que reprocharle y en todo caso, los sentimientos derivados de la(s) relaciones amorosas paralelas que establece son bien manejados por el

entrevistado, y no le preocupa realmente los sentimientos de las otras mujeres.

En otro caso el entrevistado establece que siempre mantiene relaciones sexuales con otras mujeres, aunque considera que su matrimonio es relativamente feliz, y lo valora como algo natural y positivo.

A mi sí me importa que mis parejas queden satisfechas y aunque puedo tener sexo sin afecto no quedo satisfecho como cuando el sexo va acompañado de una relación más profunda en el terreno emocional. Amo a mi esposa más que a las demás mujeres con las que me relaciono. No tengo problemas éticos de ninguna naturaleza en estas cuestiones (7-48 años).

Ante la pregunta de qué pasaría si su esposa también tuviera relaciones sexuales con otros:

No es algo de lo que se habla, yo tampoco le cuento mis aventuras. En todo caso, si las tiene ella, prefiero no saberlo. Permanezco al lado de mi esposa no solamente porque tenemos una hija que adoro. A ella también la amo y tenemos grandes afinidades. Para mí eso no tiene nada que ver con la "infidelidad". Solamente en el caso de que sintiera que mi relación matrimonial pierde equilibrio y me enamorara de otra persona con la que quisiera vivir rompería mi matrimonio.

En las narraciones aparece también el caso de un informante que ha tenido una vida en pareja con varias mujeres. A veces períodos cortos, a veces más largos. Encuentra que su mala relación actual tiene que ver con una relación previa con una mujer mayor que él, bastante más preparada que él y que cuestionaba muchas cosas que parece ser él no comprende, a partir del psicoanálisis. Pudo detectar que el problema central con ella fue la falta de compromiso por parte de él y su irresponsabilidad. Después de varios ultimátum ella lo dejó definitivamente y me parece que él quedó como marcado, como con un sentimiento contra las mujeres. Es un pasado que para él es muy difícil de superar.

La reproducción de este tipo de modelo de generación en generación queda nítidamente expuesto en esta narración. Caso que podríamos denominar "crónica de una infidelidad anunciada":

He oído a mi suegra dar por hecho que tengo otras relaciones y que ni modo así son los hombres, todos los hombres, así ha sido y será siempre. La historia de todas las mujeres de su familia por generaciones es que “han sido dejadas” (3-38 años).

Al conocer la historia de las mujeres de su familia política él tiene aún más control y poder sobre su esposa.

Yo sé que en ella está siempre presente el miedo al abandono y que puedo hacer con ella lo que quiera, faltarle al respeto cuando quiera al fin que sé que ella no me dejará nunca, y es más me suplicará que no la deje.

Socialmente, por generaciones es aceptada la manera típica de ser de los hombres, y el mensaje familiar y social es que hay que aprender a contender, a manejar la situación, pues ésta es inmodificable. En este caso el entrevistado narra por ejemplo que, después de un tiempo:

Mi suegro regresó y fue aceptado y ese es el patrón de normalidad de las relaciones para mi esposa. En esa casa se da “hasta la homosexualidad”, a mí me lo cuentan porque soy más abierto (3-38 años). Yo sé que en la familia de mi esposa “era chocoso” un divorcio. Yo me he ido de mi casa en dos ocasiones pero he regresado. Incluso y a pesar de lo pésima que es mi relación tuve una hija más en este matrimonio y por ella regresé otra vez. Mi esposa me ruega cuando me voy y me dice que me dará toda la libertad y no me molestará, con tal de que siga viviendo con ella. Vivo ahí por lo mucho que extraño a mis hijos.

Para el análisis de estas conductas creo muy pertinente la aceptación de poder aportada por Foucault (acto en el cual intervienen sujetos ...susceptibles de movimiento y libertad y en el cual alguno induce al otro a realizar una acción. Este modelamiento de la acción se puede ejercer a partir de una serie de tácticas y estrategias. Foucault, 1992: 238). Estas ideas ante relaciones en las que las que el poderoso ejerce poder sobre una persona que tiene la capacidad de resistirse a tal poder, pero no lo hace por algún motivo, son explicativas de historias como las dadas a conocer en esta narración. La mujer de la pareja lleva a cabo estrategias de acomodación en búsqueda de su objetivo central: que él no la deje, tal vez resista en algunos aspectos, pero si tomamos en serio la narración del informante es claro que la mujer no solamente vive

un proceso cotidiano de subordinación, sino que paralelamente es fácil imaginar el nivel de baja autoestima que ella tiene para comprender que pueda vivir una relación tan negativa y conflictiva y que, además, siga teniendo hijos e hijas con este sujeto.

Es muy interesante la narración de este informante acerca de una de sus relaciones extramaritales.

A. Es una mujer muy bella, trabajando me la encontré y tuvimos una relación de tres años. Ella sabía que yo era casado y no le importaba. Me enamoré profundamente, pero en cuanto ella empezó a presionarme y enfrentamos un problema de lejanía geográfica que a mí ya me implicaba esfuerzo. empecé a fijarme en otras mujeres. De la siguiente no me enamoré, pero me lo inventé para poder dejar a la amante permanente. En el fondo reconozco que no quería dejar a mi familia y que cualquier relación que pone en peligro esa “estabilidad” hago hasta lo imposible por destruirla. Con la compañera de escuela, a la que no amé, me llamó la atención como reto. Metí el dedo en la llaga de un ser humano que aparentemente se cree íntegro. es divertido moverle el piso a alguien que ha vivido en una jaula maravillosa. A mí la ruptura no me dolió en absoluto. Ella me calificó como “terrorista emocional”. A mi me da lo mismo (3-38 años).

En esta narración aparecen también elementos típicos de la masculinidad que abordé en el capítulo correspondiente; según varios teóricos puede ser definida como dominante: control sobre las mujeres, reto, sentimiento de hombría como control de mujeres, falta de compromiso emocional y nuevamente oposición a ser “controlado” o “presionado”, Cuando con las relaciones extramaritales empieza a repetirse la historia del matrimonio, éstas ya carecen de sentido. Existen para darles a ellos lo que necesitan, no para complicarles la existencia.

Para que el lector no se quede con la duda del final de esta extrema narración les diré que el entrevistado me narró:

...eventualmente continué la relación sexual con mi amante estable, pero ya no me sentía tan pleno, aunque físicamente sí; entonces dejé la relación y ella se embarazó de otro novio, pero me volvió a buscar, no se casó con el novio, padre del hijo, sino que se mantuvo como mi amante. Si-

multáneamente y dado que mantenía relaciones sexuales con mi esposa cada mes y medio, ésta quedó nuevamente embarazada (3-38 años).

Ante este tipo de narraciones no puedo obviar la consideración de que para que existan varones que se relacionan con mujeres de esa manera, es indispensable que haya mujeres, que por muy diversas razones, los toleran e incluso los estimulan. Siguiendo con el análisis de esta entrevista introduzco un tema que me parece interesante en el desarrollo de la investigación:

Expectativas y evaluación de los entrevistados respecto de su(s) matrimonio(s) y unión(es) de pareja

Como se ha establecido en investigaciones relativas al matrimonio y la vida en pareja (Vivas, 1993) para Emile Durkheim el matrimonio protege al ser humano de la anomia. Para otros autores (Berger y Kellner, 1993), el matrimonio es una de las relaciones sociales creadoras de orden y sentido, un instrumento a través del cual el individuo construye y transforma una realidad cargada de significados. En todo caso, el matrimonio ha sido considerado como un paso de singular importancia en la vida de todos, hombres y mujeres.

En el mundo de hoy, el matrimonio, así como muchas de las formas de pareja tradicionalmente consideradas como las dominantes en el mundo, están siendo cuestionadas en la práctica. El matrimonio en sí es una de las instituciones más cuestionadas en las prácticas sociales en muchos países del mundo, al menos en lo que se refiere a concebirlo como “para siempre” o como la “única forma de vivir”. Hoy más que nunca existen personas que ya no viven en matrimonios o en uniones estables y en muchos casos las familias ya no cumplen con el modelo tradicional de padre- madre e hijos todos juntos en una misma casa.

Las uniones de los entrevistados con las mujeres han tenido diversos procesos y motivaciones y también podemos encontrar ciertos puntos en los que convergen.

En lo que se refiere a la importancia que los entrevistados atribuyen a la sexualidad en su vida de pareja para muchos de ellos constituye un elemento central, pero no el único. Se presentan varios casos en los que la sexualidad de la pareja es calificada de esporádica y pobre, y aun-

que para muchos de ellos este problema es grave y casi definitorio de la felicidad conyugal o de pareja, continúan unidos.

En el análisis de algunos informantes el problema de las uniones actuales es que se vive demasiado tiempo y las relaciones de agotan, son insostenibles por el paso del tiempo.

Me casé con la idea de vivir para siempre con mi pareja. No tanto por principio religioso, sino “por voluntad civil”. Hoy veo que dada la esperanza de vida eso ya no es lógico, antes era posible porque la gente vivía 35 años, pero ahora vive más del doble. Hoy sugeriría hacer contratos por cada cinco años. Yo me casé muy enamorado “o me casaba con ella o me moría”. Hoy me moriría si no logro separarme de ella pronto porque nuestra vida en común de mucho tiempo atrás resulta insostenible (4-46 años).

Para este informante la idea de tener hijos dentro de sus expectativas matrimoniales es central:

La idea de matrimonio siempre estuvo ligada a la idea de procrear, el sentido de la vida desde mi formación en la adolescencia estaba en tener hijos. No concebía la idea de un matrimonio sin hijos. La verdad es que ellos han tenido mayor importancia que la pareja durante toda mi relación, desde su nacimiento. Estuve a punto de divorciarme y presioné mucho porque mi esposa no quería tener hijos. Para mí la sexualidad es un punto importante pero no definitivo. Si mi esposa hubiese sido buena madre yo habría podido vivir con ella indefinidamente, pero como no lo es, aunado a otras deficiencias, me estoy divorciando (4-46 años).

Su vida matrimonial y el amor que dice tener por sus hijos no impide de ninguna manera que él tenga relaciones extramatrimoniales de carácter sexual, sin sentir la menor culpa, como se ha demostrado es un hecho generalizable en la concepción de muchos varones. Para varios de los entrevistados el matrimonio como tal no es esencial, algunos de ellos incluso se han negado a lo largo de toda su vida a institucionalizar su unión, otros a pesar de verlo de manera crítica, cuestionándolo, sí se han casado y, por cierto, varias veces.

Para uno de ellos:

El matrimonio no es más que un condicionamiento social para legalizar la unión de una pareja dentro de la sociedad. La pareja es mucho más

que eso, y la unión tiene que durar solamente hasta el punto en que la pareja funcione. Yo no clasifico a las mujeres: una para procrear, otra para el placer sexual sino que en la misma persona se debe poder encontrar todo si no, no funciona. Mis relaciones matrimoniales han estado determinadas por la presencia de embarazos. En mi primer matrimonio la decisión de casarme la tomé porque ella se embarazó y aunque perdió al niño yo sentí un compromiso moral. Nos casamos y al poco tiempo ella se embaraza, y un poco después nos divorciamos. Luego me casé con una mujer que también se embarazó. tomamos la decisión de abortar, me casé con ella porque consideraba que ahora sí podría ser feliz con ella, tuve dos hijos con ella y me divorcié. En la tercera unión estoy convencido de que hubo manipulación, ella ya tenía dos hijos, quería que yo fuera su padre y además tener otros conmigo y que yo me hiciera responsable de todos (6-49 años).

El entrevistado en la evaluación de sus matrimonios asegura haber pasado: “de lo malo a lo mediocre en los tres casos”. Los problemas centrales que él detecta son:

Falta de comunicación y de objetivos comunes, además de falta de estimación en la pareja. Nunca he admirado a ninguna de las mujeres con las que me he casado. Mi idea respecto a un buen matrimonio es equivalente a una buena pareja y requiere comunicación en todos sentidos, emocional, intelectual. social. Aprecio y amabilidad. Una buena relación sexual es también esencial (6-49 años).

No fue posible conocer por qué, desde su perspectiva, ha tenido tantas rupturas matrimoniales derivadas no de la motivación que él expresa, la incomprensión de su paternidad, sino respecto a elementos de su propia manera de ser y comportarse cuando está casado. Es interesante también resaltar el hecho de que a pesar de que manifiesta que un problema serio en sus relaciones con las mujeres es que no le merecen realmente admiración y respeto, pues siempre son como seres que tratan a toda costa de “atraparlo”. Ha tenido una historia reiterada de relaciones con el mismo tipo de mujer: aquélla que busca a toda costa embarazarse como una forma de garantizar, si no la permanencia de su pareja, sí al menos la seguridad de que contará con recursos económicos y un padre que se ocupa mucho de sus hijos e hijas. Durante la entre-

vista pude constatar que este proceso a lo largo de su historia de vida ha sido analizado por el sujeto y que, en el presente, intenta construir una relación amorosa con una mujer independiente, que además y eso es para él fundamental, ya esté impedida físicamente para la procreación. Considera que teniendo cada uno sus propios hijo(a)s y responsabilidades hacia ello(a)s la relación podrá ser mejor.

Otro de los entrevistados centra su clasificación de “tipo de mujeres” en la esfera de la sexualidad, pero no en cuanto a una evaluación “moral”.

Para mí hay dos tipos de mujeres: calientes y no calientes, nunca hablaría de ellas, como muchos hacen como decentes o indecentes ni es en función de eso que las vea una sola vez o que permanezca en una relación. El sexo es fundamental en la vida de los seres humanos. Es algo “liberador”. Un problema central del matrimonio es que “mata la pasión”. El matrimonio debe durar solamente hasta que se logra mantener un equilibrio entre las cosas positivas y negativas de una relación. Yo me casé por complacer a la mujer que es mi esposa. El matrimonio en sí mismo no significa nada “es un papelito, social”. Pero la complací porque a las mujeres sus familias les exigen casarse. Aún en la actualidad, algo que me molesta de mi esposa es que ella tiene una relación de demasiada dependencia respecto a su madre, a mí me gustaría que ella fuera mucho más independiente. En mi matrimonio existe amor y afinidad. Pero eso no impide que yo tenga relaciones sexuales con cuanta mujer quiero y no por eso mi matrimonio está cuestionado. Simplemente si alguien me gusta y se me ofrece la oportunidad, no la desperdiciaría jamás. Un factor central de unión en mi pareja es mi hija, que fue producto de una decisión de pareja. Mi relación sexual con mi esposa se ha enfriado porque no hemos tenido suficiente creatividad para crear juntos “imágenes sexuales”. Pero entre nosotros hay un entendimiento y una plática madura. Ella siempre tiene menos ganas que yo de tener relaciones sexuales, no le gusta innovar y yo la respeto, nunca la obligo a tener ciertas prácticas que a mí me gustarían. Las tengo fuera de mi casa. La cuestión sexual es central en la vida. Yo tengo una sexualidad “irrefrenable” y no estoy dispuesto a refrenarla, no se porqué o para qué hacerlo (7-48 años).

Este es un caso en el que sí se cumple plenamente el estereotipo de la sexualidad masculina como irrefrenable. En muchos casos pude comprobar, a través de las entrevistas que realicé, que no se ha dado un cambio radical en los valores tradicionales masculinos en relación con la sexualidad, y que en el fondo persiste en muchos de ellos la “doble moral” (Arias y Rodríguez, 1995). Es decir, que aun en este tipo de varones, o en muchos de ellos existe un juicio diferente para el comportamiento masculino que para el femenino, en el terreno del ejercicio de la sexualidad. Asimismo pude corroborar que para algunos de los varones entrevistados muy en el fondo, como se ha documentado en otras investigaciones (Castro y Miranda, 1996), se considera natural que la mujer ejerza control de sus deseos sexuales, mientras que para el varón también es casi natural que no lo ejerza, es más, es sano que de rienda suelta a sus deseos sexuales, con cuanta mujer tenga a su disposición.

Para otro de los entrevistados, en contraste, matrimonio y procreación no tienen porqué estar unidos, es más, es posible que no esté dentro de sus planes el reproducirse

Lo que sí debe estar unido es la pasión y el amor con la misma persona, no tener en una persona un aspecto y con otras lo demás. Eso para mí resulta absurdo (2-34 años).

Dos de los sujetos entrevistados coinciden en haber tenido vida en pareja pero nunca matrimonios, institucionalizar las relaciones de pareja no es algo que para ellos tenga validez alguna y el hacerlo incluso representaría como faltar a principios fundamentales. No tiene nada que ver con la idea del compromiso. Han tenido relaciones largas y han procreado. De alguna manera han ejercido plenamente su paternidad, e incluso han participado en la crianza de los hijos mucho más que otros entrevistados que han institucionalizado sus relaciones. En ambos casos la paternidad fue hablada y constituyó una opción, no fue una casualidad. En ambos casos tenían ya una edad madura cuando formaron una familia. En ambos casos rompieron con sus parejas estables con las que procrearon, pero mantienen una relación cordial. En ambos casos el problema de la afinidad y la construcción de una sexualidad permanente y grata, que no fue posible, son definidos como causas centrales de sus rupturas de pareja. En uno de los casos, quizá por la generación a

la que pertenece y la ideología de “izquierda” que afirma tener, durante un periodo largo las relaciones paralelas y simultáneas de ambos miembros de la pareja eran vistas con naturalidad. En ambos casos en plena madurez dicen haber comprendido que es indispensable la fidelidad a la pareja para construir con ella una verdadera relación, por la que hay que trabajar cotidianamente, que no está dada y que requiere de mucho cuidado para que pueda perdurar. Los entrevistados en cuestión fueron adolescentes o vivieron su juventud durante el movimiento del 68, aspecto que debe destacarse porque se trata de una generación que cuestionó y pretendió transformar no solamente la democracia formal, sino también las prácticas de la cotidianidad, incluida la sexualidad, la reproducción, las relaciones con las mujeres, e hicieron un cuestionamiento serio a los modelos de familia y de relaciones.

Uno de los entrevistados narra porqué no considera que el matrimonio sea una opción y los argumentos diferentes que en cada periodo de su ciclo de vida han sido los fundamentales:

En un principio, cuando pensé en ese tema eran finales de los sesenta, no hay que olvidar que yo era un joven activista en el 68. En ese momento de mi vida el matrimonio no era aceptable porque sabíamos que la familia como la conocíamos no funcionaba, y en ese momento revolucionario en verdad teníamos esperanza de construir un mundo nuevo; parte de eso era transformar las relaciones de pareja, el matrimonio y la familia en general. Más adelante vimos que no pudimos transformar ese mundo, como que en lo social había ya menos esperanza, pero individualmente no era concebible la idea del matrimonio. En esta etapa de mi vida insisto en que una relación amorosa debe durar mientras existe amor, que no sirve de nada institucionalizar una relación, que más bien puede ser nocivo y a veces hacer que la gente se quede junta por más tiempo de lo que se debe y eso solo provoca mayores problemas y sufrimiento. Yo no creo que esa estructura sirva, aunque no hemos inventado una nueva. Recuerdo a una amiga que dice: vivimos en un mundo que se está muriendo, pero no se acaba de morir, algo está surgiendo, pero no acaba de surgir, es por eso que no creo en el matrimonio, no creo que ayude a las relaciones de amor (9-56 años).

En este aspecto estos informantes no han cambiado su punto de vista al pasar por distintas etapas del ciclo de vida, aunque las argumentaciones se han ido matizando. En otros aspectos como en el de relaciones simultáneas tanto de hombres como de mujeres (también muy de moda en el 68), su cambio es bastante radical y ahora piensan que es preferible concentrarse en la construcción de una sola pareja con la que se puedan hacer coincidir todos los aspectos de convivencia, compañerismo, compromiso, sexualidad y en ocasiones procreación y formación de los hijos e hijas de ambos, derivados de relaciones de pareja anteriores.

RELATOS SOBRE SU REPRODUCCIÓN

En este tema encontré también muchas coincidencias y algunas divergencias. En una misma entrevista hay cambios en la apreciación del entrevistado dependiendo de la etapa del ciclo de vida en la que se ha reproducido, y también en función de la construcción de cada una de sus parejas con las que han procreado.

De mi primera relación recuerdo que mis dos primeros hijos fueron muy deseados. Mi primera hija es mujer y eso era muy deseado por mí. El segundo hijo también fue deseado y planeado, no así el tercero que llegó un poco inesperado. Yo planeaba irme solo a Francia y “salió” embarazada mi mujer (1-62 años).

Es interesante el término “salió” sobre todo porque se trata de un sujeto que dejó, al menos en una larga etapa de su vida reproductiva, en manos de sus parejas la planificación familiar.

También es interesante apreciar que para algunos varones es imposible o por lo menos poco deseable negarse a tener hijos con la mujer con la que viven, pues lo consideran un derecho de la pareja. En este sentido existe en mi investigación una gran coincidencia con otras como la realizada por María Coleta De Oliveira (1999) en Brasil muy recientemente.

Con mi segunda mujer no se planearon los hijos, yo no había pensado en eso, porque ya tenía mis propios hijos, pero eso es algo que no se le

puede negar a nadie. En mi primera relación no sólo sentía la necesidad de reproducirme, sino el gusto de hacerlo. En la segunda, más bien tuve que aceptar mi responsabilidad. Lo hice por complacerla a ella y por cumplir una especie de deber de pareja. Hay que compartir el espacio. Tuve un enorme conflicto personal, pues pensé que mis primeros hijos se sentirían desplazados, pero lo asumí y a la larga se tratan “como verdaderos hermanos” (1-62 años).

El entrevistado le atribuye todo el derecho de procrear a las mujeres, al punto de que manifiesta:

La mujer tiene el derecho de embarazarse, aun sin el consentimiento de su compañero, lo que no se vale luego es cargarle la responsabilidad, pero aún así ella está en todo su derecho. Lo que no se vale es engañar a otro, tener un hijo como forma de chantajear al otro, pero si es un deseo real de ella, nadie puede quitarle ese derecho (1-62 años).

En las entrevistas aparecen muy diversas situaciones. En algunos casos los hijos e hijas fueron deseado(a)s y planeado(a)s en pareja, en otros son accidentales, en otros incluso nacieron a pesar de la oposición expresa el varón.

Inclusive apareció en la investigación un caso de un varón que ha tenido no uno sino varios hijos no deseados, él habla de:

Embarazos no deseados, aunque después del nacimiento muy disfrutados. No los planeé, no era parte de mi proyecto, los asumí porque llegaron y ahora son fundamentales en mi vida (6-49 años).

Pude constatar que existen muy diversas concepciones, experiencias, expectativas de varones entrevistados en cuanto a su reproducción y respecto a su significado como parte del proyecto de vida personal y de pareja. Parece generalizable el hecho de que independientemente del deseo previo o no de reproducirse, una vez que nacen los hijo)(a)s ellos se involucran emocionalmente a fondo con sus hijos e hijas y asumen diversos grados de responsabilidad y compromiso, pero, al menos en estas entrevistas, en ningún caso les es indiferente. Inclusive, al menos en el discurso manejan la presencia de los hijos como factor de permanencia en la pareja, aunque eventualmente se separen, lo cual todavía implica en muchos casos una importante transgresión de normas esen-

ciales de sus familias de origen. El caso más extremo en cuanto al deseo de tener hijos es el de un informante para el que:

...tener hijos representó el centro de toda mi vida. Planeé todos mis proyectos en función de ser padre. Curiosamente me casé con una mujer que deseaba tener un buen matrimonio pero no tener hijos. Yo presioné de forma radical y absoluta sobre ella y después de ocho años de matrimonio tuvimos el primer hijo, tres años después a una hija y a partir de entonces mi relación con mi esposa se fue deteriorando al punto de que estamos por separarnos y que yo vivo, he vivido la manera que ella tiene de ser madre como algo pésimo, es violenta de distintas formas. Es incomprensiva, e incluso irresponsable. Esa es una parte que no puedo perdonarle. Siempre ha estado como de mal humor, como obligada (4-46 años).

Es interesante observar que para este varón la paternidad ha sido el centro de su vida. Lo vivió así desde niño. Creció creyendo que ese proceso era lo que le daría la verdadera hombría, pero también la verdadera felicidad. Apesar de querer mucho a su esposa, de alguna manera fue para él una especie de vehículo para reproducirse. Por ello cuando ella se negó, según él a pesar de saber lo que él deseaba y cómo lo deseaba desde antes de casarse, a tener hijos, él la amenazó con divorciarse, ella cedió, pero según se puede ver en las consecuencias no cambió su deseo profundo y no pudo asumir su maternidad de manera positiva, según la narración del informante que centra su relación en sus hijos. Él se puso en el plan de:

...estar aliado de mis hijos aún en contra de ella, o más bien defendiéndolos de ella, de sus malos humores y frustraciones.

En contraste otro de los entrevistados me dijo:

Siempre he vivido la paternidad como una imposición, como que yo solamente he asumido la responsabilidad pero no he participado, o no me han permitido participar en la decisión de tener hijos. Aunque siento esto, lo siento solamente durante el embarazo, pues una vez que nacen asumo mi paternidad muy contento y plenamente (6-69 años).

En otro caso el embarazo de la pareja del informante no solamente no fue planeado sino que constituyó una sorpresa, él no participó de manera alguna en la decisión:

Yo tenía 22 años y tenía una relación tipo noviazgo eventual con una jovencita. Ella me dijo que tomaba precauciones para no embarazarse y sin embargo se embarazó. Yo no quería ser padre en ese momento, pero ella decidió que tendría al niño. En un principio yo tenía incluso dudas respecto a que yo era el padre, porque ella tenía otras relaciones; o más bien no sabía si ella había tenido relaciones con otros jóvenes, pues su idea de la sexualidad es bastante abierta. Con el paso del tiempo y por presión de mi mamá asumí que era mi hijo. Él vive en provincia y lo veo solamente de manera eventual. Ahora, estoy convencido de que es mi hijo, porque se parece mucho a mí, físicamente. Tengo la sensación de que ella pensó que al tener el hijo yo establecería una relación permanente con ella. Eso no sucedió porque no estaba en mis planes y tampoco la quería. Para ella yo tenía el problema de falta de madurez y quería ayudarme a alcanzarla dándome un hijo, a pesar de que explícitamente se reconoce como una persona inestable y que tenía varias relaciones de pareja de manera simultánea. Para mí existe la certeza de que fui “engañado” y creo que a causa de esto perdí la confianza en las mujeres: tuvieron que pasar muchos años para que me volviera a relacionar más seriamente con alguna mujer (8-31 años).

Parece corroborarse la hipótesis de que la sexualidad para algunos varones es una esfera que puede estar separada del afecto profundo. Pueden tener relaciones sexuales eventuales con mujeres a las que no respetan, no admiran y de las cuales tienen una idea bastante negativa. Se podría decir que se trata de una imagen escindida. Por otra parte, y aunque esto lo trataré con mayor profundidad más adelante, en muchos casos la planificación familiar parece ser aún un asunto femenino. A pesar de tratarse de relaciones sexuales eventuales con mujeres que ellos mismos califican de “promiscuas”, ellos no asumen la responsabilidad de la posibilidad del embarazo y más aún no toman las precauciones necesarias para prevenir enfermedades de transmisión sexual.

En otros dos casos los varones informantes planearon junto con sus parejas, luego de establecer una relación estable que consideraban

duradera, la posibilidad de su paternidad. Se trata de niños y niñas que fueron plenamente deseados y planeados. Se trata también de varones que participan activamente en la planificación familiar con las mujeres con las que se han relacionado. Ellos definen a la paternidad como parte esencial de su proyecto de vida, con independencia de la permanencia de la pareja y se trata de padres presentes y afectuosos desde la crianza de los niños y niñas y en la formación posterior de ellos. Vale la pena resaltar que en los dos casos los informantes nunca se han casado, por las razones ya expuestas dadas por ellos mismos.

En general es interesante apuntar que en la mayoría de las entrevistas pude captar que a pesar de decir que desearon y planearon a sus hijos e hijas, la paternidad se ha dado más como un hecho “natural”, que como una decisión razonada, y constituye para ellos parte del proceso de madurez del sujeto, que en el fondo desea trascender. En muchos casos me dijeron que los hijos no pueden planearse tanto porque no se tendrían, que si se razona mucho es mejor abstenerse, que por eso en muchos países las personas ya no quieren procrear. Además parece que la procreación es como un paso necesario, como el siguiente escalón que hay que pasar después de que una relación se estabiliza y muchas veces como fuente de innovación en la pareja, como un factor que posibilita continuar la relación de pareja, manteniendo cierto sentido en la misma.

Matrimonios derivados de embarazos y casos de embarazos no deseados por los entrevistados

Como apunté anteriormente, en las entrevistas aparecieron varios casos en los que el informante ha vivido la experiencia de ser padre sin desearlo, sin planearlo e inclusive habiéndose opuesto abiertamente al hecho. En algunos casos el embarazo llevó al entrevistado a contraer matrimonio. Uno de los informantes aceptó el embarazo, incluso pidió a su pareja que no abortara. Antes del nacimiento del bebé se iniciaron los problemas.

Es interesante observar la evaluación que él hace del hecho:

Estoy convencido de que mi esposa, como muchas mujeres, se embarazó para evitar que la abandonara y lo logró. Pero ella paga el precio del

maltrato cotidiano, la indiferencia y el reproche constante pues “ella me impuso una hija”. Yo tengo un enorme rencor hacia mi esposa porque pudo haber sido un buen matrimonio y ella echó a perder todo (3-38 años).

Las razones que argumenta para que su relación matrimonial sea tan negativa se refieren a demasiada interferencia de su familia política, sobre todo el mensaje que dieron a su esposa:

“...todos los hombres somos unos cabrones, todos son borrachos, todos son unos pendejos y tú tienes que controlarlos”. Esa idea del control me enfurece y por eso mi matrimonio es un pequeño infierno. No le he pegado, pero ganas no me han faltado. Nunca vi que mi papá le pegara a mi mamá y por eso lo veo antinatural. Quiero pegarle porque ella me hace enojar a propósito, me reta, yo digo que está loca y enferma. Sobre todo en presencia de los niños a ella le gusta generar la violencia entre nosotros. Creo que mi mujer en resumen es muy tonta. La amenazo con abandonarla y le pongo ejemplos de las parejas que nos rodean. Ella en realidad odia todo lo que yo hago, todo lo que a mi me gusta, le parezco inútil y ridículo, pero dice que no puede vivir sin mí. Yo estoy seguro de que lograré dejar a mi esposa. Ahora me limitan por un lado mis hijos y la falta de estabilidad en el empleo, pero tengo esperanza que tarde o temprano lograré liberarme de ella, aunque los niños sean poderosas cadenas que me atan a un matrimonio sumamente dañino (3-38 años).

Ante la pregunta expresa de si él se está vengando de las mujeres, la respuesta inmediata es no. Pero parece que las mujeres siempre tienen la culpa de todo y por eso él no tiene que sentir remordimiento alguno, haga lo que haga. Ellas siempre o lo agreden o lo presionan. Eso él no lo puede soportar. Entonces las abandona o les es infiel. Además para él ellas, salvo excepciones, no lo comprenden y no saben comunicarse. En cambio él se comunica a la perfección. Un “incomprendido” total.

Los típicos y documentados elementos de valoración o falta de la misma por parte de los varones hacia las mujeres aparecen nítidamente en esta narración. Estrato social y económico de origen, relaciones de la mujer con su familia de origen, cumplimiento por parte de la mujer de papeles tradicionales, cuestionamiento al varón en sus relaciones sociales y familiares y de manera central actividad sexual no satisfactoria para

el varón, que por supuesto atribuye a las fallas de ella. Un elemento que en este caso aparece de manera central como elemento de conflicto permanente es el relativo al sentimiento del varón de que su mujer intenta controlarlo, lo cual para él resulta insoportable. Los vínculos de la mujer con su familia de origen aparecen en varias de las narraciones de los entrevistados como un elemento de problema en la relación de pareja.

Es interesante apuntar que fue precisamente este entrevistado el único que me narró experiencias de impotencia sexual; él lo vivió como:

.. .lo peor que me pudo haber pasado es que en un periodo de mi vida no podía tener erecciones “aun con mujeres muy bellas” y eso también me marcó terriblemente. Es una experiencia horrible. Porque basaba yo insisto, no es presunción una parte de mi éxito con algunas mujeres, en el éxito sexual; o sea para mi era muy importante satisfacerla primero, yo era superman cuando cumplía y ella estaba feliz; me sentía el hombre más poderoso del mundo. Pero cuando acabó mi relación amorosa con una mujer que tanto me importó perdí mi concentración. Ya no hacía el clic, pasaba algo extraño. Lo traté de justificar diciéndome a mi mismo: lo que pasa es que esta mujer tiene senos enormes y me da asco. En el fondo era que se acabó todo. Era horrible. Pensé que ella pensó que era gay o impotente y eso es insoportable. Una amiga me explica que no es grave, que es psicológico y pasajero, pero yo odio cada vez más a la mujer que es la responsable. Encontré a otra pareja con la que me relacioné sabiendo que no la amaba, pero no necesitaba amor sino sexo. Pero la otra mujer me seguía importando y la seguía buscando, es así que un día encontré un diario donde ella narra aventuras sexuales de un viaje. Cuando le reclamé llegamos hasta la violencia, pero nunca le pugué (3-38 años).

El odio fue creciendo en él. Se sintió abandonado y traicionado. A pesar de que ya explícitamente no tenía relación con ella, él pretendía su absoluta fidelidad, aunque ella nunca le prometió eso.

En ese momento lo que más me importaba es que ella me abandonó, mi seguridad se acabó, me dolía, de verdad me dolía el alma porque ella me dejó. Me decía “soy una piltrafa, muy poca cosa para andar con ella”. El amor se acabó de parte de ella y eso me pegó muy duro (3-38 años).

Como lo señalan muchos estudios a los que me referí en el capítulo correspondiente a estudios sobre masculinidad, las demostraciones del desempeño sexual juegan un papel central en la afirmación de la identidad masculina. La sexualidad no únicamente como expresión de erotismo, sino como una de las principales formas de representación y reafirmación de la masculinidad. A través de la sexualidad, se expresa y se mide el poder masculino y se marcan sus límites (Szasz, 1998a). Con esta información pude comprender el enorme nivel de desesperación que este informante debe haber vivido al sentirse impotente.

El abandono y más aún la impotencia sexual constituyen procesos en verdad insoportables para este tipo de varones que como él mismo narra se definen en función de su rendimiento sexual, sinónimo de su “ser hombre”, su vida pierde sentido, como ha sido corroborado en muchos de los estudios que se han realizado acerca de la(s) masculinidad(es).

Los varones requieren apropiarse del cuerpo de las mujeres y de su deseo y actividad. La búsqueda sexual no es solamente una búsqueda de placer, sino el intento de colmar ansiedades, de aumentar la autoestima y de confirmar la masculinidad (Horowitz y Kaufman, 1989). El entrevistado continúa narrando que para su fortuna:

Después de un tiempo empecé a funcionar otra vez y me sentí “el hombre más hombre del mundo”. Ella tenía un cuerpazo y me dijo que se sintió muy halagada por la felicidad que me provocaba haber funcionado. En cierta forma la usé, porque una vez resuelto mi problema ya no la quise ver más. La verdad es que nos usamos mutuamente. Yo no tengo porqué sentirme mal, pues nunca le prometí tener una relación con ella. Durante todo este periodo sentí que con esa mujer que tanto me importaba no había posibilidad de regreso, lo que hay es posibilidad de revancha. Quise hacerme rico, millonario y regresar y decirle: mira estúpida lo que dejaste. Entonces ella regresaría arrepentida. Ella es una mujer que lo que desea es un hombre de éxito. Sin embargo, se casó con un hombre que no cumple para nada las expectativas que siempre pensé que ella tenía (3-38 años).

En esta narración aparece claramente otro elemento central de la conformación de la masculinidad hegemónica, el varón tiene que tener un rendimiento sexual exitoso, pero además, para ser hombre, necesita

probarlo en el mundo, mediante el acceso al éxito social y económico. Eso se da por hecho, aunque luego la realidad contravenga tal posición. Con el paso del tiempo se vuelven a encontrar y tienen (en medio de una borrachera) sexo. Otra vez lo decepciona, pues al día siguiente vuelve a ser como siempre. En ese momento él conoce a la mujer que hoy está en camino de ser su exesposa. Narra que ella le gustó, a pesar de que su físico no corresponde a su estereotipo, porque sí cumple algo central: “es muy nalgona” por eso le llamó la atención. De ahí pasaron a las relaciones sexuales y de ahí al embarazo no planeado, el menos no por él, aunque tampoco impedido por una actitud responsable de su parte.

Después continuó eventualmente la relación sexual con la amante estable, pero dice que ya no se sentía tan pleno, aunque físicamente sí; entonces dejó la relación y ella se embarazó de otro novio, pero lo volvió a buscar, no se casó con el novio, padre del hijo, sino que se mantuvo como amante del entrevistado.

Al parecer no solamente los varones viven una confusión profunda respecto a sus relaciones de pareja y la procreación, las mujeres también se encuentran en serias crisis.

¿Qué significa ser hombre? La perspectiva de los sujetos

Las respuestas a esta pregunta también fueron muy variadas, aunque en el fondo se pueden rastrear los mandatos de género prevalecientes en nuestra sociedad. Pude constatar que la influencia de las familias en la conformación de este concepto es importante, aunque muchos de los entrevistados a lo largo de sus vidas lo han revisado y ahora se cuestionan muchos de los aspectos que les fueron enseñados o transmitidos en este tema, y no solamente por los padres o hermanos, sino por los pares y la sociedad en general.

Uno de ellos me dijo:

Nunca lo he pensado solamente lo vivo. Ser hombre sería ser útil a la sociedad, jugar el rol de protector en ciertos sentidos, es decir, en el plan incluso más animal, cuando haga falta, en momentos de desastre o de agresión. Pero eso no quiere decir que por ser hombre no pueda expresar mis emociones, incluso recuerdo que mi padre lloró mucho y no por eso

sintió no ser hombre ni fue visto así por los demás. La expresión de los sentimientos era algo que se valía en mi familia.

La expresión de “sólo lo vivo” parece muy representativa del sistema de géneros en el que vivimos. Ser hombre, en esta sociedad, es todavía en mucho un punto de referencia del “todo”. El varón se asume a sí mismo como quién no tiene que explicarse. En todo caso, desde esta perspectiva, sería la mujer la que tendría que explicarse y cuestionarse. Sin embargo, muchos varones están teniendo que preguntarse por sí mismos, que es tanto como preguntarse acerca de lo que aparece como “obvio”. Las dinámicas de cambio en las relaciones de género, de las transformaciones que llevan a cabo las mujeres, son procesos fundamentales que están conduciendo a los varones (o a algunos de ellos), a preguntarse por sus propias vidas, experiencias, concepciones, actitudes, comportamientos.

En esta entrevista se develan también elementos como: la fuerza y el ser protector, que según muchos estudios son elementos centrales de la construcción y vigencia de la masculinidad dominante en nuestras sociedades.

Otro de los entrevistados en contraste dice:

No me distingo de manera radical con el ser mujer, en el sentido de que para mí ambos tenemos responsabilidades y derechos que se comparten y deben respetarse. No encuentro privilegios especiales en el hecho de ser hombre y tampoco lo vivo como una sobre-responsabilidad (2-34 años).

Mientras que para otro entrevistado:

Ser hombre implica muchos privilegios en la sociedad en que vivimos. Yo he sufrido mucho por causa de las mujeres, pero reconozco que he cobrado mis revanchas y lo estoy haciendo en especial con mi esposa. Vivo con cierto espíritu de sacrificio mi paternidad y no puedo romper aún mi matrimonio, pero no porque dejaría de ser hombre, sino porque necesito mucho a mis hijos (3-38 años).

Parece que en el caso de este entrevistado uno de los privilegios más grandes de ser hombre es ejercer la sexualidad de manera irrefrenable.

En la entrevista pude corroborar lo que en muchas investigaciones se ha dicho acerca de que existe en los varones, o en muchos de ellos, la idea de que el desahogo sexual es como un imperativo biológico masculino, que requiere de inmediato alivio, que los varones se rinden o más aún no tienen más remedio que rendirse a impulsos incontrolables. Y además esto viene a justificar socialmente el hecho de que puedan vivir experiencias extraconyugales avaladas culturalmente (Szasz, Liendro, Figueroa, Castro, entre otros).

Otros de los entrevistados asegura:

He vivido mi masculinidad como responsabilidad, competencia, éxito, que los demás vivan al menos un poco en función de mis necesidades. Por otra parte, la masculinidad o el ser hombre dados esos privilegios también exige ciertos sacrificios, pero yo en definitiva, en el fondo, desearía ser mujer (3-38 años).

Este sí es un elemento a destacarse, pues en general, a pesar de los cambios, resulta realmente muy difícil encontrar un varón que afirme desear ser mujer.

Para otro de ellos:

Ser hombre es ser responsable, que es proveedor con absoluta naturalidad como cumpliendo una responsabilidad que es absolutamente natural, que tiene que aguantar hasta cierto punto algunos sacrificios para mantener una familia unida. pero tampoco demasiados y es un ser que en nuestra sociedad tiene mayores privilegios en el sentido de que se les permite un desarrollo profesional más fácilmente y también gozan de mayores libertades en el terreno de la sexualidad (5-45 años).

Otro de los entrevistados introduce otras características interesantes, muchas de las cuales, podríamos decir, deberían ser inherentes a cualquier ser humano:

...ser hombre significa tener solidez, una personalidad bien cimentada. Dignidad. Claridad. Honestidad (6-49 años).

Para otros en cambio la definición es diferente y en ellos aparece lo que se ha denominado una nueva manera de ser hombre: en algunos casos asumen cierta responsabilidad económica dentro de su familia,

pero se niegan absolutamente a ser proveedores únicos o fundamentales. Para uno de ellos:

...ser hombre no significa ser proveedor o protector. Hombres y mujeres somos exactamente iguales. El problema social más grande se inició con el patriarcado, el mundo sería mejor si lo dirigieran las mujeres; las mujeres son superiores porque pueden ser madres. Yo he aprendido que es fundamental desarrollar mi parte "femenina" que concibo como creativa y a la vez instintiva y no ser como los varones que son como sementales, las mujeres se relacionan más plenamente. Además las mujeres tienen más capacidad de compañerismo y emoción (7-48 años).

Debo aclarar que esta entrevista corresponde a un sujeto que vivió como sacrificio inadmisibles por parte de su padre la manera en que dejó de lado todos sus intereses personales en aras de la familia, lo cual lo condujo según el entrevistado al alcoholismo. El entrevistado vive con la mayor naturalidad las experiencias sexuales fuera de su matrimonio, que son sumamente frecuentes y no asume responsabilidades económicas básicas dentro de su familia, por lo cual habría que poner el acento en que existe el riesgo de que, manejando un discurso aparentemente igualitario y liberador, puede haber casos en que, luchando contra la llamada sobre-responsabilidad masculina, se llegue al extremo de la irresponsabilidad y la falta de un compromiso real hacia la pareja y los hijo(a)s.

Otro entrevistado, de los más jóvenes, contrasta con esta concepción pues define como los valores más importantes al ser hombre:

Los valores más importantes que definen "ser hombre" son: honradez, franqueza, sencillez. También es importante ser proveedor de la familia. No tiene que ser el único proveedor, pero no puede quedarse con los brazos cruzados si ve que faltan cosas a su familia (8-31 años).

En este caso, el entrevistado que proviene de una familia de padres divorciados, vivió la experiencia de que fue su madre la principal proveedora de su hogar y tiene el recuerdo de que ella, durante mucho tiempo tuvo que desempeñar trabajos que no la gratificaban, en aras de mantener a sus hijos.

*Paternidad. Significado para el entrevistado.
Ejercicio y evaluación*

Mis entrevistas coincidieron en mucho con el resultado de otras investigaciones en el sentido de que se vive la paternidad, en general, como una gran responsabilidad y como una experiencia maravillosa que requiere de entrega y protección (Nava, 1996) y como el único hecho irreversible de la vida, que hace a los varones trascender (De Oliveira, María Coleta, 1999), aunque algunos de los entrevistados aportan otras visiones de la paternidad. También, en general, los entrevistados consideran que aun en el caso de evaluar su experiencia como hijos de manera positiva, ellos están intentando o ya han intentado mejorar su ejercicio de la paternidad, introduciendo elementos que tienen que ver por ejemplo, con mayor respeto a la libertad y decisiones de los hijo(a)s y en algunos casos mayor presencia y afecto explícito, así como tiempo específico dedicado a los hijo(a)s, en su crianza.

Para uno de los entrevistados:

...la relación con sus hijos es “primitiva” en el sentido de ser tan natural el reflejo de mi propia existencia y de realización de muchos de mis sueños. Nos hemos cultivado mutuamente mis hijos y yo y ellos reflejan muchas de mis inquietudes en sus quehaceres cotidianos. Yo me siento muy satisfecho por eso con ellos, porque soy como si yo fuera muchos. Con ellos tengo una relación de amistad, pero de recreación. Nos recreamos buscando libros, en la literatura compartida. Recreábamos el cine, platicando de eso. Tengo con mis hijos una relación, más que de dependencia o de relaciones morales en el sentido de deberes. Aunque reconozco que muy en el fondo de mí sí prevalece una concepción de la familia también basada en principios morales y en el sentido del deber. Para mí, la familia es “un núcleo cerrado, de apoyo mutuo” es como tener personas muy cercanas que siempre están dispuestas a ayudar y a solidarizarse con los problemas o enfermedades que cada uno va enfrentando a lo largo de la vida. Esa misma visión la trasladé a la relación que tengo con mis hijos. Ellos saben, por ejemplo, que si alguien no tiene trabajo, ahí están los otros para ayudar, no hay que sufrir por el problema económico (1-62 años).

Visión interesante de la familia como lazos profundos de unión y solidaridad entre la gente, que da seguridad a sus integrantes y que no representa un problema de dependencia o de imposición o ejercicio de poder. Asimismo creo que es de subrayarse la idea de relación de los hijos como una recreación mutua, como placer compartido y no sólo como responsabilidad. La paternidad también es vista como trascendencia, como manera de proyectarse, de ser “eterno”:

Hay algo en ti que no es posible realizar por la finitud de la existencia, por lo limitado del tiempo en términos concretos y los sueños muchas veces se realizan a través de los hijos. Es una proyección hacia el futuro. Es casi de “supervivencia de la especie” (1-62 años).

Los hijos dan placer que se incrementa aún más cuando ya tienen nietos y nietas: “me siento como un espejo que se rompió en mil pedazos y cada uno de ellos es parte de mi imagen” (1-62 años).

Reconoce explícitamente su narcisismo. En otro caso manifiesta que el hijo llegó como una necesidad:

Te casas y de repente coincides con tu esposa en que es momento de tener un hijo. Mi esposa trabaja y por eso yo esperé a que ella se decidiera por la maternidad. Es más un derecho de la mujer porque es su cuerpo. Si ella es la que va a padecer las vicisitudes y los cambios en su cuerpo, ella debe decidir el momento en que está lista para vivir esa experiencia. No puedes acabar con tu vida profesional por tener un hijo, hay que esperar el momento adecuado sobre todo para la mujer (2-34 años).

Se trata de un varón que acompañó a su esposa desde la decisión del embarazo hasta el parto. Las decisiones las tomaron conjuntamente y él se comprometió profundamente con este proceso de relación con esposa e hijo.

En otro caso la paternidad del sujeto es definida como contraste a lo que él vivió como hijo:

No quisiera repetir la manera de ser de mi padre con mi hijo. Yo pretendo intervenir, estar presente tanto como pueda en la formación de mis hijos. Trataré de evitar cometer los mismos errores que creo que cometieron mis padres. No quiero que se dé una brecha entre hombres y mujeres, en todos los sentidos. A mí no me importaría por ejemplo que

mi hija fuera de vacaciones con su novio, pues yo lo hice con mi novia. Sin embargo, sí siento la obligación de dar a mis hijos(as) un soporte ético, moral, físico, sexual, todo junto, para que sepan cómo enfrentar problemas y relaciones con los demás, que salgan sanitos de aquí y de todos lados (3-38 años).

En otro caso, aun criticando la educación que él recibió, considera importante tener presente a la sociedad en que vivimos:

No pretendo repetir la autoridad que viví con mi padre, pero sí establecer límites, porque sé que mis hijos(as) tienen que vivir en un país que tiene ciertas reglas, que hay normas que se deben cumplir para poder ser feliz. Jugar, dentro de ciertos límites. Trataré de enseñarles lo que es el país y sus reglas, su legislación, por ejemplo. Platico con mi esposa la manera de educar a los hijos e intentamos llegar a acuerdos (2-34 años).

El entrevistado evalúa a la paternidad como una gran experiencia. Introduce un tema muy interesante:

Yo me divierto mucho con mi hijo, la paso muy bien y me encanta cuidarlo. Nos repartimos el trabajo de crianza con mi esposa y muchas tardes yo cuido al bebé. No me pesa en absoluto. Tal vez porque añoré tener un papá junto a mí, tal vez por lo que viví, para no perderlo. La relación de pareja sí cambia. Estás más cansado, tienes que buscar espacios por ejemplo para la sexualidad. Necesitas más precisión en tiempos. Pero el bebé no ha afectado negativamente mi relación, aunque hemos pasado por períodos de acomodo y de repente nos desesperamos. Existe a veces tensión y hasta pleito, a veces hay desacuerdos, pero nos arreglamos.

Los elementos relativos a la negociación dentro de la pareja resultan, en este caso, relevantes. Al parecer y en contraste con otros testimonios, este sujeto dice que mantener una relación tiene como fundamentos la comunicación y la negociación. Surgen aspectos relativos a la crianza del hijo y la manera de arreglar estas situaciones con la finalidad de preservar una relación de pareja sana, un poco al margen, o además de, la formación de la familia y la paternidad.

El nacimiento de los hijos representa en la vida de los entrevistados cambios substanciales, en las rutinas diarias, en el aumento de su participación en la actividad doméstica y a veces trastornos en la vida la-

boral, pero que en muchos casos se justifican porque para ellos el amor paterno es gratificante (Vivas, 1993).

La experiencia vivida por estos entrevistados en cuanto a los cambios que sienten se dieron en su relación de pareja a partir de la presencia de los embarazos y el nacimiento de los hijos e hijas es muy variado. La manera en que las parejas, hombres y mujeres, asumen la reproducción tiene muchos matices. En ocasiones la presencia de los nuevos seres consolida las relaciones, en otros, constituye como el punto de ruptura. En general puede decirse que sí constituye una prueba importante para la relación de pareja y dependerá de la pareja misma, de sus expectativas, proyectos, acuerdos y conflictos y la manera en que éstos enfrentan el desenlace de la relación y la manera en que se vivirá la paternidad y la maternidad.

Así por ejemplo en algunos casos:

Mi relación no sentí que se afectara con el nacimiento de los hijos en ningún sentido. No participé directamente en la crianza inicial, sino hasta que la convivencia incluía platicar y jugar. He invertido gran cantidad de tiempo en mis hijos, pero reconozco que el mayor tiempo de mi vida lo he dedicado al trabajo. Siento cierta “culpa” por romper un matrimonio estable. A pesar de que estaba convencido de que debía romper, aún hoy me es difícil, pues fue como confrontar la “moral en uso” y además me preocupé muchísimo por el daño que podía causar a mis hijos (1-62 años).

El mismo informante dice: “Reconozco haber tenido relaciones paralelas eventuales con otras mujeres, del trabajo, aún estando casado”. Esas relaciones fueron circunstanciales y las atribuye a que “las mujeres se le ofrecían” y él las tomaba.

Como se ha establecido en otras investigaciones parece corroborarse el hecho de que los varones, al menos en general, están algo así como imposibilitados por su naturaleza, por su pasión sexual irrefrenable, a “desperdiciar” cualquier oportunidad de tener relaciones sexuales con mujeres que según ellos se les “ofrecen”, sería como faltar a una de las características esenciales de la masculinidad dominante en nuestras sociedades.

El entrevistado narra experiencias interesantes en el sentido de que aún importándole mucho sus hijos, a veces, por simple “calentura” hizo ciertos papelones delante de ellos y no le dijeron nada, pero él sabía que le reprochaban su conducta.

Ahora, después de mucho tiempo, parece que tiene que resguardar su relación con los hijos por encima de todo, y así poder menguar aunque sea parcialmente una “culpa” que lo ha acompañado desde su primera separación. Los varones viven por encima de todo de acuerdo a sus propias necesidades, pero no todos viven sus acciones de manera cínica, ni a todos los varones les da lo mismo el posible dolor que causan a quienes los rodean.

Es interesante esta idea de la masculinidad: el varón no puede decir que no o es simplemente una justificación, en todo caso es parte de la construcción de su masculinidad.

El informante vive cierta preocupación en su ejercicio de la paternidad porque:

Considero que enfrente el problema con mis hijos de falta de acercamiento en cuestiones profundas, afectivas y eso me preocupa, es como si no se abrieran totalmente y eso me gustaría cambiarlo. Mis exparejas no son obstáculo en mi relación con los hijos(as) y nietos(as), al contrario, parece que fomentan la relación entre todos, sobre todo la primera, que sigue oficialmente siendo mi esposa (1-62 años).

En otro caso es interesante observar que a pesar de que algunos varones tienen hijos no planeados, una vez que existen van comprometiéndose paulatinamente. En el siguiente testimonio es también interesante resaltar la evaluación diferenciada que el sujeto hace entre el hijo y la hija, y que parece comprobar que aun en varones con escolaridad alta y jóvenes prevalece una idea del mundo dividido de acuerdo con el género.

Mis hijos llegaron sin que yo los planeara. Ahora estoy muy involucrado afectivamente con ellos. Yo vivo diferente el amor que tengo por el niño del que tengo por la niña. Ella no es una extensión de mí, el niño si lo es. La miro como un sujeto que yo no conocía, en cambio el niño es una parte de mí. Pero ella me impresiona y la quiero mucho (3-38 años).

En este testimonio se evidencia hasta que punto lo “femenino” puede ser ajeno a ciertos varones. En este caso el informante valora su paternidad como una gran responsabilidad. La división tradicional de tareas es para él una gran oportunidad de ser poderoso y de ejercer sobre la esposa y los hijos e hijas su autoridad, situación que lo reafirma.

En el terreno afectivo mis hijos me llenan totalmente. No obstante, la responsabilidad de la crianza recae totalmente en mi mujer, yo soy el proveedor único (3-38 años).

Este hecho lo vive como positivo porque: “me proporciona un enorme margen de libertad, en comparación con la que goza mi esposa”.

Ser proveedor único, mantener a la mujer como ama de casa de tiempo completo es algo que el sujeto percibe como algo natural, como que así debe ser y como el ejercicio de un derecho inherente a ser varón. Internalizado como un privilegio de la “masculinidad” no tiene ni siquiera que ocultarlo, matizarlo, problematizarlo.

Aparece en las entrevistas un caso en el que el sujeto simplemente no podría concebir su existencia sin ser padre. Toda su vida, según narra, se centró en el proyecto de ser padre, sin eso no podría concebir el ser feliz, llevado a un extremo tal que parte central de su conflicto de pareja fue primero la presión absoluta ejercida por él para que su esposa se embarazara y posteriormente el ejercicio cotidiano de su paternidad, en función de lo cual la esposa llegó a aparecer como la rival de sus hijos y ante los ojos de la esposa, según él, los hijos fueron los seres que más lo separaron de su pareja, padre de sus propios hijos.

Ser padre es lo más importante de mi vida. Mi máxima realización. Lo que siempre soñé. Mis hijos han sido el factor más importante de ruptura matrimonial, porque mi esposa no deseaba ser madre y yo la presioné para que lo fuera. Al parecer ella cedió para no perderlo. Me metí tanto en la crianza que llegué a “ser la burla de mis amigos, porque cambiaba pañales” me decían que “era un pésimo ejemplo” (4-46 años).

La falta de comunicación real con su padre, que él padeció, le fue muy importante en el hecho de intentar mantener con sus hijos una comunicación plena y permanente. De estar ahí cuando lo requieran y estar dispuesto a escucharlos siempre: “inclusive busqué trabajos en

el extranjero para tener mucho tiempo libre para dedicar a mis hijos” (4-46 años).

La existencia de los hijos ha sido el factor que le ha impedido romper una pésima relación de pareja, mantenida durante muchos años en función según el entrevistado de que:

No me he divorciado durante muchos años por el miedo de dejar de ver a mis hijos y porque en el fondo no tengo ningún respeto ni confianza en ella en su papel de madre. Sin embargo la situación se ha deteriorado al punto que he decidido la separación. Tengo esperanza en que tal vez ahora, cuando yo no esté presente, ella se convertirá en buena madre (4-46 años).

Aparecen varios elementos interesantes en la narración. Por una parte parece evidente que el entrevistado ha construido dos bloques al interior de su familia, en uno están él y sus hijos y en el otro ella, con su soledad y coraje. A menudo él sale en defensa de sus hijos y la contradice, lógicamente los niños viven en permanente confusión mental. Muestra cotidianamente que ella no funciona como madre y que él es un padre excelente. No obstante, está dispuesto a que los niños se queden a vivir con su mamá y él vivir en otro país. Según él, en este momento de su vida tiene que pensar en su desarrollo profesional, como si ya hubiese adquirido el derecho. Pero por la narración parece que siempre ha vivido en función de eso y de sus deseos, considerando muy poco los deseos de su esposa. Ella lo ha acompañado, renunciado a sus proyectos personales, se ha embarazado sin desearlo y paga el precio de una pésima relación con sus hijos. Al parecer los niños fueron muy enfermizos y ella recibió una gran presión social para que se quedara a cuidarlos, luego decidió acompañar a su marido al extranjero, donde ella no ha tenido posibilidad alguna de desarrollo personal y de ahí la honda frustración y coraje. Un matrimonio que se mantiene a pesar de todo y los niños que sufren las consecuencias de la mala relación de sus padres.

Ella rivaliza con sus propios hijos. Reconozco que le hice sentir que lo más importante para mí siempre han sido mis hijos. Yo fui como un refugio contra las agresiones que los niños recibían de su madre (4-46 años).

Otro de los entrevistados aporta elementos interesantes para comprender cómo algunos varones están viviendo su paternidad:

Para mí la paternidad es algo fundamental en mi vida. Es un campo pleno de expresión de mi emotividad. Les dedico casi todo su tiempo libre. Para mí es un gusto ser padre. Como tenemos dos niños, entiendo que mis gustos y los de ellos son distintos que los de mi esposa, por eso cuando viajamos y para complacerla y que no se sienta sola invito a sobrinas, así ellas hacen lo que les gusta, como ir de compras. Para mí satisfacer las necesidades o gustos de mis hijos es una enorme satisfacción. A mi esposa no le gusta por ejemplo compartir los deportes que mis hijos practican, u otros en los que somos espectadores, prefiere hacer otras cosas. Para mi ser el proveedor único en mi casa es algo natural (5-45 años).

En otro caso la paternidad se define básicamente en términos de responsabilidad:

Cuando te das cuenta, cuando estás consciente de que tú eres un punto de referencia de los más importantes para el ser humano que tú has procreado, hace que realmente te preocupes acerca de lo que tú vas a aportar en la vida de esa gente, cuál es tu función y el peso de la responsabilidad en términos de la aportación a la vida de esos niños, porque finalmente tú vas a dejar una participación, lo quieras o no, que será determinante para la buena o mala calidad de la vida de ellos (6-49 años).

Es interesante observar que a pesar de que, para este entrevistado la paternidad es realmente un goce cotidiano, cuando trata de definir qué es lo que representa para él el ejercicio de la paternidad, solamente tiene referencias a la responsabilidad. Parece comprobarse que socialmente existe el mandato para los padres de ser sobre todo responsables, más que cualquier otra cosa y que la parte del disfrute no aparece, al menos en una primera instancia, en su discurso sobre el tema. Considera que la pareja no tiene por qué modificarse con la presencia de los hijos, pero en la realidad muchas veces cambia para mal por un problema de actitud. Al menos su experiencia así ha sido.

Cambia la dinámica de la pareja y la relación se ha vuelto menos placentera, menos agradable. Todo se vuelve convencional. Yo no soy partidario

de tener ilusiones “porque la ilusión es el camino a la desilusión, la ilusión es como la prima hermana de la ingenuidad, es como un invento”. Por eso no es positiva, ni constituye un camino para formar pareja o relacionarse con los hijos, hay que ser realista (6-49 años).

La vida y la paternidad concebidas como peso, como responsabilidad, sin lugar a una vida distinta, la renuncia incluso a la ilusión.

En contraste y podríamos decir en el extremo, para otro informante que no está dispuesto a asumir responsabilidad alguna a pesar de tener una familia “constituida”:

La paternidad me ha dado puras maravillas. Ver a mi hija como parte de mí me puede llenar todo. En el terreno afectivo es lo más importante de la vida. Para mí la paternidad no es una carga ni una responsabilidad. La existencia de mi hija me unió más a mi pareja. No enfrentamos ningún problema por la existencia de la niña, al contrario (7-48 años).

En este caso es muy interesante que el entrevistado no viva su paternidad como responsabilidad. Deriva de que no lo es en realidad. Él sabe que a su hija aunque él no esté no le faltará nada, pues su mamá se encargará de todo lo que le haga falta. Él no ha perdido nada de su libertad o movilidad, hasta geográfica, por el hecho de estar casado o de ser padre. Vive donde quiere. Está con ellas cuando quiere; tiene tantas relaciones sexuales con otras mujeres como quiere. Le agrada sobremanera el hecho de que “ella se ha hecho un mundo y yo otro mundo”. Esa idea del no sacrificio e independencia y libertad es para el entrevistado lo central en la vida. El espacio para crear. La familia vista no como una atadura, pero tampoco como compromiso o responsabilidad.

El testimonio de uno de los padres que no fue consultado en cuanto a la decisión de tener un hijo es:

Mi paternidad ha estado condicionada por el hecho de que mi hijo vive con su mamá en una ciudad muy alejada; además de que no fue un hijo ni deseado ni planeado, yo lo considero “producto de un engaño”, aunque ahora ya me une a él el amor. Durante un largo tiempo permaneci enojado, pues explícitamente había hablado del asunto con ella y me había jurado que en caso de embarazarse abortaría, y cuando se embarazó tuvo al hijo sin considerar lo que yo pensaba y lo que quería era

obligarme a estar con ella. Incluso un tiempo tuve duda de ser el padre de ese niño. Sé que tengo problemas de comunicación con mi hijo, por la lejanía básicamente y porque no tengo entrenamiento. Lo veo una vez al año y convivo cuando estoy allá, todo el tiempo con él (8-31 años).

El nacimiento de su hijo no deseado por él y todo ese proceso de embarazo de su novia le causó durante largo tiempo una depresión bastante profunda, que lo condujo a buscar ayuda profesional. Vivió también conflictos con su mamá porque ella optó por su nieto de inmediato, incluso se fue a vivir donde vive el niño para estar cerca de él. El entrevistado vivió eso también como abandono por parte de su madre. Además de considerar que no consideraba lo que él pensaba y era una intromisión. A fin de cuentas la madre de su hijo no logró nunca su objetivo de que él se enamorara de ella. Continuó siendo inestable, teniendo relaciones continuas y ahora tiene una hija de otra pareja. No es exactamente una persona preparada para ser madre, proviene de una familia con enormes problemas inclusive de drogadicción, pero él no puede hacerse cargo del niño, porque tiene que trabajar tiempo completo, además de que no considera adecuado para un niño de ocho años vivir separado de su madre. Considera que quizá en unos cinco años lo más adecuado sea que el niño viva con él.

Siento que mis depresiones se deben a que con esta situación no pude ya cumplir con el sueño de que sería padre cuando lo deseara realmente, con la mujer que considerara adecuada, en el momento preciso. Ahora incluso pienso que ya no me gustaría tener más hijos, aunque si reflexiono, tal vez si llegara a casarme cambiaría de opinión, sobre todo si para mi pareja fuera importante tener hijos (8-31 años).

Otro caso de paternidad original, en comparación con las características que se atribuyen a la que en general se encuentra en este país, la aporta un informante que dice:

Tuvimos una hija porque lo decidimos en pareja, después de varios años de vivir juntos, mi pareja era una mujer que siempre ha priorizado su trabajo, que también pasó mucho tiempo en el extranjero. Era común que fuera yo quien estuviera encargado de cuidar de la niña, incluso durante varios meses en que pasaban períodos en países distintos y yo cuidaba de la niña. Eso es para mi normal y muy disfrutable,

incluso creo que tengo mayor vocación que mi expareja para cuidar de los niños. Para mí es fundamental el desarrollo intelectual y profesional de mi hija. Yo creo que hombres y mujeres somos plenamente iguales, tenemos los mismos derechos y debemos gozar de las mismas oportunidades, por eso mi expectativa respecto a mi hija no tiene referencia exclusiva o específica hacia el matrimonio o que tenga hijos y más bien lo importante es que ella pueda tomar decisiones libremente y de manera responsable y elija el camino que para ella misma sea el mejor. Yo establecí desde la infancia de la niña una relación de amistad con ella que mantengo hasta la fecha. Incluso ella me llama por mi nombre a la vez que me dice “papá” (9-56 años).

En otro de los casos de paternidad planeada el entrevistado me contó:

Mi paternidad fue perfectamente planeada. Tenía la profunda convicción de que tenía que hacerlo tan militantemente como escribía panfletos o volantes o repartía cosas por el estilo. Nos embarazamos cuando yo tenía 35 años, nunca antes había pensado en tener hijos pero me convencí posteriormente de que sí los deseaba. Cuando tuve mi primer hijo me dediqué de tiempo completo a la crianza del niño. Con mi hija participé también mucho pero un poco menos por circunstancias laborales que me lo impidieron. Para mí la paternidad significa una realidad muy compleja y contradictoria. Te da muchas satisfacciones, en el plano más humano es un repaso de tu propia vida, te hace regresar a cómo creciste y retratar los diferentes aspectos que en tu desarrollo fueron apareciendo; es como vivir tus temores, tu infancia, tus dificultades, tus aciertos, lo vas contrastando permanentemente con las experiencias que tus hijos van teniendo. No hay en la vida nada que se pueda parecer a esa posibilidad de recuperarte a ti mismo a través de la experiencia de tus hijos. Pero también genera dificultades, la pareja cambia, hay que readaptarse. Te separa en ámbitos diferentes de desenvolvimiento, establece distancias, pero eso sucede sobre todo si no estás construyendo simultáneamente un proyecto de sexualidad y de amor con tu pareja. En cada cosa de tus hijos vas encontrando nuevas experiencias, es enriquecedor, es un amor verdaderamente trascendental. A la vez es una gran responsabilidad, te da mucho miedo cualquier cosa negativa que les pueda pasar. Lo único que lamento es que mis hijos no viven conmigo sino con su mamá, aun-

que estoy muy presente y los veo varias veces a la semana y comparto muchas cosas con ellos (10-49 años).

Este testimonio resulta muy interesante para documentar una nueva concepción de la paternidad. Paternidad que, a la vez que es visualizada como trascendencia de los seres humanos, implica responsabilidad y compromiso, pero también amor, disfrute, crecimiento compartido. Una visión realista de la pareja actual que no se hace persistir en función de los hijos, pero cuya ruptura no implica la separación real de los padres de sus hijos e hijas. Plantea también una historia que hace reflexionar acerca de los cambios que una pareja sufre a lo largo del tiempo y que a pesar de que el entrevistado fue el único que me dijo “nos embarzamos” como sinónimo del gran compromiso y planificación de la reproducción, no constituye una garantía de permanencia de la pareja, la cual se construye y reconstruye permanentemente, y que se ve influida de manera constante por muy diversos factores.

*Anticoncepción y planificación familiar.
Experiencias, información y comportamiento*

En este tema existe también una gran variedad de respuestas, pero en términos generales y salvo algunas excepciones parece que sigue prevaleciendo la actitud y la práctica de dejar en manos de la mujer la planificación familiar, argumentando para ello muy diversas razones. En la mayoría de los casos los entrevistados parecen estar bastante bien informados acerca de los métodos anticonceptivos, es decir, no es por desconocimiento técnico la falta de participación, aunque en algunas etapas de sus vidas ellos realmente carecían de información. Pero lo más importante, desde mi análisis es que prevalece la actitud de que el embarazo y su prevención es más una cuestión de mujeres. Esto no es así en todos los casos, pero sí es un aspecto generalizable. Inclusive existen datos en algunas entrevistas que me hacen concluir que, inclusive después de haber vivido experiencias de embarazos no deseados, de que los informantes se declaran “engañados” y “manipulados” por las mujeres, ellos no han asumido la responsabilidad de garantizar, vía su práctica anticonceptiva que eso no vuelva a suceder e incluso, en uno de los casos la experiencia de la paternidad no deseada ni planeada se ha repetido.

Sin embargo, debo dar espacio a testimonios que hablan de prácticas mucho más comprometidas por parte de los varones en cuanto a la planificación familiar. Uno de los informantes establece que:

Conozco todos los métodos. He utilizado condones sobre todo cuando he tenido relaciones matrimoniales, como medio de prevención de embarazos. He tenido bastantes hijos y decidí que lo mejor era hacerme la vasectomía. Tomé la decisión gracias a un compañero de trabajo que se había operado; “primero lo observamos para ver si le crecían las caderas y se le adelgazaba la voz”. Ya hablando en serio mi evaluación es positiva, pues ahora puedo estar mucho más tranquilo, sin riesgo de embarazar a nadie. De hecho, tiene que ver con que mis primeros hijos sí fueron muy deseados, pero los de mi segunda relación, más bien fueron concesión a la pareja. Yo siempre he estado de acuerdo con mis parejas en cuanto a métodos anticonceptivos y nunca he enfrentado conflicto en este tema (1-62 años).

Otro de los entrevistados parece bastante enterado de los métodos y apoyar a su esposa en este sentido: “conozco varios métodos; mi esposa dejó las pastillas porque le hacían sentirse mal, ahora usa un dispositivo” (2-34 años).

En otro caso el sujeto deja todo el tema en manos de las mujeres:

Yo no me involucro en el asunto, lo dejo a las mujeres con las que tengo relaciones sexuales, a pesar de haber tenido experiencias negativas en este sentido, porque ya me pasó que me dijeron que ella se cuidaba, salió embarazada y me exigió que me hiciera responsable de algo que yo no decidí y sí me hice responsable (3-38 años).

En esta entrevista aparecen elementos interesantes que vinculan el uso de anticonceptivos con disminución de la actividad sexual y deseo sexual por parte de las mujeres y que contrasta con el otro informante en su concepción de la vasectomía:

Tal vez el uso de las pastillas disminuyó la libido de mi esposa. Pero yo no estaría “ni de broma” dispuesto a hacerme la vasectomía. Creo que tendría repercusiones negativas en mi vida sexual. Un amigo que se la hizo le asegura que “no es lo mismo”. No me la haré nunca. En cuanto a una operación definitiva que se haga mi esposa ese “no es mi problema”.

Si se vuelve a embarazarse ya le advertí que “lo tendría que botar” y ahora ella me hace caso en todo, por miedo al abandono (3-38 años).

Este testimonio refleja no solamente desconocimiento, sino también introduce la concepción considerada dominante acerca de la virilidad que en muchos estudios se han reportado como los más generalizados. Vale la pena destacar la expresión “botar” en referencia al embarazo de la esposa por las implicaciones que podemos derivar en esta concepción del entrevistado. Asimismo la expresión “ya le advertí” refleja con nitidez el tipo de ejercicio de poder, de dominación que el sujeto ejerce sobre su pareja y puede corroborar la absoluta falta de comunicación y negociación dentro de esta pareja. La procreación como amenaza, como control, por parte de ambos.

Otros entrevistados también manifestaron dejar en la responsabilidad de la mujer la planificación familiar. Uno de ellos estableció:

Siempre he dejado la responsabilidad del “cuidado” de embarazarse a las mujeres. Ahora y ante mi separación estoy pensando en hacermela vasectomía. Ya no deseo tener más hijos. Nunca he usado un condón porque en mi época no se usaban y porque considero que las mujeres con las que he tenido relaciones sexuales son gente sana. He dejado la responsabilidad siempre en manos de las mujeres con las que me he relacionado (4-46 años).

Aquí aparece la clasificación del tipo de mujeres que los hombres establecen, según se ha documentado en estudios sobre el tema. En una especie de escisión, las mujeres son sanas o peligrosas, son de fiar o son promiscuas. Si él decide que son sanas, ya no tiene que “cuidarse”, usando el condón (Arias y Rodríguez, 1995), a pesar de haber vivido relaciones eventuales paralelas a su matrimonio y mantener una vida sexual activa con su esposa, a la cual ha mantenido también en el peligro de contraer algún tipo de enfermedad de transmisión sexual. La que queda, por lo tanto en riesgo, es la pareja, él no piensa en el daño que le puede ocasionar a la mujer. Él no es responsable de estos procesos de cuidado de la salud y de la planificación familiar a pesar de todos estos factores. En otro caso el informante justifica su falta de participación en la planificación familiar en términos de respeto a los derechos de las mujeres:

Tanto mi esposa como las amantes que he tenido se responsabilizan de la planificación familiar. Creo que entre la pareja debe decidirse el número de hijos, pero la decisión de la mujer tiene mayor peso. De hecho a mí me hubiera gustado tener más hijos, pero a ella no y no los tuvimos. En ocasiones, cuando otra mujer ha querido tener hijos conmigo yo me he opuesto, pues he pensado que no podía responder a ese niño como padre, lo bastante como lo hago con los hijos que ya tengo (5-45 años).

En otro caso a pesar de experiencias evaluadas como imposiciones por parte del entrevistado, que además le ha sucedido no una sino varias veces, él dijo:

No he participado nunca en la planificación familiar, a pesar de tener experiencias reiteradas a lo largo de mi vida en las que he vivido “imposición de embarazos”. Ahora después de muchos hijos y tres matrimonios estoy tranquilo porque mi actual relación es con una mujer que está operada y no puede tener más hijos (6-49 años).

En contraste, algunos, aunque la minoría sí participa directa y cotidianamente en la planificación familiar. En uno de los casos el entrevistado me contó:

He participado directamente en la planeación de mi procreación. Nunca he tenido problemas para usar el condón, para mí es lo más natural. El método o los métodos que mi esposa usa o ha usado los elige ella con su médico, en eso yo no participo (2-34 años).

Otro de los entrevistados manifiesta que sí ha intentado participar en estos asuntos, pero se lo han impedido, aunque reconoce que de haberse “puesto serio” nadie hubiera podido impedirlo. Se trata de uno de los informantes que considera también que la mujer con la que se relacionó siendo aún muy joven, le “impuso” un hijo.

Traté de cuidarme usando condones en la relación sexual con la mujer que me “impuso un hijo”. Creo que ella lo planeó como una forma de forzar me a permanecer a su lado. Recuerdo que en una ocasión ella me arrancó el condón y me dijo que ella se estaba cuidando, reconozco que en eso estuvo mi error. La verdad es que no tengo suficiente información respecto a métodos anticonceptivos. Con mi actual pareja he tenido

eventos en verdad curiosos. “Un día ella me hablaba del ritmo y yo lo confundí con eyacular fuera”. Mi confusión proviene de que mi mamá me decía que yo había sido “producto del ritmo”. Ninguno de mis hermanos fue planeado, aunque no tuvimos problemas al respecto porque aún no planeados fuimos muy queridos. En cuanto a los métodos anti-conceptivos conozco lo que es la vasectomía, el condón y las pastillas, lo demás no (8-31 años).

A pesar de que su experiencia en la paternidad lo ha marcado negativamente, dice conocer las implicaciones de un embarazo no deseado porque lo “ha vivido en carne propia”, sigue sin participar directamente en la planificación de su procreación; incluso reconoce haber tenido con su novia actual una primera relación sexual sin tener ningún cuidado y desconociendo si ella lo tenía. Eso lo atribuye “a la calentura”. Al parecer esa parte “irrefrenable” según se les ha enseñado, de la sexualidad masculina, les acarrea serios problemas, pero aun así siguen siendo “irrefrenables”.

Hay varones que, a pesar de las experiencias negativas, siguen sin responsabilizarse de su propia procreación.

La procreación y su control aparece como una propiedad de las mujeres, de ellas es el poder de la decisión y eso genera incertidumbre en los varones, porque pierden el control sobre su reproducción.

Muchos varones establecen claramente que ellos ejercen poder, pero no hacen nada por tener control sobre su propio proceso reproductivo, parece que esto implicaría cuestionar un papel muy claro establecido en la sociedad dividida en géneros: el control de la reproducción. Las mujeres tienen tal control, no los varones y ellos llegan al extremo de la amenaza si ellas no ejercen tal control de acuerdo con los deseos masculinos.

En otro caso el entrevistado manifiesta que:

Yo dejo toda la responsabilidad de la planificación familiar a las mujeres y no tomo con ninguna de ellas precauciones contra enfermedades de transmisión sexual, pues para mí todas son gente decente y confío en ellas (7-48 años).

Por ese motivo para este informante no es necesario que él se preocupe por cuidar de su salud ni embarazos no deseados, ese es un tema de mujeres.

En otro caso el entrevistado afirma haber tenido toda la confianza en las mujeres con las que ha tenido relaciones sexuales, confianza que nunca ha sido defraudada y en largos períodos de su vida sexual activa ha dejado la responsabilidad en ellas en cuanto a la planificación familiar.

No acostumbro utilizar condones ni está en mis planes la vasectomía, pero en la actualidad yo me hago responsable de que mi mujer no quede embarazada, utilizo esa forma de “salir antes de eyacular” no le pido a ella que use anticonceptivos y participo activamente en la planificación familiar. Soy capaz de controlar la eyaculación (9-56 años).

A pesar de que el método no es totalmente seguro, es de destacarse su participación activa en la anticoncepción y el hecho de que este entrevistado no vive la sexualidad irrefrenable o irresponsable que se supone caracteriza a los varones en general.

En el caso de otro sujeto entrevistado las malas experiencias parecen haberle enseñado la importancia de su responsabilidad en la planificación familiar:

Después de experiencias de aborto me volví más responsable al respecto, mis hijos fueron planeados dentro de un proyecto de pareja. Conozco varios métodos anticonceptivos. Hoy practico el control eyaculatorio y el ritmo porque no quiero dañar a mi pareja y me ha resultado bien durante cinco años. Yo creo que es fundamental la participación del hombre en estos procesos. No estoy de acuerdo con la vasectomía porque no estoy de acuerdo con las operaciones. De hecho me parece dañina la alopatía y solamente recorro a ella en casos en que no tengo más remedio (10-49 años).

Este es otro caso de varón que en la actualidad participa activamente en el control de la procreación.

En este tema también encuentro una enorme variedad de respuestas, desde el mayor compromiso e información, hasta el extremo de no tener idea al respecto y dejar en manos de las mujeres el asunto,

aun habiendo vivido experiencias “dolorosas” que son calificadas por algunos de ellos como “engaños” e “imposiciones de embarazos” que ellos no deseaban y que los comprometieron “de por vida”. Parece ser un tema de enorme complejidad, pues aunque en algunos casos aparece lo contrario, en otros ni la experiencia convierte a estas personas en sujetos responsables de sí mismos, en un tema tan trascendente como es la procreación, que ellos mismos dicen evaluar como central, definitiva, esencial en sus vidas.

Aborto. Experiencias y opinión

Varios de los entrevistados han tenido relación con abortos en distintos momentos de su vida y en general mantienen un recuerdo bastante negativo de la experiencia.

La mitad de ellos ha tenido experiencias de este tipo, repetidas y negativas. En uno de los casos de este tipo:

Tuve que ver con un aborto y lo recuerdo como experiencia terrible, pero necesaria. Ella decidió el aborto, yo la apoyé, la acompañé. Sentía responsabilidad y me sentía a la vez como un irresponsable y muy temeroso de que le pudiera suceder algo a esa mujer. No en cuanto al “pecado” desde la perspectiva moral o religiosa. Considero que el aborto debe ser una decisión completamente de la mujer. Los demás no pueden intervenir, porque finalmente es su cuerpo (1-62 años).

En otro caso, a pesar del mal recuerdo de la experiencia, el entrevistado reincidió en el procedimiento de aborto, inclusive con la misma pareja.

Cuando tenía 20 años, y un poco después, viví dos abortos con la misma persona. Yo los pagué y la acompañé. Sólo una vez usé un condón y se reventó. Mi relación matrimonial empezó porque ella se embarazó. Yo ya tenía 29 años. Ella me dijo que yo decidiera que hacer y decidí no abortar. Quizá ya estaba cansado de la vida de “desmadre”, agotado de odiar tanto a mi anterior relación. Un hijo sería lo que según yo cambiaría todo esto. No fue así, mi relación es pésima y ya tenemos una niña más (3-38 años).

En otro caso, el entrevistado me dijo:

He estado involucrado en dos abortos, con dos mujeres diferentes. La primera era hija de familia, usaba un dispositivo intrauterino, y le falló. Éramos muy jóvenes. La segunda era una mujer casada. Recuerdo que la experiencia fue terrible pues viví el maltrato que se da a las mujeres cuando abortan, eso es muy injusto. En los dos casos fueron ellas las que decidieron el aborto (9-56 años).

Es interesante constatar que a partir del segundo aborto, cuando el entrevistado ya era una persona de edad madura, su participación en la planificación familiar aumentó considerablemente. En otro caso:

Participé en un aborto, tenía una novia que posteriormente fue mi esposa. Tomamos la decisión juntos. Luego tuvimos hijos y luego terminó en divorcio (6-49 años).

Otro de los casos es realmente relevante por el número de abortos en los que el entrevistado ha participado.

Participé en cinco abortos de una misma pareja. Hoy considero que fuimos unos “irresponsables” no teníamos el mínimo cuidado. Vivimos estos abortos con sufrimiento y fueron experiencias que a la larga dañaron mucho la relación (10-49 años).

Después de esa experiencia también este entrevistado participa más activamente en la planificación familiar.

Los otros informantes que no han tenido relación con abortos consideran en general que constituye una solución adecuada en el caso de un embarazo no deseado, que por cualquier motivo no pudo prevenirse exitosamente. En general también consideran que es una decisión que debe ser tomada en pareja, pero que la decisión última o fundamental debe estar en la mujer. En esta apreciación pude detectar que en el fondo subyace una diferenciación genérica básica, pues se cree que el embarazo y la mayor parte de la responsabilidad sobre los hijos es de la mujer, por eso mismo se les “concede” el derecho de ser ellas quienes decidan, en general acerca de los métodos anticonceptivos. Salvo excepciones ellos no participan de hecho en la planificación familiar a pesar de que discursivamente consideran que los hijos e hijas son res-

pensabilidad de ambos y que incluso en muchos casos también, una vez nacido el bebé, se comprometen bastante incluso en la crianza, que parece ser el periodo en el cual a los varones les es más difícil aún hoy día, participar en la formación y educación de los hijos e hijas. Me parece esencial retomar el concepto de educación reproductiva (Figuerola, 1998c) en términos del proceso por el cual las personas incorporan a su cosmovisión el proceso reproductivo del cual son autores a la vez que son influidos por el mismo. Se puede documentar claramente, como lo han hecho en otras investigaciones, la desvinculación existente entre el nivel simbólico en el que los hombres expresan su acuerdo con el cambio en los papeles tradicionales de género y el nivel de la práctica, en el que no se da un compromiso sistemático por cambiar (Vivas, 1993). Aunque también en esto encontré algunas excepciones.

Valoración de las diferencias asignadas socialmente a hombres y mujeres. Algunos elementos de la llamada “doble moral”

En el terreno del discurso casi todos los entrevistados reconocen que existe una valoración diferenciada de hombres y mujeres por cuestiones de género, que les parecen, según afirmaron, totalmente absurdas y elementos que se deben transformar. Sin embargo, no todos los que afirmaron esto, viven sus relaciones con las mujeres de una manera equitativa y algunos reproducen abiertamente estas divisiones genéricas, que en su práctica cotidiana y en su valoración de hechos concretos son prácticamente algo natural, que no les representa cuestionamiento alguno.

En una gran parte de las entrevistas los sujetos reconocieron que existen valoraciones sociales diferenciadas para hombres y mujeres y que

Para mí en lo personal las diferencias dependen de cada persona y no del género. Tengo una valoración muy alta de la mujer, y en verdad creo haber educado en la misma libertad y opciones a mis hijos y a mis hijas (1-62 años).

Las diferencias por género o la llamada “doble moral”:

Me parece violatorio de derechos fundamentales de las mujeres. Creo que todos debemos tener los mismos derechos y poder ejercerlos (1-62 años).

Otro de los entrevistados considera como nociva la existencia de una “doble moral” y aporta elementos muy interesantes para la transformación de esta realidad.

Para lograr transformar esto serían necesarios principalmente cambios educativos y muy especialmente en el ámbito familiar. Tratar de no reproducir esquemas. Estudiar la reproducción como una cuestión humana y no básicamente biológica. Como acto de amor y de entrega, vinculado a la sexualidad. La pareja es consustancial de uno mismo, su realización debe ser la personal y a la inversa, así debería vivirse (1-62 años).

Otro de los entrevistados me dijo:

Creo que socialmente, hombres y mujeres tenemos diferentes papeles asignados, y diferentes derechos y libertades, muy específicamente en la esfera de la sexualidad y la reproducción a partir de diferencias biológicas. Una diferencia biológica que está muy bien que exista se traslada a situaciones como “tú eres mujer y tienes menos derechos” “o eres mujer y tienes menos necesidades sexuales”. Lamentablemente en México esto sigue siendo así. Sólo en pequeños sectores ya se piensa diferente. Yo lo atribuyo a un problema de educación. Para mí en particular, a diferencia de mi grupo de amigos, era muy importante casarme con una mujer “que tuviera cosas en la cabeza”, que pudiera tener oportunidades, que pudiera seguir creciendo. Aunque yo soy el principal proveedor de mi familia, me encanta que ella tenga un trabajo remunerado y colabore. Eso da como seguridad y posibilidades. Inclusive si a mi pareja le ofrecieran un trabajo que permitiera a la familia salir adelante mejor que con lo que yo pongo con mi trabajo, estaría dispuesto a hacer el papel de ama de casa. Es fundamental para mí saber que ella siente que “no me estoy durmiendo en mis laureles”, que me esfuerzo, aunque no dejaría de ser hombre por el hecho de dejar de ser el proveedor (2-34 años).

Es decir que para este entrevistado resulta fundamental, inclusive para conservar el respeto que su esposa tiene por él, siempre hacer esfuerzos por su familia y su superación personal, lo cual no necesaria-

mente tiene que concretarse en el hecho de que sea él quien gana más dinero o aporta más en el terreno económico para la manutención de su familia. Éste es un cambio en las normatividades, que al menos en el nivel discursivo, me parece muy relevante. Aunque también debo decir que muchos varones que han sido víctimas de las crisis económicas en nuestro país, y que después de haber asumido el papel de proveedor único o fundamental durante mucho tiempo, por razones externas a su voluntad dejan de serlo, viven una crisis que rebasa en mucho lo económico y en sus hogares; aunque las mujeres (que no es general) vean el hecho de mantener su casa como algo lógico y natural y no traten de hacer sentir al hombre como un inútil, ellos lo viven como una verdadera tragedia, como un cuestionamiento a uno de los elementos definitorios de la masculinidad dominante en México y sienten pérdida de derechos: pérdida de poder que muchas veces manejan como una agresión, en ocasiones muy fuerte, hacia su pareja y hacia sus hijos. Este tipo de normatividad y expectativa ha sido internalizada por muchos mexicanos durante muchas generaciones, no obstante creo que la misma realidad económica se ha estado imponiendo y que con el tiempo, en forma de un proceso de cambio o paulatino, estas realidades se asumirán más fácilmente, aunque por el momento para la mayoría de los varones siga siendo un problema importante.

En esta entrevista el sujeto aporta una apreciación también muy interesante en relación a cómo evalúa el hecho de que ciertas mujeres sigan siendo las que reproducen las desigualdades entre los géneros:

Hay problemas cuando la misma mujer está exigiendo del hombre que se comporte como macho, y eso en mi experiencia es algo que está muy generalizado en México (2-34 años).

Otro de los entrevistados reconoce abiertamente que las mujeres tenemos muchas desventajas. Se refiere a estas diferencias de manera curiosa:

No me puedo imaginar un orgasmo femenino. Ni tampoco me parece concebible que las mujeres manden. Tienen muchas desventajas, un millón. Ellas a veces son las instigadoras, pero nunca las que resuelven, las que golpean, las que dirigen. Las mujeres son seres supeditados y eso me encabrón. La sociedad establece que los hombres son superiores,

siempre tienen los mejores puestos de trabajo, así porque sí, así es. Hay limitantes sociales sumamente fuertes para las mujeres. Las mujeres en las oficinas son las que primero deben irse, si hay que trabajar toda la noche nunca se quedan las mujeres. Los hombres nos sentimos obligados a liberarlas de eso. En las relaciones sociales el hombre es quien más toma la iniciativa y quien dirige, eso es social, pero así es. Si la mujer toma la iniciativa él se siente incómodo. Siento que hombres y mujeres tienen las mismas necesidades sexuales, pero que las vivimos de manera distinta. La sexualidad de los hombres es más irrefrenable. Es como más física. La de la mujer es más emotiva. Si “yo tengo ganas, pues lo hago y punto”. Me puedo detener pero normalmente si tengo ganas lo hago, mientras que la mujer aunque tenga ganas se queda como si nada. Eso no es natural, también es social. Yo no clasifico a las mujeres y me encantaría encontrar una mujer con quien tenerlo todo, sexo y familia. Recuerdo que conocí a una mujer que pude haber amado, sus características eran que era inteligente, pero sobre todo sexualmente muy buena, siempre teníamos los mismos deseos. Soportaba mis arranques y su neurosis, eso también es fundamental (3-38 años).

Es sumamente interesante constatar que en la evaluación masculina respecto a las mujeres, la valoración siempre está en función de lo que ellos reciben: comprensión, sumisión y aparentar que se coincide es central. Confrontar los pone muy mal. Incluso pueden aceptar que han sido manejados, pero buscan a alguien que los sepa manejar, es decir, alguien que lo haga de tal manera que no parezca que eso sucede. Para el entrevistado las mujeres son “seres supeditados”, lo cuestiona aparentemente, no lo valora positivamente, pero lo atribuye a fenómenos que no dependen de él, y en los hechos hace todo lo posible por mantener esa situación supeditada en las mujeres con las que se relaciona; cuando lo cuestionan ejerce el poder de manera más brutal. Se podría interpretar que el entrevistado no analiza estos procesos en términos relacionales, derivados de una construcción que los propios seres humanos vamos creando y recreando y que, en definitiva, no asume ninguna responsabilidad como sujeto que puede transformar una realidad que no proviene de una esencia sino que deriva de una construcción social y cultural, nociva para ambos géneros.

Otro de los entrevistados narra la evaluación de sus amigos respecto a las mujeres, que afirma no compartir:

En México a las mujeres “se les carga mucho la mano”. Mis amigos las clasifican, las critican, las desprecian. Aunque es cierto que ha habido cambios en los últimos años, ya hay un porcentaje mayor de hombres que valora a las mujeres de diferente forma, más como personas (2-34 años).

Como dije antes, en general, ninguno de los entrevistados considera que en México exista igual valoración para los hombres y las mujeres. A todos, discursivamente, esto les parece erróneo, algo que hay que cuestionar y cambiar, pero en la práctica cotidiana permanecen muchos de ellos en la misma idiosincrasia, valorando a las mujeres de manera diferenciada respecto de los hombres, buscando compañeras que asuman un papel de sumisión respecto a ellos y que toleren e incluso fomenten un ejercicio de poder desequilibrado contra ellas mismas.

En uno de los casos el entrevistado reconoció abiertamente que clasifica a las mujeres:

Existen algunas solamente para el sexo y otras para hacer una familia. La diferencia central es que si una mujer tiene varias relaciones sexuales previas no es la persona adecuada para formar familia. No me casé con una mujer virgen, pero me era muy importante que las relaciones previas ellas las manejara como “las tuve en espera tuya”. Ahora me importa la calidad de las relaciones sexuales que ha tenido la mujer con quien me relaciono y no la cantidad (4-46 años).

De acuerdo con estas concepciones, el hecho de que los varones tengan muchas relaciones sexuales con muchas mujeres no los convierte en seres en los que no se puede confiar, inclusive es favorable para la constitución de la familia, pero si es la mujer quien las tiene queda invalidada como futura madre de hijo(a)s, pues es una persona en la que no se puede confiar.

Las mujeres que tienen relaciones sexuales previas parecen requerir de justificación, siempre deben tener alguna justificación. No se vale que te digan “las tuve porque quise, porque se me antojó”. Esa concepción ha ido variando con el tiempo, pero parece que socialmente, al menos para la mayoría, la mujer debe y puede controlar su deseo

sexual, mientras que los varones tienen la justificación de su sexualidad “irrefrenable”.

En otro caso, el entrevistado para responder la pregunta hace referencia al mensaje recibido de sus padres, mismo que asume como verdadero:

Para mis padres, aunque no lo dijeron así explícitamente, hombres y mujeres somos diferentes y nuestros comportamientos sexuales son moral y socialmente valorados de manera diferente. Para mi mamá la responsabilidad de los hijos recae básicamente en la mujer y juzga mal a una mujer divorciada si tiene otras relaciones, y al hombre no. Creo que hombres y mujeres debemos tener los mismos derechos, pero en realidad no es así. Por ejemplo yo tengo otras relaciones aparte de las de mi matrimonio, pero no lo afecto porque soy muy discreto, y mi mujer no las tiene, no se sentiría bien y si lo hiciera todos la criticarían (5-45 años).

Refiriéndose a otro aspecto de las diferencias entre hombres y mujeres establece elementos importantes de su vivencia laboral:

En cuanto al desarrollo profesional por ejemplo, mi experiencia es que a pesar de que el talento no se divide por sexo, la realidad es que las mujeres tienen menos oportunidades que los hombres. Los hombres aunque compitan se terminan apoyando entre sí. En cambio yo he vivido en varias ocasiones que si están dos mujeres entre ellas se destrozan, se obstaculizan. Yo creo que aunque se han dado cambios importantes, la mujer es más independiente y tiene mayor acceso a la educación, pero aún no hay igualdad real (5-45 años).

La concepción de que las mujeres nos obstaculizamos entre nosotras más que los varones, y que ese es un factor que nos impide el desarrollo, es bastante generalizada a nivel mundial, inclusive varios grupos de feministas han contribuido en el análisis de este fenómeno y proponen como uno de los mecanismos más efectivos para lograr un verdadero empoderamiento femenino, la solidaridad entre las mujeres.

Muchos de los entrevistados aseguran que a hombres y a mujeres en México se nos asignan papeles diferentes y que esto se deriva de un problema cultural.

Algunos otros respondieron la pregunta refiriéndose a problemas de carácter más general en cuanto a estructura económico social y afirmaron que la pobreza y la desigualdad dan lugar a menos posibilidades de desarrollo tanto para hombres como para mujeres. Algunos de ellos piensan que las presiones sociales y culturales por ejemplo para casarse y reproducirse, no son exclusivas de las mujeres, en México aseguran, se presiona tanto a mujeres como a hombres.

Algunos otros entrevistados, que tienen la característica de haber tenido hermanas con las que convivieron muchos años en el seno familiar aseguran que:

En México las mujeres están en desventaja social. Viví en mi casa que a mis hermanas las prepararon para casarse, sin embargo, una de ellas logró desarrollarse como actriz y fue muy buena en eso, fue para mí todo un ejemplo en la vida. Yo pienso que la mujer tiene más cualidades que los hombres; yo admiro la capacidad de ser madre, entre otras virtudes que para mí son plenamente femeninas, incluida una manera distinta de relacionarse como con más plenitud con la pareja y ser menos promiscua (7-48 años).

Otro de los entrevistados asegura que:

Lo que no envidio a las mujeres, que debe ser una “lata” es la menstruación. En México se siguen asignando papeles diferenciados a hombres y a mujeres y ellas tienen en realidad menores posibilidades de desarrollo personal. Eso es algo que debe cambiarse y que implica una profunda transformación educativa y cultural. Las mujeres siguen aceptando que los hombres les impongan su poder. Las mujeres creen que tienen que parecerse a los hombres para triunfar. Inclusive en mi generación las mujeres tratan de imitar la infidelidad masculina, entonces confunden todos los valores y ejercen una libertad que a la larga les perjudica. En México aún se sigue viendo bien que el hombre sea infiel; en cambio a la mujer infiel se le juzga muy mal, yo no creo que sea algo que deban imitar (8-31 años).

Para el entrevistado, como para muchas otras personas, hombres y mujeres, existen comportamientos masculinos que no son positivos y

que no deben ser emulados por las mujeres porque no son elementos liberadores ni de mayor igualdad en aspectos fundamentales de la vida.

Otro de los entrevistados contribuye con su testimonio a corroborar cómo ha vivido la presión social de incluso mentir y aparentar como exigencia sobre los varones para estar permanentemente demostrando que se es “hombre”, situación que muchas veces ellos no viven de manera placentera:

En México los hombres tienen que presumir sus relaciones sexuales, es como “folklorico”, tal vez lo que dicen no tiene que ver con la realidad. Hay mucha fanfarronería”. Hay demasiadas contradicciones en México en estas valoraciones. Por ejemplo mi mamá tuvo un desliz, tuvo un hijo, sufrió mucho por eso, pero ahora se jacta de lo que sucedió, como sinónimo de que era muy atractiva. Hay un cierto tipo de “macho” respecto al cual los hombres tienen que vivir, pero ese discurso muchas veces no corresponde a la realidad. En mi familia yo no viví que las mujeres fueran menos valoradas por no tener hijos, más bien se debía a que no habían tenido pareja. Considero que las cosas han cambiado, la generación de mi hija es totalmente distinta de la mía. Se liberan las mujeres y tienen que liberarse los hombres. Las relaciones de pareja se han ido modificando, hoy son menos regidas por las familias, los hijos e hijas también se liberan antes de la familia. Es esencial en el cambio que hombres y mujeres dediquen más tiempo al trabajo. La aportación económica de la mujer al hogar cambia radicalmente la relación de la pareja. Aunque en el corto plazo pueda haber conflicto, a la larga creo que será positivo este cambio. Se establece una relación más igualitaria entre hombres y mujeres y un ejercicio de poder también más equilibrado, que es benéfico para todos.

Es interesante resaltar que este entrevistado, con ideología de “izquierda” de la generación del 68, participante activo, dedicado a cuestiones sociales y políticas, que fue educado gran parte de su vida en el extranjero, tiene una idea mucho más “moderna” de las relaciones de pareja que hombres más jóvenes cuyas experiencias y tipo de familia son más cercanos al estereotipo de “lo mexicano” y la “estabilidad”. Creo que es central considerar todos estos factores para entender que si bien la generación es importante, hay otros factores que son esenciales para

comprender la manera de pensar y actuar de los varones en sus relaciones con las mujeres y con los hijos(as).

En esta entrevista resulta interesante resaltar que algunos varones son conscientes de que en su mundo masculino existe mucho de “fanfarronería”, que deriva de una competencia, que muchas veces, como he documentado ellos tratan de no evidenciar: los varones tienen que presumir en la esfera de su éxito sexual para legitimarse. Puede ser que muchos de ellos desearían que las cosas no fueran así, pero en general puede afirmarse que ellos viven aún ahora en un mundo con esas características de competencia, rendimiento, éxito.

En este testimonio se constata además que para algunos varones la normatividad social más general, que establece diferencias entre los géneros constituye algo que está cambiando y que debe cambiar más rápida y definitivamente. El tradicional ejercicio de poder del varón, vía ser proveedor único por ejemplo, no es ya un modelo que se pueda considerar aplicable a todos los varones mexicanos, por lo menos de la clase media-alta. La valoración de que se es hombre en función de cumplir cierto tipo de funciones parece que aunque siga siendo un hecho bastante común, ya no es totalmente vivido de esa manera por algunos varones.

Es también interesante resaltar que para algunos el proceso de liberación de la mujer tiene que acompañarse de un proceso liberador también para los varones, en el sentido de que ellos también ganan con el cambio.

*Valoración de la vida sexual, vinculada a la reproducción.
Relaciones de pareja. Negociaciones. Enfrentamientos
y prioridades*

En términos generales pude corroborar que para los varones entrevistados la sexualidad en la pareja tiene un espacio fundamental, que constituye uno de los elementos centrales (aunque no el único) en la construcción y vida de la pareja. En general, estos varones han tenido la expectativa y el deseo de poder vivir con la misma pareja una sexualidad, placentera conjuntamente con la construcción de una relación plena en función por ejemplo de la procreación. Para la mayoría de ellos la repro-

ducción se ubica sólo en una parte del ciclo de vida de una persona, está acotada. El placer no, aunque cambia de acuerdo con cada etapa. Tiene matices diferentes. La mayor parte de ellos afirma no haber vivido su sexualidad como rendimiento, como “tener que cumplir”. Afirman en su mayoría que siempre constituye un disfrute. También coincidieron en afirmar que las relaciones ahora son más igualitarias, han cambiado mucho. Los cambios se deben a que la mujer ha cambiado, a ella le ha interesado cambiar, en cambio al hombre le interesa poco cambiar. Reconocen en la mayor parte de las entrevistas en que “a los hombres nos resulta cómoda la situación”, lo cual tiene plena coincidencia con la apreciación, también general, de que la condición de vida de las mujeres es más difícil que la de los varones, y que ellos gozan de mayor libertad y oportunidades de desarrollarse.

En algunos casos el mayor problema que los hombres recuerdan como problema en su relación sexual con la pareja se refiere a:

Lo que más me ha desagradado en mi vida respecto a las relaciones sexuales con mujeres, es que se hayan negado a tenerlas en ciertos momentos, no por razones circunstanciales que yo comprendo, sino cuando de plano la pareja se niega de manera expresa como forma de mostrar un enojo o como castigo. Eso lo he vivido varias veces, tal vez porque mis mujeres han sabido que para mí es muy importante la sexualidad y así me castigan de manera muy efectiva según ellas. Para mí la vida sexual es tan importante que justifica una ruptura de relaciones, aún más que por ejemplo, diferencias de carácter ideológico (1-62 años).

Coincide con la mayor parte de lo dicho por los otros informantes en el sentido de que:

Para mí es tan importante dar placer a una mujer como sentirlo yo. Las relaciones sexuales son distintas si el contacto es eventual, entonces es como menos importante, en cambio en una relación estable entra la “recreación”. En la pareja todo es permisible. Para mí la sexualidad es un juego, en el que participan dos, de manera igualitaria. Lo más importante para mí es que ella sea parte actuante, que le guste jugar. “Que no se envuelva en la sábana” (1-62 años).

Los varones viven con mucha angustia, que les genera a menudo agresión, el hecho de considerar que las mujeres manejan su sexualidad, que les “dosifican” los encuentros, como forma de control y de castigo. La idea de lo femenino como pasivo, como no participante, como sexualidad que sólo debe generar placer al varón parece contrastarse con este tipo de testimonio. Quizás aquí el castigo es justamente que la mujer no participe.

Otro informante me dijo:

Hay que estar muy pendiente de las necesidades de la pareja y tratar de satisfacer esas necesidades, sobre todo de “apapacho”, además de siempre buscar algo nuevo que revitalize la pareja. Aunque existe la posibilidad de que algún día mi relación de pareja se termine, yo por el momento estoy dispuesto a poner todo de mi parte para que eso no suceda (2-34 años).

Se puede destacar en este testimonio que el entrevistado está consciente de que las relaciones, incluso las matrimoniales como en su caso, pueden romperse, pero también es relevante el hecho de que para él las relaciones tienen que construirse, no darse por hechas y que en este sentido las necesidades de la mujer son esenciales para lograr que la relación sobreviva de manera adecuada.

Uno de los entrevistados, que ha logrado hasta el momento construir una relación matrimonial que califica de feliz y sólida, me dijo:

Las relaciones sexuales son importantes en mi pareja, estamos ya acostumbrados a tener relaciones satisfactorias, y eso es importante, sin inhibiciones, no obstante no quiero rendir tributo a mi pareja sólo porque hace bien el amor, en mi relación hay muchas otras cosas que cuentan mucho y que nos hace estar unidos. La sexualidad se va transformando, tranquilizando, aunque no acabando, pero yo espero que nunca se acabe el deseo que sentimos el uno por el otro. Mi relación sexual se desarrolla sin inhibiciones. La relación sexual debe ser completa, no solamente en el sentido de llegar al orgasmo, sino de que exista una dosis de ternura, reciprocidad intensa, placer para ambos. La base de una buena relación sexual es que haya comunicación y que ambos estén dispuestos a satisfacer al otro. Si sufriera un rechazo en este aspecto “sería un poquito doloroso”. Sé que rompería la relación por problemas sexuales, porque lo

viviría como rechazo. Si estás con alguien es porque te gusta, si ya no te gusta no puedes seguir con esa persona. Mi relación sexual es plena y no “se me antoja” tener otras relaciones. Creo que me sería muy difícil tener una amante y conservar mi matrimonio “tendría que ser una relación totalmente desprendida, casi sólo sexual, sin retribución y sin esperanza de nada” (2-34 años).

Como puede observarse, no para todos los varones resulta compatible mantener un matrimonio feliz y a la vez mantener relaciones extramatrimoniales de carácter sexual y este informante, con un matrimonio joven, desea construir una relación de pareja en la que la sexualidad satisfactoria y placentera para él y su pareja, constituye un elemento central. Otro de los informantes, que a diferencia del anterior sí ha tenido relaciones extramatrimoniales, me narró una experiencia poco satisfactoria: He tenido sexo sin afecto en varias ocasiones y no lo considero satisfactorio y no quisiera repetir la experiencia (6-49 años).

Uno de los entrevistados aportó una novedosa percepción de la “infidelidad” femenina, que contrasta mucho con otras investigaciones:

Si mi pareja tuviera otras relaciones trataría de buscar los motivos que la orillaron a eso, porque si lo hiciera, sería porque tiene necesidades no satisfechas. Creo que si esto sucediera yo escucharía más a mi mujer que ella a mí, al menos ella me ha dicho que en caso de cualquier infidelidad la relación se acaba sin discusión alguna. Yo siento miedo de provocar esto porque no quiero romper con ella. Quizá la inseguridad de ella se debe a algo justificado: la mayoría de los hombres son “cabronésísimos” capaces de poner el “cuerno” con cualquiera y a cualquier hora (2-34 años).

El entrevistado también aporta lo que para él constituye un elemento central en su relación: tiene una buena comunicación con su pareja. Ella normalmente está dispuesta a escuchar y él también, en aras de la relación. Un caso que contrasta con esta percepción es la de uno de los entrevistados que vive la sexualidad como un grave problema y que ha tenido experiencias muy poco satisfactorias. La evaluación que este sujeto hace se aproxima mucho a la que reportan diversas investigaciones que documentan los elementos de la sexualidad en el contexto de la masculinidad dominante:

La sexualidad me representa un problema muy serio, he pasado por períodos de impotencia. Mis relaciones con las mujeres más bien son de verdadero conflicto, agresividad y en ocasiones hasta violentas. Mi comunicación es fatal en general con todas las mujeres (3-38 años).

Él responsabiliza siempre a su(s) pareja(s) del fracaso de sus relaciones. Es capaz de mantener una mala relación durante un largo tiempo, tomando como pretexto a los hijos y está permanentemente agrediendo a la contraparte.

Las relaciones sexuales con mi esposa son muy pobres; ella es muy convencional en sus prácticas, he intentado mejorarlas pero ella me rechaza (3-38 años).

Sin embargo en su discurso afirma que lo que más le importa en una relación sexual es satisfacer a la mujer. En segundo lugar satisfacerse él mismo, que tenga sensualidad y afecto. La sexualidad ocupa el primer lugar en importancia dentro del matrimonio. La igualdad en el nivel cultural también lo considera central. En la actualidad está descubriendo que puede ser diferente de cómo ha sido. Básicamente está aprendiendo a gozar su soledad y a considerarla creativa; ya no siente la necesidad de estar conquistando mujeres continuamente, ni desea continuar con la historia de probar que sirve como “macho”. “Me siento confundido, pero no perdido, estoy como a la espera de algo...”.

En la evaluación de su vida amorosa llega a concluir que el problema es que todo lo ha centrado en la pasión y cuando le parece que ésta se acabó termina con todo en enorme conflicto. En todo caso duda haber amado, tal vez solamente se apasionó y por eso sus relaciones estuvieron siempre acompañadas de un celo terrible, incontrolado “que me hizo aparecer como monstruo”. “Nunca hubo ese amor, natural, sosegado, pleno”. Analiza sus sentimientos y recuerda que nunca se ha sentido tranquilo, siempre se ha sentido inquieto en sus relaciones de pareja, con dudas respecto a si está en el lugar que desea. Sus refugios naturales son sus amigos, sus hermanos, su lectura, rodeado siempre del “trago” (3-38 años).

Además de relaciones eventuales con otras mujeres, el entrevistado ofrece en su testimonio otro de los elementos que son característicos de este tipo de comportamiento: amigos que están de acuerdo con su

manera de actuar, y el alcohol. Aparece en el testimonio también la idea del cambio, que no parece en realidad muy factible dados los argumentos que el entrevistado aporta. Siempre son los demás los culpables de sus problemas. No existe en él autocrítica alguna. Es interesante su abierto reconocimiento a que ejerce un poder brutal sobre su esposa, dice que es como

...un desquite antes no era así, pero como ella no se comportó bien ahora es diferente. Ya le di muchos chances y sabe que la mando al diablo. Mi forma de agredirla es “hablarle feo cada vez que se pone jetona”. Soy muy sarcástico, a veces irónico y estoy consciente de que no actué bien (3-38 años).

En los hechos, sin embargo, lo que muestra su discurso es que no está haciendo nada por transformarse a sí mismo. Existe en muchos casos de dominio masculino sobre las mujeres, un conjunto de complejos mecanismos que reproducen cotidianamente la situación de subordinación y muchas veces de maltrato a las mujeres. Como lo estableció Godelier (1986) no debemos olvidar que la verdadera fuerza de la dominación masculina reposa en la creencia en ciertas prácticas simbólicas, que es compartida por hombres y mujeres. Queda claro en este caso que existe la aceptación femenina de su opresión de género y la presencia de todo un sistema de símbolos destinados a legitimar la superioridad masculina, que conforman pilares fundamentales de la dominación de los varones.

Otro de los casos es interesante porque el entrevistado se asume a sí mismo como controlador en todas sus relaciones, dice que

...desde niño controlaba a mi familia y mis padres me utilizaban como intermediario o una especie de negociador ante mis hermanas (4-46 años).

Controlar y dirigir es para él un gran logro, no solamente en la pareja, también en los grupos de amigos y en la esfera laboral. Aunque según él no es necesario controlar por las malas, sino convencer, salvo que la pareja, por ejemplo, no te respete, ahí se hace indispensable el control. El testimonio corrobora lo aportado por otras investigaciones. Se comprueba que controlar es un elemento de gran satisfacción para

los varones y aspecto importante de la masculinidad. Además, la formación dentro de la familia que permite y fomenta esta característica es un elemento que debe considerarse.

El tema de los cambios que la pareja experimenta en muchos casos con el nacimiento de los hijos y por el hecho de priorizar a la “familia” muy por encima de la pareja, se puede documentar con el siguiente testimonio:

Para mí las relaciones sexuales son muy importantes, pero desde el nacimiento de mi primer hijo las relaciones con mi esposa se fueron deteriorando. En un principio lo atribuí a problemas fisiológicos, hormonales, de posparto. Luego llegó la hija y de repente te das cuenta de que pasaron tres años y tu sexualidad cambió. Yo fui muy tolerante, esperé y esperé, atribuyéndolo a la maternidad, pero no mejoró (4-46 años).

Ante esto su opción fue tener su primera relación extramatrimonial, entre los nacimientos de sus hijos. Narra que la falta de deseo de ser madre por parte de su esposa fue definitivo en su ruptura, ella ya no estuvo contenta con su vida. Él dice que no la engañó que ella siempre supo que para él era trascendental la paternidad y que por nada del mundo estaría dispuesto a renunciar a ser padre. Inclusive vivió la experiencia de que en el segundo embarazo su mujer lo amenazó con abortar. Encuentra que en su matrimonio hay dos etapas claras: antes y después de los hijos. Con los hijos su matrimonio un poco acabó, pero empezó la familia. Considera que no pudo establecer una buena comunicación con su esposa, al punto de que no pudo contestarme cuáles eran las expectativas de ella respecto al matrimonio y la pareja. Según él ella siempre estaba a disgusto, desde el nacimiento de los hijos y no había manera de complacerla. Le cuestionaba ser un padre ausente, si viajaba, demasiado presente si estaba con ellos. Desde tiempo atrás él dejó de comunicarle sus necesidades pues según él ella las asumía como conocimiento acerca de sus debilidades y podía molestarlo aún más de lo que según él ya lo hace. Reconoce que ha tenido una serie de relaciones extramaritales:

...nunca las he vivido con culpa, sino como un derecho, pues no tengo buenas relaciones al interior de mi casa. No es que considere que está

bien tenerlas, pues si ella las tuviera a mí no me parecería y sé que es una posición machista pero es real (4-46 años).

En cuanto a la importancia de las relaciones sexuales en la pareja considera que:

Las buenas relaciones sexuales dependen de la mujer, ella es la responsable de que el marido se mantenga activo aún en la vejez, ella es quien tiene que mantener viva la sexualidad. A mí me importa más el placer de la mujer que el propio. Antes no consideraba tan importante la sexualidad como ahora. Durante mucho tiempo permanecí casado con una vida sexual pobre en función de mis hijos, pero hoy considero que la sexualidad es tan importante que si no funciona se debe romper la relación de pareja.

Es interesante resaltar la concepción actual del entrevistado respecto a las relaciones de pareja. En su discurso aparece como un sujeto que ha cumplido con todas las expectativas sociales que le han sido marcadas, al cual le importa por sobre todo el prestigio y el mantener una “fachada” de comportamiento ejemplar. Después de una relación matrimonial bastante desastrosa ha decidido enfrentar las normativas existentes que según él lo han limitado, yéndose al extremo de considerar que lo que necesita a su lado es solamente “una mujer que quiera ser mujer y nada más”. Al cuestionarlo sobre el significado de tal afirmación, parece referirse a una mujer orgullosa de su condición, que no desee nada parecido a lo que los varones desean, es decir, éxito laboral, desarrollo personal fuera del hogar, tiempo y espacio para ella misma. Considera necesitar una mujer que viva enteramente para él, y cree poder encontrar todo eso en una mujer educada en Oriente, a la cual no le importó dejar a su esposo, cambiarse de país, “desprestigiarse” en el propio, con tal de demostrarle que puede vivir enteramente en función de las necesidades de él, incluso sin demandarle un compromiso. Parece que esas demostraciones de amor absoluto, por encima de todo, a pesar de todo, es lo que algunos varones todavía necesitan para sentirse seguros y admirados. Una mujer con intereses propios, deseos autónomos, a la que hay que respetar, constituye si no una amenaza, si una especie de molestia, pues se requiere estar explicándose y en todo caso “negociar” en el buen sentido del término la vida que se quiere vivir en pareja.

Los resultados de mi investigación, analizando esta entrevista en particular, muestran que en los discursos de los sujetos se manifiestan profundas contradicciones entre el nivel de las expectativas y el de las actitudes reales. Tal y como se informa en otras investigaciones sobre varones (Vivas,1993), las decisiones de los hombres muchas veces se toman privilegiando sus propios intereses, sacrificando los de su pareja, aunque muchos en el discurso sostengan que les agrada tener a su lado mujeres con proyectos de vida independientes.

En otro de los casos el entrevistado se casó prácticamente con su primera novia. A lo largo de su vida matrimonial él ha tenido varias relaciones con otras mujeres, solamente una de ellas lo bastante trascendente como para hacerlo dudar de su matrimonio:

Tuve una separación de 10 meses, probé vivir con la otra persona y a partir de allí fracasó mi nueva relación. En verdad me sentí presionado. Seguía viendo a mis hijos todos los días y manteniendo mi casa, a la vez que mi nueva pareja me demandaba otras cosas. Llegó el momento en que sentí que ya no tenía vida propia ni tiempo para mí y decidí romper y continuar con mi matrimonio. Mis relaciones con mi esposa son buenas, pero eso no impide que continúe con relaciones, siempre eventuales, con amigas a las que les tengo afecto y con las que no establezco compromiso alguno. Ellas saben mi situación y no intentan modificarla. Para ellas, está bien relacionarse de ese modo (5-45 años).

Ante mi insistencia por conocer las motivaciones que lo llevan a vivir así analiza que:

...en el fondo no me encuentro totalmente satisfecho sexualmente en mi hogar; trato de hablarlo, pero ella no modifica actitudes y la relación se ha vuelto convencional y aburrida. Por otra parte tengo cierta frustración porque me siento poco valorado por mi esposa. Para mi esposa la sexualidad es menos importante, ella no demanda nada al respecto, ni siquiera es tema importante para ella. Ella está a gusto con la vida de familia, yo la mantengo, ella se dedica a los hijos y a ella misma y no demanda nada más. Para mí una buena relación sexual no se limita a alcanzar el orgasmo o a tener erecciones, a mí me es fundamental el elemento del afecto y la sensualidad en las relaciones. Además me preocupo por proporcionar placer a mi pareja, si no es así siento que el

encuentro no estuvo bien. Además en ciertos aspectos de la vida que a mí me interesan, mi esposa no tiene interés alguno. Con mis amantes puedo platicar mejor de mis proyectos, sobre todo cuando no se refieren estrictamente a mi trabajo por el que me pagan, sino a ciertas inquietudes por ejemplo de escribir. Me es difícil manifestar abiertamente mis necesidades. Me gustaría ser comprendido sin tener que demandarlo. El problema es que lo demando cuando ya estoy en medio de una crisis y ella me reprocha no haberle expresado lo que yo necesitaba de ella. Yo sí me preocupo por estimular la realización de los intereses de ella y jamás me opongo a los proyectos que ella me plantea, como puede ser estudiar algo. Para mí la expectativa de casarme iba acompañada de tener hijos y en eso plenamente estuve de acuerdo con mi esposa. Eso lo compartimos plenamente y no enfrentamos problemas. Yo trato de ir viviendo cada día y pienso que continuaré casado, a pesar de que sexualmente me sienta insatisfecho, hasta que un día me vuelva a sentir encerrado. Estoy consciente de que soy mejor papá que esposo, que llego a mi casa sobre todo porque ahí están mis hijos y que tengo mucho más que compartir y más afinidades con mis hijos que con mi esposa (5-45 años).

Si bien la sexualidad es reconocida como un aspecto fundamental en la pareja, en los hechos, en muchos casos son otros factores los que hacen que la relación se mantenga. En el caso de los varones parece que se corrobora que les resulta más “manejable” la situación de cierta insatisfacción dentro de sus relaciones estables, vía la existencia de relaciones paralelas. Resulta también un elemento importante por destacar en este testimonio, que algunos varones buscan otras relaciones no únicamente para un desfogue de carácter sexual, sino porque en otras mujeres encuentran compañeras con las cuales mantienen una comunicación más plena en las que pueden mostrar inquietudes de carácter emocional e intelectual, que quizás alguna vez compartieron con su esposa. Resulta también interesante resaltar que para ellos un tema en el que sí son escuchados por sus esposas es el relativo al trabajo remunerado del marido. En el fondo dejan entrever que a ellas les interesa mucho lo que tiene que ver con que el varón pueda seguir siendo un buen proveedor económico de la familia. Asimismo, parece que el factor de la presencia de hijos es esencial para la preservación de las relaciones de pareja; tal vez muchas se romperían antes si no hubiese procreación.

Otro problema de comunicación o de identificación con su esposa se refiere a que ella se ha vuelto más “conservadora” por no decir “reaccionaria” en comparación a como era antes, como que “ha perdido su sentido social” y eso él lo resiente.

En otro caso el sujeto considera que es necesario tener un mayor conocimiento acerca de la persona con la que uno se relaciona, se casa, procrea.

En mi caso siento que no conocía a las mujeres con las que he vivido, no lo suficiente. Lo que más me ha molestado en mis relaciones es la “obstinación” de las mujeres, que hace imposible la negociación. No me gusta este término, porque suena mercantilista y no debe existir en una relación íntima como la que se da en pareja. La sexualidad está determinada por todo lo demás de una relación. Es muy difícil que la sexualidad sea buena si nada de lo demás funciona, por ejemplo, la comunicación en la pareja. Además es indispensable entender que las personas cambiamos, las relaciones cambian y hay que irse adaptando. La pareja debe darse de manera natural, unir a personas afines, con gustos afines, que no sea necesario negociar (6-49 años).

El tema de su desempeño sexual fue algo que no quiso tratar el entrevistado de manera amplia. Dijo no tener problemas en ese sentido. A diferencia de otros entrevistados éste en particular afirmó que:

Tener relaciones extramatrimoniales no es lo adecuado. Cuando se quieren tener es que la relación inicial ya no está funcionando y se debe acabar (6-49 años).

Dice que su imagen respecto a las mujeres es adecuada, no obstante es interesante ver la negativa de la valoración de su madre y de mujeres posteriores que le “han impuesto hijos”; además acepta que se ha relacionado con mujeres sumamente dependientes, según él eso no le agrada, pero es un patrón que repite constantemente. Un elemento central de conflicto con sus esposas han sido los hijos anteriores a la relación en cuestión. Él ha vivido el asunto también como un engaño, porque les ha dicho la verdad en el sentido de que desea ser un padre responsable, presente, comprometido, ellas dicen aceptar eso y luego en

los hechos lo han intentado obstaculizar en sus relaciones con los hijos e hijas.

Para él lo central son los hijos, esos son para siempre, las mujeres con las que se relaciona cambian. No está de acuerdo con la familia estereotipada que tiene que durar para siempre. Considera que no hay un gran avance en cuanto a relaciones de pareja. Cree que aún en la actual generación continúa siendo un asunto azaroso.

No planeamos nuestra vida de pareja, planeamos nuestra carrera profesional, pero para eso tan importante no estamos preparados. Cuando ya tienes suficiente experiencia, tus condiciones físicas ya están disminuidas (6-49 años).

Para otro de los entrevistados:

Lamentablemente la sexualidad poco razonada me condujo a una paternidad no deseada, “impuesta” y prematura que me ha causado muchos conflictos incluso psicológicos (8-31 años).

Para él no tienen porqué estar unidas sexualidad y reproducción, son esferas diferentes y no necesariamente una debe conducir a la otra. Este entrevistado nunca ha estado casado.

Creo que tanto yo como mis hermanos hemos pospuesto el matrimonio debido a que todos tenemos una especie de miedo a que la relación se acabe, básicamente porque se termine la pasión. Yo no tengo un interés especial por el matrimonio, aunque sí me gustaría vivir con alguien con quien compartir la intimidad y construir una familia. Para mí primero debe ser el proyecto de pareja y los hijos una consecuencia. De hecho, sería capaz de vivir con alguien que no pudiera tener hijos, lo fundamental es la pareja. En cambio, a pesar de los hijos, rompería una relación aún estando casado si se deteriorara mi relación de pareja. Para mí es fundamental tener afinidad de ideas con mi pareja, políticas y religiosas y básicamente en cuanto a valores. Para mí es lógico que el hombre tenga más responsabilidad como proveedor del hogar; si el dinero no alcanza aspiraría a que mi pareja se decidiera a trabajar, pero si alcanza, a mi no me importaría que ella no trabajara. No considero válido que el hombre tenga relaciones extramatrimoniales, aunque socialmente sea aceptado; yo fui educado en el valor de que eso no se vale y haces mucho daño

cuando lo haces. Para mí las relaciones sexuales satisfactorias con mi pareja son un elemento esencial de mi relación. La comunicación es lo más importante; mientras las mujeres busquen el placer del varón y nosotros el de las mujeres todo puede resultar bien, si se hablan (8-31 años).

Su percepción negativa respecto a la vivencia de relaciones sexuales con mujeres distintas a su relación de pareja estable tiene, según él mismo lo ha analizado, su fondo en una experiencia familiar en la infancia y primera adolescencia en la cual vio sufrir a su madre:

Una mala relación sexual con la pareja no justifica que ninguno de sus miembros tenga otras relaciones. Cuando mi mamá se divorció se relacionó con alguien con el que nosotros (los hijos) tuvimos una relación muy cercana. Él engañó a mi mamá de manera terrible y yo no puedo olvidar lo que vi sufrir a mi madre; quizá por eso para mí la infidelidad es algo imperdonable. Se deben arreglar los asuntos de pareja enfrentándolos y negociando, no engañando (8-31 años).

Resulta muy interesante constatar que no para todos los hombres es natural o un hecho biológico tener relaciones simultáneas con varias mujeres; y que existen hombres para los que los sentimientos de los demás sí son importantes.

En otro caso, el entrevistado ubica a las relaciones sexuales en un espacio tan importante como lo es la coincidencia en cuanto al proyecto de vida profesional, los ingresos, el gasto familiar y su distribución y las expectativas de los que significa tener “una buena vida” en cuanto a la construcción de una pareja. Relata una experiencia interesante porque contrasta con otras en las que la “infidelidad” es un escape y una posibilidad de continuar la relación estable que el varón sostiene. Para este sujeto, en cambio, la experiencia de haber mantenido relaciones sexuales con otra mujer (casada) que no era su pareja estable, en el fondo estuvo motivada porque necesitaba un pretexto lo bastante fuerte e imperdonable, que le permitiera romper una relación, que desde tiempo atrás ya no lo tenía satisfecho, por muy diversos motivos.

Yo no creo en el matrimonio como tal, creo en la vida que se comparte en pareja, por amor, y sólo mientras dure el amor. Cuando se deterioró mi relación de pareja y aumentó el conflicto, me relacioné con una mujer

casada, de manera conflictiva y mi relación estable se terminó. Ahora y tras el análisis de mi situación ya pasado el tiempo, creo que tuve esa relación para poder romper con la otra; de alguna manera aunque no era un matrimonio formal teníamos un largo pasado compartido y una hija que para mí es fundamental, romper no era fácil (9-56 años).

En esta pareja también debe resaltarse que se registraron cambios fundamentales en los valores relativos a la fidelidad, en función de cambios derivados en sus ciclos de vida y la presencia de una hija.

En el principio de mi relación era un valor entendido que cada uno podía tener relaciones eventuales con otras parejas, con el nacimiento de la niña ese valor cambió, pero yo no lo respeté plenamente siempre. Ese fue un factor de separación o falta de confianza por parte de mi pareja (9-56 años).

En el análisis que hace el entrevistado reconoce que las concepciones y los intereses cambian con el tiempo:

Hoy estoy convencido de la importancia de la fidelidad a la pareja, cuando ésta no se da la gente puede salir muy herida y eso no está bien (9-56 años).

En cuanto a las relaciones sexuales considera que lo más difícil es cuando surge la incompreensión respecto a las necesidades del otro. El conflicto se agudiza en vez de resolverse. Cuando no se habla la cerrazón se vuelve conflicto. Ese aspecto es central y genera otros muchos conflictos. Eso está como en el fondo, pero no se habla. Para este entrevistado fue imperdonable sentir rechazo sexual por parte de su pareja.

Para mí la relación sexual es un punto de compenetración fundamental con la pareja, si falla es muy difícil que lo demás funcione. Yo necesito poder comunicar mis necesidades, pero necesito que la mujer me demuestre estar dispuesta a escucharme, en caso contrario mi experiencia es que yo me he cerrado y en ocasiones he emprendido otras relaciones. He comprendido con el tiempo que hablar es esencial para poder mantener buenas relaciones sexuales, la gente debe poder hablar y tener confianza con su pareja, poder decir cualquier cosa y ser comprendido, eso es esencial. Por educación el hombre tiende a reprimir sus emocio-

nes y a confundirse entre emotividad y sexualidad, pero no tiene que ser así y de hecho es algo que habría que modificar (9-56 años).

Otro elemento que considera punto de conflicto en su relación de pareja se refiere al “autoritarismo de la mujer”.

Como que trató de imponerme una manera de vivir, y yo sentí una absoluta falta de respeto. Tal y como si no respetaran mis espacios más íntimos y mis intereses. Ella muy preocupada por el dinero, yo estaba preocupado por aprender, estudiar y desarrollar mi vocación. La presión fue en aumento y la vida en común se hizo muy difícil. Mucho tiempo antes de la ruptura definitiva de la relación, ésta ya estaba sumamente deteriorada y gran parte del problema se debió a que ante la falta de comunicación sobre asuntos esenciales de pareja como es la sexualidad no hicimos nada, lo dejamos pasar, seguimos con nuestras vidas como si nada sucediera y al final ya no había pareja. Mi hija ya había crecido y ya por lo menos yo no consideré que tuviera sentido continuar la vida con mi pareja (9-56 años).

La falta de construcción de pareja en el vida cotidiana, lo que él define como “dejar pasar” parece ser un elemento que tienen en común muchas de las parejas que han sido objeto de estas entrevistas, a través de la voz de los varones. Otro de los entrevistados ahonda en el tema de la sexualidad en la pareja, de manera a mi parecer muy relevante:

Yo creo que la sexualidad no solamente es un asunto de desarrollo social, sino que tiene un aspecto trascendente y ese aspecto trascendente es la posibilidad de detectar y de experimentar a través de ella lo que ninguna otra experiencia del universo te puede dar, y por tanto, si hay posibilidades de acercarse al cosmos, de conectarse con el universo, de ratificar por qué estás en el mundo y para que existes y todo eso está precisamente en la sexualidad (10-49 años).

Su posición contraria al matrimonio se debe a que:

“Creo en la unidad”. No en la institucionalización de la unión. La unidad se basa en la solidaridad, en el atractivo, la vida sexual y espiritual, en la posibilidad de hacer efectivamente búsquedas comunes en todos los ámbitos de la vida. Desde mi perspectiva las relaciones de pareja deben

durar hasta cuando aún no se han agotado los elementos que les dieron origen, hay que captar el momento en que las relaciones se empiezan a desgastar, cuando ya no hay un regreso, cuando ya no puedes mejorarlas y entonces hay que romper. Sin embargo, a diferencia de cómo pensaba en el pasado, hoy creo que es posible que las parejas duren para siempre, que requiere de ciertos “sacrificios”, pero que aún los momentos de tránsito difíciles al interior de la pareja “constituyen un capital acumulado” y se puede llegar hasta el final. Otra disyuntiva es sacrificarlo todo y correr el riesgo de vivir en soledad. En mi experiencia, cuando se ha roto definitivamente la posibilidad de una vida con afecto, ternura, solidaridad y buenas relaciones sexuales, las relaciones se han terminado, incluso con la madre de mis hijos. Con ella duré 12 años y decidimos como proyecto procrear. Ahora comprendo que en esa relación no logramos construir un proyecto para su sexualidad, la dejamos morir, no luchamos porque sobreviviera cada día, lo cual es indispensable. La “buena sexualidad es algo que se va construyendo”, “es parte esencial del proyecto de la pareja” (10-49 años).

Como puede observarse existe una gran variedad de experiencias y de respuestas, una variedad también notable en la manera en que se asimilan las experiencias y en cómo se enfrentan los cambios y los retos de la pareja. Un punto en común interesante para esta investigación es que para todos los entrevistados la sexualidad tiene una importancia crucial y que para muchos de ellos, sin embargo, es un aspecto de la vida que no han logrado, junto con sus parejas, construir adecuadamente. Adicionalmente, sólo una minoría de estos varones han enfrentado seriamente las normatividades imperantes y han emprendido una transformación personal de fondo, de manera que en adelante pudiesen llegar a construir, renovándolas cada día, relaciones de pareja más satisfactorias para ellos y ellas.

Derechos reproductivos. Condicionamientos sociales y económicos de la sexualidad y la reproducción en México

Algunos de los entrevistados tenían idea de lo que significan los “derechos reproductivos” como tales. Muchos de ellos, a pesar de no conocer el concepto, sí conocen de que se trata su contenido y no sólo eso, sino

que los evalúan como importantes y poco aplicados en el caso de México. En uno de los casos el entrevistado tiene cierta idea de los derechos reproductivos y considera que en México:

...aún muchos sectores sociales no pueden ejercerlos, por su situación de pobreza y falta de educación. Aunque no es solamente la educación formal la que importa, es más bien como cambiar una concepción de vida. Por ejemplo hay mujeres campesinas que planifican su familia y ejercen derechos, aunque eso es excepcional y que hay muchas cosas que cambiar. La gente se sigue reproduciendo muchas veces por presiones sociales y sobre todo familiares. Es como si el no reproducirse fuera no acceder a la categoría ni de hombre ni de mujer. Yo sufrí presiones en mi primera unión para que mi mujer se embarazara pronto, por parte de mi suegro, era como la consolidación del matrimonio. Veo con claridad que las cosas han cambiado, al menos en ciertos sectores, yo por ejemplo, pienso diferente con respecto a mis hijos e hijas e incluso estuve dispuesto a apoyar a una de mis hijas a que fuera madre soltera si así lo deseaba, pues en fin lo importante es construir un núcleo familiar y eso yo puedo garantizárselo (1-62 años).

En otra entrevista pude corroborar que el término de derechos reproductivos es solamente comprendido como tal por un cierto sector de académicos y que muchos varones como este entrevistado no lo conoce, pero vive en función de ellos, los ejerce a plenitud y tiene una relación bastante equitativa con su pareja. Otro de los entrevistados aseguró que los cambios deben agradecerse a las mujeres, ellas han sido sus promotoras.

Ha habido cambios importantes, sobre todo porque las mujeres han cambiado y son más participativas. Las relaciones han cambiado. Ahora las mujeres ya no se sienten prostitutas por demandar placer y por sentirlo. Ya el hombre no necesita buscar a nadie fuera, si puede con la que tiene en casa. Hombres y mujeres tenemos los mismos derechos para participar por ejemplo en la crianza de los niños Y el derecho a participar en todo (2-34 años).

En las entrevistas aparece también el caso contrario, un sujeto que no tiene la menor idea de lo que son los derechos reproductivos.

Nunca ha planeado nada en cuanto a su reproducción y más bien la vida lo ha ido “apabullando” como sin sentido, luego él asume, pero siempre quejándose.

Otro de los entrevistados me permitió vivir una experiencia interesante como investigadora, como entrevistadora, pues ante la pregunta reconoció que no conoce lo que son los derechos reproductivos y mostró casi enojo ante la pregunta. Mi sensación durante la entrevista es que a este varón le molesta mucho aparecer como ignorante respecto a cualquier tema, seguramente porque esto le genera enorme inseguridad. Parecería un elemento que permite documentar otra de las características de la masculinidad dominante, relativo a la necesidad de muchos varones de saber respecto a cualquier tema, y sobre todo, no mostrar nunca su ignorancia, sobre todo ante una mujer.

Una vez que se le explica en que consiste el concepto, lo asume como algo importante que debe lograrse a través de la educación. Agrega que:

Las crisis económicas, que han obligado a trabajar a las mujeres, han generado cambios negativos en los hogares, que ya no están tan bien estructurados, ni cuidados y que al estar cansada la mujer descuida a sus hijos y a su pareja (4-46 años).

No me queda claro si esta valoración se debe a que para él no debe estar la mujer fuera de su ámbito “natural”, el hogar, o porque en la realidad muchas mujeres han tenido que convertirse en fuerza de trabajo asalariada de manera obligada por las condiciones de pobreza y de crisis económica permanente. No obstante, lo que si queda muy claro es que la crianza de los hijos, según la concepción de este entrevistado, es responsabilidad fundamental de la mujer y que, en el caso de existir hijos es ella quien tiene que dar su tiempo y esfuerzo, mientras que el varón debe tener la infraestructura necesaria en el hogar que le permita su total desarrollo profesional.

En otro caso el entrevistado desconoce el término y por lo que narra de su experiencia, aparentemente tampoco los ha ejercido. La reproducción en la que se ha visto involucrado no ha sido decidida casi nunca por él. Él se hace responsable de los hijos e hijas producto de decisiones que él no toma, pero a la vez, y a pesar de la reiterada expe-

riencia en este sentido, él nunca se ha involucrado en la planificación familiar. No ha usado condones ni piensa en la vasectomía. La reproducción, al menos en el aspecto de decisión y embarazo parece ser en este caso como lo dice el estereotipo, un asunto de mujeres.

Otro entrevistado en cambio afirma que no conoce el término como tal; sin embargo considera que:

Tanto hombres como mujeres tenemos derechos sexuales y reproductivos que deben respetarse y que cuando esto no es así se causa un daño enorme a otras personas, incluidos los hijos, producto a veces de la violación de los derechos de la pareja en este ámbito. Ahora admiro, casi por encima de cualquier otra cosa, a una mujer en la que se puede confiar y que sea incapaz de utilizar a un hombre para ser madre sin su consentimiento y que menos aún utilice o trate de utilizar su maternidad para atar a un hombre a su lado u obligarlo a quererla (6-49 años).

Otro de los entrevistados introduce en su respuesta una serie de consideraciones de carácter social que me parecen muy relevantes.

En México es muy difícil el ejercicio de derechos, de todo tipo, entre ellos los sexuales y reproductivos, pues vivimos en una sociedad muy desigual, en permanente crisis y que no da ninguna alternativa o seguridad a gran cantidad de hombres y mujeres. No obstante creo que en este proceso también se han incrementado las libertades en las relaciones de pareja. En una sociedad desigual hay un retroceso social y psicológico, pero simultáneamente con la modernización las personas pueden por ejemplo, decidir divorciarse de manera más sencilla a como era en el pasado. La sociedad se emancipa respecto al pasado, lo cual no quiere decir que se emancipe a plenitud. Es emanciparse de tradiciones medievales. Las familias se van emancipando, de lo tradicional. Tanto hombres como mujeres han cambiado. Los cambios se dieron inicialmente en las mujeres y han generado ciertas crisis en la pareja. Han hecho que al menos algunos establezcan relaciones sobre otras bases (9-56 años).

Finalmente, otro de los entrevistados aporta con su respuesta elementos muy interesantes en cuanto a la educación de la sexualidad y los derechos sexuales y reproductivos.

Los derechos sexuales y reproductivos son esenciales, en México no hemos hecho una verdadera revolución sexual, hemos tenido épocas de “libertinaje” pero no de educación ni transformación profunda. Se requiere una revolución sexual que nos haga conscientes de lo que es verdaderamente el sexo, cómo vincular los elementos del placer con la vida sexual, cómo vincular las ideas mutuas de placer en un proyecto único, cómo lograr que la mujer deje de ser puramente un objeto que satisface las necesidades del hombre. Lo que seguimos viviendo en México es un “agandalle masculino” que es un “agandalle doble” porque no es solamente que tenga 10 o 15 mujeres, sino que a ninguna la satisface realmente. Al no experimentar placer, una gran cantidad de mujeres van sacando de su vida la sexualidad. Finalmente se acostumbran a nunca tener un orgasmo y llega a ser para muchas un problema que su pareja siquiera las toque. Las continuas infidelidades del hombre, que muchas veces ellas conocen, las llevan a un aborrecimiento interior, que no resuelven con la separación, sino que siguen en esa vida, ocupándose de otros asuntos y de alguna manera renunciando a la vida. Al ser el sexo un proceso mutuo, la insatisfacción de la mujer es la insatisfacción del hombre. Es un problema tan complejo que no basta la información en la escuela o en la casa por ejemplo, se requiere de verdaderos expertos que nos hagan cambiar en lo más profundo. El mexicano es un individuo que por perspectiva o noción de sus prácticas sexuales tiende en lo general a ser más animal que un verdadero agente de sexualidad satisfactoria y perdurable (10-49 años).

Resulta claro, después de entrevistar a varones mexicanos que, como se ha establecido en estudios previos, no es posible comprender las actitudes y comportamientos sexuales y reproductivos sin considerar muchos factores, algunos propiamente sociales y culturales, otros familiares, condicionamientos derivados de experiencias muy diversas. Asimismo queda claro, que si bien la estructura social conforma una cierta manera dominante de ser “hombre”, como construcción social que es, ésta no puede considerarse estática. Cambia, se modifica y si bien el sujeto social es en mucho condicionado y a menudo determinado, él en este caso, o ella en otros, pero en su relación siempre, pueden modificar elementos esenciales en el terreno de la sexualidad y la reproducción.

Es decir, no únicamente somos sujetos moldeables por las condiciones de nuestro entorno, nosotros podemos también modificar ese entorno a través de un cuestionamiento del mismo, de las normatividades que nos imponen, de las instituciones a través de las cuales se da este proceso. Los seres humanos tenemos muy diversas capacidades y podemos resistir de manera consciente e incluso transgredir las normatividades y a partir de entonces aprender a relacionarnos de manera diferente. Es así que existen para ciertas personas de ciertos grupos sociales, un conjunto de “verdades” relacionadas con el tema de la sexualidad y de la reproducción como lo plantean algunos autores (Amuchástegui, 1996), y existen discursos dominantes, pero también hay discursos alternativos que implican una cierta resistencia y también una trasgresión de normatividades existentes. Un elemento que me parece central destacar es la idea de que para que la resistencia y la transgresión tengan sentido, las personas debemos tener ante quien y cómo resistirnos, en otro caso, quienes emprenden esta aventura poco pueden modificar y solamente son calificados como “desadaptados”. Se trata de encontrar a los actores específicos que se enfrentan a tales normatividades, y también de documentar a aquéllos que ya no están cumpliendo con los estereotipos de la masculinidad de manera consistente. Algunos varones siguen siendo básicamente autoritarios y establecen cotidianamente relaciones de género desiguales, pero lo viven sin conflicto; otros ya están viviendo un proceso de cuestionamiento y conflicto interno antes estas realidades y algunos otros ya no son básicamente autoritarios, ni establecen, en los hechos y no sólo en el discurso, relaciones desiguales con las mujeres. Parte del objetivo de esta investigación ha sido, precisamente, tratar de documentar con casos concretos, que el cambio en verdad es posible.

Las representaciones de los hombres sobre sí mismos están cambiando, al menos en algunos de ellos, si las comparamos con la figura considerada como tradicional: el varón que es fuerte, que no expresa emociones, que detenta la autoridad única, que es el proveedor único, ante el cual, tanto mujeres como niños están siempre subordinados. En una misma sociedad y clase social he encontrado una enorme pluralidad que creo que es esencial resaltar para llamar la atención sobre el riesgo que el conocimiento enfrenta cuando busca a toda costa realizar generalizaciones. Pude constatar que la construcción de la masculinidad

en cada sujeto y su manera de vivir su reproducción, su sexualidad y su paternidad, constituyen procesos que realmente son muy complejos; que no es posible encontrar una línea clara que nos permita encontrar un solo factor que defina estos procesos; que existen gran cantidad de elementos que son importantes en la conformación de los sujetos, que ejercen distintas influencias y que como supuse al iniciar esta investigación estaba frente a procesos dinámicos, que se van transformando de distintas maneras en los diversos momentos del ciclo de vida de cada persona. Que cada historia de vida de cada sujeto es fundamental y que algunos varones no solamente analizan sino que confrontan normatividades e instituciones vigentes y construyen nuevas maneras de vivir, mientras que otros más bien se adaptan, también por diversos motivos e intentan a toda costa continuar viviendo en mundos y relaciones que consideran les son favorables y que ni siquiera han cuestionado, menos transgredido, sino que reproducen cotidianamente. Con esto no quiero decir que cada sujeto construya un mundo que no comparta, ni que por la existencia de “nuevos sujetos” haya dejado de existir una masculinidad aún dominante, sino que, en todo caso, a lo que podemos acceder es a la construcción de alguna forma de tipología (Lagarde, s/f), que nos daría más luz respecto a estos procesos, que como he dicho, están transformándose, al menos en algunos sujetos, de algunos sectores sociales de la sociedad mexicana.

Algunos resultados derivados de la investigación

*El problema es que los hombres quieren a una mujer que ya no
existe y las mujeres a un hombre que todavía no nace
(Comentario que se hace entre mujeres
profesionalmente “exitosas” que no tienen pareja)*

Me parece importante empezar este apartado abordando algunos de los hallazgos metodológicos que se derivaron de esta investigación. Un primer elemento que me parece importante apuntar, que constituye un tema de polémica actual en muchos seminarios y conferencias a los que he asistido últimamente, se refiere al hecho de que una mujer emprenda este tipo de investigación y sobre todo, como es el caso, sea ella la que realice el diseño, aplicación, e interpretación de las entrevistas. El punto a discusión central es: ¿qué pasa cuando una mujer entrevista a varones en temáticas tales como la sexualidad, la relación con las mujeres, su historia familiar y su reproducción? Según alguno(a)s, este hecho hace que los varones se inhiban y no respondan, o bien mientan para “quedar bien”; o inclusive, que el entrevistado trate de emprender otro tipo de relación con la mujer que lo entrevista. En ese sentido, se considera que la información obtenida es menos válida que la que puede obtener un varón entrevistando a otro varón.

Después de realizar las entrevistas puedo concluir que, en todo caso, la información que una mujer que entrevista obtiene puede ser diferente, pero no necesariamente, por el hecho de ser mujer es información menos fidedigna o de la cual hay que dudar más. Si esto sucede será por otros motivos. Más bien, como plantea Figueroa, se generan

distintos tipos de representaciones por la composición del intercambio entre hombre y mujer.

Considero que al emprender las entrevistas uno(a) debe estar convencido(a) de que el sujeto que concede la entrevista comparte sus percepciones y representaciones sociales y sus vivencias con el o la investigador(a), quizá dependiendo del sexo del(a) mismo(a). Lo que no se debe dejar de lado es el hecho de que cuando se abordan temáticas como las de esta investigación —que implican una reconstrucción de la vida del sujeto— éste ya las ha permeado por experiencias posteriores, por los cambios que ha experimentado y seguramente, en ese proceso, no se puede obtener información exacta de cómo vivió el sujeto, en su momento, tal experiencia. En todo caso se logran obtener, a través del discurso de los entrevistados, percepciones reconstruidas de hechos pasados.

A pesar de que conozco el punto de vista contrario de alguno(a) s autore(a)s, por considerar que existe el riesgo de provocar un sesgo, resalto la importancia de que el (la) investigador(a) platique abiertamente con la persona que va a entrevistar, sobre el contenido, fines, utilización de la información, objetivos, anonimato, entrega de resultados una vez obtenidos para poder compartir los logros del proyecto con el sujeto que ha dado parte de su tiempo para contribuir a la investigación. El consentimiento explícito del informante, cuando ya se le proporcionó toda la información me parece un factor básico desde una perspectiva ética y para que la entrevista pueda ser exitosa.

En mi caso, antes de iniciar las preguntas, me pareció fundamental dar a conocer al entrevistado con toda precisión, de qué se trataba la entrevista, recalcando aquellos aspectos que se consideran, socialmente, más difíciles de abordar. Por ejemplo las temáticas relativas a sexualidad y prácticas sexuales, a la iniciación de la vida sexual, a sus relaciones familiares más problemáticas o conflictivas, a la evaluación de su propia educación, de sus parejas y sus conflictos en estas áreas, los traté explícitamente y dejé a ellos la posibilidad de decidir si aún así querían concederme la entrevista. A algunos de los sujetos ya los conocía, a otros no. En este sentido es relevante el hecho de que este no fue el factor que permitió una mayor comunicación. Considero que más bien son otros factores de carácter personal, derivados de la historia de vida de cada persona, los que determinan de manera más importante la capacidad,

posibilidad y deseo de abordar estos temas con cierta soltura y naturalidad. También resalta el hecho de que los procesos que el sujeto vive en el presente influyen en que la entrevista tenga mayor fluidez. Tal es el caso de sujetos que están pasando por ciertas crisis y cambios personales y que se mostraron muy abiertos a comunicar sus preocupaciones y expectativas, sus frustraciones y problemas, y que incluso buscaron apoyo en la entrevistadora para tener elementos que les permitieran abordar su problemática. Se les explicó que ese no era el motivo de la entrevista y que no se contaba con la capacitación necesaria para emprender por ejemplo, una terapia, pero que existía esa opción.

Sobre todo en algunos casos, fue para mí todo un reto realizar algunas de las entrevistas. Resulta de verdad muy difícil acatar el precepto básico de no hacer juicios de valor, de recordar en todo momento que se debe mantener la “objetividad”. En ocasiones es tan sorprendente constatar que en algunos sujetos está tan internalizada la masculinidad dominante que son capaces de hablar abiertamente inclusive de violencia física y simbólica; cuando afirman su superioridad en el “porque sí”, porque así son las cosas; cuando se refieren con hondo desprecio a una mujer, es muy difícil conservar la ecuanimidad, y sin embargo, creo que lo logré. Ese es un hallazgo que más allá de lo metodológico aborda temáticas de carácter personal y de crecimiento individual que me parecen centrales. Así, el aprendizaje no es solamente teórico, metodológico, sino que llega a lo más íntimo del propio(a) investigador(a) y establece una confrontación con los valores que son propios a la persona que entrevista.

Pero, a la vez, resulta personalmente muy gratificante enfrentarse al discurso, los silencios, las risas, de sujetos que muestran que algunos varones tienen una sensibilidad realmente excepcional; que tienen la capacidad de cuestionarse a sí mismos, que abiertamente expresan sus emociones; que lloran cuando recuerdan ciertas etapas y personajes centrales de sus vidas; en fin, varones que están rompiendo de manera profunda el estereotipo de la masculinidad dominante y que intentan vivir de otra manera. Así como sucede cuando compañeras mujeres expresan sus hondas contradicciones y dolores, la investigadora experimenta un sentimiento conmovedor, cuando sucede este proceso con personajes masculinos.

Uno de los resultados centrales que puedo derivar de esta investigación, es que existe una enorme heterogeneidad en las formas en que se vive la sexualidad, la reproducción, la paternidad y esto es así a pesar de que, como aclaré desde la introducción de este estudio, me interesé únicamente en el análisis de un sector social reducido de la sociedad mexicana y que es limitado el número de entrevistas realizadas. Encontrar esta heterogeneidad más que un hallazgo en sí mismo, pues podríamos todos suponer que ésta existe, es importante por el hecho de que a pesar de que muchos y muchas ya plantean tal heterogeneidad, puede constatarse en ciertos estudios, que persiste cierto esencialismo y generalizaciones que creo no contribuyen al avance en el conocimiento de estos temas. De ahí que documentar tal heterogeneidad puede considerarse una de las aportaciones del estudio que se presenta, debido a que puede contribuir a fundamentar el argumento de que son necesarias investigaciones en contextos específicos. Resulta indispensable avanzar en el conocimiento de realidades latinoamericanas y mexicanas que nos permitan hacer nuestras propias teorizaciones e interpretaciones de la realidad, pues a menudo y de manera acrítica, importamos concepciones de países dominantes en el terreno académico y de la investigación y nos esforzamos únicamente por analizar nuestra realidad a la luz de tales interpretaciones.

Pude comprobar que, si bien es cierto que existen características compartidas por los sujetos masculinos, que pueden corresponder a rasgos de la denominada “masculinidad dominante”, también existen diferencias importantes entre ellos, en cuanto a percepciones, experiencias, actitudes y comportamientos en los temas tratados.

A pesar de pertenecer, más o menos, a un mismo sector socioeconómico, cultural, étnico; de tener similitudes importantes en cuanto al grado de escolaridad; a que viven en una gran metrópoli y lo han hecho al menos durante muchos años; a que tienen todos ellos una profesión y ocupación “no manual” y que se trata de personas con un acceso bastante amplio a la cultura, a los medios de comunicación, a la “modernidad” que nos viene del extranjero, que están insertos ampliamente en los procesos derivados de la “globalización”, a pesar de todo esto, entre ellos existen diferencias muy importantes.

Poder llegar a resultados respecto a las causas de estas diferencias resulta una tarea sumamente compleja. De hecho podría decirse que por la complejidad de la conformación de estas actitudes y comportamientos relativos a la sexualidad, a la reproducción, a la relación con las parejas, se trata de fenómenos y procesos que tienen muy diversas determinaciones y condicionamientos. En algunos casos aparecen nítidamente los factores que han hecho que el sujeto específico presente, por ejemplo, una mayor adaptación a las normatividades e instituciones, que otros que, a lo largo de su historia de vida han aprendido a resistir ciertas normatividades y en ocasiones a transgredirlas. Los momentos cruciales de crisis de los sujetos son muy variados, por ejemplo, derivados de rupturas de pareja y también derivados de situaciones de paternidad no deseadas ni planeadas; su historia desde el nacimiento también tiene enormes divergencias con otros sujetos.

Pude también constatar que más que la edad, la generación a la que pertenece el sujeto tiene cierta influencia, básicamente en términos de si la generación a la que pertenece vivió en el momento de la juventud rupturas y cuestionamientos sociales y políticos más generales y el sujeto se insertó en tales movimientos o no lo hizo. De ahí que resulte relevante documentar que los sujetos que vivieron intensamente el movimiento del 68 en México, poseen un discurso mucho más abierto, comparados con jóvenes que podrían ser sus hijos y que en lugar de un discurso de cambio, manejan uno que corresponde más a características de la masculinidad dominante.

En lo que se refiere a la familia de origen, existen matices importantes en las respuestas. Algunos de los sujetos calificaron abiertamente a sus familias como autoritarias, otros, como negociadoras y algunos otros las calificaron como una combinación de ambas. En este discurso resalta el hecho de que para muchos de los informantes, al menos como lo pude percibir, es muy difícil cuestionar a sus familias, seguramente por la vinculación normativa asumida. En una primera instancia las justifican, aunque a lo largo de la entrevista dejan notar que los mensajes educativos eran, en general, abiertamente verticales y poco democráticos.

Es también de resaltar que no se corroboró que el padre, figura fuerte, lo sea en todos los casos. Existe también el modelo de la madre

que es quien disciplina, en los cuales el papel de “negociador” lo tuvo el padre de familia.

Algunas de las familias de procedencia permanecieron unidas hasta la muerte de alguno de los padres; en otros casos se dan cambios radicales en la vida de los sujetos, sea por muerte de la madre, abandono del padre, separación de la madre de manera abrupta, o bien por la separación de los padres. En este aspecto encontré también gran heterogeneidad. Es interesante asimismo resaltar que pude encontrar casos de sujetos en los cuales la madre no cumplió el papel asignado socialmente por su género e incluso lo transgredió de manera radical, a través de haberse decidido, a pesar de tener hijos, a tener una vida sexual activa con varias parejas. Lo interesante es que la evaluación del entrevistado ante este hecho no es de reprobación, como podría esperarse acorde al estereotipo, sino de comprensión y en todo caso el cuestionamiento se refiere al hecho de que, debido a las decisiones de su madre, él padeció violencia intrafamiliar.

Un resultado interesante que se deriva de estas entrevistas es que el divorcio de los padres en sí mismo no es un problema, en ocasiones, constituye una verdadera liberación para los hijos. Lo que narran como importante es poder contar tanto con el padre como con la madre, pero no necesariamente unidos. De hecho recuerdan el momento de la decisión del divorcio como una posibilidad de empezar a vivir con tranquilidad y armonía, no obstante los cambios que esta decisión de los padres generó en la vida de los sujetos.

Parece indiscutible que la influencia de la familia en el proceso de formación de los sujetos es fundamental. Pero los efectos pueden ser muy diversos. No necesariamente el sujeto repite la historia de su familia de origen. A menudo, al menos de acuerdo con los resultados de esta investigación, una niñez difícil y conflictiva, o una adolescencia crítica, más bien lleva a los sujetos a buscar construir relaciones que les puedan proporcionar mayor felicidad y tranquilidad. Y, a la inversa, sujetos que vivieron en una familia armónica, han construido familias y parejas caracterizadas por el conflicto permanente.

En cuanto a los papeles diferenciados del padre y de la madre encontré también diversas experiencias. Un resultado que me parece relevante se refiere a que la evaluación que se hace de los padres a menudo

no tiene que ver con que éstos asumieran funciones tradicionales. Es decir, no por la presencia permanente de la madre, por su falta de participación en el mercado laboral, los hijos tienen mayor comunicación con ella, mayor respeto, un recuerdo afectuoso. En ocasiones la madre trabaja, tiene que dejar largos períodos de tiempo a los hijos y ellos las valoran mucho. En otros casos, la división tradicional del trabajo dentro de la familia, y el papel de proveedor del padre y ama de casa de la madre no generó conflicto. Por el contrario, en la narración de algunos de los sujetos queda en evidencia que sus padres constituyeron parejas estables y felices y que esta división, que ahora ellos saben que se cuestiona, en esos momentos se vivía como “natural” y no generaba ningún conflicto. En otros, la madre tradicional, siempre presente, es vivida por los hijos como una persona que no valoró el esfuerzo del padre. La falta de carácter, según palabras de los entrevistados, o la irresponsabilidad, definida también por ellos mismos, son factores que sí generan un cuestionamiento grave acerca del padre. En ambos casos los sujetos declaran no querer repetir la historia. Lo que sí es general es que con sus hijo(a) s quieren construir relaciones más democráticas y afectivas, a pesar de que, sobre todo los padres que tienen ahora hijos adolescentes, se quejan de no ser tomados en cuenta, al menos, de acuerdo con el modelo que sus padres les enseñaron a ellos. En otros casos, en uno especialmente, es de destacar el hecho de que a pesar de que el sujeto vivió, según su narración, en una familia más o menos armónica y en la cual sus padres siempre le transmitieron, por ejemplo, la importancia del respeto a la mujer, el entrevistado tiene comportamientos hacia las mujeres que implican no solamente el cumplimiento de las características de la masculinidad hegemónica, sino un profundo rencor, e inclusive violencia.

Pude también constatar que la importancia de la familia es tal que aparecen historias en las que el sujeto, sin asumirlo con total conciencia, ha vivido durante largos años una relación matrimonial realmente destructiva, porque en su imaginario un hombre responsable hacia sus hijos nunca puede romper su relación matrimonial. Este es un mensaje que le fue transmitido por sus padres, no sólo a través del discurso sino con la vida cotidiana y que fue hondamente internalizado por el sujeto al haber vivido el refuerzo de tales valores en una escuela confesional durante un largo periodo de su vida.

También debo destacar que en estas entrevistas aparece el caso de una crítica abierta a la figura materna. El sujeto encuentra en su evaluación que su padre representa un personaje fundamental, ético, responsable y comprometido; mientras que la madre aparece como el sinónimo de la frivolidad e incluso de la tontería. La pésima relación con la madre constituye un factor de profundo problema para el entrevistado, aún ahora que es un adulto y que ha pasado por procesos de análisis a través de diversos métodos y escuelas.

Otro resultado de destacarse es el que se refiere a las diferencias que los entrevistados vivieron en el seno de su familia de origen en el caso de presencia de hermanas, derivadas de desigualdades de género. En el proceso de formación de estos sujetos se dieron cuenta de que, para sus padres, la educación escolarizada de ellos era fundamental. Con diversos matices la de las hermanas no era tan importante. Persiste la idea de que en última instancia la mujer, a la larga, será esposa y madre y que el varón será el encargado de ella.

En todo caso, el “hombre bueno y decente” es el que ve por su familia. Por ello, en sus hogares era central que ellos llegaran a tener una profesión que les permitiera “responder” por las familias que formarían. Las hermanas en cambio, debían ser cuidadas de manera diferente. Persiste también cierta idea del “honor” de las mujeres, que debe ser resguardado en y por la familia. Los varones, ellos, en cambio, vivieron siempre con mayor libertad. Lo justifican por el hecho de que sus padres se preocupaban por la seguridad de sus hermanas. Apareció inclusive en las entrevistas el caso extremo en el que las hermanas, por muerte de la madre, se encargaron de la educación y cuidado de los niños varones y nunca pudieron lograr autonomía e independencia, ni siquiera cumplir con el estereotipo de mujer-madre-esposa.

En cuanto a los valores que recibieron de sus padres existe coincidencia en algunos como son: honestidad, responsabilidad, en algunos el amor a los otros y “nunca doblegarse”. Algunos de ellos introducen la justicia. Aunque en algunos casos el padre fue irresponsable y ausente, hay consenso de que los padres se sacrificaron por ellos; que, salvo excepciones, priorizaron el bienestar de la familia.

En este contexto, la concepción acerca de lo que “qué significa ser hombre” que se recibió como mensaje coincide en que un hombre es un

sujeto honesto, responsable, trabajador, también protector. En algunos casos incluye la categoría de exitoso. Para muchos incluye el mensaje, implícito o explícito de que ser hombre, o más bien para llegar a serlo, hay que formar una familia y ser capaz de responder por ella. En muchos casos aparece también la figura del proveedor e inclusive la definición del ser hombre por la capacidad de “aguantarse”. En algunos casos está también implícita la violencia en la definición de “ser hombre”.

El aspecto de la religión tiene también coincidencias en estas entrevistas. La mayor parte de los sujetos provienen de familias que se declaran católicas, pero en muchos de los casos este aspecto en términos de práctica cotidiana referida al cumplimiento de ciertos ritos es bastante relativo. No obstante, en ellos aparecen los valores morales que a través de la religión se transmiten. En un cierto sentido positivo aparece la idea de la responsabilidad y el compromiso, en el sentido más negativo pude constatar que, a pesar de la educación superior y el acceso a muchos recursos culturales, el informante tiene a tal punto internalizado tales valores que aparece por ejemplo el sentimiento de “culpa” cuando considera haber actuado pensando en sí mismo y “fallado” en lo que se esperaba de él.

Cuando se trata de ruptura con la madre de los hijos, se genera un sentimiento que lo ha acompañado por muchos años y que ha derivado en cierta imposibilidad de establecer relaciones sanas con sus futuras parejas.

Para algunos informantes la religión es realmente algo nocivo, curiosamente en casos en los que recibieron educación confesional y no quieren repetir este proceso con sus hijos e hijas; en otros casos, en los que la religión no tuvo un papel tan impositivo, el sujeto considera que la religión es positiva moralmente porque constituye un freno; en otros casos el discurso de los informantes que no fueron educados en ninguna religión, muestra que evalúan los aspectos religiosos como nocivos y dogmáticos, y que, de ninguna manera deben estar presentes en la educación de los hijos e hijas.

En algunos casos a través de la vida los sujetos van cambiando sus percepciones respecto a la religión. En otros, sobre todo en aquellos cuyos padres no tenían religión alguna e inclusive fueron perseguidos por sus ideas, como es el caso de republicanos españoles, o padres con ideas

socialistas o comunistas, los entrevistados no han variado su evaluación negativa respecto a la religión.

En cuanto a la información sobre sexualidad en el hogar, encontré muchas variedad de casos. En el extremo, algunos declaran que ese era un tema que no se podía abordar en su casa; en otros, la información se refería más bien a “protección” y “salud”. En el otro extremo aparece el caso en el que el sujeto narra que la sexualidad era simplemente un tema natural que se podía abordar así, con la mayor naturalidad. En algunos casos fueron los padres varones quienes hablaron del tema; en otros los hermanos y en otros las madres, inclusive también en dos extremos. Un caso, como pecado, casi algo que enferma; otro, una maravilla.

En lo que se refiere a la iniciación de la vida sexual destacan algunos resultados. Pude constatar que en la mayoría de los casos, en sus hogares no se trató explícitamente el tema. En algunos casos se daba por hecho que ellos se iniciarían en la vida sexual y que eso era lo normal; mientras que si había hermanas se daba por hecho o se trataba de construir la “castidad”. En general los entrevistados lograron informarse o “desinformarse” acerca de la sexualidad sin el apoyo de sus padres. En todo caso lo que se hablaba en sus casas, si es que se hacía, era básicamente referido a las consecuencias: embarazos no deseados, enfermedades, etcétera.

Para muchos de ellos la sexualidad representaba un tema de interés, a veces derivado de su desarrollo físico normal, en otros porque en su medio se hablaba del tema y era como un reto. Es curioso observar que en muchos casos ellos declaran que no recibieron presión alguna para su “iniciación” pero a lo largo de las entrevistas se puede constatar que vivieron un ambiente en el cual la sexualidad sí era una especie de reto y, de alguna manera, aunque a menudo matizada, sí vivieron cierta presión o estímulo. Apareció el caso en el que la iniciación se dio tardíamente (de acuerdo con la moda de su generación), pues pretendía llegar “virgen” al matrimonio, como le dijeron que “debía ser” tanto en su casa como en la escuela y la iglesia. Para este sujeto la sexualidad constituyó todo un tema de preocupación y narró que le pareció fascinante recibir aplausos después del acto sexual, y sobre todo, haberlo llevado a cabo en la cama de sus padres.

Algunos de estos sujetos se iniciaron con una sexo-servidora profesional, en algunos casos inducidos por sus padres varones; en otros la iniciación se dio con una amiga o con la novia en turno. En otros, la experiencia se vivió con la futura esposa. En general se pudo constatar que los informantes llegaron a esta vivencia con muy poca infonnación y aunque en su mayoría lo recuerdan como experiencia placentera, es interesante constatar que para la mayoría de ellos no sería deseable que sus hijos y menos aún sus hijas se iniciaran de la misma manera.

En virtud de que la pregunta se vinculó con su percepción acerca del tema en relación con los hijos e hijas, resultó relevante documentar que para ellos en general, salvo excepciones, aunque en una primera instancia declaran que los hijos y las hijas tienen los mismos derechos, cuando se ahondó en el tema se constató que sigue prevaleciendo una cierta “doble moral”. Justifican este hecho hablando de que para ellas la pérdida de la virginidad es un hecho de mayor trascendencia, que tienen miedo de que sufran, incluso físicamente. En general las consideran más vulnerables y están convencidos de que requieren mayor cuidado.

En cuanto a la influencia de los “pares” en el inicio de la vida sexual también existe gran variedad de respuestas. Algunos recuerdan que constituía todo un tema importante, incluso que ejercían cierta presión. En otros casos no recuerdan que los amigos tuvieran importancia o influencia en este proceso de sus vidas.

Resulta relevante el resultado de la investigación en el sentido de que las escuelas no tuvieron ningún papel en cuanto a la información que recibieron los sujetos sobre sexualidad. El papel de esta institución es prácticamente nulo, cuando no desinformador y nocivo, como en el caso del informante educado en escuelas confesionales en las que los instructores le dijeron una serie realmente larga de mentiras respecto a la sexualidad, como quedó de manifiesto en su testimonio.

La evaluación que los entrevistados hacen respecto a la homosexualidad, por lo menos en sus testimonios, hace pensar que se trata de personas que ven con naturalidad la preferencia sexual de cada quien. No establecen, según ellos, ningún juicio de valor negativo al respecto, a pesar de provenir de familias en las cuales, en algunos casos, la homosexualidad era vista como antinatural o como enfermedad. No obstante, en general no les gustaría que sus hijos fueran homosexuales y lo jus-

tifican por el hecho de que la sociedad no es aún, al menos en México, permisiva ante este hecho y podrían sufrir mucho al verse segregados o juzgados socialmente.

En cuanto a la historia de sus relaciones con parejas más o menos estables, el estudio cuenta con una gran heterogeneidad como puede verse en el capítulo de las entrevistas. Se trata de sujetos que nunca se han casado, otros que se han casado y divorciado, otros vueltos a casar, algunos unidos por largos años pero nunca casados, otros que han tenido muchos matrimonios. En términos generales para todos ellos la sexualidad tiene un papel central, fundamental en la conformación y estabilidad de la pareja.

Como establecí en el capítulo correspondiente y creo que es un resultado que hay que destacar, algunos varones piensan que las mujeres “usan” su sexualidad para manipularlos, para controlarlos o castigarlos. Esta situación los lleva a construir una justificación ante sí mismos y ante los demás para tener relaciones paralelas con otras mujeres. En algunos casos pude constatar que abiertamente declaran que son perfectamente capaces de vivir la sexualidad como un hecho meramente carnal, separado del afecto.

Pude comprobar que como se plantea en otras investigaciones (Seidler, 1995) existe una “masculinidad heterosexual dominante” que se sostiene dentro de la esfera pública en el trabajo. En general todos los sujetos que entrevisté dan a su trabajo un papel prioritario en su vida y dedican a éste la mayor parte del tiempo.

Consideran que su esfuerzo en esta esfera es tan grande que deben recibir reconocimiento por parte de sus parejas y a menudo es tanta presión exterior que tienen poca energía para dedicar a su relación de pareja; por su parte, según la narración de los propios sujetos, las mujeres (compañeras o esposas) han aprendido a acallar sus demandas. Si se trata de mantener la relación de pareja ambos consideran que es mejor no ahondar en diferencias y tomar la parte gratificante de la relación sin cuestionarse demasiado. Esto es más común en la esfera de la sexualidad. Muchos de ellos encuentran en relaciones paralelas, continuas o esporádicas, una manera de “desfogar” para no confrontarse dentro de sus familias. En otros casos, la situación conduce a conflictos y a rupturas.

Para muchos de ellos, al menos en su discurso actual, no tiene importancia las relaciones anteriores de carácter sexual o de pareja que sus compañeras o esposas hayan tenido. También para la generalidad de ellos no existe esa clasificación tradicional, estereotipada de la mujer. una para divertirse, otra para hacer familia. Documentan que para ellos lo importante es encontrar en una sola mujer todo lo que necesitan. Reproducción y placer deben estar unidos. No obstante, la evaluación de su pareja va transformándose con el tiempo y a menudo la relación puede perdurar a pesar del “enfriamiento” de la relación en términos sexuales. Esto es así favorecido por el hecho de que la mayoría de ellos, sobre todo los que tienen o han tenido relaciones de largos períodos de tiempo, sus relaciones conyugales han sido acompañadas por relaciones paralelas. Para algunos de ellos estas relaciones son benéficas, porque “dan aire” a la relación, la hacen más duradera. Para otros, la experiencia de este tipo de relación ha llevado a la ruptura de sus uniones y a la “culpa” por afectar a los hijos.

Para algunos sujetos las relaciones extramatrimoniales son siempre placenteras. Las tienen con mujeres que consideran que son sus verdaderas amigas, con las que además de actividad sexual desarrollan una comunicación que se ha roto con su pareja conyugal. Declaran querer a todas, aunque con distinta intensidad y quizá manera. Declaran que no están dispuestos a romper sus vínculos matrimoniales y que son básicamente sinceros con las parejas eventuales, que saben siempre a qué relación entran y lo que pueden esperar de ella. En general, consideran que es un tema que salvo cuando se quiera romper la relación matrimonial, nunca debe hablarse con la pareja, incluso hay que negar que existen estos hechos y esta es una “enseñanza” que según algunos de los entrevistados les fue transmitida por su padre. A la inversa, consideran que si fueran las mujeres quienes pudieran vivir tales experiencias, en general, ellos preferirían desconocerlas. También en general subyace la idea de que este caso sería más grave, porque en su concepción, la sexualidad tiene para la mujer mayores implicaciones. Quizá por ello, en prácticamente ninguno de los testimonios apareció que el sujeto considere posible tales experiencias por parte de su pareja. Pude también documentar casos en los que la relación tanto con la mujer-pareja-estable, como con las mujeres con las que se tiene una relación paralela no es de ninguna

manera integral o gratificante; el sujeto está permanentemente tratando de cumplir con un desempeño sexual que lo define, que lo construye cotidianamente como “hombre”. En este sentido el tema de la impotencia, sobre todo en este tipo de sujeto, constituye una experiencia, evaluada por él mismo, como lo peor que le puede pasar a un hombre, causa de la depresión más profunda que se puede sufrir.

La división entre géneros y la desigualdad imperante en nuestra sociedad queda de manifiesto en los testimonios de los informantes, respecto a la posibilidad de que su compañera o esposa tenga relaciones sexuales con otros hombres, manteniendo la relación de pareja con ellos. En general, consideran que a pesar de que teóricamente les conceden el mismo derecho, en la realidad no lo soportarían y esto es así porque atribuyen características distintas a la sexualidad femenina. Es decir, según ellos, los hombres pueden tener relaciones paralelas sin cuestionar, de fondo, su relación estable y su familia; pero, como según ellos, las mujeres vinculan afecto y deseo sexual, en caso de que ellas vivan estas relaciones significaría que su relación de pareja ya no existe, está totalmente cuestionada. Una valoración distinta para los comportamientos, dependiendo del sexo. Únicamente en uno de los casos apareció la idea de que la posibilidad de una “infidelidad” de la esposa implicaría para él un cuestionamiento de que ha faltado hacer por parte de él, las razones de porqué la mujer necesitó de otra relación, más que una descalificación o cuestionamiento.

En otros casos, algunos de los sujetos aceptaron que habían promovido, en ciertas etapas de su vida, “relaciones abiertas”, en las que era válido tener relaciones paralelas, ellos y sus mujeres, aclarando que en su concepción actual, ya siendo adultos, mayores de 50 años, la fidelidad es importante para mantener una relación adecuada de pareja.

En cuanto al matrimonio y relaciones estables con mujeres pude constatar que existe una gran diversidad de procesos y motivaciones. Como he apuntado, la sexualidad tiene un papel central en las expectativas y vivencias de estos varones en cuanto a sus uniones, pero de ninguna manera constituye el único factor por considerarse.

Para muchos de ellos es comprensible que las uniones se rompan, atribuyéndolo en parte, a la larga esperanza de vida que se tiene en la actualidad. Ya es difícil, dicen, vivir bien con la misma mujer durante

tantos años y, sobre todo, mantener una sexualidad activa y gratificante con esa misma persona. Pero hay otros factores centrales al formar una familia y para la permanencia de los matrimonios y uniones, como lo es y muy básicamente la existencia de hijos e hijas.

Aquellos que han tenido rupturas y han emprendido nuevas relaciones con parejas estables han vivido muy diversas experiencias. En uno de los casos extremos, la existencia de hijo(a)s de uniones previas es un “factor que el sujeto percibe como el fundamental para posteriores rupturas, dada la incomprensión de las parejas subsecuentes respecto a sus responsabilidades hacia los hijo(a)s; y, más aún, el profundo deseo emocional de convivir con ellos, de estar presente y satisfacer sus necesidades, no sólo materiales. En otros casos, la existencia de hijo(a)s de parejas previas no ha implicado problema serio con parejas posteriores y se ha logrado establecer armonía y estabilidad.

En cuanto al aspecto específico de la reproducción de los varones entrevistados, también pude documentar coincidencias y algunas divergencias de importancia. Como establecí en el capítulo correspondiente, es importante considerar la etapa del ciclo de vida del sujeto para estos análisis, así como las circunstancias específicas en las que se dio la reproducción, básicamente la relación que en su momento se tenía con la pareja, la estabilidad de la misma, las posibilidades reales que el sujeto tenía para que esa relación resultara duradera, entre otras.

En algunos casos la reproducción del sujeto se dio de manera deseada y planeada, una vez que se vive en pareja, se han cumplido ciertas condiciones sociales y económicas y se percibe la estabilidad. En otros ha sido diverso el proceso en la vida del sujeto, algunos hijos fueron planeados, otros no. En el caso extremo aparecen casos de paternidad no deseada ni planeada en su momento, con diversos desenlaces y consecuencias. Un hecho que pude documentar es que en términos generales, una vez que nace el hijo(a), independientemente de las condiciones, los varones se involucran, de manera diversa en su proceso de paternidad. Algunos de ellos incluso se casan, otros no.

Algunos permanecen muy cercanos a los hijos y otros simplemente los proveen de bienes materiales y eventualmente tienen relación cotidiana con ellos. Este último caso es el menos frecuente en mi

investigación, pues en general, la reproducción constituye para ellos un proceso de enorme importancia.

Es interesante también resaltar el caso del informante varón que asume abiertamente que se casó siempre pensando en formar familia, es decir, en tener hijos. No concebía la vida sin reproducirse, y curiosamente eligió para ese proyecto a una mujer que no deseaba ser madre y a la que presionó para tener familia. Las consecuencias de este hecho han sido desastrosas a lo largo de la vida de toda esa familia. Esto contrasta con la idea, bastante generalizada, de que las mujeres siempre desean ser madres y que son los varones los que a menudo se oponen, por lo menos por un tiempo, hasta tener las condiciones que ellos consideran indispensables para reproducirse.

Así como se establece en los resultados de otras investigaciones recientes (De Oliveira, María Coleta, 1999a) pude constatar que, tanto el matrimonio como la reproducción, son eventos de la vida de los varones que no son realmente planeados, son situaciones que suceden, muchas veces porque se llega a una determinada edad, en otros, porque la mujer lo decide así. Para ellos existe en el futuro, sin definición de cuándo, una unión más o menos permanente, así como los eventos reproductivos. Ellos en general planean su vida en otros terrenos. Algunos aspiran a tener una profesión, una actividad laboral gratificante; a algunos les importa alcanzar el “éxito” económico o cierto status; para otros, el conocimiento, el crecimiento individual es la meta. Para ello sí se preparan, lo planean, pero a esos procesos vitales fundamentales no dedican mucha reflexión.

Para la mayoría de los sujetos que entrevisté la paternidad es una gran responsabilidad, a la vez que una experiencia maravillosa que requiere de su madurez, de su compromiso. La paternidad es vista como trascendencia, como una forma de proyectarse y esto hay que destacarlo, es una experiencia gratificante que los hace crecer en el terreno emocional, que les permite establecer en lazo emocional y afectivo que evalúan como único. No es solamente responsabilidad, aunque lo es básicamente, es también gratificación, recreación y aprendizaje mutuo, es incluso muy divertido.

Pude documentar que la presencia de los hijo(a)s es para algunos sujetos también un freno y un motivo para la estabilidad de uniones no

totalmente placenteras. Sus relaciones paralelas sexuales son de alguna manera “frenadas” en aras de los hijo(a)s. Muchos varones consideran que ellos deben ser un ejemplo para sus hijo(a)s y eso implica refrenar su sexualidad “irrefrenable”; y en el caso de mantener relaciones paralelas, cuidar de no afectar a la familia, ya no es sólo la mujer y ya no lo es básicamente, lo importante son los hijo(a)s.

Para muchos de los entrevistados la vida cambió cuando nacieron los hijos; la relación con la pareja, cuando la tenían, se modificó substancialmente y lo asumen también como algo que “es así”. Consideran que no tendría que ser así y que incluso hay que tratar de que la pareja siga existiendo con independencia de los hijo (a) s, pero reconocen que eso es algo muy difícil de lograr. De hecho parece que sin la existencia de los hijo(a)s las relaciones son más efímeras.

Un tema relevante que debe destacarse como una contribución de esta investigación se refiere a la búsqueda explícita para conocer si los varones viven “malestares” en el ejercicio de su sexualidad y de su paternidad. En general los sujetos entrevistados no manifestaron malestares por su paternidad, con excepción de aquéllos que consideran que los hijo(a)s les fueron “impuestos”, que abiertamente negociaron con sus parejas que no tendrían, al menos en ese momento un embarazo, y que ellas los “engañaron” para lograr mantenerlos a su lado. En esos casos el malestar es muy grande, y sin embargo, una vez nacido el hijo(a) los varones establecieron algún tipo de compromiso y de lazo afectivo con ellos. Para el resto, a pesar de vivir la paternidad como gran responsabilidad, la evalúan como una experiencia maravillosa que ha implicado un enorme disfrute.

En cambio, por lo que se refiere a sus relaciones de pareja, los varones manifiestan, en general, muchos malestares. Aunque la entrevista la realicé preguntándoles a ellos, y me parece muy importante hacérselas a ellas, a lo largo de la misma fueron apareciendo las percepciones que según ellos tienen sus parejas y se puede afirmar que, en los casos en los que ellos manifiestan molestias, también ellas las están viviendo, con otras percepciones, explicaciones y soluciones. En los casos de conflicto profundo y a menudo abierto, las causas de los problemas son vislumbrados de manera muy distinta por ellos y por ellas, según el testimonio de los varones.

En lo que se refiere a las preguntas relacionadas con los papeles genéricos en la pareja existe también gran heterogeneidad. Se pudo constatar que en algunos casos, los varones entrevistados han elegido parejas que cumplen más o menos con el estereotipo femenino de mujer dependiente, sin recursos económicos propios derivados de un trabajo remunerado y que más bien han cumplido el papel de esposa-madre-ama de casa. Algunos de ellos, en posteriores relaciones con las mujeres, han establecido el vínculo con mujeres más independientes.

Aparecen casos en los cuales las mujeres son las principales proveedoras económicas de sus hogares y este hecho es vivido con naturalidad por los varones. En uno de los casos el sujeto posee actitudes y comportamientos que pueden definirse como de una “nueva masculinidad”, o una “masculinidad emergente”, pues no divide al mundo de acuerdo al género ni en función de la doble moral prevaleciente, sino que sostiene que tanto hombres como mujeres tenemos los mismos derechos y también obligaciones. En otro caso, por el contrario, el sujeto no se responsabiliza de la manutención del hogar simplemente porque no desea hacerlo y eso no lo lleva a establecer con su pareja relaciones más equitativas. En otros casos los varones son proveedores totales de sus hogares, porque así debe ser, según sus percepciones y ese hecho, según ellos, no genera ningún tipo de conflicto.

En algunos casos, tanto ellas como ellos tienen hijo(a)s de primeras uniones y este hecho ha causado ciertos problemas. En otros casos la convivencia ha sido adecuada y sin conflicto.

Uno de los hallazgos de la investigación que me parecen relevantes es el relativo a que hay varones que viven malestares con sus nuevas parejas, derivados de que ellos desean practicar una paternidad afectiva, responsable, cercana y en las nuevas parejas eso genera mucho conflicto, pues según el discurso de los varones, ellas desearían que todo el tiempo y recursos económicos se les dedicara a ellas y no a hijo(a)s producto de anteriores uniones.

Como se estableció en el capítulo correspondiente, las experiencias son muy variadas, pero se puede afirmar que para ellos la construcción y permanencia de la vida en pareja constituye un proceso muy difícil, cuando no abiertamente conflictivo. Es de resaltarse el hecho de que en algunos casos desde el inicio de la relación de pareja ésta no funcionó.

En otros, es claro que las parejas pudieron haber vivido una relación en principio muy gratificante, que fue deteriorándose a lo largo de la vida. En algunos casos esa situación derivó en ruptura, en otros, la relación permanece y una de las justificaciones para tal decisión son los hijo(a)s. Los varones manifestaron diversas causas para explicar tal deterioro de sus relaciones con las mujeres. Como hemos dicho el factor de la sexualidad tiene un peso importante, pero muchos de ellos consideran que existen otros factores también muy importantes que resumen, en general, en términos de una ruptura en su comunicación, presiones, atentados a su libertad, falta de respeto y comprensión, entre otras.

En lo referente a la relación con la(s) pareja(s) pude comprobar que la sexualidad es un terreno de la mayor importancia para los varones; constituye una parte central de la construcción y armonía de la pareja. La mayor parte de los entrevistados considera que no ha vivido su sexualidad como rendimiento, y que para ellos constituye un verdadero disfrute. Aunque apareció el caso donde la sexualidad sí es rendimiento y cuando han sentido que no “cumplen” en este sentido, ven claramente cuestionada, ante sí mismos, su calidad de “hombre”, su “virilidad”, su “masculinidad.

La mayoría considera que el ideal es encontrar en una sola mujer a la compañera, la amiga, la madre, la amante y desearían que las mujeres aceptaran tener prácticas sexuales, con ellos, que fueran más versátiles, libres, creativas. La sexualidad implica, para muchos, una real y positiva comunicación con la pareja. Consideran importante que se dé una negociación con la pareja en este terreno, pero evalúan que es muy difícil porque la gente no acostumbra hablar abiertamente de esto y se trata de un terreno sumamente delicado. Al hablar se puede incurrir en ofensas que después resultan irreversibles y dañinas. Inclusive, se da el caso de varones que ya renunciaron a tocar el tema y dicen “consolarse” manteniendo relaciones extramatrimoniales de carácter sexual.

Pude verificar que a algunos varones las experiencias vividas a lo largo de su historia los han hecho cuestionarse a sí mismos, y tratar de cambiar, pero a otros no les han servido para cuestionarse, sino incluso en algunos casos, para ratificar ante sí mismos que tienen la razón y que ante las “exigencias” femeninas ellos deben resistir y usar todo su

poder para no ser desbancados de su situación de privilegio y ejercicio de poder.

También es de resaltar el hecho de que en general, los entrevistados siguen dejando en manos de las mujeres la responsabilidad de la planificación familiar. En ninguno de los casos se oponen a tal planificación, e inclusive parecen tener bastante conocimiento en cuanto a métodos, pero son ellas quienes van al doctor y quienes toman, se ponen o se inyectan los anticonceptivos. No obstante haber vivido experiencias de embarazos evaluados por ellos como claramente “impuestos” por mujeres que les pusieron “trampas” para obligarlos a quedarse con ellas, estos informantes —y sobre todo ellos— no participan directamente en la planificación familiar, siguen dejando esto a las mujeres. En el otro extremo hay casos de sujetos que no solamente no dejan a la mujer sola en esto, sino que ya se han practicado la vasectomía. En otros casos son ellos los que se “cuidan”, utilizan el condón y en algunos casos el control eyaculatorio. En general el uso del condón no es una práctica generalizada en estos informantes, aun en el caso de relaciones eventuales y paralelas a su relación estable, lo cual no se debe a desconocimiento, sino a falta de responsabilidad, inclusive en términos de salud. Esta práctica viene a reforzar la idea, reiterada en muchos estudios, de que los varones (derivado de su forma de vivir su masculinidad) no tienen cuidado alguno por su propio cuerpo y salud y sienten que tienen que vivir en el riesgo. Aunque en algunos casos los varones sienten que no están en riesgo, pues confían totalmente en sus mujeres.

El feminismo ha buscado durante mucho tiempo una conciencia ciudadana para las mujeres y una defensa de la integridad corporal, y este movimiento ha permeado en muchas mujeres. En cambio, los varones no hacen alusión al cuidado corporal. No es común encontrar varones que se refieran al cuidado personal y del “otro(a)”, derivado de un mutuo acuerdo, de la conciencia acerca de la importancia del cuidado y respeto por sus cuerpos. En las entrevistas pude constatar también que, en general, los varones no hacen referencia alguna al cuerpo y su cuidado, y cuando se refieren a las prácticas sexuales su discurso se refiere básicamente al placer.

Algunos de los entrevistados se han visto envueltos en experiencias de aborto. Tanto ellos como aquellos que no lo han vivido, coinciden

en señalar que la decisión respecto al aborto es de la mujer. Saben que en los casos en que una mujer decide tener un hijo(a) no hay manera de obligarla a abortar, algunos lo han intentado. Después de todo, declaran, el embarazo ocurre en el cuerpo femenino y ellos deben respetar eso. Es de resaltar también el hecho de que a pesar de verse envueltos en esta experiencia, que no consideran para nada agradable, algunos de los sujetos no cambiaron sus prácticas sexuales y reproductivas y en algunos casos no se hicieron responsables del cuidado personal de su procreación. En cambio, esta experiencia sí marcó a otros y sus actitudes y comportamientos se modificaron radicalmente después de vivir un aborto.

Por lo que se refiere a la valoración que estos sujetos hacen de las diferencias establecidas socialmente por motivos de género, pude documentar que para ellos, en general y al menos en su declaración discursiva, tales diferencias que conllevan desigualdad son calificadas de absurdas. Aceptan que en general en México se da esta desigualdad y que prevalece una doble moral en términos de que es diferente lo que se espera de la mujer, de lo que se espera de un varón.

Sin embargo, la consistencia entre valoración y práctica es bastante cuestionable. Algunos de ellos dicen criticar la doble moral y sin embargo son permanentemente infieles y lo consideran normal. Lo que para ellos es natural lo considerarían inadmisibles si lo hace una mujer. Algunos siguen esperando de las mujeres comprensión y sumisión básicamente. A muchos de ellos les resulta difícil ser cuestionados y aún más confrontados.

Para muchos de los entrevistados, específicamente en México, existe una valoración desigual de los hombres y las mujeres, y lo atribuyen a un problema de carácter cultural. Consideran que esta realidad es injusta y nociva y creen que con el tiempo las cosas se irán modificando, de hecho aseguran que ellos ya viven cambios importantes, en relación con lo que vivieron sus padres. En algunos casos tratan de vivir relaciones de pareja que pudieran considerarse más equitativas, y hacen esfuerzos conscientes por cuestionarse cuando repiten patrones que consideran injustos.

Para varios es importante ahondar en el proceso de liberación de las mujeres y que éste se acompañe de un proceso de liberación de ellos, pues consideran que los condicionamientos, limitaciones, constreñi-

mientos sociales los vivimos todos y que esta injusta realidad tiene que ser modificada.

Este tipo de percepción es más clara en sujetos que, a pesar de ya no ser jóvenes, han vivido dentro de una ideología progresista de “izquierda” y tienen entrenamiento de muchos años en confrontar la realidad imperante. En parte por este cuestionamiento se trata de sujetos que se han negado a institucionalizar sus uniones, pero que ejercen en los hechos una paternidad comprometida, responsable, en la que la presencia y el afecto tienen un papel fundamental.

Por lo que se refiere a la concepción que estos sujetos tienen de los derechos reproductivos, pude comprobar que aunque no conocen el término como tal (es más bien utilizado en los círculos académicos) ellos conocen su contenido. Aportaron en las entrevistas elementos interesantes en términos de las condiciones estructurales del país, que impiden su pleno ejercicio. En general consideran que constituyen un aspecto relevante en el cual hay que trabajar para lograr con el tiempo su aplicación en el país.

Gran parte de los sujetos durante la entrevista manifestaron no conocer el término, pero eso no les causó problema y más bien mostraron su interés por recibir información al respecto. Pero, en uno de los casos, el sujeto abiertamente mostró su disgusto al tener que aceptar que no lo conocía. Pude percatarme de que, como establece Víctor Seidler (1991), para varones que tienen rasgos característicos de la masculinidad hegemónica, resulta insoportable no saber algo y más aún que se percaten de ello.

Para algunos de los entrevistados es necesario ampliar libertades y autonomía, una mayor equidad entre los géneros, pero para otros, se han dado cambios que no son positivos. Por ejemplo, uno de ellos declaró que la incorporación de la mujer al trabajo y el cambio en las relaciones familiares y de pareja tiene su aspecto muy negativo, pues ha provocado desintegración familiar, soledad en los hijos, y muchas otras cosas más. Existen casos en los que el sujeto en vez de cuestionar a fondo su masculinidad, más bien, después de considerar que ha vivido un fracaso en su relación, busca una nueva relación con una mujer aún más tradicional, que subordine sus intereses a los de la pareja, y que al no cuestionarse pueda vivir con gran “naturalidad” e incluso con disfrute, su papel subordinado.

Algunas conclusiones

En primer lugar, me parece pertinente concluir que en la investigación que da lugar a este libro me centré en conocer y tratar de comprender testimonios de sujetos varones, con historias y ciclos de vida concretos, y basar mi estudio en aspectos derivados de mi intercambio con ellos, pero de ninguna manera pretendo afirmar que es posible dejar de lado los elementos estructurales, culturales, históricos que han generado la desigualdad entre los géneros, ni tampoco suponer que el cambio de la estructura de la desigualdad puede darse con la simple voluntad o toma de conciencia individual.

Asimismo, es pertinente dar relevancia a que, más que intentar afirmar que se han dado cambios (lo cual no sería posible porque no contamos con resultados de estudios anteriores que permitan hacer una comparación) de lo que se trata es de documentar realidades actuales y subrayar la relación dialéctica del sujeto con su sociedad, dentro de la cual éste no es simplemente un objeto de políticas, un acatador de normatividades ni un ente imposibilitado para resistir, transgredir y transformar su propia realidad.

Después de realizar esta investigación he corroborado el punto de partida que establece, como plantea Seidler (1991), que no deben descartarse los relatos que hacen los varones de su propia experiencia.

El mismo Seidler ha sugerido que las percepciones de los hombres sobre sí mismos, sobre sus relaciones sexuales y personales en general, quizás están sesgadas, sean defensivas o superficiales, debido a las desconexiones que suelen existir entre las formas heredadas de la masculinidad y las relaciones de los hombres con sus emociones, sus sentimientos, sus deseos. Considero más bien que nunca han hablado de estos temas, que sus planteamientos a menudo son muy generales,

aunque también espontáneos y que, en general, no tienen la práctica de analizar a fondo sus problemáticas de carácter personal. No hay que olvidar que la manera en que ejercen el poder les es generalmente favorable a sus intereses, por lo menos aparentemente, y ello contribuye a que no se haya generalizado aún el deseo de cambiar. Coincido con el autor en el sentido de que es difícil el cambio, y que no puede verse simplemente como una cuestión de voluntad y determinación.

También pude constatar que resulta fundamental reconocer las diferencias que existen entre los varones que proceden de diversos ámbitos, y las diferentes necesidades que los hombres como individuos pueden estar enfrentando, con respecto a su particular y única historia de vida y considerando elementos de la desigualdad social; y, por otra parte, reconocer las tensiones y las contradicciones en las experiencias de los varones, teniendo siempre presente que no todo se da en el ámbito de la razón.

Como he apuntado a lo largo de toda esta investigación, los varones, al igual que las mujeres, son contruidos social e históricamente y las raíces culturales de esa manera de ser hombre y de ser mujer son muy profundas y tienen una larga historia, además de que la sociedad se encarga de reproducir cotidianamente esas relaciones a través de normas e instituciones, difíciles de cuestionar.

Considero también fundamental considerar la base material, y la relación de estos procesos sociales con los de carácter económico.

Inclusive en sociedades como la mexicana, que paulatinamente ha logrado avances en la construcción de relaciones más equitativas entre los géneros y un mayor empoderamiento de las mujeres, vivimos hoy día el riesgo grave de retrocesos políticos y culturales, materializados en legislaciones retardararias, y la posibilidad de establecer políticas públicas que implicarían, más que una mayor democratización efectiva en las formas de vivir y relacionarse, un regreso al pasado.

Un punto de partida y una conclusión central de esta investigación es que existen profundas desigualdades sociales y una realidad que parte de un sistema social construido. En la realidad no vivimos en la equidad, y en los terrenos de la sexualidad y la reproducción las que han vivido las peores consecuencias del sistema desigual son las mujeres. No son iguales en cuanto al ejercicio de sus derechos. Las mujeres son las

que han padecido la historia de la desigualdad y es por ello que deben tener mayor protección en la Ley y en las políticas públicas, que deben tener como objetivo atacar las desigualdades que el libre intercambio genera. No obstante, existe la necesidad de generar políticas y programas que tomen en cuenta la especificidad de la reproducción masculina; políticas de salud, de educación, laborales, etcétera.

Pude llegar a la conclusión de que además de condiciones objetivas de desigualdad entre los hombres y las mujeres, los hombres y mujeres concretas contribuyen, a través de concepciones socioculturales compartidas, a dar sentido a los hechos sociales, a reforzarlos o modificarlos, otorgando coherencia y conflictividad al entramado de relaciones existentes. Estas concepciones que en parte son una herencia cultural, son objeto de constante transformación por el hacer social de hombres y mujeres, que continuamente reinterpretan los significados culturales y los valores que orientan las acciones cotidianas; dichas acciones, a su vez, pueden reforzar o cuestionar su posición en las distintas jerarquías sociales. Es por su estrecha vinculación entre los aspectos objetivos y subjetivos de lo real, que resulta imprescindible incluir la dimensión de los valores y los significados en los análisis de estos temas (Ariza y Oliveira, 1997), y por lo que también es necesario documentar los procesos de cambio, particularizar, contextualizar y no suponer que los procesos que vivimos son inmodificables. Tampoco podemos generalizar acerca de una sola forma de masculinidad en una sociedad tan heterogénea y cambiante como la mexicana (seguramente en ninguna otra).

Otro de los elementos centrales que pude concluir después de haber realizado esta investigación, que me hizo cuestionar y cuestionarme muchos valores e instituciones, es que la falta de conciencia hace que los seres humanos veamos disminuidas nuestras posibilidades de modificación de los procesos y situaciones que vivimos. El primer paso para lograr la superación de un problema es su conocimiento y el reconocimiento de su existencia y sus características. Si el individuo vive su frustración e insatisfacción como consecuencia de sus propias carencias, sin ser capaz de ubicar la situación en un contexto más amplio y de conocer los condicionamientos sociales que a estos resultados han colaborado, muy difícilmente encontrará respuestas que le ayuden a cambiar o a transformar esos condicionamientos sociales. La sociedad

y sus instituciones harán siempre todo lo posible para impedir que los seres humanos compartan su insatisfacción y se organicen, es mejor que piensen que sus problemas son personales, como una cuestión de esfera privada y no pública. De alguna manera saber es poder y poder es poder referido a la capacidad de hacer (Doring, 1994: 235).

Pude además comprobar en muchas de las entrevistas que por condicionamiento social se espera que el hombre, sin haber gozado de otra orientación, de otra posibilidad de experimentación e intercambio de opiniones, más allá de lo que se refiere a relatos exagerados y propositivamente deformados con el afán de obtener la admiración sobre todo de los pares, sea capaz de gozar, comprender y ayudar a su pareja a comprender juntos las infinitas posibilidades de la expresión del individuo a través de su sexualidad. Al varón, se le orilla como hemos dicho, a sentirse y creerse incapaz de “fallar”. El miedo, el pánico hacia esa circunstancia, aunado a la dependencia, desinformación y expectativas desmedidas de la mujer, junto con su incapacidad generada por la sociedad y la cultura, para expresarse libre, amplia y espontáneamente, conducen a la frustración, el desencanto y la insatisfacción. Todo ello contribuye al empobrecimiento de la relación de pareja.

En lo que se refiere a masculinidad, después de la revisión de los estudios realizados acerca del tema y de mi propia investigación, atendiendo a la historia de vida concreta que mis informantes hicieron favor de compartir conmigo, puedo concluir que hoy existe coincidencia en que la masculinidad no debe ser entendida como un atributo innato, ni esencial, ni responde a un significado único, sino que debe comprenderse como una categoría relacional, que describe un proceso histórico tanto colectivo como individual, y cuenta con un significado maleable y cambiante. No debe por tanto ser entendida como el conjunto de normas que se impone desde fuera en un determinado periodo de la vida, sino como una dinámica que se construye permanentemente a través de la interacción social y la experiencia individual, es decir a través del individuo como agente constructor, social y culturalmente inscrito (Viveros, 2000: 38). Siendo entonces una construcción social, tenemos la oportunidad de cambiar, hombres y mujeres, y de no vivir de acuerdo con normas e instituciones establecidas que llevan a ejercicios autorita-

rios de poder y subordinación, y que impiden un verdadero desarrollo humano.

Esta investigación ha tenido el propósito de aportar algo a la información existente (todavía poco sistemática) sobre la forma en que los varones viven los diferentes momentos de la reproducción, además de que buena parte de lo que se sabe, por las mujeres, refleja tensiones, negociaciones y básicamente relaciones de poder.

El tema del poder sigue siendo central en los análisis de las relaciones entre los géneros y parte central de la construcción de la masculinidad dominante. De él surge una serie de interrogantes cuando nos planteamos el cambio en las actitudes, visiones, comportamientos de los sujetos varones, como: ¿realmente existen formas de relación donde no se expresa el poder? En los testimonios encontramos algunos discursos que parecen confrontar formas tradicionales de ejercicio de poder masculino dentro de los hogares, pero ¿éstas cuestionan realmente la estructura de dominación masculina, o más bien se trata de nuevas formas de poder matizadas que son indispensables para mantener la dominación? ¿Cómo interpretar los malestares y el “dolor” manifestado por los hombres? ¿No estarán buscando mantener este poder?

De ahí que se considere la necesidad de superar la mirada dicotómica, muy típica al analizar el fenómeno del poder masculino, relativo a poder-dolor, e intentar complejizar incluso el concepto y sobre todo contextualizarlo. No es éste el espacio propicio para emprender un análisis respecto del poder, pero me parece un tema crucial en estas temáticas.

Hoy se reconoce la necesidad de desarrollar nuevos marcos analíticos para interpretar de manera no maniquea la presencia de los varones en la reproducción, reconociendo además experiencias alternativas en la vivencia de la masculinidad. He tratado de incorporar de manera más explícita a la población masculina, para verlos como seres que se reproducen, y sin olvidar diferencias biológicas incuestionables, verlos como corresponsables de los distintos momentos de la sexualidad y la reproducción. Derivado de la investigación realizada puedo corroborar siguiendo a Figueroa (1998) que aún hay que hacer mucho para desarrollar modelos de interpretación específicamente dirigidos a los varones en relación con las mujeres. Falta todavía avanzar en el desarro-

llo teórico y metodológico que recupere la especificidad masculina, sin perder de vista el sentido relacional de la reproducción y de las identidades. Por lo tanto, es también necesario desarrollar mecanismos que nos permitan abordar la reproducción como un espacio relacional, haciendo referencia a una visión dinámica de encuentros y desencuentros en las parejas y, a través de ello, poder recuperar el carácter social de la reproducción vista en su relación con la sexualidad, pues es esta última el entorno de la reproducción.

En este sentido, he pretendido vislumbrar a los varones no sólo como una parte de la reproducción de las mujeres sino como actores con sexualidad, salud y reproducción, con necesidades concretas en su interacción con las mujeres y con ellos mismos (Figuroa, 1998c). Es necesario seguir desarrollando un marco analítico más amplio, que incorpore las dimensiones de las actitudes y comportamientos sexuales y reproductivos en diversos contextos, así como las variaciones en las dinámicas de poder entre los géneros.

Desde esta perspectiva he tratado de entender la sexualidad y la reproducción en sus significados sociales y en la creación de identidades, asumiéndolas como construcciones sociales. También he tratado de comprender la presencia masculina en el proceso reproductivo, para lo cual considero necesario no sólo cuestionar estereotipos, sino repensar la reproducción como un proceso en el que concurren identidades, a través del ejercicio de la sexualidad en contextos socioculturales específicos. He intentado contribuir a repensar la reproducción y la sexualidad como espacios donde una redefinición relacional de los derechos y responsabilidades permitiría enriquecer la interacción que se da entre los seres que se reproducen, pero imaginando que los hombres están incluidos en esa categoría (Figuroa y Rojas, 1998: 13-16).

Otro aspecto que pretendí abordar de manera prioritaria y que considero debe estar presente en los estudios sobre reproducción y el entorno sexual de los varones, es la comunicación en la pareja, así como el análisis del proceso de toma de decisiones, para lo cual se buscaron maneras de interrogar que realmente tocaran aspectos más profundos del proceso. Consideraré asimismo fundamental investigar hasta qué punto los varones realmente se responsabilizan de los resultados de la toma de decisiones en cuanto a la procreación, si sus actitudes y

comportamientos resultan consistentes con las decisiones que toman y cómo se da el proceso. Pude corroborar que en general se responsabilizan mucho, aunque deciden poco.

Traté asimismo de retomar la idea a lo largo de toda la investigación, de que el proceso de la negociación de la sexualidad y de toma de decisiones en cuanto a estos eventos, y sus consecuencias reproductivas, constituyen una parte central del análisis. La construcción del sujeto social varón y mujer es también central para comprender estos procesos. Estos elementos tienen una influencia considerable y es a partir de ellos que se generan otros procesos como los embarazos no deseados, muchas veces derivados de relaciones sexuales no deseadas, y la propagación de enfermedades de transmisión sexual, a menudo haciendo víctimas de ellas a mujeres que no tienen un comportamiento sexual riesgoso, pero que están expuestas al contagio de varones sexualmente más activos, que tienen parejas múltiples. Estos aspectos llevan necesariamente al análisis de la coerción y la violencia dentro de las relaciones sexuales, que pueden dar lugar a la procreación.

Consideré en esta investigación que para mayor comprensión de estos fenómenos es imprescindible dejar de ignorar la opinión de los hombres sobre sus propios papeles reproductivos, y tratar de averiguar cómo los perciben en su relación con los asuntos de las mujeres. Asimismo concluyo que el papel de los hombres en la sexualidad y la procreación debe enmarcarse en un contexto más amplio, incluyendo el análisis de las obligaciones y derechos que socialmente les son asignados y, en contextos específicos, los obstáculos que enfrentan para llevarlas a la práctica.

Dados los enormes cambios que se están experimentando en muchas sociedades en cuanto a las relaciones de pareja, el matrimonio y su duración, el número de matrimonios que se viven durante un ciclo de vida, las separaciones, los divorcios, entre muchos otros, creo que hoy resulta importante considerarlos como centrales y no tratar de analizar los fenómenos de la sexualidad y la reproducción como si viviéramos en sociedades estáticas, homogéneas. Habría más bien que reconocer que el fenómeno de la inestabilidad, el cambio, la pluralidad y la heterogeneidad son inherentes a nuestra época y la investigación tiene que partir de estos hechos.

Es también de resaltar el hecho de que muchos hombres se sienten de alguna manera amenazados por los cambios que se han dado en algunas mujeres, y que de cierta forma ellos los han ido incorporando (aunque no sin conflicto) y han ido cambiando actitudes y comportamientos, aunque no totalmente.

Hay un proceso de cambio importante de valores, pero de ninguna manera puede considerarse acabado, y los modelos a seguir no son aún claros. También aparece una disonancia entre su discurso y la realidad. Esto es claro en mi investigación, sobre todo en temas referidos a la crianza, la negociación de la sexualidad y la planificación familiar, en la cual la mujer sigue apareciendo, salvo en casos excepcionales aunque relevantes, como la principal responsable del proceso.

Debo destacar que en esta investigación me centré en un grupo de clase social minoritaria, y a partir de éste resulta interesante constatar que no en todos los casos, estratos sociales o clases, aparecen las mismas actitudes y comportamientos de los varones, generalmente considerados como irresponsables. Algunos varones ya se involucran desde la planeación del nacimiento de los hijos, permea un concepto de que, aunque el embarazo ocurre en el cuerpo de la mujer, ellos son parte importante del proceso. Se interesan más en la crianza. Dicen participar mucho en actividades domésticas, pero en la mayor parte de los casos siguen siendo las mujeres las que tienen que dar más, incluso interrumpir sus carreras. A este nivel muy pocos de ellos estarían dispuestos, por ejemplo, a sacrificar un poco de su desarrollo profesional para que su compañera pudiera superarse. Aunque a nivel discursivo a algunos de ellos esto les parece injusto e hipotéticamente dicen que aceptarían cambiar de papeles si ellas así lo desearan, la realidad es que para la mayoría de los varones, por razones de género, a las mujeres les toca una mayor carga, es casi “natural” aunque resaltó la importancia de ubicar esta afirmación históricamente y por clases sociales.

Pude constatar a través de los testimonios de los entrevistados que algunos hombres viven marcadamente la paternidad como gran responsabilidad, como algo que ata y en muchos casos como un proceso que es más bien decisión de las mujeres y que cambia radicalmente sus vidas, pues lo consideran un hecho irreversible; pero, también hay disfrute, experiencia emocional y aprendizaje permanente. La paterni-

dad es también el máximo grado al que un hombre puede llegar para trascender, la unión del pasado y el futuro (De Oliveira, María Coleta, 1999) la posibilidad de volver a vivir en seres a los que aman profundamente. Las mujeres ya no son, para estos varones, sólo objetos sexuales y paridoras, ellos buscan a la compañera de su vida, a la mujer “ideal” en la que puedan concretar un proyecto de vida, con futuro. Ellos también viven frustraciones al no cumplirse sus expectativas.

Pero es innegable que existen concepciones de género tan introyectadas que, en muchas ocasiones, “ganan” al deseo de cambio. Los varones tienen que cambiar y muchos de ellos están conscientes de este hecho, pero a la vez que se vive un proceso de experimentación y transformación, de cuestionamiento y crítica al pasado, muchos valores ancestrales permanecen vigentes en su interior; se pelean con esos valores, pero a menudo viven retrocesos y a veces graves conflictos y rupturas. Existen procesos diferenciados de cambio, a muy distintos ritmos. Algunos de estos varones ya no desean reproducir el modelo anterior, por ejemplo en lo relativo a la aún prevaleciente “doble moral” que les permite a ellos una sexualidad desenfadada aun después de contraer un compromiso serio, casarse y procrear. Más bien en la mayoría de los relatos aparece más como una búsqueda de compensaciones por frustración en la pareja y no como algo deseado en sí mismo. Pero todavía algunos de ellos están convencidos de que ésta es la mejor manera de seguir viviendo. Aparece también, aunque no siempre, que hombres mayores que viven en una segunda o posterior unión de pareja, pueden aprender a vivir en mayor igualdad con su mujer.

Los varones, o más claramente, algunos hombres, viven cuestionando su ejercicio de la paternidad; ya no quieren ser distantes como lo fueron sus padres, no desean ser autoritarios, quieren ser más amigos y compañeros de sus hijos e hijas, aunque a veces se descubren incurriendo en un modelo de paternidad tradicional, pues a la vez se saben, se sienten, guía moral y proveedor fundamental, no solamente de elementos económicos, sino de formación moral y eso los vuelve distantes.

En mi investigación pude comprobar que muchos varones postponen las separaciones de pareja por no querer separarse de sus hijos; que ellos también hacen concesiones grandes de su propia vida durante muchos años; que cuando sucede la separación ellos también sufren;

que viven cuestionados y a menudo con “culpas”, concepto religioso, con una responsabilidad o sobre responsabilidad hacia los hijos e hijas, que a menudo les impide emprender relaciones exitosas con otras mujeres. Que en ocasiones la responsabilidad y el tiempo que dedican a sus hijos e hijas son causas centrales de posteriores rupturas con otras mujeres.

Parece necesaria también la creación de una nueva moral de la paternidad, donde ellos puedan, después de analizarlo, conciliar valores tradicionales familiares y aun religiosos, con la vida real que han elegido o les tocó vivir, donde esas normatividades están, al menos en ciertos sectores, seriamente cuestionadas.

El esfuerzo de reconceptualizar el papel de los hombres incluye, entre otros procesos, cambiar en la conciencia colectiva las creencias arraigadas acerca del significado de la masculinidad, el ejercicio del poder de los varones e incorporar el sentido de lo que significa ser compañero y marido responsable y un padre afectuoso, responsable y comprometido. Esto requeriría mayor entendimiento acerca de los derechos de las mujeres a la igualdad y autodeterminación en sus decisiones sexuales y reproductivas, así como establecer definiciones y fronteras a derechos equivalentes para los hombres.

Los derechos reproductivos incluyen la búsqueda del cuidado del cuerpo en la reproducción y el derecho sobre el propio cuerpo. La conciencia ciudadana, de varones y mujeres, debe conducir a asumir plenamente los derechos, con base en el respeto a los derechos de lo(a) s otro(a)s. Considero que el pleno ejercicio de los derechos, implica necesariamente la creación de una conciencia colectiva que tenga como base la idea de la “negociación”, no solamente en la definición de la reproducción sino y muy básicamente de la sexualidad. Los resultados muestran que en general, los varones entrevistados perciben imposiciones en el terreno de la reproducción, teniendo en este aspecto escaso margen de negociación, mientras que en la sexualidad consideran que a las mujeres se les dificulta negociar.

Considero también que desde la investigación podemos contribuir en algo si documentamos conflictos y efectos negativos para ambos sexos al seguir viviendo bajo viejas normas y modelos que reproducen desigualdades de género.

Cuando se aborda la idea de derechos reproductivos referidos a la población masculina, existen, no sin razones, muchas reticencias y se ha llegado a plantear que ellos siempre han tenido los derechos y los han ejercido hasta el cansancio, y que ahora de lo que se trata es de que asuman responsabilidades. Los derechos pueden ser iguales para todo(a)s, pero los grupos subordinados requieren de acciones afirmativas que contribuyan a lograr más equidad.

El concepto de derechos reproductivos surge en gran parte como logro de las concepciones y luchas feministas y tienen como punto central la búsqueda de la autodeterminación reproductiva de las mujeres que han vivido, durante gran parte de la historia de la humanidad, en posición de sometimiento y sufriendo un ejercicio de poder por parte de los varones. Las desigualdades de género, las discriminaciones contra las mujeres, son hechos de la vida cotidiana que siguen siendo, desgraciadamente, vigentes en muchas partes y sectores del mundo. Las mujeres enfrentan serios problemas para desarrollar sus potencialidades, conocer sus derechos como seres humanos y más aún ejercerlos. Vivimos todavía en una sociedad que en general avala la desigualdad no solamente de género, sino de clase y étnica, y en una época en que las desigualdades sociales se están ahondando.

Los derechos reproductivos, en su nueva concepción, mucho más integral, tienen que ver no solamente con el número y espaciamiento de lo hijo(a)s, sino también con la decisión de tenerlos o no tenerlos. Esa capacidad de decisión incluye si se desea ser madre, pero también si se desea ser padre. El tema entonces cuestiona no solamente factores vinculados a la fecundidad, sino también al proyecto de maternidad/paternidad. Desde esta perspectiva, la reproducción humana va mucho más allá de elementos biológicos e incorpora otros que subyacen en la relación de las parejas, como son los relativos al ejercicio de poder, muchas veces desigual, y factores centrales de carácter relacional como lo es la negociación, no solamente respecto a la procreación sino a las relaciones sexuales que en nuestra realidad cotidiana se caracterizan en muchos casos por ser impuestas. Las investigaciones han mostrado que existe no solamente “imposición” de embarazos, sino también de relaciones coitales. Habrá que explicitar como plantea Figueroa (2000), que la reproducción constituye un objeto de decisión de las personas, y no

constituye un proyecto obligado de las mismas, que simplemente debe regularse una vez que se ejerce para evitar altos niveles de fecundidad. Asimismo, es fundamental el planteamiento de que estos derechos han sido reconocidos como derecho humano y por tanto, no dependen de la edad ni del sexo de las personas. Conllevan además el reconocimiento de que la sociedad asume un compromiso para crear las condiciones que posibiliten que toda persona, sin excepción, pueda ejercerlos.

Partiendo de una realidad caracterizada por la desigualdad, y por supuesto, sin infringir daño alguno a las mujeres y sin suprimir los recursos y acciones que las apoyen y ayuden a superar su condición de opresión, creo que los derechos reproductivos y sexuales de hombres y mujeres deberán verse conjuntamente con conceptos que definan fronteras y que a la vez se complementen, no desde la perspectiva de adversarios.

Coincido con que deberíamos de hablar de “Derechos Humanos en la Reproducción” (Figueroa, 2000b), a fin de englobar en el término tanto a varones como a mujeres. En este sentido considero que se deberá rebasar la idea de derechos reproductivos que aluden en ocasiones, solamente a la decisión sobre la fecundidad; a cuándo y cuántos hijo(a)s tener, contando con información necesaria. Habrá que incorporar elementos tales como el cuidado del cuerpo, la integridad corporal, la libertad en el entorno sexual, las condiciones en las que se ejerce la sexualidad, la posibilidad de interrumpir el embarazo y el entorno de la crianza, en tanto proceso de socialización de los hijos e hijas. No restringir el término hablando únicamente de “decisiones” sino llegar a derechos. Una nueva concepción que tome en cuenta la responsabilidad sobre el cuerpo propio, de hombres y mujeres, y que considere la responsabilidad acerca de los otros cuerpos con los que se interactúa.

Un elemento que considero central aportado por Ávila (citado en Figueroa, 2000b) es que el concepto medular de los derechos reproductivos es el derecho individual a la elección, pero además que las personas estén dotadas de los medios y garantías para llevarlos a la práctica. Es por ello que es indispensable que se den modificaciones en las formas de organizar la existencia de las personas en general y ello afecta las relaciones entre hombres y mujeres, cuestionando en especial el orden impuesto. En este sentido es crucial incorporar la dimensión de la jus-

ticia social como garantía de los derechos sociales por parte del Estado, lo cual pone en cuestionamiento los modelos de Estado y de desarrollo. Esta manera de concebir el problema evita caer en la idea de una libertad como mera selección entre varias opciones, para pasar a la capacidad de autodeterminación para pensar, querer, sentir y actuar.

Debo aclarar que estoy consciente de que esta idea no resuelve por sí misma el problema del conflicto de derechos y que habría que hacer todo lo necesario para que no suceda el fenómeno de que, tratando de avanzar, retrocedamos, sobre todo en cuanto al ejercicio real de los derechos de las mujeres.

Las concepciones, aún prevalecientes en amplios sectores de varones, acerca de la virilidad y la masculinidad afectan su salud y bienestar y las de los otros, especialmente las de las mujeres. Se trata de examinar realidades específicas, y eso es lo que se pretendió lograr con esta investigación: que al tiempo que se trabaja para lograr una mayor igualdad entre los géneros, sin reducir recursos para atender a las mujeres, se puedan ir incorporando conceptos que permitan trabajar de acuerdo con estas especificidades. Un tema central en esto es la salud de los varones y, muy especialmente, la de los varones jóvenes, pues es en la juventud donde se siguen construyendo y se refuerzan las identidades de género.

Es un hecho que ellos presentan tasas más altas de mortalidad y morbilidad por la violencia, los accidentes y los suicidios, y que las diferencias biológicas reconocidas por muchos interactúan con los patrones de educación social en función del sexo. También se ha avanzado en el estudio que llega a concluir que para muchos de los jóvenes los problemas que van enfrentando a lo largo de sus vidas se vinculan con la imposibilidad de expresar emociones y alcanzar intimidad; que se dan depresiones severas que pueden manifestarse en alcoholismo, abusos y violencia. Se sabe, asimismo que, casi universalmente, los padres promocionan una masculinidad orientada al logro exterior para los varones. La virilidad orientada al éxito está específicamente construida para que alcancen objetivos sociales, que sean proveedores y protectores, en fin, como hemos establecido a lo largo de este estudio, ellos tienen que demostrar que son “hombres de verdad” y toda esta concepción de su propia vida tiene a menudo consecuencias nocivas para todo(a)s. En ellos específicamente, la presión social para que se adhieran a normas

tradicionales de la masculinidad, tiene consecuencias directas sobre su salud mental y física. Están socializados de manera que es un hecho que asisten al doctor(a) menos a menudo que las mujeres y es común entre ellos la automedicación. Les es mucho más difícil pedir ayuda y expresar dolor.

Es importante apuntar que las diferencias biológicas que existen entre los sexos afectan la salud y el desarrollo, de una manera más limitada que las diferencias debidas a la educación diferenciada en función del sexo. Derivado de esto, responden con más agresividad al estrés en comparación con las mujeres. En cuanto al suicidio, que está entre las tres primeras causas de muerte de los adolescentes, tres veces más hombres que mujeres se suicidan. En ellos es mucho más común la drogadicción y el alcoholismo, prácticas comúnmente asociadas a otras de carácter sexual, que generalmente son poco seguras y provocan graves problemas personales y sociales (Bloem, 2000).

La diversidad y la ambigüedad como plantea De Oliveira, Orlan-dina (1999) son características de la familia y de las relaciones de género en el mundo contemporáneo. Hoy vivimos una época de diversidad y fluidez de los arreglos domésticos y posibles alternativas al modelo tradicional de ama de casa y padre proveedor. Se han dado, sin duda, cambios en el sistema de género que causa crisis en las relaciones, aunque simultáneamente y esto pude corroborarlo en las entrevistas que realicé, también se dan modelos que se reproducen, modelos en los cuales fueron educados los sujetos. Algunas cosas cambian, otras quedan intactas o se modifican muy paulatinamente.

Los cambios en las relaciones entre las personas no se dan en un vacío social. Hoy avanza un nuevo mandato moral que se resume en dos grandes demandas: diálogo horizontal entre padres e hijo(a)s y mayor participación de los padres en la crianza. Muchos de los testimonios de los entrevistados pueden dar cuenta de esto, lo que tiene mucho que ver con el cuestionamiento a formas tradicionales, características de las sociedades jerárquicas (Fuller, 2000) como la mexicana.

Las transformaciones en la estructura de la sociedad han conducido a una revisión de las bases jerárquicas y patriarcales en las que se funda la representación de la paternidad tradicional. La paternidad es sin duda un eje de la vida de los varones y un campo en el que se

redefine la identidad hegemónica masculina, según la cual el padre era el patriarca. En el mundo actual, o en parte de él, hay transformaciones, dilemas y crisis y un cuestionamiento dentro de los hogares en cuanto al papel que a cada uno le corresponde, la posibilidad de ejercer sus derechos, incluso en el ámbito de la esfera pública, tradicional dominio masculino, que es cada día ocupado por mayor número de mujeres.

Un elemento central en la propuesta de cambio democrático se refiere a un punto primordial planteado por CORIAC (2000): que las paternidades en una sociedad limitan, posibilitan o impulsan el potencial humano de una nación. En la medida en que nos hagamos conscientes de que la paternidad puede potenciar o reducir la vida de los ciudadanos y las ciudadanas, será posible avanzar en la construcción de nuevas formas de relaciones, basadas en el convencimiento de que la democracia, la tolerancia, el respeto a la diversidad, el diálogo y la igualdad se cultivan o se marchitan en la casa, lo cual no quiere decir dejar de lado el análisis y el cuestionamiento de las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales en su conjunto.

Pero el cambio no solamente sirve para que nos cuestionemos cosas que hasta hace poco se daban por hecho, como fenómenos “naturales”, sino que también nos hacen reflexionar acerca de la condición de los varones y sus necesidades.

De ahí que hoy se plantee por ejemplo, la necesidad de desmitificar entre los hombres el concepto de que el cuerpo masculino es simple y mecánico y que no requiere ser conocido y estudiado. Hay que revertir la lógica, aún muy generalizada, de que ese conocimiento sirve solamente al varón para ser mejor en la “conquista amorosa”. Deben conocer su cuerpo para cuidarlo y tratar de vivir con más calidad y dignidad. Hay que contribuir a deshacer la concepción de los hombres que condensan simbólicamente la fertilidad, potencia, erección y sexualidad, para generar nuevos procesos cognitivos y comportamientos afectivo/sexuales (Arihla, 1999).

Discriminar a los varones en la investigación sexual y reproductiva sólo puede seguir teniendo repercusiones negativas para las mujeres. Aprender cómo las normas culturales moldean los papeles de los géneros y cómo esto afecta la reproducción, la sexualidad y la formación

de las familias, es tarea esencial para oponerse seriamente a las barreras existentes, y para contribuir a una mayor equidad entre los géneros.

La presente investigación ha intentado dar algunos elementos que contribuyan al avance de la investigación sobre varones desde una perspectiva relacional.

Considero necesario continuar en este camino, no solamente porque pueda constituir una aportación académica, sino y sobre todo porque ayudaría a incidir en procesos que tienen enorme importancia en la vida de las personas. Por ejemplo, trabajar con jóvenes adolescentes podría contribuir a un cambio trascendente, pues ellos generalmente están más dispuestos a considerar puntos de vista alternativos en cuanto a la sexualidad y la reproducción. En esta etapa de la vida se da un momento en el que los varones forman y consolidan valores, que pueden representar patrones de conducta para toda la vida. Por ello es importante dedicar tiempo a promover la creación de nuevos patrones, y dedicar espacio para atender la participación masculina en la salud reproductiva (Bloem, 2000).

En este sentido, como ya he manifestado, resulta preocupante en los testimonios de los sujetos entrevistados corroborar que, en muchas instituciones que proporcionan la educación escolarizada, estos temas cruciales han estado ausentes; y también en los casos en que está presente, más que información han transmitido desinformación, dogmas y culpas. En la situación política actual de México me parece indispensable que la educación y las políticas públicas en general, incorporen una perspectiva de género adecuada para que a través de ella se pueda lograr que los seres humanos conozcan sus derechos y aprendan a ejercerlos, dentro de un espacio amplio de libertades y de democracia integral, en la cual la pluralidad y la diversidad son elementos fundamentales.

Considero que analizar las relaciones entre los géneros, desde ambos géneros, permite encontrar explicaciones más ricas y complejas de los problemas que enfrentamos desde una perspectiva relacional. En esta investigación se han podido descubrir factores que reproducen las desigualdades, tanto en el campo masculino como femenino, y he encontrado que la desigualdad también tiene costos para el género masculino. Considero que a partir de estos hallazgos, como propone De Keijzer (1995), se puede realizar un trabajo preventivo o de cambio en

los propios hombres, avanzando en la reflexión sobre los jóvenes y el papel de la escuela en la promoción de relaciones igualitarias.

Coincido con la idea de que la complejidad de la condición y las relaciones humanas, requiere ampliar nuestra comprensión del destino infausto que compartimos ambos sexos como seres humanos incompletos y escindidos. Seres humanos (hombres y mujeres) que nacemos y crecemos en sociedades desiguales, dentro de modelos de “desarrollo” que nos condenan a todos (casi todos y todas) a vivir impedidos para desarrollar nuestras potencialidades por nuestro origen de clase social, género, etnia. Esta investigación ha pretendido ayudar a desconstruir el esquema complementarista, lo cual supone aceptar, entre otras cosas que no todas las mujeres desean ser la Madre ni todos los hombres el Guerrero. Ni todas las mujeres son víctimas, ni todos los hombres son verdugos (Lamas, 1997: 32).

La autoridad se reconoce y deja de reconocerse. No constituye algo estático ni es inmodificable. Coincido en que el cambio no consiste únicamente en incorporar a las mujeres en algo en lo que hemos estado ausentes, sobre las mismas reglas. Se requiere una revolución cultural y simbólica para poder dismantelar “la vieja casa del amo” (Rivera, 1998) para generar un auténtico cambio.

Como han propuesto alguno(a)s autores parece claro que para que el varón pueda desarrollar conductas de respeto y responsabilidad hacia sí mismo y los demás, y de atención a las necesidades propias y ajenas requerimos una transformación de fondo de nuestras concepciones. Concebir la sexualidad como derecho al placer con responsabilidad y respeto, podrá conducir a que los hombres consideren en verdad las necesidades de las mujeres así como las consecuencias del acto sexual, que deben ser compartidas. También podrá ayudar a construir un espacio de recreación en la sexualidad y a vivirla sin angustia.

La sexualidad en su emancipación constituye un proceso de la mayor importancia. El significado concreto de tal emancipación es la posibilidad de la democratización radical de la vida de las personas. Quien dice emancipación sexual, dice democracia sexual. Y no es solamente la sexualidad lo que está en juego, sino que la democratización de la vida personal se extiende también a todas las demás relaciones, en especial a la de los padres con los hijos e hijas. Como plantea Giddens

(1998), el nuevo tipo de relación que algunas personas intentan construir en el mundo está basada en el amor que presupone igualdad en el dar y recibir emocional; en él es fundamental el placer sexual recíproco como elemento clave en la consolidación de la relación.

Los varones tienen derecho al placer que da la paternidad y a recuperar la capacidad de disfrute de la vida no solamente en el ámbito público sino en el privado. Esta investigación ha mostrado que en general los varones entrevistados están ya viviendo su paternidad no solamente como responsabilidad sino también como disfrute. La competitividad en la que vivimos genera espacios de angustia y violencia que repercuten en la vida sexual y en la paternidad de los varones. Una sociedad basada en la educación para la diversidad, con espacios de pluralismo democrático y de respeto a las diferencias podrá ayudar tanto a los hombres como a las mujeres a construir juntos, si lo desean, una mejor manera de vivir.

El cambio requeriría un cuestionamiento de fondo acerca de la manera en que los seres humanos han sido socializados. En un mundo desigualmente dividido en géneros aún es común encontrar que las personas tienen actitudes y comportamientos que tienen como fundamento un supuesto moral que legitima la diferencia como origen de códigos morales diferenciados. Es así que sigue siendo común que la valoración social del comportamiento femenino es distinta del masculino, siempre en detrimento de la libertad y desarrollo de las mujeres.

Esta llamada “doble moral” ha incluido una ausencia de paternidad y que el varón siga considerando que las mujeres están clasificadas: unas para el placer, otras para la procreación, aunque como he intentado mostrar en esta investigación, los testimonios muestran paradojas al respecto. Algunos varones ya no tienen esa concepción y más aún, desean y buscan encontrar en una sola mujer todo y crear lo que se ha llamado una “intimidad” (De Keijzer *et al.*, s/f), entendida como ese espacio especial de contacto y comunicación con la pareja que incluye, pero no se reduce, a la sexualidad. Ese espacio que es frecuentemente muy amplio cuando se inicia una relación y que se va perdiendo a través de los años, que se va dejando de lado, pues la intimidad se construye y reconstruye y es centro de energía vital; cimiento y motor de la relación.

Tanto los hombres como las mujeres contribuimos a reproducir el sistema de opresión y ambos constituimos los soportes de las normatividades y las instituciones que crean un sistema de reglamentaciones y prohibiciones, que podemos transgredir y confrontar. No todas las personas se ajustan a la normatividad imperante, algunos se enfrentan y tratan de vivir una vida y unas relaciones diferentes. Considero que en la sexualidad y la reproducción, y la manera en que éstas son vividas por los sujetos, existe todo un campo que habrá que intentar seguir comprendiendo.

El estado actual de las relaciones entre los géneros y la vivencia de su sexualidad y de su reproducción es modificable. Se requerirían muchos cambios de fondo, entre ellos el incremento de los niveles de bienestar, información y cultura de toda la población que conduzca a una mayor conciencia sobre estos procesos. Una educación que se oriente al ejercicio de derechos, a la creación de ciudadanía y al ejercicio de la autonomía, la libertad y el respeto. El ejercicio de una sexualidad creativa y gratificante que nos acerque a un nivel más alto de salud mental del que actualmente gozamos, y de una procreación basada en una sexualidad y en relaciones diferentes, más igualitarias. Tener el coraje de averiguar como dijo Foucault (1991) cómo seríamos si no fuéramos como somos. “Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar distinto a como se piensa y percibir distinto de cómo se ve es indispensable para seguir contemplando o reflexionando”.

Las y los autores que hablan del patriarcado piensan que su ocaso representa tal vez una oportunidad para que los hombres y las mujeres empiecen a enfrentarse como iguales, sin las pretensiones implicadas en los papeles de género y unirse en contra de nuestros comunes orígenes de opresión, las fuerzas del mercado que más ahora que nunca están causando un efecto nocivo en la vida de las mujeres y de los hombres en todo el mundo. Pero también llaman la atención sobre ciertos riesgos, uno de los cuales es lo que en los países más “desarrollados” se ha denominado la “masculinización de las mujeres” (Ehrenreich, 1995: 291), que llevaría a que ellas fuesen ahora las violentas y ellos aún más depredadores. Si seguimos el camino de la lucha entre los géneros y nos olvidamos de la lucha contra el enemigo común, podemos dejar de lado un camino realmente enriquecedor para ambos sexos.

Algunos autores (De Keijzer, *op. cit.*) han propuesto elementos esenciales para construir mejores relaciones de pareja, mejores padres y madres, e hijo(a)s más plenos y felices. Dentro de la propuesta destacan los siguientes elementos:

El que la madre encuentre un espacio para compartir la intimidad emocional y sexual con el padre; poder prescindir de los hijos como escudo en contra de una sexualidad amenazadora con el marido (o compañero); mostrar a los hijo(a)s una imagen de mujer integral, con derecho al placer y con equidad en la toma de decisiones; que el padre encuentre un espacio de intimidad emocional y sexual con la madre de sus hijos; ya no buscar satisfacción (a medias) a estas necesidades fuera del hogar; poder establecer una relación más íntima y gratificante con los hijo(a)s, sin confundirla con el temor a una intimidad sexual con ellos; mostrar a los hijos la imagen de un hombre más integral, sin la rigidez del hombre autoritario y público, sino capaz de establecer cercanía y relacionarse desde lo emocional.

En México aún vivimos viejos modelos de subordinación de carácter servil, una conducta regida por férreos modelos culturales, un viejo dominio “patriarcal” que se está rompiendo pero que aún no se rompe del todo y que no es fácil superar, pues cuando transgredimos nos sentimos solos y solas, porque las condiciones no son favorables y porque muchas veces prevalece el miedo. Tenemos que pasar como pedía Paulo Freyre de una conciencia oprimida a una conciencia crítica. Hemos partido del cambio en algunas mujeres, pero no en todas y en muchas aún hay mecanismos de adaptación a una estructura de dominación que las oprime, y que es difícil romper. Es como un verdadero parto. Un parto del que nacerá una mujer nueva y en última instancia liberará su propio ser, pero también el de los varones. La superación de la contradicción existente aún en el mundo entre los hombres y las mujeres puede llegar a crear nuevos seres que más que enemigos sean personas liberándose mutuamente (Fazio, 1997: 8).

Algunos proponen tratar de construir una identidad masculina madura, y aprovechar la experiencia histórica vivida en cuanto a la relación sociocultural del hombre y la mujer. Así como la mujer debe aprender a ser parte de nuevas identidades, el hombre se ha de incorporar al cambio. Se trata de construir una nueva cultura que combata, en gene-

ral, cualquier expresión de opresión y subordinación; de hacer hombres y mujeres libres que asuman responsablemente el cambio; de luchar contra las estructuras de poder que detentan hombres contra mujeres y aquellas que un pequeño grupo de personas en el mundo detenta y oprime a la humanidad toda (Montesinos, 1995: 9).

Considero también esencial la adopción de una visión humanista de los procesos reproductivos para considerar no sólo los resultados de la fecundidad, sino las dinámicas sexuales y de comportamiento más global, que son los que explican el comportamiento reproductivo. Añadir un lente feminista contribuye a estimular agendas de investigación de género más equilibradas. Sin duda hombres, mujeres y parejas son unidades esenciales de investigación. Si logramos dar una mayor atención a la percepción y comportamiento masculino seguramente ayudaríamos a subsanar deficiencias actuales en la investigación. Lograr generar un cuerpo teórico y de análisis más amplio sería en sí mismo de gran utilidad y seguramente contribuiría a la generación de políticas más fructíferas y adecuadas a cada realidad (Mundigo, 1998: 20).

La tarea de construir un mundo más humano, justo e igualitario compete a ambos géneros. Me propuse realizar esta investigación porque estoy convencida de que conocer las percepciones, comportamientos, expectativas, malestares y discursos de los hombres, así como documentar si están cambiando y enfrentándose a normativas e instituciones, es un camino que puede repercutir para lograr un cambio más profundo. Las conquistas de un género tal vez lleguen a ser conquistas de todos los seres humanos, cuando logremos liberarnos de barreras y aprendamos a cuestionar la serie de estereotipos en los que hemos sido formados y formados; y a partir de ese cuestionamiento cambiar y lograr construir vidas que puedan desarrollarse en mayor equidad social y de género.

Obras consultadas

- Alatorre, Javier y Rafael Luna (2000), "Significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México", en Norma Fuller, *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Alberoni, Alberto (1993), *Enamoramiento y amor*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- (1992), *El vuelo nupcial*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- Alducín, E. (1987), *Los valores de los mexicanos*, México, Fomento Cultural Banamex.
- Amuchástegui, Ana (1996), "El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de Investigación", en *Estudios Sociológicos*, vol. XI, núm.31, enero-abril 1993, México, COLMEX.
- y Marta Rivas (1997), "Las construcciones culturales de la masculinidad", *Letra S La Jornada*, 6 de noviembre, p.11.
- Anderson, David (1997), "Men, Reproduction and Fatherhood", *Policy and Research Papers*, IUSSP.
- Aparicio Jiménez, Ricardo César, Claudia M. Cuntreras e Ivonne Angulo (1997), *Preferencias reproductivas y fecundidad: un estudio de seguimiento de la Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud*, Documento inédito.
- Arias R. y M. Rodríguez (1995), "A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la Ciudad de México", Coloquio Latinoamericano sobre Varones, sexualidad y reproducción, Zacatecas.
- Arihla, Margareth (1999), "Homens, Saúde Reprodutiva e Género: o desafio da inclusão", en Giffin, Karen y Sarah Hawker Costa, coord. *Questões da Saúde Reprodutiva*, Brasil, Editora Fiocruz.

- Ariza, Marina y Orlandina De Oliveira (1997), *La condición femenina: una propuesta de indicadores. Propuesta de marco analítico general de las inequidades de género y clase*, Documento inédito.
- Asturias, Laura E. (1997), *Foro Mujeres en lucha por la igualdad de derechos y justicia social*, Guatemala, 5 de marzo, CORIAC [Consulta en Internet, 1998].
- Badinter, Elisabeth (1992), *XY la identidad masculina*, Madrid, Alianza Editorial.
- Barker, G. e I. Lowenstein (1996), *Where the Boys Are: Promoting Greater Male Involvement in Sexuality Education: Conclusions from Qualitative Research in Rio de Janeiro, Brazil*, Rio de Janeiro, CEDUS, relatório de pesquisa.
- Bertaux, Daniel (1993), “Los relatos de vida en el análisis social”, en Aceves, Jorge (comp), *Historia oral*, México, Instituto Mora-UAM.
- Barthes, Roland (1985), “El cuerpo nuevo”, *Diálogos*, vol. 28, núm. 3. 123, marzo, pp.3-7.
- Basaglia, Franca (1983), *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- Bean, F.M. Proitt, G. Swicegood y D. Williams (1983), “Husband-Wife Communications, Wife’s Employment, and the Decision for Male or Female Sterilization”, *Journal of Marriage and the Family*, pp.395-403.
- Becerril, Alberto (1999), “Qué ganamos con cambiar”, México, CORIAC, Serie La Salud Reproductiva, una tarea conjunta. Videos.
- Berger, Peter I. y H. Kellner (1993), “Marriage and the Family in a Changing Society”, Nueva York, The Free Press, en Vivas Mendoza, María Walewska, *Del lado de los hombres. Algunas reflexiones en torno a la masculinidad*, México, ENAH, INAH y SEP.
- y Thomas Luckmann (1968), *La construcción social de la realidad*, Amarrortu Editores.
- Berger, Brian Wallis y Simon Watson (ed.) (1995), *Constructing Masculinity*, Nueva York, Routledge.
- Berteaux, D. (1993), “Los relatos de vida”, en I.J. Aceves, *Historia oral*, México, Instituto Mora.
- Bloem, Paul (2000), “Los hombres jóvenes: un panorama internacional”. Seminario Latinoamericano Trabajando con hombres jóvenes.

- nes: salud, sexualidad, género y prevención, Querétaro, 28-31 de marzo, Organización Mundial de la Salud.
- Bonino Mendez, Luis (2000), *Los varones hacia la paridad en lo doméstico*, Discursos sociales y prácticas masculinas [Correo electrónico].
- (1993), "Develando los micromachismos en la vida conyugal. Una aproximación a la desactivación de las maniobras masculinas de dominio", en Jorge Corsi, Mónica Liliana Dohmen y Miguel Ángel Sotés, *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Paidós. 151.
- (1989), "Mortalidad en la adolescencia y estereotipos masculinos", Terceras Jornadas de Atención Primaria a la Salud, marzo. Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1998), *La domination masculine*, París, Senil.
- (1995), *Capital Cultural, escuela y espacio social*. España, Siglo XXI Editores.
- (1993), *Razones prácticas sobre la Teoría de la Acción*, Barcelona, Anagrama.
- (1992). *Wacquant. An Invitation to Reflexive Sociology*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1990), "Dominación masculina", *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, núm. 3, junio 1996, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, trad. de Pastora Rodríguez.
- (1975), *El oficio del sociólogo*, España, Siglo XXI Editores.
- Brító, Alejandro (2000), "Costumbres sexuales y cambio de valores", *Letra S La Jornada*, 2 de marzo.
- Brod, Harry Michael Kaufman (ed.) (s/f), *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Bronfman, M. y N. Minello (1995), "Hábitos sexuales de los migrantes temporales mexicanos a los Estados Unidos. Prácticas de riesgo para la infección del VIH", en M. Bronfman (ed.), *Sida en México. Migración, adolescencia y género*, México, Información Profesional Especializada, pp. 3-89.
- Bruner, Jerome (1990), *Acts of Meaning*, Cambridge, Harvard University Press.

- Burgos, Martín (1993), "Historias de vida, narrativa y búsqueda del yo". en Jorge Aceves (comp.), *Historia oral*, México, Instituto Mora-UAM.
- Butler, Judith (1996), "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault", en Martha Lamas (comp.), *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, México, UNAM-Porrúa.
- Braunstein, Nestor (1991), "Psicoanálisis. sexualidad y amor", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año 26, enero-marzo, Nueva época, 143, México, UNAM/FCPYS.
- Callirgos, Juan Carlos (1996), *Sobre héroes y batallas*, Lima, Escuela para el Desarrollo. Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer.
- Canway, Jill K., Susan C. Bourque y Joan W. Scott (1996), "El concepto de género", en Martha Lamas (comp.), *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, México, UNAM-Porrúa.
- Castañeda, Patricia (1995), "Construyéndonos: identidad y subjetividad femeninas", en Florinda Riquer (comp.), *Bosquejos. Identidades Femeninas*, México, Universidad Iberoamericana
- (1987), *Mujeres, cuerpo y maternidad en Nauzontla, Puebla*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, tesis.
- Castro, Roberto (1996), "En busca del significado: supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, COLMEX.
- y Carlos Miranda Y. (1996), *La reproducción y la anticoncepción desde el punto de vista de los varones: algunos hallazgos de una investigación en Ocuilco*, México, en prensa.
- y Mario Bronfman (1993), "Teoría feminista y sociología médica: bases para una discusión", *Cadernos de Saúde Pública*, vol. 9, núm. 3, julio-septiembre, Río de Janeiro, pp. 375-394.
- Cazés, Daniel (1998), "Metodología de género en los estudios de hombres", *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, núm. 8, Jalisco, Universidad de Guadalajara.
- (1997), *Catálogo Kafkiano de atributos masculinos y otras cosas sobre la experiencia de género del escritor*, México, archivo del autor.

- Cazés, Daniel (1997a), “Reflexiones para el desarrollo de una metodología de género en los estudios de hombres”, en *Estudios de Género en América Latina*, Managua, Universidad Centroamericana y (1998) *La Ventana*, núm. 7. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- (1996). “Reproducción y construcción de masculinidades”, Próxima publicación en el Boletín del Programa de Investigaciones sobre Salud Reproductiva del Colegio de México, México, COLMEX (archivo del autor).
- (1996a), “Hombres del siglo 21: visiones y prácticas de la paternidad”, en *El feminismo y los hombres*, México, archivo del autor. Trabajo presentado en las Jornadas de Paternidad organizadas por CORIAC, en prensa.
- (1994), “La dimensión social del género: posibilidades de vida para hombres y mujeres en el patriarcado”, en CONAPO, *Antología de la sexualidad humana*, México, Porrúa, vol. 1º.
- (1988), “Work among Men in Latin America Investigation and Practices, Results and Experiences”, Seminar on Men, Family Formation and Reproduction, 13-15 de mayo, Buenos Aires, IUSSP y CENEP.
- (1988a). “Un trabajo entre hombres en América Latina. Investigación y práctica, resultados y experiencias”, Seminar on Men, Family Formation and Reproduction, 13-15 de mayo, Buenos Aires, archivo del autor.
- Cedillo Nolasco, Rosa y Aurora Morales Delgadillo (1991), “Chicas de hoy. Un muestreo”, en *El Nuevo Arte de Amar. Usos y costumbres sexuales en México*, 2.ed., México, Cal y Arena.
- Cervantes Carson, Alejandro (1997), “Teorización sobre Derechos Humanos”, *Revista Confluencias*, vol. 11, núm. 7, marzo. México, Consejo Estatal de Veracruz.
- (1997a), “Políticas de población, control de la fecundidad y derechos reproductivos: una propuesta analítica”, en *Mujer, Género y Población en México*, México, COLMEX, en dictamen.
- (1993), “Entretejiendo consensos: reflexiones sobre la dimensión social de la identidad de género de la mujer”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XI, núm. 31, enero-abril, México, COLMEX.

- Cheal, David (1999), "The One and the Many", en Allen Graham (ed.), *The Sociology of the Family*, Inglaterra, Blackwell Publishers.
- Cicourel, Aaron V. (1982), *El método y la medida en Sociología*, Madrid, Editora Nacional.
- Colina Salazar, Carlos Eduardo (1994), "Los grupos de discusión como propuesta metodológica", en Cecilia Cervantes Barba y Enrique Sánchez Ruíz (coord.), *Investigar la Comunicación. Propuestas Iberoamericanas*, Jalisco, Universidad de Guadalajara/Centro de Estudios de la Información y la Comunicación y Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, pp.211-225.
- Consejo Nacional de Población (1997). *La situación demográfica de México*, México, CONAPO.
- (1995), *Encuesta Nacional de Planificación Familiar*. México, CONAPO.
- Conasida/Secretaría de Salud (1994), *Comportamiento sexual en la Ciudad de México. Encuesta 1992-1993*, México, CONASIDA.
- Conde Rodríguez, Eisa y Lucrecia Infante Vargas (1999), "Género e identidad política: la construcción de la ciudadanía en mujeres de la Ciudad de México", en *Psicología Política*, UIUI ventana a la ciudadanía, México.
- Connell R.W. (1998), "La organización social de la masculinidad", en T. Valdés y J. Olavarria (ed.), *Masculinidades, poder y crisis*, Santiago de Chile, FLACSO, Isis Internacional (Ediciones de Mujeres, 24).
- (1998a), "El Imperialismo y el cuerpo de los Hombres", en Teresa Valdés y José Olavarria (ed.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*.
- (1995), *Masculinities*, Berkeley, University of California Press.
- (1993), "The Big Picture: Masculinities in Recent World History", *Theory and Society*, vol. 22, núm. 5, pp.597-623.
- (1987), *Gender and Power: Society: The Person and Sexual Politics*, Oxford, Stanford University Press.
- Córdova Plaza, Roela (2000), "Algunas reflexiones teórico-metodológicas en torno al estudio de la sexualidad", *Coloquio de Estudios de Género-2000*, 12-14 de abril, México, COLMEX/PIEM.

- Colectivo de Hombres Relaciones Igualitarias (2000), *Calendario 2000: Paternidad*, México, CORIAC.
- Cornwall, Andrea y Nancy Lindisfarne (ed.) (1996), *Dislocating Masculinity*, Comparative Ethnographies, Londres, Routledge.
- Correa, Sonia (1999), “Saúde Reproductiva, Genero e Sexualidade: legitimacáo e novas interrogacoes”, en Karen Giffin y Sarah Hawker Costa (coord.), *Questões da Saúde Reproductiva*, Brasil, Editora Fio-cruz.
- (1996), “Salud reproductiva, género y sexualidad: legitimación y nuevos interrogantes”, *Seminario Internacional sobre Avances en Salud Reproductiva y Sexualidad*, 18-21 de noviembre, México, COLMEX.
- y Rosalind Petchesky (1994), “Reproductive and Sexual Rights: A Feminist Perspective”, en G. Sen, A. Germain y L Chen, (ed.), *Population Policies Reconsidered (Health, Empowerment and Rights)*, Harvard University Press, pp. 107-123.
- Coward, Rosalin (1999), *Secred Cows. Is Feminism Relevant to the New Millennium?*, Gran Bretaña, Harper Collins Publishers.
- Cheal, David (1999), “The One and lthe Many”, en Allen GrahamAllen (ed.), *The Sociology of the Family*, Gran Bretaña, Blackwell Publishers.
- Chinen B. Allan (1997), *Más allá del héroe. Historias clásicas de hombres en búsqueda del alma*, Barcelona, Editorial Kairós.
- Chorodow, Nancy (1984), “Family Structure and Femenine Personality”, en Rosaldo y Lamphere (comp.), *Woman, Culture and Society*, Oxford, Stanford University Press.
- Chorodow, Nancy (1980), “Maternidad, dominio masculino y capitalismo”, en Zillah R. Eisenstein (comp.), *Patriarcado capitalista y Feminismo socialista*, México, Siglo XXI.
- De Barbieri, Teresita (1996). “Certezas y malos entendidos sobre la categoría Género”, en Guzmán *et al.* (comp.), *Derechos Humanos IV*, San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Comisión Europea.
- (1993), “Gender and Population Policies: Some Reflection”, *Reproductive Health Matters*, núm. 1, mayo.

- De Barbieri, Teresita (1992), *Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica*, Santiago de Chile, Isis Internacional, pp. 111-128 y 146-147 (Ediciones de mujeres, 17).
- (1991). “Los ámbitos de acción de las mujeres”, *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo, pp.203-224.
- De Keijzer, Benno (2000), “Paternidades y transición de género”, en Norma Fuller, *Paternidades en América Latina*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- (1999). “Los derechos sexuales y reproductivos desde la dimensión de la masculinidad”. V Reunión de Investigación Demográfica, México, COLMEX.
- (1992). “Morir como hombres: la enfermedad y la muerte masculina desde una perspectiva de Género”, Seminario de Masculinidad, México, UNAM/PUEG, Documento mimeografiado.
- , Emma María Reyes, Flor Rivera y Olivia Aguilar (s/f). *Negociación de la crianza*, México, Salud y Género A.e.
- De Oliveira, Maria Coleta (1999), “Masculinidad en Brasil, dimensión de la reproducción”, en Curso sobre Género y Dinámica Demográfica del Doctorado de Población y Programa de Salud Reproductiva. México, COLMEX, conferencia: 24 de octubre.
- (coord.) (1999a), “Os Homens, esses desconhecidos... (Masculinidad e Reprodução)”, Sao Paulo, documento mimeografiado.
- , Elizabete Dória y Malvina Muzskat (1999b). “It’s not My Fault I Wasn’t Born a Woman: Contraception among Middle-Class Brazilian Men”, en María Coleta De Oliveira, “Os Homens, esses desconhecidos... (Masculinidad e Reprodução)”, *op. cit.*
- De Oliveira, Orlandina (1998). “Familia y relaciones de género en México”, en Beatriz Schmulder (coord.), *Familia y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*. México, Edamex.
- (coord.) (1995), “Las familias mexicanas”, IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, septiembre, Pekín, Comité Nacional Coordinador, documento mimeografiado.
- De Oliveira, Orlandina (1994). Conferencia en Ivonne Szasz (coord.), *Memorias del Seminario de Sexualidad y Género 1993-1997*,

- México, COLMEX/Programa de Salud Reproductiva y Sociedad, 2 de febrero, elaboración Cristina Herrera y Lía Rojas.
- Denzin, Norman K. y Yuonna S. Lincoln (ed.) (1994), "Introduction: Entering the Field of Qualitative Research", en Denzin y Lincoln (ed.), *Handbook of Qualitative Research*, Londres, Sage Publications.
- (1994), "The Art and Politics of Interpretation", en Norman K. Denzin y Yuonna S. Lincoln (ed.), *Handbook of Qualitative Research*, *op. cit.*
- (1989). *Interactive Interactionism*, Londres, Sage Publications (Applied Social Research Series, vol. 16).
- Dio Bleichmar, Emilce (1991), *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudios de los trastornos narcisistas de la feminidad*, 3.ed., Madrid, Siglo XXI.
- Dória Bilac, Elizabete (1999), "Homem dentro de casa só atrapalba. Imagens Parentais dos informants de 40 a 59 anos de idade", en María Coleta De Oliveira (coord.), *Os Homens, esses desconhecidos...* (Masculinidad e Reproducao), *op. cit.*
- , María Coleta De Oliveira y Malvina Muzskat (1999). "The Family Man: Conyugality and Fatherhood among Middle-Class Brazilian Men in lbe 1990s", en María Coleta De Oliveira (coord.), *Os Homens, esses desconhecidos...* (Masculinidad e Reproducao), *op. cit.*
- Doring, Ma. Teresa (1994), *El mexicano ante la sexualidad*, México, Fontamara.
- Duverger, Maurice (1978), *Métodos de las Ciencias Sociales*, Ariel.
- Dworkin, Andrea (1981), *Pornography: Men Possessing Women*, Dirección en Internet: <http://www.ipc.apc.orgiwomenset>"dworking.
- Ehrenfeld L, Noemi (1989), "El ser mujer: identidad, sexualidad y reproducción", en Orlandina De Oliveira, *Trabajo, poder y sexualidad*, México, COLMEX.
- Ehrenreich, Bárbara (1995), "El ocaso del patriarcado", en Brian Berger y Simon Watson (ed.), *Constructing Masculinity*, Nueva York, Routedge.
- Espinosa Damián, Gisela (2000), "La salud reproductiva en México después de El Cairo. Problemática y recursos financieros". Colo-

- quio de Estudios de Género-2000, 12-14 de abril, México, COL-MEX/PIEM.
- Fachel, Ondina (2000), "Impases de la paternidad: la reproducción desde la perspectiva masculina", en Norma Fuller, *Paternidades en América Latina*, *op. cit.*
- (1998), "Hombres y mujeres: cultura reproductiva y sexualidad en el sur de Brasil", Conferencia Regional La Equidad de Género en América Latina y el Caribe. Desafíos desde las identidades masculinas, Santiago de Chile, 8-10 de junio.
- Fariyal Fikree, Ronald Gray y Farida Shan (1993). "Can Men be Trusted? A Comparison of Pregnancy Histories Reported by Husbands and Wives", *American Journal of Epidemiology*, vol. 138, núm. 4. pp.237-242.
- Fazio, Carlos (1997), "Las mujeres en los movimientos armados", Encuentro Mujeres y Hombres hacia una Nueva Humanidad, 3-7 de noviembre, Santa Fe, Universidad Iberoamericana, Comentarios a la ponencia de Mercedes Olivera.
- Feixa, Caries (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, Causa Joven (Colección Jóvenes, 4).
- Fem (1997), "Tendiendo puentes. Nueva mirada al involucramiento masculino", *Revista Fem*, año 21, núm. 167, febrero.
- Figuroa Perea, Juan Guillermo (2001), "Varones, reproducción y derechos: ¿podemos combinar estos términos?", *Revista Desacatos*, núm. 6, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 149-164.
- (2000), "Aproximación al estudio de los derechos reproductivos en la experiencia de los varones", I Congreso sobre Salud Reproductiva y Diabetes Mellitus, 14-18 de marzo, Varadero, Cuba.
- (2000a), "Derechos reproductivos y feminismo en la experiencia de los varones", *Revista de Estudios Feministas*, año 6, núm. 1, Florianópolis, Brasil. pp. 131-144.
- (2000b), "Identidad de género masculina y derechos reproductivos. Algunas propuestas analíticas para la delimitación del concepto de derechos reproductivos en la experiencia de los varones", *Revista de Estudios de Género La Ventana*, núm. 12. Universidad de Guadalajara, Jalisco, pp. 43-72.

- Figuerola Perea, Juan Guillermo (1999). "Fecundidad, anticoncepción y derechos reproductivos", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Sociedad Mexicana de Demografía y COLMEX, pp.61-110.
- (1998). "Algunos elementos para desconstruir los estereotipos de los varones", Encuentro Mujeres y Hombres hacia una Nueva Humanidad, 3-7 de noviembre, Santa Fe, Universidad Iberoamericana.
- (1998a). "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones", en *Varones, Sexualidad y Reproducción*, México, COLMEX-Unión Nacional para el Estudio Científico de la Población-SOMEDE.
- (1998b), "Comentarios a la sesión de teoría e historia de las masculinidades", Simposio sobre Participación Masculina en la Salud Sexual y Reproductiva, 10-14 octubre. Oaxaca.
- (1998c), "La presencia de los varones en los procesos reproductivos, algunas reflexiones", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, COLMEX-SOMEDE, pp.163-189.
- (1997), "Elementos para interpretar la relación entre la salud, la reproducción y la sexualidad en la especificidad de los varones", en *Género y Salud*, Lima, Universidad Católica de Perú, pp. 63-77.
- (1996), "Algunas reflexiones sobre la interpretación social de la participación de los varones en los procesos de salud reproductiva", en *Salud reproductiva, nuevos desafíos*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia, pp. 53-71.
- (1996), "The Presence of Males in Reproduction. Some Observations beyond Beijing", VII Reunión de AWID (Association for Woman in Development) Forum, Beyond Beijing: From World Action, septiembre, Washington. Inédito.
- Figuerola Perea, Juan Guillermo y Olga Lorena Rojas (2000), "La presencia de los varones dentro de los procesos reproductivos". En: Beatriz Schmucler (coord.), *Políticas públicas. equidad de género y democratización familiar*, México, Instituto Mora, pp.42-56.

- Figueroa Perea, Juan Guillermo, Gloria Careaga Pérez y María Consuelo Mejía (1996), "Introducción", en Figueroa, Careaga y Mejía (comp.), *Ética y salud reproductiva*, México, UNAM/PUEG-Porrúa.
- y Gabriela Rivera (1993), "Algunas reflexiones sobre la representación social de la sexualidad femenina", en S. González, *Las mujeres y los géneros en la Antropología latinoamericana*, México, COLMEX, pp.141-167.
- Hax, J. (1992), "Pos-modernismo e as relacoes de género na teoria feminista", en Holanda H., coord., *Pos-modernismo e Política*, Rio de Janeiro, Roeco.
- Fontana, Andrea y James H. Frey (1994), "Interviewingthe Art of Science", en Norman K. Denzin y Yuonna S. Lincoln, ed., *Handbook of Qualitative Research*, op. cit.
- Forrest, David (1996), "We're Here, We're Queer, and We're not Going Shopping: Changing Gay Male Identities in Contemporary Britain", en Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne, ed., *Dislocating Masculinity, Comparative Ethnographies*, op. cit.
- Foucault, Michel (1997), *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, 12.ed., México, Siglo XXI.
- (1992), *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones La Piqueta.
- (1991), *Saber y verdad*, Madrid, Ediciones La Piqueta.
- (1979), *Genealogía del poder. Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones La Piqueta.
- Foxball, Lin (1996), "Pandora Unbound: a Feminist Critique of Foucault's History of Sexuality", en Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne, ed., *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, op. cit.
- Fralli, Gina y Ana Batista (1984), *Liberación homosexual*, México, Posada.
- Fuller, Norma (2000), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial 2000.
- (1998), "La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú", Conferencia Regional la Equidad de Género en América Latina y el Caribe. Desafíos desde las identidades masculinas, Santiago de Chile, 8-10 de junio. Y en Teresa

- Valdés y José Olavarría, ed. *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, *op. cit.*
- Fung, Richard (1995), "Burdens of Representation, Burdens of Responsibility", en Brian Wallis Berger y Simon Watson, ed., *Constructing Masculinity*, Nueva York, Routledge, pp.291-298.
- Gagnon, John H. (1996), "Virtuos Actions in the Absence of a Compelling Dogma: Reproductive Health in a Socially Constructed World". Seminario Internacional sobre Avances en Salud Reproductiva y Sexualidad, 8-9 de noviembre. México, COLMEX. Documento mimeografiado.
- y Y. Simon (1984), "Sexual Scripts", *Society*, noviembre-diciembre.
- Garda, Brígida, Rosa María Camarena y Guadalupe Salas (1997). "Mujeres y relaciones de género en los estudios de población (Introducción)", en *Mujer, género y población en México*, México, COLMEX.
- Garda Canal, María Inés (1997), "Michael Foucault. Microfísica del poder y control social", en Laura Baca P. e Isidro H. Cisneros, comp., *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*. Tomo I. México, Triana Editores.
- Germain, Adrienne, Sia Nowrojje y Hnin Hnin Pyne (1994), "Setting a New Agenda: Sexual and Reproductive Health and Rights", en Sen, Gita *et al.*, *Population Policies Reconsidered. Health, Empowerment and Rights*, *op. cit.*
- Geertz, Clifford (1992), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- (1991). *El surgimiento de la antropología posmoderna*, México, Gedisa.
- Giddens, Anthony (1998), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- (1998a), *La constitución de la sociedad. Bases para la Teoría de la Reestructuración*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Gilligan, Carol (1982), *In a Different Voice*, Harvard University Press.
- Gilmore, David (1994), *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós.

- Giménez, Gilberto (2002). Para una teoría del actor en las ciencias sociales. Problemática de la relación entre estructura y “agency”, documento mimeografiado.
- Godelier, Maurice (1986), *La producción de grandes hombres: poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal.
- Goldner, Virginia *et al.* (1990), “Love and Violence: Gender Paradoxes in Volatile Attachments”, *Family Process*, vol. 29, núm. 4. pp. 333-354.
- Goldscheider, Frances K. y Gayle Kaufman (1996), “Fertility and Commitment: Bringing Men Back In”, en John Casterline, Ronald D. Lee y Karen A Foote, ed., “Fertility in the United States: New Patterns, New Theories”, *Population and Development Review*, Supplementto Volume 22, NewYork, Population Council, pp.87-99.
- Gomáriz Moraga, Enrique (1997), *Introducción a los estudios de masculinidad*, San José de Costa Rica, FLACSO/Centro para el Desarrollo de la Mujer y la Familia y Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- González Garza, Ana María (1997), “Ciencia, conciencia y transformación”, ponencia.
- González, Soledad (1993), “Del matrimonio eterno a las mujeres que no aguantan: cambios recientes en las familias rurales”, en Teresa Doring, comp., *La pareja o hasta que la muerte nos separe*, México, UAM.
- Gortari, Eli de (1987), “Los pliegues ocultos de la sociedad”, en Marcos Ocaña, Bulnes *et al.*, *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*, México, UNAM y El Caballito.
- Gray, John (1999), *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*.
- Greene Margaret E. y Ann E. Biddlecom (2000), “Absent and Problematic Men: Demographic Accounts of Male Reproductive Roles”, *Population and Development Review*, vol. 26, núm.1, pp.81-115
- Gutmann, Matthew C. (2000), “Mamitis y los traumas del desarrollo en una colonia popular de la ciudad de México”, en Norma Fuller, *Paternidades en América Latina, op. cit.*
- (2000a), *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, COLMEX.

- (1998), “Traficando con hombres: la Antropología de la masculinidad”, *Revista La Ventana*, núm. 8. Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara. Jalisco.
- (1993), “Los hombres cambiantes, los machos impertinentes y las relaciones de género en México en los noventa”, *Estudios Sociológicos*, vol. XI, núm.33, septiembre-diciembre. México, COLMEX.
- Hearn, Jeff (1992), *Men in the Public Eye*, Londres, Routledge.
- y David Margan, ed. (1990), *Men, Masculinities and Social Theory*, Londres, Unwin Hyrnan.
- Hernández A. Narro (1987), *Cómo somos los mexicanos*, México, CEE/CREA.
- Hernández M., Juan Carlos (1995), “Sexualidad masculina y reproducción. ¿Qué va a decir papá?”, Coloquio Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción, Zacatecas, 17 y 18 de noviembre. Seminario sobre fecundidad y ciclo de vida masculino en la era de la disminución de la fecundidad.
- Hernández Rasete Martínez, Daniel D. (1996), “Género y roles familiares: la voz de los hombres”, México, CIESAS. Tesis de Maestría en Antropología Social.
- Herrera, Cristina y Lía Rojas (1997), *Memorias del Seminario de Sexualidad y Género 1993-1997*, México, COLMEX/Programa de Salud Reproductiva y Sociedad.
- Hierro, Graciela (1993), *De la domesticación a la educación de las mexicanas*, México, Torres Asociados.
- Horkheimer, Max (1990), *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Horowitz, Gad y Michael Kaufman (1989), “Sexualidad masculina: hacia una Teoría de la Liberación”, en Michael Kaufman, *Hombres. placer, poder y cambio*, Santo Domingo, CIPAF.
- Huerta Rojas, José Fernando (1999), *El juego del hombre. Deporte y masculinidad entre obreros*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Plaza y Valdés.
- Ibáñez B. (1995). “Actividad sexual y práctica anticonceptiva en estudiantes universitarios”, V Reunión de Investigación sobre la Investigación Demográfica en México, 5-9 de junio. México, COLMEX, documento mimeografiado.

- Ibáñez, Jesús (1990), “Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión”, Jesús Ibáñez Manuel Garda y Francisco Alvira, comp., *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza Editorial, Apéndice.
- (1986), *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*, 2.ed. corregida, Madrid, Siglo XXI.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1999), *Las familias mexicanas*, 2.ed., México, INEGI.
- Izazola H., A. Valdespino y J. Sepúlveda (s/f), “Factores de riesgo asociados a infección por VIH en hombres homosexuales y bisexuales”, *Salud Pública de México*, vol. 30, núm. 4, pp.555-566.
- Jackson, Stevi (1999), “Families, Households and Domestic Life”, en Steve Taylor, ed., *Sociology Issues and Debates*, Londres, MacMillan.
- Kandiyoti, Denis (1996), “The Paradoxes of Masculinity; Some Thoughts on Segregated Societies”, en Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne, ed., *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, op. cit.
- Kantikar, Helen (1996), “Real True Boys: Moulding the Cadets of Imperialism”, en Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne, ed., *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, op. cit.
- Kaufman, Michael (1994), “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Harry Brod y Michael Kaufman, ed., *Theorizing Masculinities*, op. cit., pp.1542-1565. Extractos de la versión revisada del artículo “Men, Feminism, and Men’s Contradictory Experiences of Power”, en Teresa Valdés y J. Olavarría, *Masculinidades poder y crisis*, op. cit.
- (1989), *Hombres, placer, poder y cambio*, Santo Domingo, CIPAF.
- Kelen, Jacqueline (1988), *El nuevo padre*, México, Grijalbo.
- Kimmel, Michael S. (1998). “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en Harry Brod y Michael Kaufman, ed., *Theorizing Masculinities*, op. cit., extractos del capítulo “Masculinity as Homofobia. Fear, Shame and Silence, the Construction of Gender, Identity”, en Teresa Valdés y J. Olavarría, *Masculinidad/es poder y crisis*, op. cit.

- (1998a), *Men's Live*, Boston, Allyn and Bacon.
- (1990), “After Fifteen Years: The Impact of Sociology o Masculinity on the Masculinity of Sociology”, en Jeffy David Morgan Hearn, ed., *Men, Masculinities and Social Theory*, *op. cit.*
- Lagarde, Marcela (1997), *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, España, Editorial Horas y Horas (Cuadernos Inacabados, 25).
- (1995), “La regulación social del género: el género como filtro de poder”, en *Antología de la sexualidad humana*, México, CONAPO.
- (1993), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas y locas*, México, UNAM, Posgrado.
- (1993a), “Identidad genérica y feminismo”, XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, agosto.
- (1992), “Identidad de género”, curso en el Centro Juvenil “Olof Palme”, 25 al 30 de abril, Managua (Cuadernos de Trabajo, Cenzontle).
- (s/f), “Violencia masculina en el hogar. Alternativas y soluciones”, Prólogo al libro de Antonio Rodríguez, “Hombre y violencia intrafamiliar”. Archivo de la autora.
- Laing, R.D. (1994), *El cuestionamiento de la familia*, México, Paidós Studio.
- Lamas, Marta (1997), “Cultura, género y epistemología”, Coloquio Balance de los Estudios Culturales en México. Epistemología y Perspectivas, 4-5 de agosto de 1997, México, Seminario de Estudios de la Cultura.
- comp. (1996), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM/PUEG-Porrúa.
- (1996a), “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género”, en Marta Lamas, comp., *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, *op. cit.*
- Lamas, Marta (1996b), “La Antropología feminista y la categoría de género”, en Marta Lamas, comp. (1996), *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, *op. cit.*

- Laumann Edward O., John Gagnon *et al.* (1999), "A Gender Interpretation of Orgasm", en Robert A. Nye, *Sexuality*, Oxford, Oxford University Press.
- Leñero O., Luis (1992), *Varones, neomachismo y planeación familiar*, México, Fundación Mexicana para la Planeación Familiar.
- Lerner, Susana, ed. (1998), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, COLMEX-SOMEDE.
- (1996), "La formación en Metodología Cualitativa. Perspectiva del Programa de Salud Reproductiva y Sociedad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad. Investigación Cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, op. cit., pp.9-15
- Levi Strauss, Claude (1985), *Las estructuras elementales del parentesco*, México, Artemisa.
- Liqueur, Thomas (1991), "The Facts of Fatherhood", en Barrie Thorne y Marilyn Yalom, ed., *Rethinking the Family. Some Feminist Questions*, Stanford, Stanford University Press.
- Liguori, A.L. (1995), "Las investigaciones sobre bisexualidad en México", *Debate Feminista*, año 6, vol. 11, abril, pp.132-156.
- Loaiza, Edilberto (1998), "Male Fertility, Contraceptive Use and Reproductive Preferences in Latin America: The DHS Experience". Seminario Men, Fertility, Family Formation and Reproduction, 13-15 de mayo, Buenos Aires, IUSSP-CENEP.
- Lomnitz, Larissa A. y Marisol Pérez-Lizaur (1993), *Una familia de la élite mexicana, 1820-1980: parentesco, clase y cultura*. México, Alianza.
- López Austin, Alfredo (1989), *Cuerpo humano e ideología*, México, UNAM.
- Luengo, Enrique (1996), "Valores y religión en los jóvenes", en *Jóvenes, una evaluación de conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*, México, Causa Joven, Tomo 1.
- Marques, Josep-Vicent (1997), "Hombres y poder", Encuentro Mujeres y Hombres hacia una nueva Humanidad, 3-7 de noviembre. México, Universidad Iberoamericana Santa Fe.
- McElhinny, Bonnie (1996), "An Economy of Effect: Objectivity, Masculinity and the Gendering of Police Work", en Andrea Cornwall, y

- Naney Lindisfarne, ed., *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, *op. cit.*
- Martínez Salgado, Carolina (1996), "Introducción al trabajo cualitativo de investigación", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, *op. cit.*
- Marshalljuan F. (1974), "Historias de vida y Ciencias Sociales", en Jorge Balán *et al.*, *Las historias de vida en Ciencias Sociales, teoría y técnica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Maynard, Mary (1999), "Gender Relations", en Steve Taylor, ed., *Sociology Issues and Debates*, *op. cit.*
- Medina Carrasco, Gabriel (1998), "El enfoque biográfico: una aproximación comprensiva a las discontinuidades sociales", documento mimeografiado.
- Miedzian, Myriam (1995), *Chicos son, hombres serán*, Barcelona, Cuadernos Inacabados, 17.
- Miller, W., R. Shain y D. Pasta (1991), "Tubal Sterilization or Vasectomy: How do Married Couples Make the Choice?", *Fertility and Sterility*, vol. 56, núm. 2, pp.278-284.
- Minello, Nelson (1998), "De las sexualidades. Un intento de mirada sociológica", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, comp., *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las Ciencias Sociales*, México, COLMEX.
- (1997), *A modo de silabario. Para leer a Michel Foucault*, México, COLMEX. Selección y notas.
- Mitchell, Juliet (1975), *Psychoanalysis and Feminism*, Nueva York, Vintage.
- (1971), *Woman's Estate*, Harmondsworth, Penguin.
- Montero, Rosa (1997), *Historia de mujeres*, Madrid, Alfaguara.
- Montesinos, Rafael (1995), "Cambio cultural y crisis de la identidad masculina", *Revista El Cotidiano*, núm. 68, marzo-abril, México, UAM-A.
- Morin, Françoise (1993), "Praxis antropológica e historia de vida", en Jorge Aceves, comp., *Historia oral*, México. Instituto Mora y UAM.

- Mundigo Axel Y. (1998), “Re-Conceptualising the Role of Men in Post-Cairo Era”, *Culture, Health and Sexuality*, 2000, vol. 3, núm. 1 000-000, Gran Bretaña, Taylor and Francis.
- Muzskat, Malvina (1999), “O repouso do guerreiro”, en Coleta de Oliveira, coord., *Os Homens, esses desconhecidos...*, *op. cit.*
- , Maria Coleta Oliveira y Elizabete Dórica Bilac (1999), “When Three is Better than Two”, en Coleta de Oliveira, coord., *Os Homens, esses desconhecidos...*, *op. cit.*
- Nava Uribe, Regina Laura (1996), “Los hombres como padres en el Distrito Federal a principios de los noventa”, México, UNAM/FCPYS, Tesis de Maestría en Sociología.
- Necchi, Silvia (1998), “Men, Family and Reproduction”, núm. 17, *Bélgica*, ru55P.
- Norbert, Ellas (1997), *Sobre el tiempo*, México, FCE.
- Núñez, L. y Yolanda Palma (1991), “El aborto en México”, *Revista Fem*, año 15, núm. 10, pp. 4-15.
- Núñez Noriega, Guillermo (1995), “Hegemonía y género: política y poética del regionalismo y la masculinidad en Sonora”, Seminario Masculinidad, México, UNAM/PUEG, documento mimeografiado.
- (1994), *Sexo entre varones. Poder y resistencia*, México, El Colegio de Sonora.
- Ocaña, Lucila (1987), “Una lectura de Foucault desde la periferia del poder”, en Marcos Ocaña, Bulnes *et al.*, *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*, *op. cit.*
- Ocaña, Marcos, Bulnes *et al.* (1987), *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*, México, UNAM-El Caballito.
- Olavarria José (2000), “Ser padre en Santiago de Chile”, en Norma Fuller, *Paternidades en América Latina*, *op. cit.*
- Oliver, Christiane (1988), *Los hijos de Yocasta*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz Noriega, Sergio (1992), “Introducción a la Historia de las Mentalidades”, en Varios autores, *El Historiador frente a la Historia*, México, UNAM.
- Ortiz Ortega, Adriana (1998), “Implicaciones teóricas de la apropiación subjetiva de los derechos sexuales y reproductivos. Una aproxima-

- ción desde la construcción individual”, octubre, México, documento mimeografiado.
- , Ana Amuchástegui y Martha Rivas (1997), “El caso mexicano. Una voz entre el silencio”, México, inédito.
- Ortner, Sherry y Harriet Whitehead (1996), “Indagaciones acerca de los significados sexuales”, en Marta Lamas, comp., *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, *op. cit.*
- Parker, Richard Guy (1991), *Bodies, Pleasures and Passions: Sexual Culture in Contemporary Brazil*. Boston, Richard G Parker Beacon.
- Parres, Ramón (1991), “Entrevista”, *El nuevo Arte de Amar. Usos y costumbres sexuales en México*, 2.ed., México, Cal y Arena.
- Parsons, Talcolt (1978), “La estructura social de la familia”, en Erich Fromm *et al.*, *La familia*, Barcelona, Península.
- Pereira, Armando (1987), “Michel Foucault: política de la vida cotidiana”, en Marcos Ocaña, Bulnes *et al.*, *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*, *op. cit.*
- Petchesky, Rosalind (1996), “Sexual Rights: Inventing a Concept, Mapping and International Practice”, en “Re-Conceiving Sexualities”, Seminario Internacional Gender, Sexuality and Sexual Health. Rio de Janeiro, documento mimeografiado.
- y Karen Judd, ed. (1998), *Negotiating Reproductive Rights*, International Reproductive Rights Research Action Group (IRRRAG).
- Ponce, Dolores, Ana Irene Solórzano y Antonio Lozano (1991), “Lentas olas de sensualidad”, en Ramón Parres. *El nuevo Arte de Amar. Usos y costumbres sexuales en México*, *op. cit.*
- Pries, Ludger (1996), “¿Institucionalización o desinstitucionalización del curso de vida? Biografía y Sociedad como un enfoque integrativo e interdisciplinario”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 11, núm. 2, mayo-agosto, México, COLMEX.
- Pujadas, Juan José (1992), *Historias de Vida*, España.
- Ramírez R., Juan Carlos (1998), “Masculinidad y violencia doméstica”. Seminario Masculinidad, México, UNAM/PUEG, Propuesta de investigación.
- Restrepo, Luis Carlos (1994), *El derecho a la ternura*, Colombia, Arango Editores.

- Riquer, Florinda (1999), "Identidades Femeninas", Encuentro Hombres y Mujeres Hacia una Nueva Humanidad, 3-7 de noviembre. México, Universidad Iberoamericana.
- Rivas, Marta (1998). "Valores, creencias y significaciones de la sexualidad femenina. Una reflexión indispensable para la comprensión de las prácticas sexuales", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, comp. *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las Ciencias Sociales*, México, COLMEX, pp.137-154.
- (1996), "La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, comp., *Para comprender la subjetividad*, op. cit.
- y Ana Amuchástegui (s/f), "La construcción de la noción de derechos reproductivos entre mujeres mexicanas: el caso del Distrito Federal", Proyecto de Investigación, a publicarse con los resultados.
- Rivera G., María Milagros (1998), "Notas de una estética de la diferencia sexual", *El Viejo Topo*, núm.114. Barcelona.
- Rodríguez, María Elena (1996), "Masculinidad y sexualidad informe de investigación", Seminario de Masculinidad, México, UNAM/PUEG, documento mimeografiado.
- Rubin, Gayle (1996), "El tráfico de mujeres: notas sobre la "Economía Política del sexo", en Marta Lamas, comp., *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, op. cit.
- (1984), "Thinking of Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality", en C. Vance, *Pleasure and Danger: Exploring Sexuality*, Nueva York, Routledge and Kegan.
- Salazar, Luis C. (1987), "Michel Foucault: un ejercicio de crítica materialista", en Marcos Ocaña, Bulnes *et al.*, *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*, op. cit.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán (1998), "Cambios demográficos y socio-culturales: familias contemporáneas en México", en Beatriz Schmukler, coord., op. cit.
- Saltalamacchia, Homero, Héctor R. Colón y Javier Rodríguez (s/f), "Historias de vida y movimientos sociales: propuesta para el uso de la técnica", México, Iztapalapa, año 4, núm. #, junio-diciembre, pp. 321-336.

- Schmukler, Beatriz, coord. (1998), *Familia y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, Edamex.
- (1989). “Negociaciones de género y estrategias femeninas en familias populares (1)”, *Revista Paraguaya de Sociología*, año 26 núm. 74, enero-abril, Paraguay.
- Scott, Joan W. (1996), “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”. en Marta Lamas, comp., *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, op. cit.
- Secretaría de Salud (1990), *Documento metodológico de la Encuesta sobre determinantes de la práctica anticonceptiva en México*, México, Secretaría de Salud.
- (1989), *Informe de la Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud*, México, Secretaría de Salud.
- (1988), *Informe de la Encuesta sobre el comportamiento reproductivo de los adolescentes y jóvenes del Área Metropolitana de la Ciudad de México*, México, Secretaría de Salud.
- Seidler, Victor A. (1997), *Man Enough. Embodying Masculinities*, Gran Bretaña, Sage Thousand Oaks.
- (1997a), Seminario-Taller Identidad Masculina, Sexualidad y Salud Reproductiva, 6-9 mayo, UNAM/PUEG, coordinado por Benno de Keijzer. Ideas expresadas.
- (1995). “Los hombres heterosexuales y su vida emocional”, *Debate Feminista*, año 6, núm. #, abril.
- (1995a). “Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva”. Seminario- Taller Identidad Masculina, Sexualidad y Salud Reproductiva, 6-9 mayo, UNAM/PUEG, relatoría de Benno de Keijzer.
- Seidler, Victor A. (1991), *Rediscovering Masculinity. Reason, Language and Sexuality*, Londres, Routledge.
- (1989), “Sexuality”, en *Rediscovering Masculinity*, Londres, Routledge, capítulo III.
- (1987), “Reason, Desire and Sexuality”, en Pat Caplan, ed., *The Cultural Construction of Sexuality*, Londres, Routledge.
- Sen, Gita et al. (1994), *Population Policies Reconsidered. Health, Empowerment and Rights*, Harvard, Harvard University.

- Shepard, Bonnie (1996), “La masculinidad y el rol masculino en la salud sexual”, en *Salud reproductiva. Nuevos desafíos*, y en Curso Internacional Salud Reproductiva y Sociedad, 4-8 marzo, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia e Instituto de Estudios de Población (IEPO).
- Programa de Salud Reproductiva PROSAR.
- Shire, Chenjerai (1996), “Men Don’t Go to the Moon. Language, Space and Masculinities in Zimbabwe”, en Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne, ed., *op.cit.*
- Souza, Rosana (1994), “Paternidade em Transformação: o pai singular e sua família”, Sao Paulo, PUC, Tese de Doutorado em Psicologia Clínica.
- Strauss, Anselm y Barney Glaser (1967), *The Discovery of Grounded Theory Strategies of Qualitative Research*.
- Szasz, Ivonne (1998). “La identidad de género y las expresiones de algunos varones mexicanos sobre sexualidad”, *Boletín del Programa de Salud Reproductiva y Sociedad*, México, COLMEX.
- (1998a), “Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México”, en Susana Lerner, ed., *Varones, sexualidad y reproducción*, *op. cit.*, pp. 137-162
- (1997), “Concepciones sobre la sexualidad, el erotismo y el placer en México. Algunos indicios a partir de la experiencia de investigación reciente”, Encuentro Mujeres y Hombres hacia una Nueva Humanidad, *op. cit.*
- y Susana Lerner, comp. (1998), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las Ciencias Sociales*, México, COLMEX.
- Szasz, Ivonne y Ana Amuchástegui (1996), “Un encuentro con la Investigación Cualitativa en México”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad...*, *op. cit.*
- y Susana Lerner (1996a), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, COLMEX.
- Taylor, Steve, ed. (1999), *Sociology Issues and Debates*, Londres, MacMillan.

- Thompson, Cooper (1993), “Debemos rechazar la masculinidad tradicional”, en Keith Thompson, ed., *Ser Hombre*, Barcelona, Kairós (Biblioteca Nueva Conciencia).
- Thompson, Paul (1993), “Historias de vida y análisis del cambio social”, en Jorge Aceves, comp., *Historia oral*, México, Instituto Mora y UAM.
- (1989), *The Voice of the Past: Oral History*, Oxford, Oxford University.
- Torres Velázquez, Laura (2002), “Dimensiones y limitaciones de los hombres en el ejercicio de su paternidad con hijos e hijas”, México, UNAM/FCPYS, tesis de Doctorado.
- Tuñón, Esperanza (1996), “Sesión sobre género”, en Ivonne Szasz, coord., *Memorias del Seminario de Sexualidad y Género 1993-1997*, México, COLMEX/Programa de Salud Reproductiva y Sociedad. Elaboración de Cristina Herrera y Lía Rojas.
- (1991). “Desde el feminismo”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año XXXVI, nueva época, enero-marzo, 143, México, UNAM/FCPYS.
- Turner, Bryan S. (1989), *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en Teoría Social*, México, Fondo de Cultura Económica.
- United Nations Children’s Fund (1998), *Estudio Valores de la Juventud*, México, Mari de México y UNICEF/Comisión Nacional de la Mujer.
- Valdés, Teresa y José Olavarría, ed. (1998), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO y UNFPA.
- Valdés, Teresa y José Olavarría, ed. (1998a), “Ser hombre en Santiago: a pesar de todo, un mismo modelo”, Conferencia Regional La Equidad de Género en América Latina y el Caribe. Desafíos desde las Identidades Masculinas, 8-10 junio, Santiago de Chile, y en Teresa Valdés y José Olavarría, ed., *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, *op. cit.*
- (1998b), “Los estudios sobre masculinidades en América Latina: cuestiones en torno a la agenda internacional”, Simposio sobre Participación Masculina en la Salud Sexual y reproductiva: Nuevos paradigmas, octubre 10-14, Oaxaca.

- (1994), *Masculinidad/es poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional y FLACSO (Ediciones de Mujeres, 24).
- Vanee, Carole (1984), “Pleasure and Danger: Towards a Politics of Sexuality”, en C. Vance, *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality*, Londres, Routledge y Paul Kegan.
- Vargas Avalos, Pedro (1990), *Construccionismo, constructivismo y terapia sistémica*, México, UNAM/FES Cuautitlán.
- Villa, A.M. (1996), *Fecundidad y masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género de los varones*, Buenos Aires.
- Vivas Mendoza, María Waleska (1993), *Del lado de los hombres (algunas reflexiones en torno a la masculinidad)*, México, ENAH, INAH y SEP, Tesis de licenciatura.
- Viveros Vigoya, Mara (2000), “Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas”, en Norma Fuller, *Paternidades en América Latina*, *op. cit.*
- (1998). “Quebradores y cumplidores. Biografías diversas de la masculinidad”, Conferencia Regional La Equidad de Género en América Latina y el Caribe. Desafíos desde las Identidades Masculinas, 8-10 de junio, Santiago de Chile, y en Teresa Valdés y José Olavarría, ed., *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO y UNFPA.
- (1998a), “Esterilización masculina, dinámicas conyugales y ámbitos de poder. Un estudio de caso colombiano”, Conferencia Regional La Equidad de Género en América Latina y el Caribe. Desafíos desde las Identidades Masculinas, *op. cit.*
- Wallace, Michele (1995), “Masculinity in Blah’ Popular Culture”, en Brian Wallis Berger y Simon Watson, ed., *Constructing Masculinity*, *op. cit.*
- Watkins Cotts, Susan (1993), “If All We Knew about Women Was What We Read in Demography, What Would We Know?”, *Demography*, vol. 30, núm. 4, noviembre, Estados Unidos, Population Association of America, pp. 551-577
- Weber, Max (1964), *Economía y sociedad; esbozo de una sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weeks, Jeffrey (1998), *Sexualidad*, Paidós y UNAM/PUEG.

- (1998a), “La construcción cultural de las sexualidades ,Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner, comp., *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las Ciencias Sociales*, op. cit.
- (1998b), “La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner, comp., *Sexualidades en México...*, op. cit.
- (1997), “Invented Moralities. Sexual Values in an Age of Uncertainty”, *Letra S LaJornada*, 7 de agosto, pp.6-7, traducción de Carlos Bonfil, “Los valores sexuales y el desafío de la incertidumbre”, ensayo.
- (1995), *Invented Moralities, Sexual Values in an Age of Uncertainty*, Estados Unidos, Columbia University Press.
- Yúdice George (1995), “What’s Straight White Man to Do?”, en Brian Berger y Simon Watson, ed., *Constructing Masculinity*, op. cit.
- Zeidentein S. y K. Moore, ed. (1996), *Learning about Sexuality. A Practical Beginning*, Nueva York, The Population Council/International Women’s Health Coalition.

GUÍA DE ENTREVISTA

Datos personales del informante

1. Edad
2. Escolaridad
3. Ocupación (profesión)
4. Estado civil actual (historia anterior si es el caso)
5. Número de hijos (as) si es el caso y edad de los mismos(as)
6. Tipo de familia de la que proviene. Nuclear o extensa. Tipo: negociadora o autoritaria. Toma de decisiones dentro de la familia
7. Religión personal. Origen y evolución. Cambios y empoderamiento
8. Historia general de los padres. Ocupación de cada uno de ellos. Número de hermanos(as). Lugar que se ocupa entre los hermanos(as). Mensajes de la familia. Diferencias genéricas
9. Mensajes de los padres y la familia en general de lo que significa ser hombre. En ámbitos específicos como: deportes, papel de la escuela, papel del trabajo. Diferencias respecto a los mensajes enviados a las mujeres de la familia de origen (hermanas)
10. ¿Cómo se daba la presencia de su padre en el hogar? ¿Cómo lo vivió usted? Proveedor, productivo, reproductivo, responsable, cercano, afectuoso, etcétera. ¿Cómo invertía el tiempo de sus fines de semana o cuando no trabajaba, a qué lo dedicaba?

11. ¿Cómo describiría a su padre? ¿Cómo recuerda que era su relación: Con el trabajo, Con su pareja, Con sus hijos, Con usted específicamente: Afectuoso, compañero, autoridad
12. ¿Cómo era el parámetro de autoridad de su padre? ¿el de usted es igual o diferente en qué?
13. Derivado de los mensajes que le dio su padre ¿cómo es su modelo ideal de hombre? ¿distante, severo, cómo?
14. ¿Cuáles son los valores fundamentales que cree le transmitió su padre?
15. ¿Cuál era el papel de su padre dentro de su familia y qué papel tuvo en la unión familiar?
16. ¿Cuál era el papel de su madre dentro de su familia y qué papel tuvo en la unión familiar?
17. ¿Cuál era el papel de su padre en el mundo extradoméstico? Representante, proveedor total o parcial
18. ¿Cuál era el papel de su madre en el mundo extradoméstico? Representante, proveedora, ¿en qué proporción?
19. ¿Qué valores cree haber recibido de su madre? ¿Qué patrones de conducta?
20. Averiguar en caso de hermanas si la educación y mensajes fueron diferenciados por sexo
21. ¿Qué expectativas principales recuerda que su padre tuvo respecto a su futuro y cuáles su madre? ¿Qué esperaron respecto a su futuro familiar y reproductivo? Casarse o no, tener hijos(as), etcétera.
22. ¿Cómo recuerda su vivencia y percepción respecto a la sexualidad de su padre y de su madre, entre ellos, con otros, y en cuanto a la reproducción de sus padres?
23. ¿Cree usted y creía que sus padres (madre y padre) tenían el mismo tipo de necesidades sexuales? ¿Por qué?
24. ¿Considera que el ejercicio de la sexualidad entre ambos era el adecuado? ¿Este aspecto tenía alguna presencia en la familia o era algo que se ocultaba?
25. ¿Se valía que su padre tuviera otras relaciones desde su visión personal?, ¿y su madre?
26. ¿Qué ventajas o desventajas encontró en ser varón y en el lugar que ocupó en su familia? ¿Tenía ventajas respecto a sus hermanas mujeres?

27. Mensajes de sus padres respecto a su sexualidad y a su reproducción, ¿qué diferencias había respecto a las hermanas mujeres?

Características de su familia de origen

28. Religión de su familia de origen y cómo se practica o practicaba en la edad de su formación

29. Estrato social de su familia de origen

Formas de vivir los papeles, derechos, libertad, expectativas diferenciados por sexo

30. ¿Qué opinión le merece la homosexualidad a su padre? ¿Qué mensajes le dieron en este tema?

31. ¿Qué opinión le merece la homosexualidad a su madre? ¿Qué mensajes le dieron en este tema?

32. ¿Qué opinión le merece a usted la homosexualidad? Mensajes sobre sexualidad en su familia de origen

33. ¿Recibió alguna información sobre la sexualidad y la reproducción en el seno de su familia? ¿Quién o quiénes se la proporcionaron? ¿Qué le dijeron? ¿A qué edad(es)?

34. ¿Su padre era permisivo con usted en cuanto al desarrollo de su sexualidad (cómo) o se sintió reprimido por él?

35. ¿Su madre fue permisiva con usted en cuanto al desarrollo de su sexualidad (cómo) o se sintió reprimido por ella?

36. ¿Recibió algún tipo de información sobre sexualidad y procreación en sus escuelas, durante la adolescencia? ¿En qué consistió, qué valores le inculcaron en este sentido en este ámbito?

37. ¿Qué papel tuvieron sus amigos de la adolescencia en cuanto a su vida sexual?

38. ¿A qué edad, cómo, con quién de mujer tuvo su primera relación sexual?

39. Reconstruir sus primeras experiencias sexuales ¿Fueron placenteras? ¿Las vivió con sufrimiento, dolor, temor, incertidumbre? Si la tuvo ¿cómo manejó la presión social? ¿Considera que las condiciones en que tuvo su primera relación sexual han repercutido en sus relaciones

posteriores? ¿Le gustaría que sus hijos e hijas se “iniciaran” como usted lo hizo?

Sexualidad y reproducción

40. ¿Qué opina de la sexualidad fuera de la reproducción?
41. ¿La sexualidad debe practicarse sólo para reproducirse?
42. Hay un tipo de mujer para practicar la sexualidad en sí misma?
43. ¿Hay un tipo de mujer para procrear solamente?
44. ¿Es posible tener una vida sexual plena y satisfactoria con la misma mujer con la que se procrea?
45. ¿Diferencia al tipo de mujer de acuerdo con lo anterior?

Matrimonio y paternidad

- 46.Cuál es su idea respecto del matrimonio. ¿Para qué, cuándo, por cuánto tiempo? ¿Cómo tomó, ha tomado o tomará la decisión de casarse? Elementos. Importancia de la sexualidad dentro del matrimonio y fuera de él. Importancia de la reproducción dentro del matrimonio. Cómo evalúa su matrimonio(s), evaluación de expectativas. Qué expectativas tiene respecto del matrimonio (si no se ha casado o respecto a una posterior unión)

Paternidad

47. ¿Qué es la paternidad, en qué consiste, qué implica? ¿Por qué ha sido o piensa ser padre?
48. Qué esperan de su experiencia de la paternidad, expectativas (si es que no se han reproducido). Posibilidad de vincularse afectivamente con una persona derivada de usted. Proveer para esa persona. Expectativas de convivencia, afectividad, económicas. Cambios en las relaciones con su pareja
49. Cómo evalúan el hecho de haber tenido hijos(as), se cumplieron sus expectativas (si es que ya se reprodujeron)

Anticonceptivos. Información

50. ¿Cuáles métodos conoce para prevenir embarazos?
51. ¿De qué fuente o persona obtuvo usted esa información y a qué edad?
52. ¿Qué dificultades o facilidades ha tenido para conocerlos?
53. ¿Cree que son efectivos? ¿De que depende su efectividad?
54. ¿Cuál o cuáles cree que son más efectivos?

Práctica anticonceptiva

55. ¿Ha utilizado (con su pareja (s) algún método para prevenir embarazos?
56. ¿Qué dificultades han enfrentado al usarlos?
57. ¿Cuáles ha utilizado (con cada pareja) y cuál utilizan actualmente?
58. ¿Cómo decidieron el método a usar?
59. ¿Qué hace o ha hecho cuando se pareja no desea utilizar ningún método, o están en desacuerdo acerca de cuál utilizar?

Aborto

60. ¿Ha estado en medio de una decisión así?
61. ¿Optaría por este método?
62. ¿Depende del tipo de relación?
63. Si lo ha hecho, ¿con qué medio?
64. ¿Cómo experimentó el suceso?
65. ¿Qué dificultades enfrentaron?
66. ¿Cómo actuaría en caso de enfrentarse a un embarazo no deseado?
67. ¿Qué opina del aborto?
68. ¿Quién debe decidirlo?

Estrategias de reproducción y control. Negociación

69. De acuerdo con sus expectativas y deseos, ¿qué estrategias utiliza para reproducirse o no?, ¿participa directamente en la planificación del número y espaciamento de sus hijos? Dentro de las estrategias ¿cuál es su papel, o es responsabilidad de su pareja o, lo comparten? ¿Quién debe decidir sobre el número de hijos y cuando tenerlos?, en su caso ¿cómo fue en los hechos? ¿Cómo valora que una mujer se

embarace sin el consentimiento de su pareja? ¿Qué puede hacer un varón para oponerse a una decisión de su mujer respecto a su reproducción?, ¿qué ha hecho usted en particular? ¿Qué puede hacer una mujer para oponerse a la decisión de su esposo o compañero respecto a su reproducción, qué cree usted? ¿Qué pasa cuando hay desacuerdo con su pareja en este tema, negocian, ella decide, usted decide?

70. ¿Cree que existen condiciones externas que afectan las decisiones de la gente respecto a su vida sexual y reproductiva?, ¿cuál es su experiencia específica en cuanto a las: Económicas, Sociales, Políticas, Legales
71. ¿Considera que en México se asignan distintos papeles a hombres y mujeres en cuanto a su sexualidad y a su lugar en la procreación (fuera de las evidentes diferencias biológicas)?, ¿qué le parece esta diferencia, es algo “natural” debe seguir siendo así, o debe cambiarse y por qué?
72. ¿Como combinan si es que lo hacen, el placer y la procreación y la responsabilidad que esto conlleva?, ¿cambia esto en cada etapa de la vida, por qué y cómo? ¿Cómo lo han vivido o piensan que lo vivirán?

Derechos y género

73. ¿Considera que han cambiado las relaciones de pareja? ¿En qué sentido y cómo percibe este cambio en el matrimonio?, ¿en la forma en que se tienen los hijos (as) y en las decisiones para tenerlos? ¿De quién dependen estos cambios según su percepción?
74. ¿Que piensa de los derechos reproductivos de varones y de mujeres? ¿sería necesario lograr cambios en este sentido?, ¿de quien depende?, ¿cuáles cambios serían importantes según usted?
75. ¿Qué le desagrada en su(s) relación(es) con la(s) mujer(es) con las que establece relación(es) sexuales y tienen hijos?
76. ¿Cómo le gustaría que fueran estas relaciones, o que cambiaría de las actuales?

Elementos de la “doble moral”

77. Cómo viven y perciben las diferencias entre varones y mujeres en cuanto a vida sexual y reproductiva. Perciben la existencia de una

doble moral: ¿qué les parece?, ¿les genera alguna contradicción o bien lo consideran algo “natural” que debe seguir siendo así? ¿Cómo perciben la posibilidad de varias relaciones afectivas (sexuales) con distintas mujeres y cómo lo ven si una mujer es quien las tiene? ¿Cómo justifica que tengamos códigos de conducta diferentes? ¿Se puede hacer algo para cambiarlo? ¿Quién puede hacer este cambio, hombres, mujeres o ambos juntos?

78. En la relación con una mujer ¿qué problemas y malestares básicos identifica? ¿Qué cambios esperarían de ellas y de ellos para mejorar la situación?
79. Identificar problemas y malestares en la vivencia de la paternidad ¿Cómo se podrían resolver o aminorar? En su caso específico ¿qué requiere para serlo y qué pediría a su pareja como apoyo para lograrlo?

Preguntas acerca de su pareja

80. A qué se dedica
81. Su escolaridad
82. Ingresos (parcialmente ayudan a la manutención del hogar o lo hacen totalmente, o no contribuyen)
83. Religión
84. ¿Qué elementos cree usted que son fundamentales para ella en cuanto a su relación de pareja?
85. ¿Cómo cree usted que le gustaría a ella la relación con usted?, ¿qué cambios le ha solicitado?
86. ¿Comunica ella a usted sus necesidades?, ¿necesidades de qué naturaleza?
87. ¿Cuáles son los elementos que detecta usted como problemáticos en su comunicación con su pareja de acuerdo con lo que ella le ha manifestado, si es que lo ha hecho?

Preguntas sobre la sexualidad del entrevistado

88. ¿Considera que sus relaciones sexuales son permisivas (admite muchas prácticas) o restrictivas, más convencionales?

89. ¿Estas prácticas varían si las realiza con su pareja estable o con relaciones más bien ocasionales?
90. ¿Qué elementos de la relación sexual le son más importantes? (mencionar y clasificar)
91. ¿Piensa que para su(s) mujer(es) es igual o difiere y en qué?
92. ¿Qué elementos de la relación sexual se discuten y negocian entre usted y su(s) pareja(s)?
93. ¿Su(s) mujer(es) participa(n) en la(s) decisión(es) de cómo es entre ustedes el acto amoroso?
94. ¿Considera que ella(s) puede(n) opinar o esa es una decisión del hombre, “por naturaleza”, “porque así debe ser”, “porque así es nuestra cultura”?
95. ¿Considera que la mujer tiene igual necesidad sexual que el hombre?, ¿si o no y por qué?
96. ¿Cuál es su ideal de mujer en cuanto a la relación sexual? Específicamente cuáles son los elementos más importantes de su comportamiento que para usted son más importantes? ¿Depende del tipo de mujer con la que se relaciona, o del tipo de relación que establece con ella?
97. ¿Ha platicado con ella respecto a sus deseos? ¿Y a los de ella? ¿Cómo lo negocian si es que lo hacen?
98. ¿Las diferencias en sus expectativas sexuales generan conflicto?, ¿cómo lo resuelven?
99. ¿Considera que la relación sexual es el elemento más importante o está entre los más importantes de su relación de pareja?
100. ¿Rompería una relación de pareja si sus relaciones sexuales con ella no son satisfactorias?
101. ¿Hay otros elementos que son más importantes y suficientes?, ¿cuáles?
102. Una mala relación sexual con su pareja estable, ¿justifica que usted tenga relaciones paralelas?